

Fernando Aramburu

BAMI SIN SOMBRA



de

Lectulandia

Bami es una chica tan callada que, en casa, su padre a veces la obligaba a hablar. Cuando éste desaparece arrastrado por una riada, la madre de Bami decide ahorrarle a su hija una «vida estéril» en un pueblo de montaña y la envía a Antíbula, ciudad donde reside uno de sus hermanos. Bami entonces promete mostrarse más comunicativa con la gente y aprender a desobedecer, al tiempo que acepta el encargo de su maestra: entregar un misterioso mensaje a alguien que vive en cierto edificio de la ciudad. Sin embargo, a causa de un trágico suceso a bordo del barco que la lleva a Antíbula, Bami se convierte en una chica sin sombra.

Entre el sueño y la realidad, o la vida y la muerte, Bami recorre las calles hasta dar con el edificio donde deberá entregar el mensaje de la maestra. Inicia entonces una difícil ascensión a través de un inquietante laberinto habitado por gente extraña, mientras en su memoria resuenan las cálidas voces de su madre, de su maestra, de sus recuerdos.

Lectulandia

Fernando Aramburu

Bami sin sombra

Antíbula - 2

ePub r1.0

Titivillus 12-03-2018

Título original: *Bami sin sombra*
Fernando Aramburu, 2005

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Para Cecilia, en subida, en su vida.

Sabía que nadie crea su propio destino. Todo se apoya en otros, sobre todo el destino, en otros y en otros más, incluso en otros que quizás estén ocultos dentro de uno mismo, en una serie infinita de otros. Nadie está completo, y no existe la plenitud.

Gudbergur Bergsson, *La magia de la niñez*.

Sael Bamidira, o simplemente Bami, que es como la llaman todos en su pueblo de la montaña, perdió a su padre a primeros del pasado noviembre. Al hombre, un labrador bien apersonado de cuarenta y cinco años de edad, lo sorprendió una tormenta en campo raso cuando volvía de una finca a la que había ido por la mañana a saldar una deuda de poca monta.

Se conoce que lo arrastró la riada mientras trataba de atravesar un barranco. A esta conclusión llegaron los miembros de la patrulla que buscó su cuerpo durante varios días. Todo lo que encontraron fue el burro ahogado, ya bastante comido de alimañas, así como una bota, la capa y un sombrero de fieltro que la madre de Bami reconoció llorando. En cuanto supo de aquellas lágrimas y de las prendas embarradas, el cura mandó preguntar en qué fecha y a qué hora venía bien que se celebrase la misa de difuntos.

Han transcurrido casi cinco meses desde entonces. Se está acabando marzo y en la casa quedan ahora las dos mujeres solas. Queda la viuda triste, triste de una tristeza lenta y seca, de un tristeza hecha de abulia, de resignación, de silencios que pueden durar horas; y queda Bami, la menor de tres hermanos.

A Bami, de pequeña, una tarde que se metió gateando entre unos macizos de boj que crecían frente a su casa, un lagarto venenoso le picó en la planta del pie. Su padre le tuvo que hacer una sajadura profunda para extraerle el aguijón. La niña estuvo tres días a la muerte en una cama del hospital de Aftino. Después de escuchar el dictamen del pediatra, el padre se dirigió a una serrería del lugar y compró una carga de tablas con las que construir a la niña un ataúd.

Luego resultó que las negras predicciones del doctor no se cumplieron. Una mañana, a Bami se le pasó, como por ensalmo, la calentura; dejó de estremecerse y delirar; volvió en su acuerdo como quien despierta de un sueño; bebió y comió con buen apetito y al poco tiempo sanó, al menos en apariencia. Más adelante sus familiares empezaron a notar en ella una especie de lentitud de gestos, de flojedad en los párpados y apagamiento del carácter. En el pueblo se creía que la niña arrastraba algún trastorno por causa de la picadura del lagarto.

Bami, en consonancia con su carácter modoso, rara vez abre la boca como no sea para dar una respuesta breve a algo que le hayan preguntado. Siempre ha sido así: lista a su manera, pero dócil y reservada. Su padre solía echarle en cara que fuera una muchacha sin arranque. Más de una vez le espetó el reproche en presencia de forasteros, con el deseo jamás alcanzado de espabilarla a fuerza de humillaciones.

De tiempo en tiempo, solos los dos en la cocina, la obligaba bastón en mano a hablar. Con ademán autoritario desplegaba el periódico delante de ella para que se hiciese el ánimo de que tenía que soltar un largo parlamento. Bami ensartaba soserías

con una falta de vitalidad que exasperaba a su padre. Fuera de sí, el hombre arrojaba el periódico al suelo y, amenazando a la hija con medirle las costillas a bastonazos, la conminaba a cortar de inmediato la ingenua, la desangelada, la insufrible perorata.

Madre e hija todavía mantienen las persianas bajadas en señal de duelo. En cambio enchufan la radio porque, como dice la madre, tampoco es cuestión de emparedarse vivas. Eso sí, ponen la música a tan bajo volumen que a nada que se aparten del aparato no la oyen. No quieren que los vecinos piensen que ya han tirado al difunto en el olvido.

Los otros hijos viven a su aire. El mayor se ajuntó va para dos años con una separada del pueblo de al lado. Él trabajaba allí desde antes, de desollador en una granja canina. Aunque detesta las faenas del campo, el día que se celebraron las honras fúnebres por su padre prometió ocuparse de unas parcelas de arriendo que la familia cultiva desde los tiempos del abuelo por detrás del río. Hasta hoy no se ha acordado de ir a verlas.

Respecto al hijo mediano, éste iba para estudiante de veterinaria. En el pueblo, cuando corrió la noticia de que le habían concedido una beca, nadie dudaba que saldría hombre de provecho. Sin embargo, apenas hubo llegado a la ciudad, como se viese libre de rendir cuentas de sus actos, dio en pasarse los días en flores. Se rumoreaba que trabó amistades que lo empujaron por el mal camino. Lo último que se supo de él fue que había entrado a trabajar de aprendiz de picapedrero en un taller de lápidas mortuorias, de donde lo echaron al cabo de unas cuantas semanas. Por entonces su padre viajó a Antíbulas con pensamiento de sacudirle una zurra y traerlo por la fuerza al pueblo; pero ni siquiera lo pudo encontrar.

Comparada con sus hermanos, Bami es agua bendita. Cumplió el último agosto los dieciséis. Su madre le ha contado que a partir de esa edad las mozas ya no estiran; como mucho crecen a lo ancho mientras las infla el sebo. Le ha dicho también que se resigne a ser, como su madre y como la madre de su madre, baja de estatura, y que se consuele pensando que hay desgracias mayores.

Bami, en el espejo del guardarropa, contempla unas piernas cortas, unos brazos delgados, dos pechos crecidos y una cara ni fea ni hermosa en la que parece haberse parado para siempre un gesto de bondad.

Hace un año, Bami aún acudía a la escuela del pueblo, donde se apiñan en un viejo establo habilitado para aula hasta dos docenas de chiquillos de distintas edades. Su madre la sacó de aprender porque necesitaba su ayuda en casa. Bami iba a la escuela sin gana y sin desgana. Iba, simplemente. Alguna que otra vez, entretenida en sus fregoteos o echando de comer a los animales, se olvidaba de asistir a las clases. Al día siguiente nadie le decía nada, como si nadie hubiera caído en la cuenta de su ausencia. La maestra la reputaba de formal, de tímida, de callada, sobre todo de callada.

—Señorita, no se preocupe —dijo un día, delante de la muchacha, el padre de Bami—. En casa es igual. Aunque la vea uno ahí delante, no se sabe bien si está o si

no está. Ahora, planchar plancha como los ángeles. Y en la cocina tiene su maña y su buen hacer. A ésta, ¿sabe usted?, con que le salga un marido que le mande va que chuta.

Una tarde de diciembre, hallándose todavía de luto riguroso, la madre de Bami echaba cuentas sentada a la mesa camilla del salón. Tenía esparcidos sobre el mantel floreado los últimos recibos del banco, diversas facturas, una cartilla de ahorros y un jirón de papel cuajado de sumas y restas.

Desde las ranuras de la persiana caían sobre sus manos unas cintas de luz. De aquella claridad escasa se servía la mujer para alumbrarse. A vueltas con sus cálculos, a media voz se quejaba de no poder afrontar en el futuro los gastos de cada mes sino arreándoles severos tajos a sus ahorros. De vez en cuando se le oía afirmar que estaba decidida a desprenderse de las tierras arrendadas.

Mientras repasaba, cavilosa, los números, alzó los ojos y vio tras el vano de la puerta a su hija. Bami lavaba de rodillas las baldosas del corredor, que por entonces ya nadie manchaba con el polvo ni el barro de la calle. Fuera por gusto, por costumbre o por distraer el aburrimiento, lo cierto es que Bami se había impuesto a sí misma la tarea.

A este punto le tomó a la madre gran lástima por la muchacha, de suerte que, entrada la noche, determinó escribir al mayor de sus hijos a fin de preguntarle si sabía de algún empleo que se le pudiera dar a Bami en el pueblo donde él vivía.

Al día siguiente, Bami se *desacostó* temprano como de costumbre y halló la carta encima de la mesa.

«Cualquier cosa», leyó, «con que la pobre se pueda sostener, porque aquí conmigo enfermará de soledad, fuera de que con el poco dinero que me ingresan tendremos lo justo para llenar la cazuela, por eso te pido que la acojas en tu casa unos días, hijo, hasta que gane un sueldo en una de las fábricas de allí, o de sirvienta, que es para lo que más vale, de que no le salga nada me la envías de vuelta y santas pascuas, qué le vamos a hacer».

Después del desayuno la madre bajó al corral en busca de un pollo. Mató el que parecía más lucido, lo desplumó y vació de despojos, y a continuación se metió en la cocina a freír una sarta de roscas anisadas. Todo ello lo introdujo junto con la carta en una caja de cartón y luego permaneció largo rato de codos en la ventana, atenta a la llegada del pescadero.

Al avistarlo al fondo de la calle, mandó a Bami que le llevara la caja y le diera encargo de que la depositara en cierto bodegón del pueblo de al lado, adonde iría más tarde su hijo a recogerla. De acuerdo con las instrucciones de su madre, Bami preguntó al pescadero por el precio del servicio. Éste se negó en redondo a cobrar. Replicó el hombre medio en serio, medio en broma, que se daría por contento si su madre se acercaba a hacerle gasto. Oído lo cual, Bami salió corriendo en dirección a su casa y volvió de ahí a poco con orden de comprarle al pescadero dos rodajas de cualquier pescado.

Transcurrió una semana sin que a la madre de Bami le llegara respuesta de su hijo. En ese tiempo no cesó de aumentar la pena y preocupación que le causaba la muchacha. Pedía a ésta, a veces en tono de súplica, que saliese a la calle, que hablase con la gente y se divirtiera y soleara en compañía de las mozas de su edad. No lograba poco ni mucho convencerla y en ocasiones, perdida la paciencia, le regañaba:

—¡Vete por ahí, so pánfila, y no aparezcas hasta la noche!

Bami obedecía sin rechistar, según tenía hábito de hacer y cumplir todo cuanto le ordenaban; pero apenas se alejaba unos pasos de la casa. Se limitaba a entrar en el sendero que bordea la trasera del corral. Allí gustaba de tomar asiento a la sombra de la tapia y estarse largo rato mirando los pájaros, trazando rayas en el suelo con la punta de un palo o con un cristal de botella, juntando flores silvestres y cantos rodados, hasta que, de buenas a primeras, se levantaba y volvía despacio a casa.

Así que por sacarla de aquella vida estéril la madre envió una segunda carta al mayor de sus hijos por medio del pescadero, junto con otro pollo, unas lonchas de tasajo de lebre y un pedazo de carne de membrillo.

Bami, que se levantó por la noche para leer la carta a escondidas, supo que su madre tenía pensado encomendarla a su hermano de ahí a dos o tres días.

«Sólo habrás de cuidarla hasta que encuentre ocupación», leyó, «y pueda alquilar un cuarto con su sueldo, ¿que Dios no se apiada de la infeliz?, pues me la mandas de vuelta, aunque me da que aquí conmigo le espera un porvenir como el de los muertos del cementerio, créeme».

El mismo día que recibió aquella segunda carta el hijo mayor se llegó en moto al pueblo de su madre. Estaba anocheciendo cuando se detuvo delante de la casa y sacudió un aldabazo furioso a la chapa de la puerta. Bami bajó corriendo a abrir. Con la vista gacha emitió un saludo titubeante que no fue correspondido.

Su hermano pasó por su lado como si no la viera. Con grandes zancadas subió los escalones hasta el salón, donde halló a su madre haciendo un solitario con los naipes esparcidos sobre el mantel de la mesa. No dejó la puerta tan bien cerrada que Bami no pudiera escuchar desde fuera lo que hablaban.

—Madre, pídamme cualquier favor. Me desviviré por darle gusto a usted. Pero, por lo que más quiera, no trate de endilgarme a la niña. Yo no la aguanto en mi casa, como me imagino que usted tampoco la aguanta en la suya y se esfuerza por perderla de vista cuanto antes.

—Recuerda que es buena y que es tu hermana.

—Es tonta, madre, y los tontos siempre causan quebraderos de cabeza. ¿A qué engañarnos? Bien lo sabe usted. ¿Se acuerda de cuando el padre amenazaba a la niña con encerrarla en un convento? ¿O de cuando la obligaba a hablar? Que intente usted ayudarla me parece justo. Yo, en cambio, no tengo instinto de madre. Comprenda por favor que me está pidiendo un imposible.

—Hijo, será por tiempo corto. De que encuentre trabajo te la quitas de encima y que se apañe como pueda, que podrá. Porque será todo lo callada que tú quieras, pero

a mí no me faltan barruntos de que es menos lerda de lo que aparenta. Y si no te lo crees, vete a preguntar a la maestra. Te contará que Bami tiene leídos muchos libros de la escuela. Pídele que te los enseñe. Se te pondrá cara de pasmo cuando los veas. Algunos eran así de gordos, que tu difunto padre bien se acordaba de haber cogido una vez uno que pesaba tanto como un adobe. Se acordaba también de haberla visto llorar con un libro en las manos, prueba de que lo entendía. Anda, ve a preguntar.

—No insista, madre. Mire que por esa vía acabaremos disputando. Le ruego que acepte mis razones. No deje que se rompa la familia por culpa de esa atolondrada. ¿Cómo nos íbamos a reconciliar después con lo poco que estamos juntos?

—Hasta ahora no has dicho sino que Bami es tonta y que no la aguantas. ¡Por los ojos vacíos del santo Jancio, menudas razones! ¿He de entender que sólo se admiten profesores en tu casa? ¿Qué recibirías a tu hermana con los brazos abiertos si fuera una lumbrera? Para decir tan poca cosa mejor no hubieras salido esta noche de tu pueblo.

—¿Nunca vinieron a contarle que vivo en compañía?

—Algo llegó a nuestros oídos. ¿Tú crees que hicimos caso? ¿Para qué? ¡Corre tantísimo viento por la calle! Hoy arrastra polvo; mañana, paja; pasado, murmurios. Por mí que se vaya igual que vino. ¡Allá cuidados! Yo me dije: si mi hijo se ha echado novia ya nos la traerá para que la conozcamos. ¿No nos la trae? Entonces es que no la tiene.

—Madre, sepa que vivo maritalmente con una mujer cariñosa. Allá la he dejado confiada en la promesa de no cargarle con mi hermana como ella tampoco me cargó con sus críos en otro tiempo. La sujeté a esa condición cuando me avine a protegerla de un marido ruin, que para más señas es algo pariente del alcalde. Madre, conténtese con esos detalles. Tuve no hace mucho las piernas plagadas de psoriasis. Tantas noches en blanco y el disgusto de verla a ella llorar me agravaron la enfermedad. Desde que nos cubre el mismo techo, la gente nos desprecia. Hay quien nos niega la mirada y quien propaga habladurías que duelen más que mordiscos. Otros se han ido acostumbrando a vernos juntos. Últimamente nos devuelven el saludo, aunque es lo mismo que si nos tiraran a los ojos un puñado de escarcha. Me sigue a todas partes la acusación de haber deshecho una familia. Eso es un bulo, madre. Pero ¿qué hacer? ¿Me planto en medio de la plaza a gritar explicaciones? Conque haga el favor de no meterme a la niña en casa. Malditas las ganas que tengo de provocar nuevos recelos en el vecindario.

Bami atendía a la conversación con la oreja pegada a la puerta. De vez en cuando asomaba un ojo cauteloso por la abertura. Lo retiraba al instante, después de haber parado brevemente la mirada ya en un gesto de su madre, ya en un ademán de su hermano, sentados ambos uno frente a otro a la mesa sembrada de naipes. Sobre ellos, cerca de sus cabezas, pendía una lámpara provista de una bombilla de pocos vatios, a cuya débil luz amarilleaban sus semblantes como si estuvieran recubiertos de cera.

Bami había escuchado impertérrita aquellas palabras que tan mal decían de su manera de ser y de su inteligencia. Para ella no entrañaban novedad. Cientos de veces la habían llamado tonta, necia y cosas por el estilo los niños de la escuela, y aun su propio padre cuando lo vencía la impaciencia; los primeros, con la mira puesta en burlarse de ella, si no era que los de malicia más afilada procuraban que se picase (empeño que no podía prosperar debido al pundonor embotado de la muchacha); su padre, en la esperanza no menos vana de infundir a la hija una pizca de coraje.

Con la mente en blanco seguía Bami la plática sin que nada de cuanto se decía sobre ella en el salón llegara a causarle el menor asomo de enojo o de tristeza. En medio de su serenidad, la sacudió de pronto un escalofrío de emoción no bien su hermano comenzó a quejarse del vacío que les hacían los vecinos de su pueblo a él y a la mujer de quien estaba enamorado. Se le humedecieron a este punto los ojos a la muchacha, y aun se tuvo que morder un puño para contener un gemido que pugnaba por salirle de la boca. Con fervoroso temblor de labios rogó a Dios que apartara de la intención de su madre la idea de mandarla a donde su llegada no iba sino a crear problemas y dificultades, según daban a entender con claridad los razonamientos de su hermano.

—Hoy día, madre, dentro de nuestra región no se encuentra más trabajo en un pueblo que en otro. Los buenos tiempos se acabaron. Desde que el gobierno cerró la frontera, al dinero le ha tomado pereza de subir a los montes. No vienen inversores, Pratabernel se empobrece, la gente emigra. Antes circulaba por aquí mucho camión. No es que nadáramos en la abundancia. Pero, por ejemplo, mi empresa despachaba en un mes tantas pieles como ahora en todo un año. A la Bladia no podemos exportar porque la ley lo prohíbe. Y como nuestro país tiene la forma que tiene, ¿qué remedio queda sino buscarse la vida en una sola dirección? Yo no veo que la situación vaya a mejorar. ¿Cómo puñetas va a mejorar si los canallas que nos gobiernan no saben ni que existimos? Ya nadie se traga el cuento de que algún día alargarán la vía férrea hasta estos pagos. ¡Pamemas electorales! Conque siga mi consejo. Si tanto la ilusiona a usted que la niña aprenda un oficio y se vea libre de la miseria que le aguarda en el pueblo, entonces ¿a qué espera? Embárguela usted hacia la capital. Es la única solución sensata. ¿No se le ha ocurrido a usted mandar una carta a mi hermano?

—¡Y tanto que sí! Tres veces en lo que va de semana he sacado de la cómoda el recado de escribir. Tres veces lo he devuelto a su sitio sin usarlo. La mano se niega a obedecerme cuando pienso que la gran ciudad está muy lejos.

—No exagere, madre. Por mar son dos días con sus noches.

—Yo querría a tu hermana más cerca. ¡Tan joven que es, tan indefensa! Porque, dime, con esa distancia por medio, que a mí no me parece tan pequeña, ¿cómo podré socorrerla si me necesita? Figúrate que por hache o por be la dejan tirada en la calle. Figúrate que no tiene para comer, que la engaña un estafador o que un mal hombre se aprovecha de su demasiada tranquilidad.

—Hace un instante creía usted que la niña es capaz de valerse por su cuenta. ¿En

qué quedamos?

—De Bami me fíio un poco; de la gente, nada.

—Bueno, bueno, en caso de apuro la niña siempre podría acudir a su hermano, no lo olvide. Antíbula ofrece más oportunidades, más futuro y más de todo. ¿Usted piensa que si fuera un lugar horrendo mi hermano se habría quedado a vivir en él? Conque escríbale cuanto antes, esta misma noche si es posible. Eso sí, hágame el favor de no enviarle a la niña de improviso. Mire que podría usted ponerlo en un aprieto. Yo, en lugar de usted, le pediría que buscara a la niña un modo de asegurarse el sustento. Cualquier cosa para empezar. Costurera, fregona, qué más da. ¿Que le consigue un empleo? Estupendo. La niña baja al puerto de Aftino y allí que tome un pasaje. Algún día tendrá que romper el cascarón, digo yo. Y, por favor, no le reproche a mi hermano que faltara al entierro del padre. Primero porque aquello fue un paripé de entierro, sin caja y sin muerto, y segundo porque quizá no le llegó el aviso a tiempo o le pilló de viaje o vaya usted a saber.

Apostada detrás de la puerta, a Bami la sobresaltó un relámpago seguido de un gran trueno. El resplandor hizo visibles las paredes y los muebles, revistiéndolos de un brillo intenso que, después de apagarse, todavía perduró por espacio de varios segundos dentro de los ojos deslumbrados de la muchacha. Empezó luego a sonar rumor de lluvia en el tejado. De vez en cuando el viento lanzaba un ramalazo de gotas contra la persiana del ventanal, al fondo del corredor.

—¿Oyes? La noche se ha metido en agua. ¿Por qué no te quedas a dormir?

—Me esperan, madre. No se preocupe por mí, conozco bien la carretera. Y aunque me moje, yo lo daré por bien empleado si sé que usted y yo hemos logrado llegar a un acuerdo.

Bami recordó que su hermano había dejado la moto aparcada a cielo descubierto. Movida del buen propósito de protegerla, cogió el mantel de hule que cubría la mesa de la cocina y bajó corriendo a extenderlo por encima de la moto. A cada instante, el ventarrón inflaba el mantel bajo la luz macilenta, dudosa, de la farola. A fin de que no se volase, Bami lo sujetaba con las piernas, con los brazos, con todo el cuerpo, hurtando la cara a los continuos embates de la lluvia.

Su hermano aún tardó un buen rato en salir a la calle. Al ver a Bami encorvada extrañamente sobre la moto, sintió un arranque de enfado que le arrugó el entrecejo; pero luego cayó en la cuenta de lo que ocurría, y acercándose a su hermana, le dijo con una sonrisa maliciosa en el costado de los labios:

—La madre tenía la pretensión de meterte en mi casa. Tú en mi casa, ¿te imaginas? ¡Llenándome de babas las cucharas, cagando en mi retrete, andando por las habitaciones como un alma en pena! Antes prefiero que me saquen un ojo. ¡Santo Jancio, lo que me ha costado convencer a la vieja! No me ha quedado más remedio que largarle una ristra de embustes: que si los del pueblo no me hablan, que si no hay trabajo. En fin, historias. Aunque, quién sabe, a lo mejor eran historias verdaderas y es a ti a quien estoy mintiendo. ¿Tú qué opinas? ¿No opinas, no piensas, no sabes qué

sentir? De todo esto que te he dicho, chitón o te acuerdas, ¿entendido?

Bami, sumisa, sacudió la cabeza en señal de asentimiento.

—Ea, pazguata, apártate, no vayas a contagiar tu estupidez a la moto.

Los días hasta acabar el año se sucedieron grises y monótonos. Puntual blanqueó el invierno en los montes de Pratabernel. Algunos tramos del río se helaron apenas entrado enero. Desde el amanecer y a veces por la noche se oía el runrún incesante de los quitanieves. Abrían paso a los convoyes del ejército, que se dirigían con tropas de refresco a las posiciones de defensa establecidas a lo largo de la frontera o regresaban de ellas atestados de soldados ateridos y mugrientos.

Durante la época invernal, cuando resultaba difícil transitar por la carretera, eran los vehículos militares los que a su paso por el pueblo descargaban la correspondencia. Desde lo alto del remolque los soldados arrojaban en cualquier lugar las sacas del correo. Los vecinos comprobaban por su cuenta si dentro de ellas había cartas o paquetes a su nombre.

—Hija, ve a mirar si hay algo para nosotras.

Bami trajo la carta que su madre había escrito al hijo segundo en vísperas de Navidad.

—Tu hermano se me hace a mí que ha mudado de vivienda y no nos lo ha dicho. Hija, si supieras manejarte sin mi ayuda te mandaría a Antíbula en cuanto empezaran a fundirse las nieves. ¿A ti qué te parece? Preguntando aquí y allá, ¿encontrarías a tu hermano?

—Si quiere lo intento.

La madre detuvo una mirada pensativa en el crucifijo de la pared.

—Dejemos por si acaso que termine el frío —dijo.

Yendo y viniendo días, llegó el presente mes de marzo. El río hace tiempo que se deshelo; la nieve perdura sólo en las cimas y los ventisqueros. Esta mañana, a la madre de Bami le ha sobrevenido un vómito de sangre cuando atraillaba los perros en el corral.

Le quedan cuatro: tres pachones escuchimizados, frioleros, perezosos, y un lebrél que era el perro predilecto de su marido. El lebrél todavía conserva su buena planta. A menudo le da por aullar, tanto de día como de noche, mientras los otros dormitan encogidos en los rincones.

Todos ellos los tiene la mujer apalabrados al carnicero del pueblo. El carnicero (movido, según dijo la tarde que vino a examinarlos, por su respeto y amistad hacia el difunto) ofreció a la viuda una cantidad que, en su opinión, excede a lo que valen las cuatro piezas juntas.

—Hija mía, me parte el alma vender el perro fuerte.

No es que quiera reservarlo para la olla. Sería incapaz de rebanarle el pescuezo, y eso que en el transcurso de su vida habrá matado y desollado más de cien animales en la pila que a ese efecto colocó su marido junto a la pared trasera de la casa.

A Bami le ha contado que siente un picor de culpa cada vez que el lebrél lanza al

aire sus quejidos, pues cree que de ese modo está llamando al amo. Se le figura que la voz del perro es la última hebra que une a su marido con el mundo de los vivos, y que si el carnicero despedazara el animal o colgara de un gancho su carne destinada a salazón, el difunto se quedaría para siempre solo y muerto dondequiera que lo arrumbó el torrente.

—Señora, los flacos no me sirven para tasajo. Habría que cebarlos y eso cuesta dinero. Así que usted verá. O me da el lote completo o, sintiéndolo de veras, no hay trato.

Hoy es el día de entregar los perros al carnicero. Poco después de salir el sol, mientras les colocaba las traíllas, a la mujer le ha subido a la boca un flujo de sangre. De pronto ha derramado sobre el lomo de uno de los pachones una roja y oscura gorgozada. Al contacto con el aire fresco de la mañana la sangre despedía un tenue vapor. Los otros perros se han apresurado a olisquear y enseguida a lamer, golosos, inquietos, el pelambre empapado de su compañero.

La madre de Bami se ha enjuagado la boca con agua del pilón. Las manos apoyadas en el borde, se ha parado a mirar los bichos acuáticos que huían a la desbandada del reflejo aterrado de su cara. Tras santiguarse, ha anudado los cabos de las traíllas y, como si nada de particular hubiese sucedido, ha echado desde el corral un grito a Bami para que la acompañe a llevar los perros.

El carnicero ha tenido la gentileza de pagarle doce melios más de lo acordado.

—¿Se me ve necesitada o qué?

—Vamos, mujer, cógelos. Son para redondear la cuenta.

Ahora, por el camino de vuelta, Bami y su madre se encuentran con la maestra, que acaba de salir de su casa cargada con dos cestos vacíos. La maestra es una mujer soltera de cuarenta y tantos años. El brillo de su frente larga, tersa, algo más curvada que la del común de los mortales; la nariz fina y también larga; los labios delgados, poco propensos a sonreír, y los ojos pequeños, serenos, penetrantes, dan a su rostro un aire de tiesura distinguida que impresiona.

El respeto que la maestra inspira a los habitantes del pueblo es como un péndulo que no parase de oscilar entre la simpatía y el temor. Lo que dice la maestra, eso se hace. Ni siquiera necesita ella alzar la voz o acompañar sus palabras con gestos ni ademanes despóticos.

En cuanto habla se sabe que procede de la región de Uchu. Al principio su marcado acento suponía un problema para los colegiales, que apenas la entendían, hasta que a ella se le ocurrió imitar durante las clases el habla de los lugareños.

La madre de Bami, al ver que la maestra mete los cestos en el maletero del automóvil, se para a su lado y le dice:

—Perdone que me meta donde no me llaman. ¿No tendrá usted por casualidad intención de bajar a Aftino esta mañana?

—Sí, señora. Como los albañiles están remozando la escuela y los niños tienen el día libre, aprovecharé para hacer algunas compras. Si desea que le traiga alguna

cosa...

—¿Sería usted tan amable de acercarse a mi hija al puerto?

—¿A Bami al puerto? ¿Y eso?

—La mando a la capital. Es cosa decidida. Sólo falta que alguien me la ponga donde sale el barco. Es que..., verá, no quiero que a la infeliz se le seque la flor de la vida encerrada en una casa de pueblo. Yo no tengo fuerzas ni bienes de fortuna para socorrerla. Que se vaya como sus hermanos a labrarse un porvenir.

—La semana que viene también viajaré a Aftino. Se lo digo por si desea usted recapacitar.

—No hay para qué darle vueltas al asunto, señorita. Hace tiempo que la niña se tenía que haber marchado. La nieve lo impidió.

—Y tú, niña, ¿te quieres ir?

Bami, por toda contestación, se encoge de hombros.

—Es poco habladora —tercia su madre—, ya la conoce usted.

—¿Que si la conozco? Muy bien, por cierto. No he olvidado aquellos días en que a la salida de la escuela me seguía por la calle esperando que me volviese y le diera conversación. Yo le preguntaba y ella me respondía. Su hija, señora, cuando toma confianza se abre como un capullo.

—Señorita, si le debo algo por el favor se lo pago ahora mismo.

—Me contentaría con que Bami estuviese lista para partir dentro de veinte minutos.

—La tiene usted aquí en un santiamén.

Nada más salir a la calle con su maleta vieja de hebillas roñosas y una talega llena de provisiones, Bami vuelve la cara por si su madre se ha asomado al balcón a decirle adiós. No ve sino las persianas bajadas; también ve, al pie de la barandilla, una hilera de macetas con plantas secas. Otros años, por otoño, antes de la primera helada, ella solía ayudar a subirlas al desván, donde permanecían a cubierto del frío hasta la siguiente primavera. Esta vez, a raíz de la desgracia de noviembre, su madre decidió acogerse a la tradición que manda dejar morir las plantas en los balcones y ventanas para señalar a los caminantes que, como hay duelo en la casa, no deben alzar la voz ni tocar música ni tener regocijo cuando pasen por delante de la puerta.

Bami supone que quizá su madre la esté observando a través de las ranuras. Así que, por si acaso, se despide con la mano, si no de su madre, piensa, al menos de la casa donde nació y donde ha vivido hasta este instante.

De paso el gesto le sirve para despedirse de la parra que, sin sus nuevas hojas, se alarga hasta la imposta del primer piso; de la estatuilla del santo Jancio, revestida de cardenillo dentro de una hornacina que hay sobre la entrada; de los viejos nidos de golondrina adosados a los sillares del alero; de la puerta del zaguán, provista de herrajes antiguos, y del escalón de piedra que antecede a la puerta del zaguán.

Bami se enjuga las lágrimas con la manga del abrigo. El abrigo tiene la felpa gastada y en algunos sitios descosida. Años atrás fue la prenda más preciada de su madre, que solía reservarla para las ocasiones especiales. Llevaba el abrigo cosa de un lustro olvidado dentro del armario.

—Anda, hija, póntelo —le ha dicho—. Al menos frío no pasarás. El día que ganes dinero te compras otro y éste se lo regalas a un mendigo.

Al volver la espalda a la casa, a Bami le entra la duda de haber llorado, pues en la manga con la que se ha restregado los ojos no han quedado rastros de humedad. A tal punto le incomoda la incertidumbre que, en cuanto dobla la primera esquina, deposita el equipaje en el suelo y se apresura a llevarse los dedos a los párpados. Tras comprobar que están secos, recobra la tranquilidad y reanuda su camino.

Bami encuentra a la maestra sentada dentro de su automóvil, un modesto Carde T88 de color blanco. Mientras se acerca a ella por la calle empedrada, nota que a cada paso el pecho se le va encogiendo de timidez. La maestra parece atareada dentro del vehículo. A Bami le da un vuelco el corazón cuando descubre que la maestra se está pintando de color granate, con un pincel que moja dentro de un frasco, las uñas de los pies. Ella no se imaginaba que la maestra pudiese hacer tal cosa, ni siquiera que la maestra tuviera pies.

Al percatarse de la presencia de Bami, la maestra baja enérgicamente la ventanilla y dice de sopetón, como si pidiera el santo y seña:

—Raíz cuadrada de ciento veintiuno.

Bami agacha la cabeza. Calza unos zapatos anticuados, con el cuero ajado y las lengüetas arrugadas. Hay en los labios frescos de la muchacha un temblor de susurros. Tras unos momentos de reflexión, levanta la cara para responder con voz apagada, pero segura:

—Once.

—Puedes montarte.

Bami coloca sus bultos sobre el asiento trasero y luego se acomoda en el de delante por invitación de la maestra. Dice ésta nada más poner el motor en marcha:

—Si fallas en aritmética no me echo yo a la conciencia el peso de llevarte al mundo.

El cielo está nublado. No parece, sin embargo, que va a llover. Hacia el oeste, sobre la raya del horizonte, despuntan algunos corros azules. La carretera serpea pendiente abajo. Bami ha parado la mirada en la última casa del pueblo, como con deseo de agarrarse a un lugar y un tiempo que en breves instantes serán patrimonio del pasado.

—La dulce Bami —dice de pronto la maestra, sonriente, cuando la carretera se oscurece bajo los árboles del bosque—, la niña callada. ¿Sabes adónde vas? ¿Sabes lo que te espera?

Bami, superada la vergüenza del principio, siente que se ha acostumbrado a la cercanía de la maestra, a su intenso perfume, a sus pies descalzos sobre los pedales del vehículo.

—A Antíbula voy, señorita.

—¿No te da miedo ir sola a la gran ciudad?

—Sí, señorita.

—¿Mucho miedo?

—Bastante.

La maestra vuelve la cabeza para escudriñar en las facciones de Bami el efecto de sus palabras.

—Entonces, ¿por qué no te quedas en casa?

Bami se mira, cohibida, las manos antes de responder.

—Mi madre ha dicho que me tengo que marchar.

—Vas desarreglada como una pobretona.

—Diez minutos me ha dado mi madre para llenar la maleta y salir.

—¿Insinúas que te ha echado de casa?

—No, señorita.

—Muy corto hablas, Bami. ¿También a mí, que tanto te he enseñado, me niegas tu conversación?

—Es que... —La muchacha vacila visiblemente azarada—. Mi madre se está muriendo.

—¡Bami, por Dios, qué cosas tienes!

—No quiere que la vea sufrir. Por eso me manda lejos.

—¿De dónde sacas que tu madre se está muriendo? Bien sana me ha parecido a mí cuando la he visto.

—Pues... antes de verla usted estaba mi madre atando los perros. Por un agujerito de la persiana la he visto vaciarse de sangre por la boca.

—¿Sangre?

—Mucha sangre y luego se agarraba la garganta. Hace como que está bien, señorita, pero no la crea usted. Se va a morir. —A veces Bami, cuando habla, pone los ojos en blanco, como si leyera en el interior de sus párpados—. Me ha metido prisa para que vaya a Antíbula a buscar a mi hermano. Ni siquiera sabemos dónde vive.

—Entiendo. No llores.

—No lloro, señorita —responde Bami con apenas un hilo de voz, y es verdad que no llora. Se conoce que la maestra se lo ha figurado.

A la salida del bosque, la carretera desciende a través de un roquedal alternado con helechales. Cubiertos de musgo y liquen, se suceden los peñascos. A Bami algunos de ellos le parecen muelas picadas de un ser descomunal. En su imaginación la montaña toma la forma de una inmensa cabeza enterrada boca arriba, de la que sólo es posible distinguir las piezas de la dentadura que afloran a la superficie. Piensa que los restos de niebla detenidos en las cárcavas, en los desfiladeros sombríos, en las oquedades adonde apenas llega la luz del día, son el aliento de esa boca superlativa llena de tierra, aliento que el frescor de la mañana convierte en vaho blanquecino.

El asfalto se halla en pésimo estado. Aquí y allá las orugas de los carros de combate han abierto largas heridas en el pavimento. Las lluvias y los hielos las han agrandado hasta darles el tamaño de baches profundos que la maestra se esfuerza en sortear conduciendo despacio y pasando, si hace falta, con su automóvil muy cerca del pretil que protege del precipicio. En algunas partes, los torrentes de los últimos tiempos han dejado la carretera sembrada de guijarros.

—¿Llevas dinero suficiente?

—El que le ha pagado el carnicero a mi madre y un poco más.

—Y eso, ¿cuánto hace?

—Noventa y cuatro melios, señorita.

—Quita lo que te cueste el viaje, más algo que comas...

—Comida llevo para dos días, señorita.

—Quien dice comida dice un imprevisto. Nunca se sabe. Calculo que si evitas dispendios podrás aguantar un mes en Antíbula con esa cantidad, a menos, claro está, que hayas de costear un alojamiento, en cuyo caso... ¿Piensas alquilar una habitación?

—No lo sé.

—Más te vale que encuentres a tu hermano.

—Sí, señorita.

—Si fueras una gran señora vivirías en un hotel de lujo a expensas de tus amantes.

—Ya lo sé, señorita.

La maestra hace gesto de risueña perplejidad.

—¡Caramba con la niña cándida! A ver si me vas a salir una segunda Marivián. ¿Has oído hablar de la inolvidable Marivián? Fue la actriz más grande que ha pisado los escenarios de Antíbula. Elegante como una emperatriz, bella, delicada y seductora hasta sorber el juicio a los hombres más serenos. Marivián se alimentaba de amantes como una araña se alimenta de bichos. ¡Qué mujer! Yo era muy pequeña cuando murió, pero ¡cuántas veces la habré admirado en el cine! En Antíbula vete sin falta a ver las películas de Marivián. ¿Y sabes qué? Ella no procedía de una familia de la nobleza. No, no, no. Su padre fue un simple carpintero, uno de esos que le da al martillo y sujeta los clavos con los dientes. Adivina lo que construía.

Bami se siente apremiada a decir algo.

—¿Mesas?

—¡Cajas de muertos, niña! La gran Marivián era hija de un fabricante de ataúdes. Es para morir de risa, ¿no crees? Conque imagina las sorpresas que te podría deparar a ti también la vida.

Atraviesan en silencio un túnel excavado hará más de cien años en la roca viva. La oscuridad se alarga por espacio de un kilómetro. Los faros del automóvil iluminan un trecho reducido de caverna tenebrosa. De lo alto caen gotas gruesas que, al romperse contra el parabrisas, emiten un sordo estallido de agua reventada.

—Reza para que no nos venga un camión de frente. ¿Te aprieta el miedo?

—No, señorita.

—Pues a mí, cada vez que entro en este sitio, se me pone la carne de gallina. Sí, querida Bami. ¿O te pensabas tú que los maestros no somos humanos? ¡Ay, si yo te contara! Un día te revelaré mis secretos. Te lo prometo. Un día que regreses de visita al pueblo, jodida como suele la vida jodernos siempre a las mujeres. ¿Te asombra? ¿Creías que la señorita no sabe soltar palabrotas?

Más adelante la carretera vuelve a adentrarse en un bosque y luego atraviesa una zona de pastizales donde pacen algunos rebaños de ovejas. La bajada, interrumpida de vez en cuando por rellanos cortos, flanqueados de nogales y camuesos, ya no es tan pronunciada. Se ven algunas casas desperdigadas por las laderas verdes. Desde que Bami y la maestra salieron del pueblo no se han cruzado con ningún vehículo.

La maestra, que lleva rato arrugando la nariz, sacude de pronto la cabeza en señal de disgusto. No para de aspirar aire en tomas rápidas y ruidosas, como los perros cuando husmean.

—Bami, cielo, barrunto que llevas tiempo sin asearte. No es por ofender, pero hueles.

—Sí, señorita.

—Mira que la mujer mugrienta tiene en todas partes muy mala sociedad.

—Sí, señorita.

—¿Te gusta causar asco?

—No, señorita.

En el borde de la carretera, una señal con costras de roña indica que faltan treinta y cinco kilómetros para llegar a Aftino. De ahí a poco el Carde T88 enfila una recta que conduce directamente a un puente de piedra. Por debajo discurren las aguas del Intri. El río, nacido por aquellos montes, aún fluye con la ligereza saltarina de un arroyo. Unos metros antes del puente, la maestra se aparta de la carretera y, dando tumbos por un camino de tierra con anchos relejes de tractor, lleva el automóvil hasta la orilla de un remanso.

La maestra, nada más apearse, ha encendido un cigarrillo.

—Alégrate de tu suerte —dice al tiempo que exhala la primera bocanada—. Mejor bañera no vas a encontrar.

Bami la mira boquiabierta.

—¿Qué pasa, niña? No me digas que te da vergüenza desnudarte en mi presencia.

—No me da vergüenza, señorita.

—Entonces, ¿por qué pones esa cara de pasmada?

—Es que... yo nunca la vi fumar a usted.

La maestra fija la mirada en el cigarrillo humeante que sostiene entre los dedos. Lo observa con atención por un lado y por otro, como si tratara de encontrarle algún misterio.

—Pues ya ves. En cuanto pierdo de vista el asqueroso pueblo con sus asquerosos habitantes, mando las apariencias a freír monas. Digo ordinarièces, ando descalza, fumo, me procuro placeres y hago lo que me sale de los ovarios. No sé si lo entiendes, pero es igual. Algún día entenderás. Claro que de esto, chitón o te acuerdas. Venga, no pierdas tiempo y métete en el río, que todavía nos queda un rato de viaje.

Bami se acerca a la orilla con rápidas zancadas que demuestran su buena disposición a obedecer. Vuelta de espaldas, comienza a desprenderse de sus prendas. Las va juntando encima de una piedra que sobresale de unos juncos secos.

Entre calada y calada, un codo apoyado en la cubierta del automóvil, la maestra mira a Bami con ceño complacido.

—Me recuerdas a mí cuando era joven.

Se recorta, tersa, blanca, la desnudez de la muchacha sobre la roca de granito que se alza en la orilla opuesta del remanso. El agua fluye con suavidad hacia una cascada que hay justo delante del puente. En las partes poco profundas la transparencia de la corriente permite distinguir con nitidez el fondo arenoso. Bami introduce cuidadosamente en el agua cristalina la punta de un pie. La saca enseguida, al sentir en los dedos una dentellada de frío.

—Menos melindres, muñeca. Cuanto antes te metas, antes acabará el suplicio.

Bami nota que el mismo viento que remece las ramas de los árboles cercanos roza

su cuerpo, lo envuelve en una fresca insinuación de lamedura, y eso, además de causarle un cosquilleo deleitoso, desencadena dentro de su pecho una ráfaga de júbilo que le hace perder el temor al agua fría. Entra decidida en el remanso; ve de pronto un pez de panza plateada, y luego otro y enseguida varios más, unos largos, otros cortos y todos igual de espantadizos, y al fin no ve ninguno porque se han escapado como centellas hacia la parte oscura del cauce, por el lado de la roca. Le pica la curiosidad por saber qué peces son; pero, desnuda como está, no se atreve a preguntárselo a la maestra.

El agua gélida le cubre ahora hasta la mitad de los muslos. Sus pies han desaparecido por completo en el fondo blando. Mientras se recoge la melena, anudándola hábilmente a la altura de la coronilla, no puede apartar de su pensamiento la certeza de que, a su espalda, la maestra no le quita los ojos de encima.

Tras breve indecisión se acuclilla. Al sumergir el torso, un dolor agradable la pone al borde de gritar. Precipitadamente se lleva las manos a los pechos, convencida de que el frío los ha reventado. Su boca no cesa de expeler pequeñas nubes blancas que apenas tardan un segundo en disiparse. Con el agua hasta la barbilla, se siente de pronto acariciada por el Intri, el río más largo y caudaloso de la nación, piensa, aunque en aquel paraje de montaña, recién iniciado su trayecto, no rebase los cuatro metros de anchura. Sin saber por qué, le entra la risa. Se frota la cara con fuerza, como quien se entrega afanosamente a unas abluciones; pero a la maestra no le pasa inadvertido que Bami está intentando ocultar su alegría.

—¿Te diviertes? Por mí puedes alargar el goce tanto tiempo como te apetezca. Eso sí, yo me largo dentro de cinco minutos, ni uno más, ni uno menos. Caminando sin parar y contando con que no te pierdas, imagino que mañana por la noche habrás llegado al puerto de Aftino. ¿Qué me dices?

—Salgo ahora mismo, señorita.

La maestra, consumido el cigarrillo, arroja la colilla a la corriente. Luego saca del automóvil una vieja manta que le sirve para cubrir el suelo del maletero. Descalza, acude al encuentro de Bami, que está tiritando de frío junto a su ropa. Tras mandarle que la aparte y se ponga ella de pie encima de la piedra, la maestra frota con la áspera manta los hombros, la espalda, los abultados pechos de la muchacha sin reparar en miramientos.

—Abre las piernas.

Cruzada de brazos, Bami se deja secar dócilmente.

—Abre más.

La muchacha separa sin vergüenza ni temor los muslos de modo que a la maestra no le resulte difícil alcanzar con un cabo de la manta la parte más recóndita de su entrepierna.

—A tu edad y semejante madeja —dice la maestra en tono de reproche—. ¡Hija, ni que estuvieras criando lana para hacerte un manguito! Vamos, sujeta.

Y mientras Bami, todavía temblando, sostiene la manta con sus dedos

amoratados, la maestra se dirige al automóvil en busca de unas tijeras de manicura. Con ellas rebaja aquella estopa densa que oscurece el bajo vientre de la muchacha.

—Así está mejor, ¿no crees?

—Sí, se-ño-ri-ta.

A Bami el castañeteo de dientes apenas le deja articular palabra.

—¿Seguro?

—Por su-pues-to que sí, se-ño-ri-ta.

Bami se echa el abrigo por encima de los hombros porque así se lo ha pedido la maestra, y por la misma razón desciende de la piedra. La maestra, entretanto, se desabrocha la blusa; da un giro al sujetador a fin de tener el cierre a mano para soltarlo; tras lo cual se saca la prenda por un costado y, tendiéndosela a la muchacha, le ordena que se la ponga. Es un sujetador de blonda con bordados en azulón, tirante fino y un lazo de adorno entre las dos cazoletas. Bami está vivamente impresionada. Nunca ha llevado sujetador y este que le ha regalado la maestra no guarda semejanza alguna con la sencilla lencería de algodón que usa su madre.

Al final es la maestra quien, advirtiendo el estupor de la muchacha, le ajusta la prenda al pecho y se la cierra.

—Me da dolor de ojos ver que andas con las tetas sueltas. Si no lo remedias, el día menos pensado te las pisarás al caminar.

—Es usted muy buena, señorita.

La maestra, luego de asegurarse de que nadie la observa ni desde el puente ni desde algún lugar de la espesura, se ha bajado rápidamente los pantalones y se ha quitado las bragas, hechas del mismo tejido y provistas de idénticos bordados que el sujetador.

—Toma. Hoy tiro la casa por la ventana.

—Que Dios se lo pague.

—Sí, hija, porque tú con noventa y cuatro melios no creo yo que... En fin, cuida bien estas prendas. No dejes que te vea nadie con ellas puestas para que no te confundan con lo que no eres. Y sobre todo y por encima de todo, Bami, no menstrúes en las bragas.

—Como usted diga, señorita.

Al poco rato, están las dos de nuevo dentro del automóvil dispuestas a reemprender la marcha, y de manos a boca la maestra se vuelve a Bami y le dice:

—¿Sabes una cosa, cielo? Mientras te vestías me ha estado quemando una brasa dentro de la cabeza. Suerte has tenido de que yo no sea varón. Te habría derribado con mis brazos poderosos, me habría arrojado sobre ti y te habría penetrado hasta saciarme con tu sufrimiento. Abre bien los ojos cuando estés en el mundo, Bami. Deberías precaverte de los deseos que despiertas. Esto dicho, quiero que me saques de una duda. ¿Tú te habrías dejado penetrar por mí?

Bami responde amilanada, pero sin vacilar:

—Sí, señorita.

La maestra se la queda mirando un instante a los ojos, como tratando de escrutar en el fondo de ellos. De pronto arrea a Bami un bofetón que produce dentro del automóvil un fuerte chasquido de carne maltratada.

—Esto para que aprendas.

Bami intuye que la maestra acaba de transmitirle una enseñanza importante para la vida; pero no sabe cuál, quizá porque no ha prestado suficiente atención. Eso la angustia a tal punto que no se atreve a apartar la mirada de los labios pintados, severos, de la maestra, en la esperanza de que en cualquier momento se separen el uno del otro y dejen salir por la abertura unas palabras que apaguen su ansiedad.

A Bami las mejillas le arden de vergüenza más que de dolor. En pensamiento implora a Dios que le conceda el alivio del llanto, e incluso frunce los párpados en un esfuerzo por achinar los ojos, como si tal cosa bastara para extraer del lagrimal una gota.

—¿Te gusta que te peguen?

—No, señorita.

—Acerca la cara.

Bami la acerca. Sus fosas nasales absorben el hálito tibio y tranquilo que exhala la maestra.

—Saca la lengua.

Bami obedece.

—Métela en mi boca.

Al pronto, Bami vacila ruborizada; pero después, impelida por el miedo a decepcionar a la maestra, se lanza a cumplir con vehemencia lo que ésta le ha mandado. Percibe en primer lugar, con su lengua blanda, medrosa, un sabor vagamente terroso de pintalabios y enseguida la dureza rectilínea, por arriba y por abajo, de las dos filas de dientes que limitan el conducto de entrada. Una tímida presión le basta a Bami para vencer aquella resistencia.

Ahora nota un tacto como de entraña blanda que le resulta de todo en todo agradable; y nota al mismo tiempo una humedad templada, acogedora, con sabor a tabaco; y nota cómo la lengua de la maestra empuja la suya hasta apretarla contra el cielo de la boca; y nota de repente, cuando ya no la puede mover, un dolor grandísimo que la obliga a echar la cabeza hacia atrás a toda prisa.

Aplica la boca al dorso de la mano y al retirarlo descubre en él una hilera de puntos sanguinolentos.

—¡Serás idiota! —vocifera la maestra fuera de sí—. ¿Cuándo mierda vas a aprender a desobedecer?

Bami rompe a sollozar con la cara hundida en la cuenca de sus manos. La maestra se las aparta de un tirón. Acto seguido profiere cerca de su oreja un grito terebrante:

—¡Mírame!

Y tan pronto como Bami vuelve los ojos hacia ella, le sacude una sonora bofetada en la misma mejilla que hace un rato.

—¿No entiendes que no debes hacer siempre lo que te mandan? ¿No lo entiendes? ¡Mírame!

Por la cuenta que le trae, Bami se abstiene de revirar la cabeza. Los sollozos se le han terminado como por ensalmo. No siente frío ni calor. No siente nada. Con el rabillo del ojo advierte que la mano de la maestra se aproxima a ella lentamente. Viene precedida de una sutil vaharada de perfume. La maestra le acaricia en silencio la nuca antes de darle un beso rápido en el sitio donde le ha golpeado en dos ocasiones.

—¡Uf, niña! —dice la maestra, suspirante, ya calmada—. Cuesta abrirte más que a un coco.

De nuevo en la carretera, rumbo a Aftino, Bami alza la mano a la manera de los colegiales bien educados que piden la palabra en el aula. Conserva la postura por espacio de varios minutos, esperando en balde que la maestra se digne prestarle atención. Al fin, como se le cansa el brazo, lo baja. Un rato después lo vuelve a levantar.

Atrás han ido quedando mientras tanto las primeras aldeas del camino: Aedro de Arriba, Aedro de Abajo, Babimtas, Daer..., cada una con su iglesia más parecida a un fortín que a un lugar reservado al recogimiento y la oración; iglesias antiguas, de gruesos muros de piedra renegrida, salpicados de aspilleras, vestigio de las luchas sostenidas en el pasado contra la nación vecina.

La ruta ha entrado en una zona de labrantíos y campos de frutales. Sube y baja de colina en colina, con algún que otro tramo llano por medio. Desde algunos altos despejados se avista el mar, apenas una franja de color indefinible en la distancia.

Poco antes de llegar a los arrabales de Aftino, Bami reúne valor para romper el silencio.

—Señorita —dice con ojos entornados y ánimo de halagar—, no tengo que ser como soy.

La maestra se hace la sorda. Incluso vuelve ostensiblemente la mirada hacia el lado contrario.

—En Antíbula cambiaré.

A Bami el mutismo de la maestra se le figura una invitación a seguir hablando. Supone que de no ser así ya le habría interrumpido. Resuelta a sincerarse, quiere evitar a toda costa un monólogo como aquellos a que solía forzarla su padre en la cocina de casa. Forma pensamiento de decir cosas breves, desgranándolas igual que si fueran las cuentas de un rosario, y, entre una y otra, callar. Cree que de ese modo dispondrá de tiempo para sopesar cada frase antes de pronunciarla. De paso escudriñará en las facciones de la maestra el efecto de sus palabras. Al menor gesto de disgusto, dice para sí, parará de hablar.

—Cambiaré, señorita. A Dios y a usted encomiendo mi promesa. Allá, en Antíbula, ¿quién me conoce? Nadie sabe de mí. Sólo mi hermano. Mi hermano hace años que no me ve. Me recordará de niña. Cómo soy ahora, no se lo puede imaginar.

Quizá se haya olvidado de mí. Eso dice mi madre. Que no nos escribe porque ya nos borró de su recuerdo. Quizá lo avergüenza contar dónde nació. Que tiene parientes en un pueblo de Pratabernel. Ni siquiera estoy segura de poder encontrarlo. Quizá viva con una mujer, como mi otro hermano, y yo le estorbe. Señorita, allí seré distinta. Allí naceré otra vez, pues nadie me conoce. Hablaré con la gente. Me esforzaré por agradar. Siento miedo, pero ya se me pasará. Se lo prometo. Me acordaré mucho de usted. Usted es buena. ¡Los pies de usted son tan bonitos! La visitaré si vuelvo. La visitaré si no me pasa nada malo. Y si usted permite que la visite. Señorita..., yo... le agradecería que me hablase.

La maestra da a Bami unas palmadas afectuosas en la rodilla para mostrarle que, pese a todo, no está enfadada y que comprende o aprueba lo que ha dicho.

A eso de la una de la tarde, Bami se apea del Carde en una explanada de aparcamiento contigua a una de las dársenas del puerto. Se conoce que en Aftino ha debido de llover por la mañana. Los automóviles tienen la carrocería mojada y hay charcos de agua reciente repartidos por el asfalto. El cielo presenta, sin embargo, algunos resquicios azules, augurio de una probable mejora del tiempo. A veces se asoma el sol por uno u otro; pero no aguanta sino un rato, lo que tarda en venir a cubrirlo la nube siguiente.

Nunca antes había estado Bami en el puerto de Aftino. Con atenta curiosidad tiende la mirada a todos lados mientras la maestra, dentro del automóvil, se peina, retoca sus labios ante el espejo retrovisor y termina de calzarse.

Llama la atención de Bami un revuelo de gaviotas chillonas que se disputan en el aire un despojo. Sopla una brisa fresca, olorosa, que deja en la boca de la muchacha un regusto salado. Al fondo, detrás de una alambrada a la que han sido fijados diversos carteles publicitarios, se alza la popa de un buque mercante de cuyas entrañas tres o cuatro grúas altísimas no paran de sacar contenedores.

La maestra declara a Bami su intención de acompañarla hasta un edificio acristalado que hay frente a la verja de entrada al recinto portuario. Allí, en la planta baja, según les ha explicado el vigilante del aparcamiento, se halla instalado el puesto de venta de pasajes. Al llegar encuentran largas colas de gente delante de las ventanillas abiertas al público. Un letrero de grandes dimensiones, colgado en la pared, anuncia que el próximo barco zarpará dentro de dos horas.

Bami se ha colocado en la fila que a su parecer se mueve más deprisa. No tarda en percatarse del error; pero ya es tarde para buscarle remedio. De vez en cuando avanza un paso. Cuenta entonces de nuevo las personas que tiene delante. El resto de la espera lo pasa embebida en el examen de fisonomías y vestimentas. La variedad de tipos la colma de plácido asombro, que alcanza un grado próximo a la exaltación al percatarse de que nadie a su alrededor la mira mal ni la señala con dedo acusatorio; que su presencia, en suma, no disuena en medio del gentío.

A veces vuelve los ojos hacia la maestra, que se ha quedado al cuidado de la maleta y la talega de las provisiones. Sentada con las piernas cruzadas en un banco de

madera, a la luz del ventanal, la maestra escribe unas líneas a bolígrafo en una esquina de periódico. Con el trozo de papel hace después un canutillo y lo enrolla hasta darle forma de cáscara de caracol. A Bami le vienen al recuerdo las manos de su padre cuando liaba cigarrillos. En esto, ve a la maestra quitarse la gargantilla y extenderla encima del regazo. Pende de la cadena un pequeño medallón de plata que tiene forma de concha. Entre las valvas, articuladas por una charnela, ha encerrado la maestra el caracolillo de papel.

Cuando por fin le llega el turno a Bami, la maestra se pone de pronto a su lado y se adelanta a pagar de su dinero un billete de segunda clase con derecho a camarote individual.

—Señorita.

—Tú déjame a mí.

Bami está tan agradecida que, al salir a la calle, no puede aguantarse las ganas de besarle las manos a la maestra.

—No seas pegajosa, niña. Los besos de sumisión mejor los guardas para el anillo pastoral. Antes de despedirte, quiero que te retires conmigo a donde nadie nos oiga. Necesito que me hagas un recado en Antíbula. Después, buen viaje.

La muchedumbre se arremolina ante la verja de acceso al muelle de embarque. Abrazos, voces, pañuelos y ademanes de despedida. En lo alto de un poste, un letrero advierte que sólo se admite el paso a las personas provistas de pasaje. Flanquean la entrada dos torres de ladrillo rematadas en garita. Rodea a éstas un balcón desde donde atalayan sendos guardias de aduanas, cejijuntos, bigotudos, con el arma en posición.

Más allá, amarrado con gruesas cadenas por la banda de babor, aguarda el barco de pasajeros que cubre la línea Aftino-Antíbula. Filas de viajeros cargados con valijas y paquetes suben a él por las distintas rampas. Sobre la amura destacan las enormes letras del nombre, estarcidas en blanco: CRUZ DE ANTÍBULA. A Bami, a primera vista, el barco se le figura un castillo de acero. No concibe que semejante mole pueda flotar.

En la trasera de un almacén, a cubierto de la brisa y del bullicio de la muchedumbre, le dice la maestra:

—He sufragado tu viaje a cambio de un servicio que has de hacerme sin falta en Antíbula.

—Sí, señorita, con mucho gusto.

—Será cosa de poco momento con tal que encuentres el lugar. Hubo tiempo atrás un bello, un terrible, un imperdonable desatino en mi vida. No precisas de mayores explicaciones. Sería, además, largo, muy largo de contar. De una pasión traicionada procede mi amargura. Sí, Bami. Yo soy una mujer triste, una mujer vacía, que para consolarse no tiene otra salvación que unos vicios ocasionales. Seguro que no entiendes. ¡Eres tan dulce y buena! Algún día entenderás. Tampoco pretendo asustarte. Baste con que sepas que he sufrido, que aún sufro y que malvivo con los dientes apretados por causa de un rencor que no se me despegas. Día y noche me

podre la sangre. ¿Me ayudarás?

—Lo estoy deseando, señorita.

—Por boca de fiar averigüé, va para tres semanas, que la causa de mi rabia vive domiciliada en cierto edificio de Antíbula. Será su escondite, digo yo. Grábate bien las señas. La calle es la de Natenés; el número, el 17; el piso, un sotabanco, al parecer de mala muerte, ante cuya puerta se acaba la escalera. No me preguntes por dónde queda la calle. Pasa de quince años que no visito la capital. Me consta, eso sí, que el edificio da al río, no lejos de su desembocadura. En qué orilla, lo ignoro. Confío en que con estos datos acertarás a orientarte. Si quieres te los apunto.

—Los llevo en la memoria, señorita. Natenés, 17, arriba del todo.

—Muy bien, Bami. Te llegarás a esa vivienda lo antes posible. Si nadie te abre, vuelves más tarde. Vuelves otro día. Vuelves y vuelves hasta que te reciba la persona que habita en el sotabanco. Le entregarás esta gargantilla en mano.

A este punto, la saca de un bolsillo de su chaqueta y se la coloca a Bami en torno al cuello para evitar, según dice, que la pierda durante el viaje.

—No necesitarás —prosigue— explicarle quién te manda. La gargantilla hablará por ti. No abrigo intención de ocultarte que contiene un mensaje. Un mensaje lleno de dolor, de odio, de inmundicia humana. No lo saques de la concha, Bami. Te lo suplico. No quiero que te salpique su suciedad. Además, se te podría caer al mar, te lo podría arrebatarse el viento, podría llegar a manos de algún extraño.

—No se preocupe, señorita. No lo sacaré.

—¿Me lo prometes?

—Se lo prometo por Dios, señorita.

—Agradezco tu comprensión. Te ruego, por último, querida Bami, que me escribas una vez hayas entregado la gargantilla. Cuéntame qué cara puso, qué hizo, si lloró, si se mesaba los cabellos. Yo corresponderé a tu carta con otra en la que recibirás cumplida respuesta a todo lo que me quieras preguntar. A todo, Bami. A todo, te lo juro.

El *Cruz de Antíbula* ha levado anclas a la hora prevista. Un viejo, humeante remolcador con parches de minio en el casco herrumbroso ha arrastrado al enorme navío hasta rebasar la boca del puerto. Después lo ha ido llevando por una ruta abalizada, como si llevara de la mano a un gigante tullido, y casi al final del abra, a la altura del faro, lejos de encalladeros y cantiles, lo ha abandonado a su rumbo.

El coloso de acero ha hecho sonar su potente sirena momentos antes que su proa hendiese las primeras olas de la mar abierta. Luce el sol sobre los vastos dominios acuáticos, cuajados de rizos espumosos. Son los estertores últimos de un reciente temporal.

—Ayer no pudimos zarpar —ha oído Bami, nada más embarcarse, a un hombre vestido de uniforme que estaba conversando en la cubierta de botes con un viajero amanerado.

El viajero sostenía en sus brazos un cachorro de lince. Tintineaban los cascabeles dorados del collar cada vez que el felino, en persecución de pájaros quiméricos, tiraba un zarpazo al sombrero de su amo.

—La mar se parece a mi difunta madre, que cuando se enfadaba era conveniente dejarla sola.

—Hoy cargamos el doble de pasaje que otras veces.

—Ganancias para la compañía; para la tripulación, trabajo, y para los demás, apreturas y molestias.

—Y que lo diga usted.

Desde el inicio de la travesía, Bami ha permanecido dentro de su camarote con la cara pegada a un ventanuco practicable que hay entre dos ojos de buey. El camarote se halla situado cerca de popa, en la aleta de estribor. Bami ha sabido encontrar sin ayuda de nadie la cubierta de segunda clase y luego el número de su camarote, mirando los planos del barco que hay fijados de trecho en trecho en los mamparos. Mientras bajaba escaleras y recorría el laberinto de pasillos atestados de gente, le complacía imaginar que a su madre y a la maestra, allá donde estuviesen, las colmaba de orgullo el buen pie con que ella ha comenzado su aventura.

Por desgracia le ha durado poco la alegría. La camarera encargada de abrir las puertas y entregar las llaves en aquel departamento, al ver a Bami, ha clavado en su atuendo, en su maleta pobre, en su expresión modosa, unos ojos cuajados de desdén. Ni siquiera se ha dignado dirigirle las palabras de bienvenida a que la obligan las normas de hospitalidad del barco. Desde el interior del camarote, Bami la ha oído saludar a otros pasajeros que iban llegando.

Al rato, un puño imperioso ha sacudido tres golpes en la puerta. A Bami no le entraba en la cabeza que alguien estuviese interesado en hablar con ella; pero a la

segunda racha de golpes ha intuido que la brusquedad de las llamadas por fuerza ha de guardar relación con la catadura desabrida de la camarera. El pecho se le ha llenado de palpitations al abrir la puerta y darse de bruces con la ronda de inspección. Delante, un oficial con bigote y una mujer regordeta; detrás, dos agentes que se han quedado avizorando uno para cada lado del pasillo.

El primero en hablar ha sido el del bigote.

—Papeles.

Bami se ha apresurado a tenderle los documentos que su madre le ha metido por la mañana en un cartapacio de piel de perro.

—Una muchacha de la montaña, sola a bordo de un paquebote, merece un trato especial de la autoridad. ¿Cómo se explica la falta de compañía?

En recuerdo de la promesa hecha por la mañana a la maestra, Bami ha resuelto mostrarse comunicativa, por más que notaba la lengua tarda y miedosa.

—A Antíbula voy, señor.

—A Antíbula vamos todos —ha intervenido, adusta, la mujer—, a menos que una borrasca nos baje al fondo del mar. Una pinta excelente tiene este camarote. No es de primera clase, pero, tal como están los tiempos, como si lo fuese. ¿No debería vestir y calzar con más gusto quien puede permitirse semejantes comodidades?

Bami se ha quedado mirando a la inspectora con ojos atónitos, sin saber qué responder.

—Anda, pimpollo, enséñanos el equipaje. Hay cuestiones que piden ser aclaradas sin demora.

A Bami le temblaban los dedos cuando ha soltado las hebillas de la maleta. El inspector, pendiente del cinto la pistolera acharolada, se ha puesto a revolver con sus manos grandes, de dorsos velludos, las pertenencias de Bami. La inspectora, mientras tanto, ha derramado sin miramientos, sobre la sobrecama, las provisiones de la talega. Al final del registro, los dos se han mirado un instante en silencio.

—¿Te esperan en Antíbula? —ha preguntado la mujer.

—No, señora.

—¿Llevas por casualidad un contrato de trabajo?

—No, señora.

—Entonces —ha terciado el del bigote, plantándose en jarras delante de Bami—, ¿a qué puñetas viaja a Antíbula una mocosa de pueblo como tú?

—Voy en busca de mi hermano.

—¿De tu hermano? Claro, claro. A ver, ¿dónde vive?

Por toda respuesta, Bami se ha encogido de hombros. La inspectora la ha agarrado entonces de un brazo. De un recio tirón la ha obligado a girarse hacia ella.

—No sé si mientes o no. Poco me importa. Como me vengan a contar que aprovechas el barullo del barco para sacarte un jornal, irás derechita al calabozo. Allí me encargaré de que no te falte una buena zurra. ¿Has entendido o necesitas una demostración?

A Bami, a causa del nerviosismo, se le ha escapado una respuesta que ella hubiera querido simplemente rápida, pero le ha salido tajante.

—Sí, señora, la he entendido.

—¡Descarada! No te sacudo un revés por no llenarme la manga de piojos. Pero descuida, que no será ésta la última vez que nos veamos. —Luego se ha vuelto hacia su compañero para decirle—: A esto lleva la democracia. Al puro caos y a la insolencia.

Y tras salir ambos inspectores al pasillo, el del bigote ha asomado la cabeza a la puerta para susurrar a Bami con una sonrisa preñada de mala fe:

—El calabozo no tiene respiraderos. Está en un rincón del cuarto de máquinas. Un sitio poco saludable para una palomita. ¡Y tan estrecho! De día y de noche, uf, no hay más que calor, ratas y ruido. Por allí andan los maquinistas. Esa gente sabe mucho de sudar y de oler mal. De buenos modales, en cambio, no sabe nada. Ésos no te pagarán. Conque piénsatelo bien antes de pindonguear por el barco haciendo negocio con tus encantos.

De nuevo sola, Bami ha corrido el pestillo a toda prisa. A continuación se ha echado en la litera, con los zapatos puestos y un deseo incontenible de esconder la cabeza debajo de la almohada.

Las lágrimas le hacían al principio un efecto sedante. Luego le han entrado unos hipos y temblores muy fuertes al ver de pronto a su madre sentada en medio de sus pensamientos, cuatro o cinco segundos nada más, con sus prendas de luto, sus manos pálidas, atravesadas de venas, y un hilo de sangre que le brotaba de un cabo de la boca.

No está segura de lo que su madre le ha dicho. Sus propios sollozos le han impedido oír con nitidez. Era algo de la soledad y la despedida y puede que algún reproche; sin duda una cosa triste que primero la ha colmado de angustia, llevándola al borde de los espasmos, y más tarde la ha ido dejando sin energía, sin voluntad, resignada a un lento y sostenido dolor.

Tumbada en la litera, casi dormida, ha sentido que el *Cruz de Antíbula* empezaba a moverse. Se ha levantado de un brinco y hace alrededor de media hora que no se aparta del ventanuco. Atrás se van quedando los barcos atracados. Los hay con nombres curiosos, sugerentes, y otros, venidos de allende los mares, que ostentan en el casco signos de alfabetos exóticos que Bami no logra descifrar.

Los hay asimismo que lucen banderas que a ella le suena haber visto alguna vez en el atlas de la escuela. Por pasatiempo se afana en adivinar a qué país corresponde cada una. Reconoce sin dificultad unas cuantas: la de Canadá, la de Gran Bretaña, la de Japón... Otras, por el contrario, la dejan sumida en un torbellino gozoso de dudas y suposiciones.

Más allá del puerto, una cadena de colinas verdes, punteadas de casas solitarias, bordea el abra por la banda de estribor. La tierra remata en un promontorio coronado, casi en el borde del precipicio, por el célebre faro de Aftino.

El *Cruz de Antíbula* se adentra a toda máquina, sin bandazos, en alta mar. Se notan, eso sí, esporádicos parones, compensados al momento por breves embestidas en la dirección de avance, como si a fuerza de empuje el barco se sobrepusiera a cada paso a no se sabe qué resistencia en su derrota. Temía Bami que la mareara el continuo balanceo, pero ahora se da cuenta de que no hay razón para inquietarse.

El sol declina. Lo azul se va tornando morado; y luego lo morado, negro, y entonces nada se ofrece a la vista salvo algún que otro punto luminoso en lontananza, las estrellas innumerables y un gajo fino de luna.

Ya oscuro, Bami toma asiento a una mesa de madera adosada a la pared. Una lámpara que imita la forma de un fanal vierte una luz amarillenta sobre el tablero bruñido. La mesa tiene las patas fijadas al suelo con tornillos. También tiene dos cajones, en uno de los cuales Bami ha encontrado por casualidad un ejemplar en octavo de la Biblia con las tapas forradas de percalina.

Se acuerda Bami, mientras ojea el libro, de las últimas palabras de su madre por la mañana:

—Acógete a la religión, hija, y hazte monja si la fortuna se te niega, pero aquí no vuelvas.

Entre dos rebanadas de pan de centeno ha colocado una loncha de tasajo, correosa a más no poder. A Bami le falta líquido para empujar los arduos bocados. Con ojos ávidos detiene la mirada en el interior del mueble-bar. Sobre las baldas se alinean las botellas de cerveza, aguardiente y otras bebidas alcohólicas que ella nunca ha probado. El deseo de conocer sabores nuevos le aprieta casi tanto como la sed, pero ella consigue resistir la tentación tras un vistazo a la lista de precios.

Tampoco se decide a abrir un botellín de agua mineral, que es lo que menos cuesta. Lleva propósito de desembarcar en el puerto de Antíbula con sus noventa y cuatro melios intactos. Sólo en caso de apuro extremo se resignaría a efectuar un gasto, el menor posible. Al final, impelida por la sequedad de su boca, se mete en el cuarto de baño e intenta tomar un sorbo del agua desalinizada que sale por el grifo. Es tan turbia y sabe tan mal que la escupe entre arcadas. No la quiere ni para hacer unas malas abluciones.

Con frecuencia le llegan risas y voces de gente que deambula por el pasillo; a ratos, también, rumor de música. En algún sitio cercano deben de estar celebrando un baile con orquesta. A gusto daría Bami un paseo por el barco o se metería en la sala de cine donde, según el prospecto, ponen películas hasta las dos de la noche, pero no se atreve. Se echa a temblar pensando que pudiera toparse con los inspectores.

A eso de las once, decidida a acostarse, Bami ha tapado con la cortina el ventanuco y los ojos de buey.

En la Biblia, abierta al azar, ha leído:

No temas, porque estoy yo contigo. No te asustes, pues yo soy tu Dios. Yo te doy fuerza, soy tu auxilio y te sostengo con mi diestra victoriosa.

Después, un poco más abajo:

Entrarás en la casa del Padre, porque mucho vales a mis ojos, porque yo te crié para la gloria. No temas, gusanillo de Jacob, larva insignificante de Israel, ya vengo en tu ayuda>.

Al tiempo de quitarse la ropa, se pregunta si acaso es designio del Todopoderoso que ella haya leído por casualidad esas líneas de letra menuda que resuenan en su conciencia con un eco de premonición. Y piensa que así como de su madre ha recibido dinero y comida, y de la maestra, consejos, advertencias y unos cuantos favores, tal vez, ahora que se encuentra sola y asustada, le ha llegado a Dios el turno de protegerla hasta que encuentre a su hermano.

Se contempla en la luna del guardarropa, vestida nada más que con la braga y el sujetador que le ha regalado la maestra. No otras prendas lleva puestas cuando, apagada la luz, se arrebujaba bajo las cobijas que huelen ligeramente a lejía.

A todo esto, se le escapa una ráfaga de carcajadas en la oscuridad. Le hace gracia reírse por las buenas; pero enseguida le entra miedo de que la oiga la camarera y se ha callado de golpe. Después de rezar sus oraciones diarias y de pedir a Dios que vele por la salud de su madre, se ha estado procurando gusto con el dedo corazón, que es un método que tiene ella desde la niñez para conciliar el sueño en poco tiempo.

Bami se despierta por la mañana temprano con una sensación de tierra en la boca. Se le ha ocurrido que quizá sea posible tomar un sorbo de agua mineral sin que se note. Bebería una pequeña cantidad, luego enroscaría bien fuerte el tapón y escondería la botella detrás de las otras, en el fondo de la balda. Claro que si la pillan, ¡menuda vergüenza!

A lo mejor si desayunase las ciruelas pasas que guarda en la talega se le podría hacer la sed más llevadera. Se pone a masticar dos o tres con más esperanza que hambre. Las ciruelas, blandas, viscosas, se le quedan pegadas en el paladar. No logra tragarlas sino a duras penas, de modo que al final se resigna a enjuagarse la boca con el agua repugnante del grifo.

Peinados y recogidos en moño los cabellos, Bami busca dentro de la maleta la ropa que vestirá este día. Elige prendas que, aunque arrugadas, resultan bastante más presentables que las no muy limpias que llevaba ayer. Y es que su madre, cuando volvieron las dos de vender los perros, le metió tanta prisa para que se marchara que no tuvo más remedio que salir de casa con lo puesto.

La mañana es fresca y gris, y el mar está tranquilo. A mediodía un nubarrón descarga sobre el *Cruz de Antíbulas*, durante media hora, un aguacero que ha barrido a la gente de la cubierta superior. No bien para de llover, Bami asoma la cabeza al pasillo. No ve a nadie. De puntillas sale del camarote y a paso vivo, sin levantar la vista del suelo, se dirige a las escaleras más cercanas. Minutos después, sobre la plataforma de popa, recoge en la cuenca de la mano gotas de lluvia que penden de la

parte inferior de las barandillas. Cada vez que ha reunido cierta cantidad de agua, persuadida de que nadie se da cuenta, se chupa la palma con fruición.

Un señor de edad madura, porte distinguido y barba entrecana, que la ha estado observando desde donde empieza la cubierta de botes, se acerca a hablarle. Viste con elegancia de caballero adinerado: pajarita de seda tornasolada, sombrero gris de fieltro con cinta negra y zapatos también negros que relucen como piedras pulidas.

—Disculpa, moza.

Bami se vuelve con unos ojos grandes de sobresalto.

—No te asustes, que yo sólo vengo a ayudarte.

Al ver el gesto sereno del hombre, al escuchar el tono cálido y grave de sus palabras, Bami ha pasado en un instante del susto y los latidos descompasados a un grato asombro. Le ha venido a la memoria la Biblia con las tapas de percalina, el *gusanillo de Jacob*...

—Si consintieras en el trato de un hombre que sólo quiere hacer el bien a sus semejantes, yo acudiría ahora mismo en remedio de tu necesidad.

Bami intenta secarse las manos dentro de los bolsillos del abrigo, con la urgencia y el disimulo de quien se afana por borrar el rastro de un delito.

—¡Qué tiempos los nuestros! Nos han impuesto la democracia. Nos gobierna un rebaño de incompetentes, de ladrones y sinvergüenzas que no se ocupan más que de agrandar su fortuna. ¿No opinas tú lo mismo?

Bami, anonadada, no acierta a responder.

—Y mientras tanto la pobreza no cesa de causar estragos en las capas bajas de la sociedad. Los peor parados, como siempre, sois los jóvenes. Ni expectativas de futuro ni nada de nada. Ya se huele la rabia en el ambiente. ¿No la notas? Cualquier día estalla otra guerra como la del año 28 y con razón.

A este punto, el hombre posa una mano confianzuda sobre un hombro de Bami, en un gesto que se dijera ostensivo de consuelo, de comprensión paternal, de amabilidad protectora. A Bami le sube por el espinazo un calambre de agradecimiento que la induce a inclinar la cara hacia el suelo, como queriendo encogerse.

—Me desvivo por ayudar a quien lo necesita, pero no doy abasto. ¡Son tantos los infortunados! Moza, dime dónde está tu familia, tu marido si lo tienes o tus hijos, para que yo envíe sin pérdida de tiempo a mi secretario a evaluar el importe de mi donativo. ¿Están todos a bordo?

—No, no, señor... No se moleste. No tengo a nadie.

—¿Ni siquiera un novio?

Bami niega con cándida firmeza.

—Es lástima que la naturaleza permita que se desperdicien esa juventud, esos labios, esos pechos redondos... ¿Por qué no nos ayudamos mutuamente? ¿No consideras hermoso y hasta justo que dos seres humanos fraternicen para acabar con la desdicha? Porque, aquí donde me ves, tampoco me falta sufrimiento.

Sus dedos tibios han ido deslizándose poco a poco del hombro al cuello de Bami. Ella los siente entretenerse y jugar un momento con el cierre de la gargantilla; después, sin darle mayor importancia, con el vello que aterciopela su nuca en el arranque de la melena. Más aquí del rumor de las olas, en el fondo de sus pensamientos, suenan los versículos del profeta: ... *soy tu auxilio y te sostengo con mi diestra victoriosa.*

El hombre luce en la muñeca un reloj de postín.

—Moza bella, sácame de mi soledad, que es mi mayor mal. En recompensa, yo te abriré las puertas de una vida regalada. Te lo juro.

El hombre atrae hacia sí la cara embelesada de Bami, que dócilmente se deja besar y luego estrechar contra el pecho perfumado del desconocido.

—¡Cómo me excitas, criatura! Préstame tu cuerpo y los dos saldremos ganando. Fíjate, te doy cien melios a tocateja. Si estás por desflorar duplico el pago.

Atrapada en los brazos del hombre, Bami se pone de pronto rígida. La mención del dinero le ha hecho el efecto de una ráfaga de viento frío que se ha llevado de su recuerdo las frases de la Biblia.

—¿Te resistes? Te advierto que pertenezco a la categoría de los que siempre consiguen lo que se proponen. ¿Cuál es el problema?

—Tantos melios, señor.

—¿Te conformas con menos? Por mí...

La brisa fresca, los suelos mojados, la amenaza de lluvia quitan las ganas de salir al aire libre. Convencido de que nadie lo observa, el hombre introduce una mano por debajo de la blusa de Bami y se apodera de un pecho.

—Me alegro de saber que te agrado. No obstante, te pagaré el servicio. No me parece correcto que una muchacha tenga que andar bebiendo el agua de las barandillas. Todo el que trabaja merece un salario. Quizá recibas menos de lo que he dicho antes, pero algo recibirás.

La va a besar de nuevo. Se para un instante a contemplar su propia imagen en aquellas pupilas dilatadas que lo escrutan con una suerte de fervoroso estupor. Se recrea en la lenta aproximación de sus labios a los labios entreabiertos de la muchacha, tratando de extraer el máximo deleite de su ostensible mansedumbre.

Pero entonces se le clava en la espalda la voz aguda, destemplada, de una señora coja.

—¡Canalla!

Bami nota que el hombre se estremece antes de soltarla.

—¡Ay, mi niña —exclama éste entre dientes—, la cagué bien cagada! Ya puedes juzgarme mendigo.

La mujer, cincuentona, corpulenta, avanza con pasos raudos de lisiada por la plataforma de popa. Viene encendida de coraje, apoyándose en un bastón de contera metálica que emite un toc furioso cada vez que percute en el entablado. El papo le late como si se le hubiera subido el corazón a la garganta. Tiene la mirada torva, las

cejas pintadas y los blandos carrillos untados con polvos de tocador.

—Ya me dijeron, ya me avisaron. Cuidado, que es un engañador. Que te sacará los cuartos. Que te amargaré la vida. ¡Qué ciega fui!

—Amor mío, yo...

—¡Basta de comedia! Dame una explicación o me lanzo al mar.

El hombre susurra acobardado al oído de Bami:

—Quinientos melios si me ayudas. Dile que me embaucaste. Dile que me has dado un bebedizo. Dile lo que sea. Quinientos melios hoy mismo, te lo juro.

A pocos metros de distancia, la mujer se detiene como si una súbita desconfianza le hiciese dudar de lo que ven sus ojos. Tras un segundo de tensa incertidumbre, se entrega de nuevo a su despecho, resopla, blande el bastón y despotrica mordiendo rabiosamente las palabras.

Bami echa a correr con pensamiento de refugiarse cuanto antes en su camarote. Su rapidez no impide que la airada señora le atice un bastonazo en la cara.

—¡Toma, golfa! ¡Rompemrimonios!

Bami pierde el equilibrio y se cae. Nota la mejilla llena de hormiguillo. Se la toca con dedos asustados. Luego se mira las yemas por si están tintas en sangre, pero no lo están. A punto de levantarse, le alcanza otro golpe, esta vez en la cadera.

Oye al hombre decir:

—Iba a entregarle una limosna. Entonces la malvada me ha tapado la nariz con un pañuelo empapado en algún hipnótico. De pronto no he sido dueño de mis actos. Seguro que su abrazo era un truco para robarme la cartera. ¡Amor mío, menos mal que has venido! Deberíamos informar a la policía del barco.

Bami corre hacia las escaleras que bajan a la cubierta de paseo. A toda prisa enfila después el largo corredor techado. Hasta ese momento se ha olvidado de respirar y ahora lo paga boqueando a la desesperada para deshacer el nudo doloroso que se le ha puesto en el centro del pecho. Al ruido de sus pisadas vuelven la cabeza viajeros solitarios que leen el periódico, caminan o fuman plácidamente con la mirada perdida en la lejanía. Otros, arracimados en grupos de conversación, enmudecen cuando la ven pasar desalada, huyendo no se sabe de quién.

Sin parar de correr llega Bami a su camarote. Echa el pestillo y cierra con doble vuelta de llave. Abriga el propósito de permanecer recluida hasta el final de la travesía. La luna del guardarropa le devuelve un gesto de pavor. Una marca rosada le cruza la mejilla. Se la toca con dedos cautelosos, pero no le duele. Ese lado de la cara lo tiene como dormido.

El beso del hombre le ha dejado un resabio de arenilla en la lengua. Trata de quitárselo lanzando escupitajos por el ventanuco. A su boca pronto se le agota la saliva. Entonces, en un arrebató de ansiedad, ha abierto un botellín de agua y lo ha vaciado de un trago.

Se sienta después en el borde de la litera. Las manos sobre el regazo, ya respira mejor, ya se va sosegando, ya no experimenta miedo sino sólo tristeza, una tristeza

difusa y espesa que acaso no sea exactamente tristeza, sino una mezcla de fatiga, resignación y lasitud producida por la conciencia del desamparo absoluto en que se halla.

Transcurren las horas. Bami sigue persuadida de que tarde o temprano el puño de la autoridad llamará a su puerta. Ha pasado la tarde en vilo, la larga tarde tan pronto azul como gris, temblando cada vez que sonaban voces en el pasillo. No se atreve a quitarse los zapatos por temor a que la lleven descalza. Tampoco se atreve, por la superstición de que si se mueve del sitio precipitará su desgracia, a probar bocado ni a recrearse como ayer en la contemplación del ocaso.

Ya de noche, nota un punto de dolor en la cabeza. Será, piensa, de no comer. Se levanta en busca de la talega y, sentada a la mesa, a la débil luz de la lámpara mordisquea una esquina de queso, no vaya a ocurrir que el hambre le provoque una jaqueca como las que padece su madre de vez en cuando. El queso le entra bien, pero agrava su sed. Bami no está dispuesta a permitirse otro gasto de bebida. Así que cambia el queso por las últimas ciruelas pasas que le quedan.

A ratos saca el brazo remangado por el ventanuco y lo mantiene suspendido unos instantes en la oscuridad. Con devotos bisbiseos repite su plegaria mientras espera que la piel le anuncie un primer indicio de lluvia. Si por espacio de cinco o diez minutos el cielo le fuera propicio, ella podría atrapar una buena cantidad de gotas en un vaso. En el cuarto de baño hay uno de plástico. Pasada la medianoche asoman, sin embargo, las estrellas por entre las nubes que se van disipando y entonces Bami desiste de su empeño. Tras enjuagarse la boca con el agua repulsiva del grifo, apaga la luz y se acuesta.

No bien comienza a acariciarse, la grata sensación de calor de todas las noches se extiende desde el bajo vientre a todos los extremos de su cuerpo, vaciando su mente de preocupaciones y malos recuerdos. Los ojos cerrados, divisa no muy lejos la línea arbolada de una costa y sabe, sin pararse a pensar poco ni mucho de dónde le viene semejante conocimiento, que aquella costa es el dormir. Descubre a continuación que va caminando sobre las aguas turbulentas que comunican a sus pies un frío punzante. De pronto arranca a correr, pisa las olas y corre y corre movida por el afán de ganar cuanto antes la costa donde supone que la aguarda su salvación.

Y está a punto de conseguir su propósito, y ya se encuentra tan cerca de tierra que puede distinguir los granos sueltos de la arena y las hojas y los pájaros en las ramas de los árboles que se alzan al fondo de la playa, cuando la saca de sus fantasías de duermevela un ruido en la cerradura. Alguien acaba de introducir con sigilo una llave por la parte de fuera.

Bami percibe cuchicheos en el pasillo.

—¿Está usted segura de que es aquí?

Suenan a todo esto dos golpes como dos aldabazos, seguidos por una voz potente y ruda de mujer que exige que se le abra la puerta de inmediato. Cubierta con una sábana, Bami se apresura a descorrer el pestillo. Antes que su mano encuentre el

pomo en la oscuridad, la puerta recibe desde el pasillo un violento empujón.

—Ésta, ésta es —dice la señora lisiada que a mediodía ha arreado a Bami un bastonazo en la cara—. Tome sus cincuenta melios. Se los tiene usted bien ganados.

—¿No le dije yo, señora marquesa, que a una servidora nunca le falla el olfato?

Con gesto de agradecimiento, la camarera se embolsa los billetes.

—Ahora —dice la marquesa— haga el favor de encender la luz. Cierre de paso la puerta para que nadie oiga las cuatro palabritas que tengo que hablar con esta mala pécora. Si le apetece, quédese.

—Desde que la vi llegar me barrunté que era del oficio. Hace unos meses, de vuelta de un viaje, sorprendí al prometido de mi hija con una de ellas. Son una plaga.

—Pues a mí ésta me ha destruido el matrimonio. Por la tarde he hecho que avisen por teléfono a mi abogado. Espero que mañana, cuando lleguemos a Antíbula, me haya resuelto los trámites del divorcio. ¡Se me han ido las ganas de mantener a un putaño!

La camarera arranca a Bami la sábana de un tirón. Bami, avergonzada, se abraza a su propio vientre. No viste sino el sujetador y la braga que le regaló la maestra de su pueblo.

—Fíjese —dice la camarera— qué lujo de lencería. Es una profesional.

—¡Jancio bendito! Son prendas para llenar los ojos de los hombres.

—Y aun los ojos vacíos de los ciegos, señora marquesa.

—¡Lástima que suprimieran el Centro de Reformación Femenina! Con siete llaves deberían encerrar a todas estas perversas, como antaño cuando éramos un modelo de patria ordenada y decente. Hoy día todo es depravación, decadencia, puterío. Están matando el espíritu. A mí me falta aire. Yo es que en la democracia no puedo respirar. ¡Me ahogo, sencillamente me ahogo!

—Le doy a usted la razón. Y puesto que los varones, de diez nueve han caído en el pecado, nos toca a las mujeres recatadas salvar los principios de la religión.

—Hagamos justicia aquí y ahora. Sujéteme usted a esta perdida, que yo lo primero de todo le voy a tomar su recaudación para echarla de limosna en el cepillo de la catedral.

La robusta camarera agarra a Bami del cuello. Sin decir palabra, valiéndose de una rápida y certera patada en el tobillo, la derriba y, tras voltearla a viva fuerza, la inmoviliza oprimiéndole con la rodilla el espinazo. Bami no entiende, no ofrece resistencia; en realidad la conforta estar donde está porque más abajo del suelo, piensa, no se puede caer.

La marquesa, mientras tanto, registra la maleta de Bami. No tarda en encontrar la bolsa con cremallera donde la muchacha guarda el dinero. Lo cuenta con dedos solícitos y dice:

—Noventa y cuatro melios. ¡Qué barbaridad! Habrá tenido comercio con cuatro o cinco rijosos.

—Depende de la tarifa. En estos tiempos de crisis muchas hembras se dan a la

vida deshonestas. Son tantas que el pecado sale a precio de ganga, señora marquesa. Se lo aseguro.

—No me extraña que se difunda el mal venéreo. A una amiga mía, persona bien situada, su marido le contagió unas bubas. El bandido las había contraído en el trato con una de éstas. Al cabo de un tiempo se cubrieron los dos de llagas. ¡Parecían leprosos! A ella hubo que ingresarla en el hospital de Baigravia. La infeliz pasó las de Caín. Todavía no se ha recuperado ni creo yo que se recupere nunca del todo. El marido tuvo más suerte. Como lo atropelló un tren se ahorró el sufrimiento que merecía.

—En las calderas del infierno lo estarán cociendo.

—Lo mismo le dije yo a mi amiga. —La marquesa se dirige a continuación a Bami—: De este dinero —le muestra en una mano varios billetes, en la otra un puñado de monedas—, ¿cuánto te pagó el granuja de mi marido?

A Bami apenas le alcanza el resuello para responder.

—Nada.

—¿Cómo que nada? Afloje usted la pierna —pide a la camarera— para que se pueda confesar.

La camarera tira con fuerza a Bami de los cabellos. De ese modo levanta su cara, obligando a la muchacha a mirar a la marquesa.

—El hombre —balbucea Bami— me quería dar mucho dinero.

—Y tú, ¿qué servicio le ofreciste a cambio?

—Ayudar.

—¿Ayudar? En tu jerga, ¿llamas ayuda al fornicio? Habla como Dios manda, pueblerina, o te salto la dentadura a bastonazos.

—Ayudar a que no esté solo.

—Por última vez te lo pregunto. ¿Cuánto te pagó? Quiero que se me devuelva lo que me pertenece.

—Nada, señora. El dinero me lo dio mi madre para vivir en la ciudad.

—¡Cómo mientes, lengua de culebra! ¡Y con qué poca maña te finges timorata! El barco se podría hundir por el peso de tu culpa. Yo te vi amartelada con mi marido. Gratis no lo harías. El viejarrón, parásito, tarambana, ¿a quién va a seducir si no es malgastando la asignación que de mí obtiene cada mes?

—¡Responde! —tercia la camarera con voz de lija, al tiempo que zarandea la cabeza de Bami apuñando sus cabellos.

—En la Biblia leí que Dios vendrá a cuidarme.

—¡Además de puta, blasfema! Esto no lo aguanto. Yo, para oír esto, no nací.

Temblando de ira, los dientes apretados, la marquesa acciona un pulsador escondido debajo de la empuñadura de su bastón. Por el extremo de la contera asoma, rápido, brillante, silencioso, un punzón de acero, de algo más de media cuarta de largo.

—Póngame al bicho boca arriba. —Y no bien ve que la diligente camarera le ha

cumplido el deseo, añade con ademán espaventoso—: De entre las piernas de las de tu calaña le viene al mundo tanta perdición. Yo te castigo en el nombre del Dios a quien has ofendido.

Y así diciendo, hinca con todas sus fuerzas el punzón en el bajo vientre de Bami. El punzón atraviesa la braga de blonda, que al punto se tiñe de rojo. A Bami la sacude un espasmo de dolor. La tenía por demás confusa aquella abundancia de palabras solemnes, pero al fin ha descubierto las sangrientas intenciones que se ocultan debajo de tanta amenaza, tanto despecho y tanto coraje.

Sentada sobre su torso, la camarera le impide zafarse. Bami está a merced de su agresora, que ya le ha clavado el punzón, chorreante de sangre, por segunda vez. Bami siente un impulso repentino de mover a lástima a la marquesa. Se acoge a esa delgada esperanza para poner término a tamaña crueldad. Intenta entonces pedir perdón, aunque no sabe de qué delito se le debe perdonar. Pero la mano férrea de la camarera le ahoga la voz dentro de la boca. Apenas consigue emitir un leve quejido a través de las fosas nasales.

—Deberíamos meterla en la bañera. Nos va a poner el suelo perdido.

—Como guste —contesta la marquesa, jadeando de excitación—. Usted procure que no arme alboroto. Yo la cogeré de los pies.

A Bami, ahora mismo, lo que de veras la atormenta no es tanto el dolor de las punzadas como la idea de que si la matan, ay, no podrá cumplir el encargo que recibió de la maestra.

—¡La gargantilla, Bami, la gargantilla! —la apremia una voz interior.

Un segundo antes que la lleven en volandas al cuarto de baño, Bami reúne valor y fuerza para dar dos, tres, cuatro giros veloces sobre su cuerpo. En un instante logra rodar por el frío suelo de tablas hasta el pie del guardarropa y agazaparse sin que nadie la vea en el interior de un hueco oscuro que hay entre la pared lateral del mueble y el mamparo. La puerta abierta del guardarropa le sirve de parapeto. Allí escondida observa a las dos mujeres que en silencio trasladan el cuerpo exánime de la otra, de la ensangrentada, de la que va a morir dentro de poco o ya se ha muerto.

Han desaparecido con su carga inerte en el cuarto de baño. Bami no las ve, pero oye los chasquidos del punzón cada vez que penetra en la carne blanda. A veces suena un metálico tintín. Deduce Bami que la punta afilada, bien porque ha traspasado el vientre de la víctima, bien por error, ha golpeado en el fondo esmaltado de la bañera.

—¿Cuándo me toca a mí, señora marquesa? Estoy en mi derecho.

—¡No faltaría más! Acabe usted la faena, que a mí ya se me ha cansado el brazo.

A juzgar por el ruido, la camarera asesta unas lanzadas de espanto.

—Tenga cuidado de no romper el bastón. Es una pieza valiosa, ¿sabe usted? Un recuerdo de familia.

—Disculpe. Un pinchazo más y termino.

—Mejor, porque se está haciendo tarde. ¿Se le ocurre a usted una manera de

quitarse de encima estos despojos?

—No se preocupe. Las alimañas marinas despacharán el trabajo. El único problema es que la pecadora no va a caber por el ventano.

—¿No pretenderá usted subirla por las escaleras? ¡Menudo compromiso!

—Entonces habrá que trocearla.

—¡Por Dios, qué repugnancia! Yo a tanto no me atrevo. En mi casa los perros los taja siempre un marmitón. Amiga mía, por lo que más quiera, acépteme otros cincuenta melios y líbreme de mancharme el vestido y los zapatos.

—Mi señor padre, que en paz descansa, toda su vida fue pastor perrero. De niña me llevaba con él muchas veces a matar perros en la finca del amo. Los degollaba con una hoz. ¡Chas, sequitos! Yo le ayudaba luego a deshuesarlos. Nunca me dieron reparo las asaduras. Conque afloje esos cincuenta melios, señora marquesa, y recójase con Dios en su camarote. Mientras, una servidora irá en busca de un serrucho a la cabina de los trastos.

—Tome los cincuenta convenidos y otros veinte por la limpieza de la bañera. Ya ve que le pago bien. Esmérese.

—Descuide.

—Si por casualidad se cruza usted conmigo mañana, no me salude.

—Yo, a la señora marquesa, no la he visto jamás.

Las dos mujeres salen del camarote. Por el vano de la puerta entra un raudal de luz amarillenta. Reina el silencio en el pasillo. Es muy de noche. No bien se queda sola, Bami abandona su escondite y se apresura a vestirse. Alberga el propósito de permanecer el resto de la travesía en otra parte. No importa dónde, piensa, con tal que sea lejos de aquí.

A punto de marcharse, cae en la cuenta de que le falta la gargantilla. ¡La gargantilla, Bami, la gargantilla! La busca entre los objetos desparramados por el suelo, en las cobijas revueltas de la litera, debajo de la mesa, y a cada instante se lleva la mano al cuello como para cerciorarse de que es verdad que la ha perdido.

Y continúa buscándola afanosamente y no la encuentra y la camarera, ay, que volverá en cualquier momento.

Le toma de pronto una sospecha. ¿Y si la ensangrentada tuviese todavía puesta la gargantilla? Bami se dirige con pasos medrosos al cuarto de baño. La ensangrentada se encuentra tendida sobre un enorme cuajarón, dentro de la bañera, con la cabeza derribada sobre un hombro.

—Pobre niña —dice Bami para sí, al tiempo que detiene una mirada húmeda en los párpados entornados de la infeliz, en sus mejillas descoloridas, en la expresión serena y vagamente sonriente de su rostro, que no parece sino que se le ha quedado así por el gusto de haber muerto.

De la braga de blonda apenas pueden distinguirse unos cuantos jirones sanguinolentos en medio de un revoltijo de carne lacerada, vísceras y pelos íntimos. Bami aparta los ojos turbios de compasión del boquete horrendo, y mientras alza la

cabeza de la ensangrentada con el fin de alcanzar el cierre de la gargantilla, piensa llena de preocupación, de culpa incluso, en lo que contará a la maestra cuando le escriba la carta que le prometió.

Recobrada la gargantilla, Bami sale aprisa del cuarto de baño, aguijada por el ruido de pisadas que se acercan por el pasillo. Desde su escondite del rincón ha visto entrar a la camarera. La camarera viene empujando un armazón con ruedas en el que están encajados una fregona y un balde de agua. Trae asimismo un serrucho. Al entrar tararea a media voz una melodía. Bami cree que lo hace para que quienquiera que la sienta trajinar a estas horas no piense que anda metida en algún asunto feo.

Al cabo de un rato la ve arrojar por el ventanuco los brazos serrados de la ensangrentada. Parecen rígidos como extremidades de maniquí. Bami oye los ásperos rasgueos del serrucho. También oye a la camarera, que a veces suelta un juramento, ella sabrá por qué, y a veces se pone a canturrear entre dientes.

Bami está haciendo vaticinios en la oscuridad de su escondite. Ahora, se dice, aparecerá con una pierna. Pero la camarera lleva la cabeza agarrada por el pelo. Ahora sí, ahora de seguro una pierna. Pero resulta que es medio torso, irreconocible si no fuera por el sujetador, lo que la camarera lanza con fuerte impulso a la noche del mar.

Poco antes del amanecer, Bami ha tomado asiento en un banco de la cubierta de paseo, próximo a la plataforma de proa. Envuelta en su viejo abrigo, rememora escenas de su pasado, arrullada por el rumor de la olas, hasta que, ya alto el sol, la han sacado de su ensimismamiento las conversaciones y risas de algunos viajeros.

Enseguida se ha trasladado a la banda de babor para contemplar, de codos en la borda, el litoral que se recorta no muy lejos. El día ha amanecido limpio de nubes. Una brisa fresca agita sin cesar los gallardetes. Numerosas siluetas de barcos, empequeñecidas por la distancia, puntean la superficie del mar hacia poniente. De vez en cuando el *Cruz de Antíbula* pasa cerca de alguna embarcación de recreo o de buques mercantes que vienen navegando en rumbo contrario. En ocasiones los marineros saludan con la mano y lanzan voces que no se pueden comprender. Tanto tráfico anuncia que ya debe de faltar poco para el puerto.

A eso de las cuatro de la tarde, el *Cruz de Antíbula* ha hecho sonar varias veces su sirena. Enfrente se divisan los edificios más altos de Antíbula. Destaca la aguja de la catedral de la Santa Justicia, que Bami conoce por las ilustraciones de los libros de la escuela. Por la misma razón le resultan familiares las murallas del castillo que circundan el promontorio de Flull. Una neblina morada de contaminación flota sobre la ciudad.

En el momento de bajar a tierra, Bami se ha llevado un susto de muerte. Casi se topa con la marquesa lisiada, que se dirigía a la pasarela de desembarque cogida del brazo de su marido, bastante más pequeño y delgado que ella.

Va para dos días que Bami se adentró en las calles de Antíbula metida en la muchedumbre que acababa de desembarcar. Nada más salir del recinto portuario, en el primer cruce, la gente que la rodeaba comenzó a dispersarse. La muchacha pudo observar entonces con detenimiento los detalles de la zona. Durante un rato permaneció de codos en la barandilla que bordea parcialmente la plaza de la República, mirando arrobada el incesante fluir de vehículos alrededor del Arco de Triunfo; las anchas avenidas que confluyen en aquel lugar, flanqueadas por edificios de diez y más plantas; los escaparates luminosos, los tranvías, las largas hileras de tilos, el hormiguero de transeúntes en las aceras. Todo se le antojaba a Bami nuevo, grande, rápido, ruidoso, y todo lo miraba con una mezcla gozosa de admiración y vértigo.

No bien se le hubo atemperado la impresión inicial, se percató de que no sabía adónde dirigirse. Sin embargo, echó a caminar con paso decidido, a imitación de otras personas que en aquellos momentos se apresuraban por la calle. Le parecía a Bami que la celeridad de la marcha le habría de proporcionar por sí sola algún destino. No tardó en desengañarse. Recorrido un trecho al azar, se detuvo de pronto en una esquina. Su absurdo proceder no había servido sino para que ella se perdiese en la ciudad. Resolvió a este punto sentarse en un banco público que se veía no lejos de allí, al lado de una cabina telefónica forrada de propaganda electoral, y ordenar con calma sus ideas.

Una mirada al rascacielos de enfrente, al tráfico y el gentío le bastó para convencerse de que no tenía posibilidad de encontrar esa tarde a su hermano. Salvo que un golpe de fortuna la llevase directamente a él, lo más seguro era que le costase varios días indagar su paradero. Quien dice varios días, dice varias semanas o incluso varios meses.

Para empezar, Bami ignoraba el domicilio actual de su hermano. Su madre le había escrito en una hoja de papel las señas a las que había enviado a fines del último diciembre la carta que luego le fue devuelta con el aviso de que el destinatario no había sido localizado. La mujer confiaba, no obstante, en que la nota sirviese a Bami para entrar en contacto con quienes le supieran dar razón de su hermano.

—Si es que aún vive —había añadido como hablando para sí.

Bami habría memorizado de buena gana el nombre de la calle y el número del portal donde en otros tiempos residió su hermano; pero no lo hizo porque su madre no se lo exigió. Así, a su llegada a Antíbula, no tenía idea de cómo iniciar las pesquisas, ya que la hoja de papel donde figuraba la antigua dirección de su hermano se había quedado en el camarote del barco junto con el equipaje y el resto de pertenencias de la muchacha, si no es que todo ello había ido a parar durante la noche

pasada al fondo del océano. Bami carecía, además, de dinero para pagar un anuncio de búsqueda en los periódicos. El último hilo del que pendía su esperanza se rompió tras ojear sin éxito la guía de teléfonos dentro de la cabina.

Hasta el atardecer, Bami estuvo vagando por el laberinto de callejuelas que se enredan al pie del promontorio de Flull. Abrigaba el capricho de subir al castillo y contemplar los tejados de la ciudad desde el famoso torreón; pero desistió de su propósito al divisar mujeres sueltas con faldas cortas y blusas escotadas a ambos lados del camino. Ya anochecido, entró en el parque del Marqués de Quescu minutos antes que los vigilantes echaran el cerrojo a la verja. En el parque pernoctó acurrucada entre la tapia y un espeso macizo de arbustos, temerosa de que alguien la viese y pensara mal de su soledad.

Empezó a chispear a eso de la una o las dos. Al rato escampó y se formaron en el cielo grandes claros estrellados. Para entretenerse, Bami se embebió en recuerdos de su pueblo. No sentía hambre ni sed, frío ni calor. Su olfato no era capaz de percibir el olor de la tierra mojada, tampoco la fragancia de las hotidimas que poblaban en abundancia aquel rincón del parque. En cambio, oía sin dificultad las sirenas de los coches de la policía o de las ambulancias que, ya cerca, ya lejos, ululaban a cada instante. A pesar de no haber dormido la noche anterior, Bami no experimentaba síntomas de cansancio. En repetidas ocasiones trató de conciliar el sueño valiéndose de las caricias habituales. Sus empeños resultaron vanos y, en consecuencia, no tuvo ella más remedio que aguardar despierta el alba.

Ayer Bami no pudo abandonar el parque sino pasadas las nueve de la mañana. En un cartel leyó que las ordenanzas municipales disponen que a dicha hora en punto se abran al público por esta época del año las verjas de entrada. Mientras acechaba la ocasión de escabullirse a la calle sin que la abordara algún vigilante receloso, la muchacha formó propósito de dedicar tanto tiempo como fuera necesario al cumplimiento de la promesa que había hecho a la maestra. Puesto que traía aprendida de memoria la dirección donde debía entregar la gargantilla, se le figuraba que el encargo tenía pocos lances, al menos en comparación con la ardua tarea de localizar a su hermano. No había olvidado que el sitio en cuestión daba a un tramo del río Intri cercano a la desembocadura. Por lejos que se hallase, creía posible encontrarlo ese mismo día siempre y cuando venciese la timidez y se atreviera a pedir a transeúntes de aspecto amable que le indicaran el camino.

Un pensamiento no se le quitaba a Bami de la cabeza. De cuanto le había revelado la maestra en la trasera de aquel almacén del puerto de Aftino se deducía que la persona destinada a recibir la gargantilla había vivido tiempo atrás en el pueblo. La muchacha no se aguantaba las ganas de verle la cara al hombre que a escondidas había mantenido tratos amorosos con la maestra, con aquella «solterona tiesa», como solía llamarla su madre.

Bami aprovechó un arremolinamiento de turistas orientales a la entrada del parque para hurtarse a la vista de los vigilantes y salir a la calle de Plaerña sin ser

notada. Lucía un sol primaveral en el cielo limpio de nubes. Al cambiar de acera, Bami bajó por casualidad la mirada. Descubrió entonces que su cuerpo no proyectaba sombra alguna en el adoquinado. Extrañada, giró unas cuantas veces sobre sí misma a la manera de quien busca en derredor un objeto que se le acaba de caer. Los autobuses de los turistas, los árboles, las farolas, todo en la calle tenía su sombra menos ella. No poco inquietaba a la muchacha la idea de que su anomalía llamase la atención de la gente; pero ocurrió que nada más alcanzar la acera opuesta pasaron por su lado varias personas, dos o tres de las cuales detuvieron en ella una mirada fugaz, y comoquiera que ninguna de ellas pareciera percatarse del insólito detalle, Bami se sintió aliviada y pudo seguir tan tranquila en una dirección elegida al azar. Procuraba, eso sí, hasta donde le era posible, evitar las zonas expuestas al sol.

Iba hablando sola, diciéndose que en el corazón de la maestra debía de haber ardido una pasión grandísima, una pasión como raras veces se da en la vida de los seres humanos, fruto de una entrega sin reservas. De lo contrario, ¿cómo explicarse aquella amargura en la voz, aquellos labios tensos, aquel brillo rencoroso en las pupilas de ella mientras contaba una parte de su secreto? Bami no pudo menos de acordarse del estribillo de una canción que en los últimos meses había sonado con frecuencia en la radio:

Tanta ceniza como ahora soy
es por el mucho fuego que te tuve.

¡A saber qué ilusiones habría contrariado el desconocido, qué promesas habría dejado sin cumplir, qué desaires o qué bajezas habría cometido! A Bami le vino de pronto deseo de leer el mensaje encerrado en la concha de la gargantilla. A punto de rendirse a la tentación, un ramalazo de vergüenza la paralizó en medio de la acera, cuando ya levantaba la mano hacia el cuello. La sola idea de traicionar a quien se había mostrado tan generosa y tan buena con ella le produjo escalofríos. Pronunció la palabra «perdón» entre dientes antes de reanudar la marcha, convencida de que en adelante no le habría de costar esfuerzo resistir los apremios de la curiosidad, puesto que en obra de dos, tres, a lo sumo cuatro horas, llamaría a una puerta y apenas unos segundos después le sería dado penetrar en el enigma que la intrigaba.

Un ruido confuso de voces y ladridos que sonaba al fondo de la calle sacó a Bami de sus pensamientos. Siguiendo el camino que traía, entró, pasados unos minutos, en el azoguejo de Blaitul. Al instante reconoció las fachadas con sus soportales, sus balcones corridos y sus toldos a listas blancas y azules. A continuación le fue viniendo un recuerdo de todo lo demás (del cobertizo central, de las losas de granito que cubren el suelo, del busto de bronce del escritor Jobo de Nizora), por haberlo visto a menudo tanto en un libro de estampas que había en la escuela de su pueblo como, por los tiempos en que no rehuía el trato con otras niñas, en alguna casa de la vecindad donde hubiera televisor, ya que su propia familia no lo tuvo jamás.

Contemplado de cerca, aquel cuadro de perros atados a los postes o metidos en jaulas causó viva impresión a la muchacha. Atónita miraba a los mercaderes de semblante encendido que gesticulaban, daban manotazos al aire y abrían entre barba y bigote sus enormes bocas rosadas para anunciar los precios a grito pelado. Una muchedumbre de posibles compradores, de visitantes ociosos y de turistas extranjeros que no paraban de sacar fotografías o de tomar con sus cámaras de vídeo imágenes del mayor mercado canino del mundo se apretaba en torno a los puestos de venta. Aquí y allá asomaban parejas de guardias a la caza de los típicos descuideros, de paso que intimidaban con su presencia a los activistas de las asociaciones para la protección de los animales que tenían montados sus tingladillos con pancartas de protesta en todas las entradas del azoguejo.

Cerca de media hora anduvo Bami vagando entre el gentío. Varias veces se paró a observar escenas de regateo, salpicadas de abundantes palabrotas. En un sitio se llevó un gran susto cuando un lebrél sucio de pajas y barro se lanzó sin más ni más a morderle una pierna. La cuerda con la que el fiero animal estaba amarrado a un poste impidió la dentellada por muy poco.

Después de aquello, Bami optó por llegarse a la recova, en un rincón del azoguejo donde no había tanta aglomeración ni tanta algarabía como en la zona de los perreros. En la recova, Bami vio por vez primera en su vida los huevos negros de la gallina fanfa.

Rodeada de tantas cosas nuevas y pintorescas, a Bami se le fue en gozar su admiración media mañana, y hasta se le hubiera ido el día entero si no fuera porque en un momento dado consideró que ya iba siendo hora de dirigirse al edificio donde debía entregar la gargantilla. No se atrevía, sin embargo, a preguntar a nadie, temerosa de que se notara su acento montañés.

Mientras deambulaba en espera de reunir valor, se fijó en una anciana menuda, de expresión afable, que freía esos crustáceos diminutos llamados sanizas al amparo de una columna de los soportales. A cuantos se acercaban a su puesto dedicaba la mujer una sonrisa bondadosa, lo mismo si hacían gasto como si solamente se paraban a mirar.

Tras observarla desde detrás de una pila de cestos durante varios minutos, Bami se persuadió de la amabilidad y dulzura de la vieja sanicera. Decidida a vencer el apocamiento que la agarrotaba, dio un paso adelante. Se detuvo de golpe, dio otro paso y entonces sí, entonces se llegó casi corriendo a la mujer por un costado, decidida a hablarle.

Acordándose de que la maestra le había dicho que la calle de Natenés quedaba pegando al Intri, Bami pensó que le bastaría con saber por dónde quedaba el río y luego ya se las apañaría ella para dar tarde o temprano con el portal. La sanicera señaló sin mala fe en una dirección lo mismo que podía haber señalado en la opuesta, puesto que, como Bami no tardaría en comprobar, el Intri forma dentro de Antíbula un extenso arco, aproximadamente en el centro de cuyos extremos se halla el

azoguejo de Blaitul.

La consecuencia fue que, después de haber andado largo tiempo perdida, Bami llegó a primera hora de la tarde al puente de la Defensa, lejos de la desembocadura por tanto. Del puente bajó a la ribera y allí se animó a preguntar a un pescador de caña bastante enfadadizo; el cual no le supo o no le quiso entender, de manera que, entre idas y venidas por ambas orillas, a la hora del ocaso la muchacha aún no había encontrado el sitio que buscaba.

Pasó la noche en las ruinas del antiguo convento de los doloritas, escondida entre los restos de un muro derruido, sin más techo sobre su cabeza que la noche moteada de estrellas. Esta vez ni siquiera intentó dormir. Por distraer las horas de insomnio, se entregó a un bisbiseante soliloquio, en el curso del cual determinó escribirle lo antes posible una carta a su madre a fin de contarle la desgracia que le había sucedido durante el viaje. De paso le pondría al corriente de los amores secretos de la maestra con el hombre a quien estaba segura de reconocer no bien éste abriera la puerta del sotabanco. No concebía que en un pueblo como el suyo, apenas habitado por unos centenares de vecinos, hubiera una sola cara desconocida.

A punto de oscurecer, obra de cuatro o cinco pordioseros se acogieron a lo que había sido uno de los claustros más hermosos del país hasta la revolución de 1928. Uno de ellos se arrimó al ciprés del patio a hacer de cuerpo. Mientras estaba acucillado, tosía y se vaciaba ruidosamente de gargajos. Los demás depositaron sus hatillos y bolsas junto a la brecha del muro por la que antes que ellos había entrado Bami, y allí mismo tomaron asiento.

La muchacha comprendió que se había quedado atrapada en un rincón del claustro, pues otra salida no se ofrecía a la vista por aquellas paredes altas cubiertas de yedra, en las que los vanos de las puertas y ventanas habían sido cegados quién sabe cuándo con ladrillos. Una de dos, o se arriesgaba a pasar por en medio de los desharrapados o esperaba a que éstos se marchasen, lo que quizá le supondría perder toda la mañana del día siguiente.

Desde su escondrijo vio a los pordioseros encender una hoguera con ramas secas y papel de periódico. Siluetas barbudas se recortaban contra el resplandor de las llamas. La hoja de un cuchillo lanzó un destello plateado. Una queja momentánea, apenas el comienzo de un gañido, sonó en la oscuridad. Segundos después varias manos despedazaron a tirones un cachorrillo de galgo que parecía suspendido en el aire. Cada cual ensartó su piltrafa en una vara y la puso a asar.

Los brindis, el canturreo, las disputas, los tacos, los eructos, las risotadas se prolongaron hasta altas horas de la noche. Una voz ronca soltó la última ráfaga de palabras incomprensibles y después, repartidos por el suelo al calor de los rescoldos, los pordioseros se dieron a dormir la mona con placentera y roncante despreocupación. Bami se acercó a ellos sigilosamente. Tentando el muro, salió por la brecha a la orilla del río, donde pasó el resto de la noche arrellanada en un matorral, pensando a ratos en la maestra, a ratos en el hombre a quien había visto defecar.

Esta mañana, en cuanto las calles cercanas han empezado a poblarse de gente, Bami ha subido al paseo que bordea el río Intri y se ha lavado la cara y las manos en una fuente pública. Allí se ha dado cuenta de que carece de la sensación de la mojadura. Ni siquiera hubiera sabido decir si el agua que resbalaba entre sus dedos estaba fría o templada. Aunque no tenía sed ha acercado la boca al chorro. De nada le ha valido esforzarse. Ha sido incapaz de tragar una gota.

Luego ha atravesado la ciudad siguiendo la dirección del cauce. En el transcurso de la caminata ha visitado mentalmente, una por una, las casas de su pueblo con el fin de hacer recuento de los varones que viven en ellas, tanto de los solteros como de los casados. Primero ha recorrido el pueblo de la parte alta a la baja y a continuación en sentido contrario; pero ni a la ida ni a la vuelta se ha topado con ningún hombre a quien juzgase capaz de emponzoñar de despecho el corazón de la maestra. A su madre tampoco le oyó contar que algún vecino hubiera abandonado el pueblo de forma precipitada en los últimos tiempos.

Así pensando, Bami ha llegado a la zona de los muelles fluviales. El sol despuntaba en esos momentos por los campos de Baigravia. Subían y bajaban por el río las barcazas cargadas de carbón, de troncos, de chatarra. Sobre las aguas turbias y removidas flotaban cintas de niebla matinal. Bami ha visto más de la mitad de los puentes de Antíbula. Ha visto, sin parar de caminar, los jardines del rey Toeto IV, el monumento a la Constitución en la plaza de Venezuela y, un poco más adelante, lo que queda en pie de los palacios que hasta la caída de la monarquía fueron cobijo suntuoso de la nobleza.

También ha visto de cerca, por vez primera en su vida, a un hombre negro. El negro le ha causado honda impresión. Era un hombretón de ojos vivos y risueños, y casi dos metros de altura, que se había puesto a vender muy temprano baratijas repartidas sobre una manta, junto al pretil del paseo. Complacido de la ostensible perplejidad de la muchacha, ha hecho a ésta un gesto de saludo, sonriéndole con sus gruesos labios, entre los que ha asomado de pronto una dentadura blanca y reluciente, como de porcelana. Bami ha apretado el paso, asustada; pero a los pocos metros se ha vuelto para corresponderle al negro con un tímido saludo.

A pesar de tantas novedades admirables que encuentra en el trayecto, Bami no pierde de vista los letreros de las calles. Desde el comienzo de su caminata se ha percatado de que el paseo cambia de nombre entre puente y puente. Cada letrero reaviva su esperanza, y aun cuando hasta ahora no ha encontrado el del sitio que viene buscando, abriga el convencimiento de que no tardará en avistarlo, puesto que a medida que avanza aumenta el número de indicaciones que le confirman que va camino del mar y de la playa.

Hará cosa de diez minutos, la campana de la catedral ha dado las nueve de la mañana. Ahora Bami está frente al cementerio del Trirrón, por encima de cuyo muro, al otro lado del río, sobresalen las puntas de los cipreses y el remate de algunos panteones. Bami no se explica que una mujer como la maestra, libre de compromisos

conyugales, sin hijos, sin impedimento para ir y venir a su antojo, se empeñe en ocultar la relación con un novio. ¿Acaso calentaba la cama a un hombre casado? ¿Acaso había trabado comercio carnal con el cura?

La primera suposición le parece a primera vista verosímil; pero enseguida se da cuenta de que pierde consistencia con sólo pensar que un marido infiel no se escapa de un pueblo pequeño sin que los vecinos se enteren. En cambio, juzga la segunda completamente descabellada, por cuanto el cura de su pueblo es un anciano decrepito que, teniendo un pie en la tumba, sigue al cargo de la parroquia por el simple motivo de que desde hace años el obispo diocesano no se digna enviarle un sucesor.

Pasado el puente del Trirrón, Bami va tan absorta en sus cavilaciones que a punto está de no fijarse en el siguiente letrero. Al levantar los ojos comprueba que por fin ha entrado en la calle de Natenés. Ahí está el nombre, claro y legible a poco más de un metro sobre su cabeza, tan limpio que se dijera lo acababan de pintar sobre la chapa. La emoción impele a Bami a acelerar el paso. Y mientras anda deprisa, con la mirada vuelta hacia las fachadas, pronuncia a media voz los números de los portales: el 5, el 7, el 9...

Después de cruzar la entrada de una calle transversal que conduce a la estación de ferrocarril, Bami enfila un tramo sin árboles. Se pega lo más que puede a las paredes, temerosa de que unos ojos atentos, ocultos quizá tras los visillos de alguna vivienda cercana, descubran que ella es una chica sin sombra.

El sol da de lleno en el mirador de la embajada de Noruega. El mirador culmina en una barandilla de piedra a la que está asegurado un mástil con la bandera, flácida en la mañana sin viento. Sigue un edificio blanco de aspecto señorial, con un escudo de armas en el centro del frontispicio y varias filas de ventanales divididos por su respectivo parteluz.

A Bami le gusta Antíbula. Le gustan las casas antiguas, el río espejeante, los carteles de las recientes elecciones, el uniforme de los guardias. Supone que quienquiera que dentro de unos minutos le abra la puerta del sotabanco, aunque en un primer momento pudiera no reconocerla, se acordará de su familia en cuanto ella le explique de quién es hija. De este modo, acaso el hombre en cuestión le tome afecto y la ayude a conseguir alojamiento en la ciudad, y cuando no, ella se conformaría con que la pusiese mediante alguna información o algún consejo en la senda de encontrar a su hermano.

De repente, Bami se queda paralizada por una acometida de estupor a la altura del portal número 15. A escasos metros de distancia, justo delante del 17, tres niños que se hallaban escondidos en el remolque de una camioneta le han caído encima a un señor de edad avanzada que venía tan tranquilo por el lado opuesto de la calle. Son rápidos, silenciosos, y reparten empujones y golpes de manera concertada, como si dominaran la técnica de asaltar en grupo. El mayor de ellos aún no habrá cumplido los doce años.

El anciano sostiene una hogaza bajo el brazo. Aferra con ambas manos, como

para evitar que se la roben, una de esas esferas de hojalata llamadas chestoberoles que antiguamente, hoy ya no tanto, solían servir de objeto de compañía a los varones entrados en la vejez. Su chestoberol tiene el tamaño de una toronja. Es amarillo, con pintas verdes, y está bastante descascarillado. Él lo lleva atado por medio de un cordel a la muñeca. Bami creía que andar abrazado a un chestoberol era una costumbre de tiempos que ella no ha conocido. A su abuelo, según le contó una vez su madre, lo bajaron a la tumba con el chestoberol de plata que le habían regalado sus hijos políticos cuando cumplió sesenta y cinco años y ya empezaba a chochar. Ahora la muchacha se sorprende al ver que en Antíbula todavía hay quien sale a la calle con ese chisme inútil.

El caso es que los tres golfillos, para la edad que tienen, le están sacudiendo al anciano una zurra de cuidado. Con la misma facilidad con que le han tirado la gorra al suelo, a la primera embestida lo han derribado después a él. Uno de ellos se complace en arrearle capones en la calva; otro le ha arrebatado la hogaza y se ha puesto a destrozarla a puntapiés, mientras el tercero, que es el más fornido, pugna y pugna por apoderarse del chestoberol.

El anciano, caireles despeluchados, ojos de susto, se defiende apretando el amuleto contra el vientre. En cambio, aguanta las bofetadas y los mojicones con una conformidad que raya en la indiferencia, como si lo único que de verdad podría dolerle es que le roben su preciado y viejo chestoberol.

Un hilo de sangre mana de su nariz huesuda. A cada instante abre la boca para emitir apenas un débil sonido. No es posible distinguir si se lamenta, si siente apuros para respirar o si pide socorro. Se conoce que en su garganta no hay fuerza para proferir un grito que pudiera alertar al vecindario.

A todo esto, el que andaba pateando la hogaza dice a sus compinches en son de alarma:

—¡Gente!

Los tres chiquillos escrutan, ceñudos, a Bami. Ya no saben qué hacer, se miran de reojo y permanecen tensos a la espera de que el más resuelto tome una decisión.

Sentado en la acera, el anciano amarga los ojos para aclarar la imagen borrosa que se recorta a la distancia de un tiro de piedra sobre el fondo de la calle vacía, y cuando al fin se percata de la presencia de una muchacha de aspecto humilde, vestida con un abrigo gastado, hace un gesto de contrariedad parecido al de sus agresores.

Entretanto, el chaval que pretendía apropiarse del chestoberol señala con el dedo las piernas de Bami o tal vez sus zapatos polvorientos, de lengüetas arrugadas, y dice en voz baja algo que mueve a risa a los otros. Bami adivina la razón de la mofa. En pensamiento suplica a Dios que cubra el sol cuanto antes con una nube.

De pronto, los niños arrancan a correr y se alejan riendo calle abajo, en dirección al puente de Jabora. Antes de llegar al puente, en la primera esquina, se vuelven los tres a un tiempo y, mientras corean chirigotas a cuál más injuriosa con sus infantiles voces cantarinas, se manosean en actitud desafiante la bragueta. Luego bailan en

camelo, simulando pasos como de borracho, y entre una y otra monería hacen cortes de manga destinados quizá al anciano caído, quizá a Bami, que es la única que los mira.

No bien se han ido, Bami acude de prisa a socorrer al anciano. Una vez a su lado, como le oye rezongar, prefiere no decirle nada. Le causan impresión sus manos descarnadas, de piel reseca, de dorsos velludos en los cuales se distinguen unas venas gruesas de color violáceo, similares a otras que le atraviesan el cuero cabelludo y la parte de la espinilla que queda al descubierto entre el calcetín y el borde de la pernera. Bami no había visto nunca unas venas semejantes. Le dan la idea de que este hombre mayor tiene el cuerpo embutido de lombrices.

—Ay, moza, dime. ¿Estoy vivo o me han matado? Ayúdame, por el amor de Dios, a menos que sientas repugnancia de un desperdicio humano.

Bami se apresura a ofrecerle el brazo. Le produce un estremecimiento de lástima ver al pobre anciano que no puede valerse por sí solo y ver la acera, a su alrededor, sembrada de trozos de pan.

El anciano sólo dispone de una mano para agarrarse. Con la otra mantiene el chestoberol estrechado contra el vientre.

—Le sangran a usted la nariz y un labio.

—Háblame por esta oreja, que por la otra oigo menos que una zapatilla.

—Si hubiera un médico en la vecindad, yo...

—¡Un médico! ¡Estás tú buena! No lo hay ni falta que hace. Los médicos son unos ladrones. Van a lo suyo, a desplumar al paciente. ¡Si lo sabré yo! No te preocupes por este vejistorio. Vivo ahí mismo, en el 17. En casa me curaré.

Y de nuevo habla para sí en un tono como de maldecir y protestar, mientras lenta, penosamente, sin soltar el chestoberol, se va poniendo de pie con la ayuda de Bami.

—Los médicos, ¡valiente gentuza! ¡Para rato habría llegado yo a la edad que tengo si me hubiera dejado manosear por los médicos!

El anciano, ya erguido, para una mirada escrutadora, de una fijeza suspicaz, en los ojos de Bami, como si se esforzara por discernir dentro de ellos alguna mala intención. Los extremos de sus pobladas cejas acaban cerca de las sienes en sendos mechoncitos puntiagudos. A Bami le recuerdan el aguijón de los lagartos venenosos.

—Te advierto, moza, que aquí donde me ves no soy buena persona.

—Huy, señor, no diga eso.

—Yo, cuando abro la boca, es para soltar verdades. Verdades como bombas. ¿No está todo el mundo feliz con la nueva democracia? ¿Con el maldito derecho a opinar? Bueno, pues yo tampoco quiero tragarme lo que pienso. —Menea la cabeza en señal de disgusto y luego lanza un suspiro—. Lo peor de la vida no es llegar a viejo. Lo peor es llegar a viejo y darse cuenta. Disculpa el sermón. Apuesto a que no te interesa una palabra de cuanto digo. ¿A qué joven le pueden interesar los lamentos de un carcamal? Supongo que andas perdiendo el tiempo por mi culpa, conque no te entretengo más. Gracias y que Dios te acompañe.

El anciano, todo temblor, empieza a recorrer la docena de pasos que lo separan del portal. Bami se pone a su costado y le alcanza la gorra.

—Señor, yo también voy al 17.

—¿Te espera algún pariente? Nunca te vi por aquí —se le alegra de pronto el semblante— y mira que llevo años domiciliado en este edificio. Fíjate, yo ya vivía en Natenés 17 cuando nos invadieron los bladitas. Por esta misma calle pasaban aquellos granujas de día y de noche con sus cañones y sus carros blindados. ¡Cómo los odiaba, Jancio bendito!

—Vengo sólo a hacer una entrega.

—¿Una entrega? Pues no veo que lleves un paquete. Aquí, cuando llama un joven, es para traer *pizzas* en cajas de cartón. Por eso te pregunto. Aunque..., ¡qué tonterías digo! También puedes entregar una cosa pequeña que te quepa en el bolsillo. Pues nada, moza, si no es demasiado pedir y ya que te pilla de camino podrías abrirme el portal. Al ir a la panadería he olvidado las gafas. ¡Qué cabeza la mía! Podría molestar a algún vecino, pero no quiero. ¡Qué les den morcilla a los vecinos! No hay ni uno decente. ¡Ni uno! Y si me oyen que me oigan. Desde que estrenamos la asquerosa democracia parece como que todo el mundo le anda mirando a uno por encima del hombro. Se creen importantes porque pueden votar. En resumidas cuentas, que se me hará de noche si intento meter la llave en el ojo de la cerradura. Porque, además, estas cerraduras modernas, ¿sabes tú?, las debe de haber fabricado el demonio.

Exhalando quejas se llega cogido del brazo de Bami hasta el escalón que precede a la puerta del edificio. La puerta, de madera barnizada, tiene dos ventanucos enrejados y un pomo de latón que brilla la mar de limpio. En la jamba, bajo la placa con los botones de los timbres, puede leerse una afrenta trazada con tinta de rotulador y letra infantil: *El biejo del bajo derecha es un judío i ai que matarlo.*

El anciano saca un mazo de llaves de un bolsillo interior de su chaqueta.

—¿Vive usted muy arriba? —le pregunta Bami.

—¿Lo dices por el pintarrajo? Va por mí. Es obra de alguno de los chiquillos. Me compadezco de ellos. ¡Qué saben lo que es un judío! En casa oyen a sus padres denigrarme y, como son unos angelitos, se lo creen todo. Entonces me esperan en la calle para hacerme perrerías convencidos de que son la mano de la justicia. Lo de hoy no es nada comparado con lo de otras veces. ¡Puf, si te contara!

El anciano, al tender las llaves a Bami, le indica con cuál de ellas ha de abrir la puerta del edificio. Se ve obligado a repetírselo, ya que la muchacha tiene la atención fija en los rótulos donde figuran, junto al correspondiente botón del timbre, los nombres de los vecinos. Los botones están colocados por parejas, de acuerdo con las dos viviendas que hay en cada piso. Un botón desparejado, en la parte alta de la placa, constituye la única excepción. Bami supone que se trata del timbre del sotabanco, a cuyo rótulo le falta el vidrio protector. Le falta asimismo el nombre.

—Ésta es para aquí y esta otra para la puerta de mi piso.

El portal es espacioso. Reina en él la penumbra, apenas mitigada por la claridad tenue que entra de la calle. El suelo ajedrezado, el techo con molduras de escayola, un rosetón central, algo ennegrecido, del que pende una araña cuajada de colgantes, y una consola con un candelabro sin velas, unas flores de plástico y un espejo de marco plateado le dan un aire antiguo, como de recinto en el que el tiempo no transcurre desde hace largos años.

En un rincón puede verse una mesa arrimada a la pared, cubierta con un mantel de paño negro. Encima del tablero hay un cirio encendido, un crucifijo, un libro de pésames y una bandeja sobre la que se amontonan tarjetas de visita dobladas por un ángulo.

—Yo no firmo —dice el anciano, hosco el entrecejo, desdeñándose de volver la cara hacia la mesa—. Era una señora malísima. ¡Y qué antipática, santo Jancio!

A Bami se le hace de repente un nudo de pena en la garganta. La llama quieta del cirio le trae a la memoria la pérdida de su padre casi cinco meses atrás. Atardecía bastante temprano en aquellos principios de noviembre. Al poco de oscurecer llamaban los hombres a la puerta, y a su madre y a ella les bastaba oír los golpes flojos contra la madera para comprender que la patrulla volvía nuevamente de vacío.

La madre de Bami montó por entonces un altarín con estampas devotas, una terracota de Jesucristo con la cruz a cuestras, dos velas y una foto de su marido encima de la mesa camilla del salón, y por las noches, antes de acostarse, mandaba a su hija que se arrodillase a su lado a rezar.

—Hija, no creo en Dios, pero por si acaso.

La madre bisbiseaba sus plegarias juntando las manos bajo la barbilla. Los párpados cerrados transmitían una serenidad de trance a su perfil. De rato en rato Bami la escrutaba de reojo, conmovida de su unción sin esperanza, mientras recitaba con susurro maquinal versículos del *Señor, a tu misericordia nos acogemos* aprendidos de pequeña en la escuela.

—Tu padre es robusto y luchador. Conque, desengáñate, si no vuelve es porque se lo habrán tragado las aguas. ¿Tú qué piensas?

Bami se encogía de hombros.

—Ay, niña, no hay diferencia entre estar contigo y estar sola.

Bami se afanaba, al borde de las lágrimas, por aplacar los reproches de su madre buscando en el resplandor de las velas alguna señal que sirviese de respuesta. Entre rezo y rezo, con disimulo, soplabla hacia las llamas, de modo que según se agitasen éstas en un sentido o en otro conjeturaba si su padre seguía con vida o había muerto. Como el fuego lo mismo se inclinaba para aquí que para allá, y a veces ni siquiera se meneaba, Bami no conseguía poner orden en la confusión de sus presagios.

Deseosa de acabar con la incertidumbre, resolvió una tarde llegarse al salón sin que lo notara su madre, lanzar un único soplo a las velas y tomar el resultado, cualquiera que fuese, por la última y definitiva sentencia del fuego. Éste declaró a su padre vivo. Entonces Bami se dispuso a comunicarle a su madre un mensaje de

consuelo; pero aún no había salido del salón cuando llamaron a la puerta de la calle con un puño más rotundo que el de los días anteriores.

Desde lo alto de la escalera, Bami oyó a la gente de la patrulla referir el hallazgo del burro. Después, por entre los barrotes de la barandilla, vio a uno de los hombres sacar de un costal las prendas embarradas de su padre. Esa noche no hubo rezos en el salón. Su madre, sobre las once u once y media, dejó de emitir lamentos y gemidos. Secó sus ojos con un cabo del delantal y adoptó aquel gesto de abulia, de tristeza larga y resignada que no la habría de abandonar durante varios meses. Bami no dudó en restañarse las lágrimas, pues le daba apuro llorar después que su madre hubiera dejado de hacerlo. A la mañana siguiente, cuando entró a preparar el desayuno, Bami descubrió dentro del cubo de la basura los cachivaches sagrados del altarín.

—¿Quieres que te cuente por qué no firmo en el libro ese? —Al anciano le corre un hilo de sangre por el cuello—. La difunta era una de las que me dejaba bolas de pelos encima del felpudo. Se ven muchas cosas por la mirilla. Se ve más que nada maldad. Lo de los pelos me lo hacen para echarme en cara que no limpio. ¡Pues eso faltaría, que a mi edad y después de haber luchado de joven contra el ejército bladita haya de rebajarme a barrer la suciedad del prójimo! Todos los vecinos pasan por aquí, todos manchan el suelo. ¿Por qué he de quitar yo el barro de otros? Si necesitan un criado, que contraten uno y le paguen.

Al fondo del portal, a través de un vano en el tabique, se accede, después de subir un escalón, a la plataforma de donde arranca la escalera y donde están, una a cada lado, las puertas correspondientes a las dos viviendas del bajo. El anciano se detiene al pie del escalón; vacilante, acepta el apoyo que Bami le ofrece. A punto de levantar un pie, la mira de cerca con ojos saltones y perplejos, como si no atinara a explicarse la amabilidad de la muchacha e incluso como si se percatara por primera vez de su presencia.

Nada más subir el escalón, reanuda sus protestas:

—¿Por qué han colocado la mesa de marras junto a la pared de mi casa? ¿Por qué no la colocan en la otra parte? ¡Lo que hay que aguantar! La almohada de mi cama da a la misma pared. Cuando estoy acostado me es imposible dormir. No paro de pensar en que a unos pocos centímetros de mi cabeza está ese tinglado de la muerte. Me huelo que no han elegido mi pared por casualidad. Tú, moza, ¿crees en las casualidades?

—Yo no sé, señor... Le está a usted goteando la sangre en el cuello de la camisa.

El anciano acerca los labios sanguinolentos al oído de Bami.

—Han puesto la mesa ahí con mala fe. ¡Intentan asustarme! Mira la mesa, mírala. Es como un cadalso que han montado para mí. Hasta puede que la difunta siga con vida. Yo al menos aún no he visto que hayan subido ni bajado un ataúd, y ya han pasado dos días desde que colocaron la maldita mesa. No creo que la ley permita retener tanto tiempo un cadáver. Olería a pudrición por toda la escalera. Yo, moza, barrunto que a estas horas la vecina estará desayunando tan ricamente, mientras

espera que un servidor se cisque de miedo y se mude a otro lugar. Y el caso es que por culpa de ella ya no duermo bien. Pero, dime, a mi edad ¿adónde puedo ir? Para mí que con la democracia la gente se ha vuelto peor. No sé cómo decirlo. Más antipática, más desalmada, sobre todo más desalmada, sí.

Delante de la puerta del bajo derecha, Bami pregunta al anciano si quiere que ella pulse el timbre.

—¿Para qué? ¿Quién va a abrir si vivo solo?

—¿No tiene usted a nadie que le cure?

—Moza, si no me hablas por la oreja buena...

Desde alguno de los pisos superiores se difunde, asordada por los sucesivos suelos y paredes que ha debido atravesar, una ráfaga de tintineos. Han sonado éstos con cadencia impropia de una tarea de reparación. Se dijera más bien que un vecino acaba de enviar una señal golpeando con el martillo una tubería, acaso la tapa de una cazuela. La idea de que los misteriosos sonidos contengan un mensaje de alarma y de que dicha alarma guarde, además, relación con Bami, puesto que ha coincidido con la llegada de ella al bajo, produce a la muchacha un repeluzno de inquietud. En pensamiento se esfuerza por traducir los tintineos a palabras. El resultado, luego de algunas dudas, es la frase: *Atención, la intrusa va a entrar en casa del judío.*

A Bami el silencio que nuevamente reina en el interior del edificio se le figura espeso y grave como el de un templo saturado de sagrada penumbra, un templo donde, a punto de dar comienzo un oficio religioso, está mal visto que los asistentes conversen, y entonces, avergonzada por la idea de que su voz pudiera colarse por las rendijas de las puertas, se sitúa rápidamente en el otro costado del anciano con el propósito de repetirle en susurros la pregunta cerca de la oreja.

El anciano le replica sin miramientos, con el vozarrón de quienes andan tardos de oído.

—Me basto solo, a Dios gracias. Eso sí, moza, me harías un gran favor abriéndome la puerta. Luego ya no te entretengo más, que bastante tiempo has perdido por mi culpa. Supongo que te corre prisa despachar el encargo. ¿Te importaría decirme a qué piso vas?

Bami bisbisea que al sotabanco.

—¿Arriba del todo? Moza, me temo que has venido en balde. Hará lo menos medio año que nadie ocupa ese tugurio. Antes sí, antes lo tenían alquilado unos estudiantes. ¡El alboroto que armaban! Hasta aquí abajo llegaba la música. Pumba, pumba, pumba a las tantas de la noche. Ah, y no les podías decir nada. ¡Cómo se insolentaban los sinvergüenzas! A mí uno de ellos, una mañana que le salí a la escalera a quejarme, me quitó el chestoberol y lo estrelló contra la pared. Total, que hicimos una reunión de vecinos y los echamos. Por una vez, santo Jancio, estuvimos todos de acuerdo. Desde entonces el pisucho de arriba ha permanecido vacío. No me extraña. ¿Quién se va a meter ahí con lo pequeño que es?

La revelación del anciano ha dejado a Bami desconcertada. Tenía ella como quien

dice un destino al alcance de la mano, un lugar donde esperaba encontrarse con una persona conocida que acaso le hubiese brindado auxilio, y ahora no tiene nada salvo la viva sensación de desamparo y orfandad que le ha entrado de repente. No sabe qué resolución tomar: si pedirle al anciano unos céntimos para pagar una carta en la que cuente a la maestra que no le ha sido posible entregar la gargantilla; si recorrer los portales de la ciudad en busca de su hermano o si pedir limosna en la vía pública hasta reunir los melios necesarios con que costearse el pasaje de vuelta a su pueblo.

En su memoria resuena la voz de su madre:

—Hazte monja si la fortuna se te niega.

Una vez abierta la puerta, Bami le devuelve el mazo de llaves al anciano. Justo entonces le cruza por la cabeza una ocurrencia que la colma de estupor y de remordimiento sin tan siquiera haberla llevado a cabo. Y es que si le hurtase al anciano las monedas que valga una hogaza, ella se ahorraría el bochorno de mendigar por las calles; de paso podría escribirle a la maestra y quizá, si alcanza el dinero para el porte, restituirle la gargantilla dentro de un sobre especial.

Sería la primera vez que Bami comete un acto de tal naturaleza. Nunca sisó a sus padres; nunca en la escuela tomó prestado un utensilio ajeno sino después de haber recibido el permiso de su dueño. También es verdad que nunca en su vida se ha hallado en una situación tan difícil como la de ahora, sola en una gran ciudad, sin alojamiento, sin dinero y sin ayuda. En lo hondo de sus confusas reflexiones vislumbra una justificación de la fechoría, aparte de que, como sabe las señas del anciano, podría enmendarse depositándole algún día en el buzón la cantidad robada, incluso añadiendo un poco más por las molestias.

—Señor —le dice sin atreverse a mirarle a los ojos—, he visto que un niño le ha roto a usted el pan. Si lo desea yo puedo acercarme a la panadería y traerle otro.

El anciano, haciendo un ademán como de quitar importancia a lo sucedido, responde que no es necesario, que aún le queda un pedazo de la víspera, suficiente para pasar el día, porque además, según dice, no es él un hombre panero.

Bami, entre sí, da gracias al cielo por haberle librado de perpetrar la infamia que tramaba.

Jamás en su vida ha visto Bami una cocina tan pequeña. Cree que con sus brazos de muchacha no, pero con los que tenía su padre, extendidos cuan largos eran, sería posible tocar a un tiempo las paredes opuestas.

Un aparador semiempotrado, el fregadero y una nevera de tamaño regular dejan un cuadrado de suelo transitable cuyo centro dista no más de un paso o paso y medio de cualquiera de los cuatro rincones.

Parte de este espacio libre se lo lleva una mesa. Su tablero de formica es apenas el doble de grande que el asiento de una banqueta ordinaria. A Bami se le figura que en una mesa así difícilmente podrían comer dos personas a la vez, salvo que compartieran un plato único y se alternaran en meter dentro de él la cuchara.

A media pared, por encima de la mesa, hay una ventana de vidrios mugrientos que se abre a un sombrío patio interior. Ocupa la repisa, al pie de la ventana, una batería de cañones de juguete con sus artilleros de plomo entre los que destaca, tanto por la enseña que enarbola (la antigua de los monarcas de Antíbula) como por hallarse encaramado a una caja de aspirinas, el oficial abanderado.

De la luz tenue que desciende hasta lo hondo del patio apenas un resto traspasa la suciedad de los vidrios. El anciano le ha pedido a Bami que encienda la lámpara. Al girar la llave se ha producido una chispa bajo la protección de plástico. La lámpara está formada por dos tubos fluorescentes. Uno de ellos tan pronto se pone a parpadear como se queda durante varios segundos apagado.

El anciano no posee botiquín. Le ha dicho a Bami que para enjugarle la sangre utilice el trapo que cuelga de una escarpia, junto al marco de la puerta. El trapo, de cuadros verdes y blancos, está agujereado y tiene corros de aceite. Bami lo moja con agua del grifo antes de aplicarlo a las heridas del anciano. El golpe que éste se ha llevado en la nariz parece que ha sido bastante fuerte. Lo del labio, en cambio, no pasa de un rasguño.

—No es preciso que te esmeres, buena moza. Total, para lo que me queda por aguantar en este valle de lágrimas. Limpia un poco por encima y santas pascuas. A mi edad cada segundo que transcurre es un paso que doy en el borde de una sima. En cualquier momento pisaré en blando, el suelo cederá y hasta nunca, congéneres. De nada sirve rebelarse. Además, con mi debilidad, ¿contra quién o contra qué me había de rebelar? ¿Contra Dios? ¿Contra las leyes de la naturaleza? Vamos, vamos. Hace años que cogí la costumbre de comprar alimentos para no más de tres días seguidos. Así evitaré gastos inútiles cuando me llegue la hora. Echa una mirada dentro de la nevera. Verás que no miento. Ni siquiera me es posible convidarte a un refrigerio. A un vaso de leche con miel o a un huevo de fanfa en todo caso. Otra cosa no puedo ofrecerte. No te lo tomarás a mal, ¿eh? Es que, ¿sabes?, normalmente no recibo

visitas. Vivo más solo que la una. ¿Tienes hambre?

—No, señor.

—¿Y sed?

—Tampoco.

—Oye, ¿no serás tú una de esas chicas modernas que por mejorar la figura ayunan hasta convertirse en esqueletos?

—No, señor. Si tuviera apetito comería.

—Menos mal. En realidad los hombres las preferimos rellenas. Bueno, qué te voy a decir yo. A mis años, gordas o flacas, ya qué más da.

Sentado en la única silla que hay en la cocina, con el chestoberol entre las piernas, el anciano mantiene la cara levantada hacia el techo a fin de facilitarle a Bami la tarea. Cuesta limpiar los restos de sangre pegados a la barba entrecana, dura, de varios días.

—Por las noches, como duermo mal, me paso las horas recordando los sucesos más importantes de mi vida. O los que a mí se me antojan importantes, tampoco quiero exagerar. Así que por entretener el insomnio no paro de estrujar la memoria. Empiezo por la niñez, que mira por dónde es de lo que mejor me acuerdo. Repaso mis años de juventud, los que vinieron después hasta llegar a la decrepitud de ahora y, ¿sabes lo que te digo, moza?, pues que a fin de cuentas me hubiera dado lo mismo nacer que no nacer. Te lo juro. Yo no sé para qué puñetas nace la gente. Bueno, lo que pasa es que no nacemos. Nos nacen. El padre se echa sobre la madre como una mosca se echa encima de otra y ahí se acaba el misterio de la creación. ¿Viven tus padres?

—Mi madre creo que sí.

—¿Crees nada más?

—La perdí de vista hace cuatro días.

—¿Te repudió?

—Mi madre estaba enferma, señor. Muy enferma. No le apetecía que la viera morir.

—¿Y tu padre?

—A mi padre se lo llevó una riada en noviembre pasado. Nadie lo pudo encontrar.

—Una muerte envidiable. Fundirse con la materia original, sin ceremonias, sin tumbas ni tontadas. ¡Cómo me gustaría acabar igual que tu padre! Porque yo, te lo aseguro, prefiero morirme de forma violenta y rápida a pudrirme como un armario con carcoma. Todos los días siento que estoy de sobra en el mundo. ¿Te haces cargo, moza, de lo que eso significa? ¿De lo que significa ser un trasto en el camino? Noto en las personas y en los cachivaches que me rodean un deseo impaciente por que me quite de en medio. A veces acerco el oído, el que todavía me funciona, a los troncos de los árboles y oigo lo mal que hablan de mí por debajo de la corteza. Cuándo te vas a morir, vejstorio, y cosas por el estilo. Yo no les llevo la contraria. ¿Para qué? Tienen más razón que Jancio bendito. A menudo bajo andando hasta el puente de Jabora. Voy con la esperanza de que al cruzar la carretera, zas, me atropelle un

automóvil. Visto y no visto. Como puedes comprobar, hasta hoy no ha habido suerte.

—Ay, señor, ¿por qué dice eso?

—Pues lo digo, moza, porque es la verdad. Antes escuchaba la radio. Pero se me cayó al suelo y no quise comprarme una nueva. Ni siquiera sigo la actualidad leyendo los periódicos. ¿Qué me importan a mí la actualidad, el futuro y la sarta de necesidades que sueltan los políticos? Los seres humanos, si comprendiéramos que nuestro destino en la vida es sufrir por lo malos que somos, agradeceríamos cada instante de dicha como si fuera un regalo. ¿Qué digo de dicha? De conciencia en paz y vamos servidos. Nos han engañado desde pequeños diciéndonos: enhorabuena, monos listos, porque vinisteis al mundo a atiborraros de felicidad. Ésa, ésa es la fuente de nuestras perversiones. Y, claro, pasan los años, los deseos no se cumplen y entonces los hombres se lamentan igual que niños consentidos.

Surcos sinuosos atraviesan la frente del anciano. No tan hondas pero más numerosas son las arrugas que pueblan el cerco de sus ojos, su entrecejo adusto y todo lo demás de su cara consumida, cuya tez trae a Bami el recuerdo del barro seco. Un brillo de gato suspicaz puntea sus pupilas bajo las cejas espesas.

—¿Lloras, moza?

Bami se restriega apresuradamente los párpados con el dorso de la mano. Al retirarlo halla pegado a él la huella de una lágrima. No sabe qué responder; pero acordándose de que días atrás le prometió a la maestra de su pueblo mostrarse comunicativa con la gente, se afana por buscar palabras y al final responde las primeras que le vienen a la boca:

—Lloro por usted, señor.

El anciano da un respingo de extrañeza.

—¿Por mí? —dice clavando una mirada escrutadora en la muchacha.

—Es que me da usted mucha pena.

Bami deduce del gesto serio del anciano que éste no la entiende.

—Vive usted solo, le han pegado unos chavales...

Al anciano lo sacude a este punto un violento escalofrío. Recobrada enseguida la calma, toma con suavidad una mano de Bami. Tras mantenerla durante varios segundos apretada en silencio contra su mejilla, la besa unas cuantas veces antes de soltarla. Son besos de reposada y trémula gratitud. Besos en los que el anciano parece poner una unción propia de acto religioso.

—Gracias, moza. Hacía lo menos treinta años que nadie me hablaba con afecto. ¿Cómo dijiste que te llamas?

—Aún no se lo he dicho, señor. Me llamo Sael Bamidira, pero en mi pueblo todos me llaman Bami.

—Raro nombre. Tampoco tu acento me resulta familiar. ¿Eres de Uchu o de por ahí?

—De Pratabernel, señor.

—¿De la parte de abajo?

—No, señor. De las montañas, ya casi en la Bladia.

Dispuesta a complacer la curiosidad del anciano, que no para de estrecharla a preguntas, Bami le refiere pormenores de su pasado. A la muchacha le agrada sobremanera expresarse sin titubeos, paladeando las palabras antes de echarlas a volar con un leve impulso de los labios. Le agrada tanto que de pronto se asusta al pensar que si no refrena su excitación podría escapársele en cualquier momento una bocanada de confidencias, olvidada de que a su lado hay un hombre que la está escuchando.

Forma entonces propósito de medir lo que dice, así como de guardar en secreto los episodios desagradables que le ocurrieron días atrás en el barco. Mientras acaba de restañarle al anciano las heridas, le habla con cautela del lugar de su nacimiento, de la crianza de perros y de otras menudencias poco o nada comprometedoras; también, sin entrar en mayores detalles, de la razón de su viaje a Antíbula y del hermano afincado en la ciudad a quien se propone encontrar aunque todavía no sabe cómo.

—Ve a la policía, Bami. Allí te informarán.

—Señor, no me atrevo.

—Tú, tranquila. Los policías ya no son lo que eran. No les dejan. En otros tiempos... ¡uf! Pero ahora, con la democracia, los tienen maniatados. ¿Que en el curso de un interrogatorio le arrean una bofetada a un criminal, a uno que ha estrangulado a cinco niños o que ha violado a una docena de chicas como tú? Pues nada, al día siguiente un picapleitos les monta un juicio y con suerte sólo pierden el trabajo. Yo me pregunto: ¿de qué forma puede nadie velar por el orden y la justicia si le privan de los medios de imponer respeto a los ciudadanos? Esto es de una decadencia insufrible y así estamos, peor que cuando mataron al último rey de Antíbula. La nación va directa a la ruina, Bami. Te lo digo yo.

—Durante el viaje perdí la maleta. Dentro estaban mis papeles.

—Sin duda te la robaron. No hay más que delincuencia por todas partes.

Bami duda un instante entre soltar la mentira que le bulle dentro de la boca o tragársela.

—Eso sería —responde—. Me alejé a mirar un letrero y a la vuelta el equipaje ya no estaba.

—En tal caso haces bien en no acudir a la policía. Con tu juventud, tu ropa vieja, tu manera de hablar y la pérdida de la documentación no lograrías sino aumentar tus problemas. Más vale que confíes en la paciencia. Créeme. Vete tú a saber si de aquí a cuatro o cinco días doblas una esquina y te das de bruces con tu hermano. No sería la primera vez que el azar acude en socorro de quien lo necesita. Y por lo demás, Bami, si quieres que te sea sincero, me conmueve como acaso no alcances a imaginar la compasión que te inspiro. Nunca en los largos años de mi vida me había sucedido nada semejante. En serio. A una moza medio huérfana, sin oficio, sin casa y sin dinero se le llenan los ojos de lágrimas por alguien que disfruta de una situación

mucho menos apurada que la de ella. Me pregunto si en realidad es de noche y yo estoy en la cama soñando. Dime, Bami, ¿de qué vas a vivir en adelante?

—Aún no lo sé, señor.

—Regresa a tu pueblo hoy mismo. Hazme caso.

—Antes llamaré a la puerta de un convento como me ordenó mi madre.

El anciano se queda mirándola fijamente.

—¿Has acabado de curarme?

Bami asiente mientras lava el trapo bajo el chorro del grifo.

—Como puedes apreciar, soy un hombre desfallecido a quien un fardo de años le dobla las espaldas. A mi edad cuesta trabajo incluso llevar la cuenta de los achaques. Ahora duele arriba, dentro de cinco minutos dolerá abajo. Pero descuida, buena moza, que no pretendo abrumarte con mis penas. Detesto a los carcamales del barrio que todos los días se colocan en un banco público del paseo de Verca y al primer incauto que se sienta a su lado le endilgan su historial clínico con pelos y señales. ¡Como si hubiera algún mérito en contraer enfermedades! Esa gente me recuerda las arañas cuando se arrojan sobre sus presas. Yo quiero, Bami, entiéndeme bien, explicarte una idea que me ha venido a la cabeza mientras te escuchaba. No por otra razón te doy ahora la lata con intimidades sin importancia. Para empezar, no creo revelarte ningún secreto si te digo que me canso al menor esfuerzo. Por fortuna no estoy obligado como otros vecinos a subir escaleras. Ten por seguro que si viviera dos pisos más arriba apenas pisaría la calle. Pediría desde la ventana a los viandantes que por caridad me hicieran los recados. En casa lo que más temo es subirme a una silla. Me mareo, ¿sabes? Debido a ello me resulta imposible eliminar la suciedad que se junta en la parte alta de los muebles. Recientemente cometí la imprudencia de volver a intentarlo. ¡Qué temeridad, Jancio bendito! Estuve a dos dedos de pegarme una costalada que me hubiese llevado a ultratumba por el atajo. Luego está el maldito lumbago. En cuanto refresca el tiempo me deja tieso como una tabla. Y en esta casa, a un tiro de piedra del río, con la humedad y la niebla, ni te cuento. ¿Cómo lavar entonces, dime, la vajilla que se amontona en el fregadero? ¿Cómo agacharme a restregar con el estropajo el fondo de la bañera? En resumen, que casi no me valgo. Cualquiera día tropezaré en la alfombra, caeré al suelo y habré de resignarme a la muerte de los escarabajos que no se pueden voltear. Por eso, Bami, después de darme sobradas pruebas de tu buen corazón, te ruego que entres a servirme hasta tanto te salga una ocupación duradera que te permita establecerte en Antíbula. O hasta que encuentres al hermano ese que andas buscando. ¿Qué contestas?

—Sería mi salvación ganar un poco de dinero.

—¿Dinero? ¿He oído bien? Mejor háblame a la oreja sana.

—Señor, sólo dije que me convendría ganar un sueldo.

—¿Un sueldo? ¿No será que engañada por tu demasiada juventud te has creado falsas ilusiones? Vamos, vamos. Ni siquiera he mencionado las condiciones de trabajo y tú ya empiezas a plantear exigencias. ¡Caramba con la gente de la montaña!

¡Cómo van espabilando! Agradecería, Bami o como te llames, que me ahorres la molestia de ofrecer explicaciones que no conduzcan a nada. No me hagas hablar por hablar, te lo pido por favor. Si pretendes aprovecharte de mis pocas fuerzas, entonces no llegaremos a ningún acuerdo. Tú habrás perdido tu tiempo y yo me habré fatigado en balde.

—Señor, por Dios —responde Bami azarada—. Me conformo con lo que usted me quiera dar.

—¿Cómo voy a darte dinero si apenas dispongo de lo justo para vivir? Y no creas que a los demás les va mejor. —Al decir esto último dirige una mirada rápida al techo, señalando a los vecinos de los pisos superiores. A continuación menea la cabeza con el fin de hacer extensiva su alusión a todos los habitantes de la ciudad—. Antíbula sufre una de las peores depresiones económicas que se recuerdan. A este paso no tardaremos en volver a las colas del hambre y a las cartillas de racionamiento, como cuando terminó la guerra, que había gente, porque yo lo vi con mis propios ojos, que bajaba al Intri a comerse las cañas de la orilla. Una de mis mayores desgracias, ¿sabes cuál ha sido? Pues que durante la invasión de los bladitas una granada no me segara una pierna. Sí, sí, sí, no pongas cara de pasmo. Me habría correspondido una pensión de guerra. Asegurada la manducatoria, me dedico a vivir la vida apoyado en mis muletas y ahí me las den todas. Un amigo mío del barrio de La Vieja cobraba todos los meses sus buenos melios por un ojo que le saltaron de un tiro, defendiendo a mi lado el Archivo Nacional, que total patatas, porque al final el enemigo se cargó el edificio en un pimpampún que no duró ni un cuarto de hora. Bueno, pues mi amigo, que murió de pulmonía hace cuatro meses, se pasó años y años sin más ocupación que andar por la calle luciendo su medalla de héroe en la solapa, mientras el menda no paraba de dar el callo, para que veas. Hoy día me las tengo que apañar con una jubilación de risa. Me alcanza para ir tirando y punto. Fíjate, sólo en gastos de vecindad y en otras cosillas que no necesito declarar, porque tampoco soluciona nada que te cuente mis desventuras, se me va la mitad del dinero. Y luego está la cuota de la funeraria. Cada mes veinticinco melios. Porque, claro, al final de mis días no me apetece que me descarguen como a un saco de escombros en un panteón público, hacinado con cuarenta o cincuenta tipos que no conozco. Quiero mi tumba y mi lápida para mí solito, yo ya me entiendo. Un vicio tengo, eso sí, y lo tendré mientras el corazón aguante. Son los chestoberoles. Los domingos, aunque llueva, aunque caigan relámpagos o haga un frío que se congelan hasta los pensamientos, me llevo en tranvía al mercadillo de la plaza de Veuva. Voy lo más temprano posible, a ver si hay suerte y pillo a buen precio alguna pieza interesante. Fuera de eso, no gasto sino lo necesario. Conque ya te he puesto al día de mis finanzas. A mi lado, como comprenderás, no hay posibilidad de enriquecerse, si es que era ésa tu intención.

Bami entreabre los labios dispuesta a responder; pero el anciano la ataja con un ademán de la mano antes que ella, en su confusión y timidez, haya tenido tiempo de

pronunciar una sola palabra.

—Ahora bien... —El anciano deja que transcurran unos segundos de silencio, mientras estimula la producción verbal por el procedimiento de rascarse la frente con las uñas—. Piensa una cosa, Bami. Y es que hay maneras distintas de remunerar un trabajo. Un sueldo, lo que se dice un sueldo, yo no te lo puedo pagar puesto que soy hombre de pocos recursos. No deberías, sin embargo, en vista de la situación delicada en que te encuentras, desdeñar el beneficio que te reportaría convertirte en mi asistente. ¿Te voy convenciendo o no merece la pena que continúe con la explicación?

—Hable, señor, por favor se lo pido.

—Pongamos por caso que aceptas el trato que te propongo. Como primera ventaja obtendrás un alojamiento gratuito. Una oportunidad así no se presenta todos los días. Me bastaría anunciarla en el periódico para que a la mañana siguiente se me formase una cola de mujeres delante de la puerta. Claro que yo no quiero que se me meta en casa ninguna ladrona. Por eso mi oferta la dirijo solamente a ti, pues en el tiempo que llevas a mi lado has sabido ganarte mi confianza con tu carácter apacible. Pero a lo que iba. Dormir bajo techo te libraré de los peligros que acechan a tantas jóvenes víctimas de la política funesta del gobierno actual. Muchachas pobres que no tienen otro domicilio que la intemperie. Angelitos en la flor de la edad sin una mala cama donde reponerse de sus fatigas cotidianas. Eso hay en Antíbula, Bami. Eso y cosas todavía más tristes. Me consta que por ahí merodean bandas de malvados. Rastrean los portales, los puentes y los parques en busca de chicas sueltas. No bien avistan una la raptan y disponen de ella según se les antoja. No me lo invento. De esto ya solía hablarse cuando aún me funcionaba la radio. Encierran a las desdichadas en contenedores, las drogan hasta volverlas dóciles y al final les obligan a alquilar el cuerpo en las cuevas de Flull o donde sea. Estando conmigo no te pasará nada de eso. Conque piénsatelo.

Bami guarda silencio. Se le figura que uno de los cañones alineados sobre la repisa de la ventana apunta directamente hacia su boca.

Por los azulejos del zócalo corre una cucaracha.

—No intento asustarte —prosigue el anciano—. ¡Dios me libre! Trato tan sólo de hacerte comprender que sin un alojamiento fijo apenas te quedará posibilidad de llevar una vida decente en Antíbula. Para empezar, no te sería fácil reunir más enseres que los que pudieras acarrear a cada momento de un lado para otro. Tus propiedades, ¿dónde las ibas a guardar? ¿Dónde colocarías, por ejemplo, los platos, la ropa, los productos de limpieza o el colchón? ¿Dentro de un agujero excavado con las manos en la arena de la playa? ¿Escondidos detrás de un arbusto? Todo lo perderías en el plazo de un pestañeo. ¿Qué harás cuando llueva o cuando lleguen las noches frías de invierno? ¿Dónde lavarás tus prendas? ¿Dónde las tenderás para que se sequen? ¿De los semáforos tal vez? ¿Y qué decir de tu higiene? ¿Bajarás a bañarte al río como los leprosos de antaño? Celebra que hayas topado conmigo esta mañana. Pues aunque no

has de ganar dinero bajo mi poder, tendrás una ocupación honrada y la recompensa de unas señas que te permitan recibir correo e inscribirte en el registro civil. Dudo yo que sin este requisito te sean concedidos los documentos que perdiste. Y sin documentos, te lo aseguro, no eres nadie. Simplemente no existes. Si después de todo lo que me he dignado explicarte aún no ves en mí a un bienhechor, entonces ya no sé qué pensar sino que más me vale no seguir desperdiciando contigo mi saliva.

Bami se sobresalta creyendo que las últimas palabras del anciano entrañan una reprimenda.

—Moza, ¿me das la razón?

—Sí, señor.

—¿Merece la pena que especifique las labores domésticas que te aguardan?

Bami hace un gesto tímido de asentimiento, la cara gacha, la expresión como de persona dolida a causa de un desliz en su conducta, al tiempo que el anciano, impasible, alarga un pie por debajo de la mesa y aplasta la cucaracha de un pisotón.

—En resumidas cuentas, tu trabajo se reducirá a reconocer en mí a tu amo. Más fácil, imposible. Tú misma puedes imponerte las tareas que juzgues útiles a mi bienestar. Me da igual por dónde empieces cada día. Ejercerás la obediencia conforme exige tu condición de subalterna, pensando que al hacerlo me favoreces a mí tanto como a ti, pues si en el futuro sirves a otros patrones ya habrás adquirido conmigo experiencia en la técnica de complacerlos, y si te metes monja no habrá madre superiora a quien no agrade en extremo tu sumisión. Afánate por desarrollar el instinto de las buenas sirvientas, capaces de adelantarse a las órdenes de sus señores. ¡Por Jancio bendito, Bami, que no tenga que ir detrás de ti diciéndote ahora haz esto, ahora haz lo otro! Se supone que si encuentras suciedad la eliminarás sin esperar a que yo te lo mande. Y si se acumula la basura la sacarás al contenedor sin incordiarne con preguntas estúpidas que me distraigan de mis ocupaciones. Procura mi satisfacción cuando barras, cuando laves y planches, cuando laves y traigas, y habrás cumplido así de forma irreprochable con tu obligación. Que soy un hombre despótico no te lo voy a ocultar. Toma nota de que tengo una punta de malhumor y de que la naturaleza me negó la virtud de agradecer. Añadiré, sin embargo, para que estés tranquila, que mi severidad nace de un propósito firme de justicia. Soy duro, pero justo, o al revés. Tómalo como mejor te convenga. Y piensa que por fidelidad a este principio jamás te mostraré demasiada dureza si no te muestro al mismo tiempo demasiada justicia. De igual modo, Bami, no seré injusto contigo sino siendo a la vez indulgente.

A Bami lo que dice el anciano le trae el recuerdo de aquellos días en que su padre se ensañaba con el burro. Mediaba entre hombre y animal desde antiguo una mala avenencia, bien conocida en el pueblo, donde había dado lugar a letrillas jocosas que todos los años, durante las fiestas patronales, los jóvenes murguistas gustaban de cantar ante la puerta del aludido.

Una de las canciones era particularmente ofensiva y picaba no poco al padre de

Bami. Él se guardaba mucho de mostrar su irritación fuera de casa. En cuanto al resto de las burlas, lo sobrellevaba con flema, de modo que en cuanto percibía el chunchún de los guasones bajaba a la calle a recibirlos.

—Si les río las gracias —le decía a su mujer— acaban antes.

El caso es que los días en que, por haber faena en el campo, él entraba al corral a enalbardar el burro, éste, no bien sentía el ruido del pestillo, soltaba coces a diestro y siniestro, asomaba los dientes y llenaba la mañana de rebuznos que sonaban como imprecaciones en el lenguaje de su especie.

Nada por el estilo sucedía cuando los demás miembros de la familia se acercaban al animal, ya se tratase de la madre en las ocasiones en que bajaba a cepillarlo o a echarle de comer, ya de los hijos varones por la época en que éstos aún vivían en la casa. Bami misma montaba al animal en pelo, por jugar; pasaba gateando por debajo de su panza, lo limpiaba de garrapatas y le metía la mano hasta las muelas. El burro se dejaba tentar, quieto y confiado, con los ojos cerrados de gusto. En cambio, apenas se apercibía de la proximidad del dueño detestado, perdía la mansedumbre, lanzaba coces al aire y se agitaba con no menos furia que si estuviera poseído del demonio.

Tenía, además, según recuerda Bami, una índole vengativa que a más de un lugareño le parecía rasgo humano y daba por ello pábulo a las canciones de choteo. Y era que con frecuencia, al regresar por la tarde al pueblo, el burro se rebelaba nada más adentrarse en la plaza. De repente hacía un corcovo con malicia de pillar al padre de Bami descuidado y derribarlo, y como tal cosa nunca pasaba en despoblado, sino donde hubiera testigos que la pudiesen presenciar, todos los vecinos estaban contestes en que el burro intentaba de aquel modo humillar a su dueño.

El padre de Bami, que no toleraba el menor rasguño en su orgullo, llegaba al pueblo siempre montado. Orondo sobre la albarda, calle arriba arreaba al animal con la voz y con los tacones de las botas no más que por hacer ostentación de autoridad. Tenía, sin embargo, la prudencia de apearse tan pronto como la bestia le lanzaba una primera mirada de refilón. A menudo ocurría que el lebrél le advertía del ataque inminente del burro; pero, con eso y todo, una o dos veces por año ni la cautela ni los ladridos del perro lograban impedir que el padre de Bami acabase sentado en el suelo de la plaza para regocijo de sus paisanos.

Más tarde, en la trasera de casa, ataba al burro a una argolla de la pared y diciéndole que lo iba a escarmentar le sacudía una tunda. Cada palazo levantaba una nubecilla de polvo del pelambre gris del animal, que aguantaba los golpes sin inmutarse, como si no le dolieran. Bami acostumbraba a mirar la escena desde la ventana de la cocina. A veces su madre se ponía a su lado y le susurraba:

—Hija, no sé cuál de los dos es más burro.

Bami no ha olvidado aquel recreo en que la maestra la llamó a un rincón del patio para preguntarle si era verdad lo que habían estado cantando últimamente las murgas: que si no había en el pueblo estera más limpia que el burro de su padre y esas cosas. La muchacha, ojos en blanco, corroboró a su manera vacilante las pullas de los

bromistas.

De ahí a poco, la maestra y el padre de Bami sostuvieron una larga conversación en la escuela. Fuera llovía a cántaros, silbaba el vendaval y tronaba, y Bami, con la oreja pegada a la puerta, no conseguía descifrar las voces de los dos adultos bajo el estruendo de la tormenta. Sea como fuere, a partir de entonces y hasta que a primeros de noviembre del año pasado sobrevino la fatídica riada, su padre no volvió a pegar al burro, por más que el animal siguió mostrándose con él tan díscolo y avieso como de costumbre.

—¿Prefieres soñar o escucharme? —pregunta el anciano con un dejo de reproche.

—Perdóneme usted, señor.

—Te lo repito. Entre las tareas que habrás de realizar hay una que requiere dedos de seda. Por ello, te guardarás de emprenderla a menos que yo me halle presente. Esta regla habrás de observarla a rajatabla. Piensa que su incumplimiento podría dar lugar a un accidente. Un accidente, a una rotura. Una rotura, te lo aseguro, a un proceso judicial de consecuencias impredecibles, pero en cualquier caso negativas para ti. No me voy a andar con chiquitas en este asunto. Ven conmigo para que te explique.

Bami se cree en la obligación de ofrecer un brazo al anciano. Éste rechaza la ayuda retrepándose con vehemencia en la silla, como si dijera «no me toques» o «no me vengas con el truco de hacerte la buena». Prefiere confiar a la muchacha el despintado chestoberol y, libres las manos, levantarse de la silla por sí solo.

Después de salir de la cocina, los dos van por un pasillo en penumbra flanqueado de puertas blancas. Según dónde pisen se hunden un poco bajo sus pies las tablas crujientes del suelo. El anciano reconoce, chascando la lengua en señal de disgusto, que el aire está cargado. En tono de disculpa añade que de momento no puede ventilar la vivienda sino a altas horas de la noche. Durante el día, dice, vive con las persianas bajadas para no exponerse a las travesuras de los chavales.

Bami no percibe ningún tufo. Todo su interés lo acapara el detalle sorprendente de que cada puerta del pasillo tiene un número propio grabado en una placa ovalada de mayólica. Supone que el piso fue hospedería en otros tiempos. Le tienta desde luego calmar la curiosidad, pero se refrena pensando en el mal efecto que causará si se pone de pronto a importunar con preguntas que no guardan relación con el trabajo.

El anciano conduce a la muchacha hasta la puerta número 5, la penúltima antes de llegar al ventanal del fondo cuya persiana bajada sólo permite el paso de unas hilachas de claridad. Delante de la puerta le tiende una llave para que abra. Él entra primero y enciende la luz.

Bami contempla, sin atreverse a traspasar el umbral, un cuarto espacioso. En el centro, bajo una bombilla de pocos vatios que pende desnuda en el extremo de un cable, se ve una silla idéntica a la de la cocina, junto a una mesa sembrada de hojas de papel. Adosadas a las paredes hasta taparlas por completo, hay vitrinas provistas de iluminación interior y lunas correderas. Sobre las baldas, bajo la luz violácea de los tubos fluorescentes, se alinean obra de doscientos chestoberoles de distintos

colores y tamaños. Cada pieza se asienta en una especie de cazoleta forrada de terciopelo. El anciano no oculta el deleite que le suscitan los ojos admirados de la muchacha.

—Por si no lo sabes, moza, ante ti se despliega uno de los mayores y más desconocidos tesoros de la nación antibulesa. ¿Te gusta?

—Mucho.

—¿Me niegas el tratamiento?

—Perdón, señor. Me gustan mucho sus chestoberoles, señor.

—¿También éste? —pregunta mostrando el que lleva en la mano antes de tirarlo al pasillo por encima de la cabeza de Bami—. Éste no vale nada. Hojalata de la peor calidad. Pero, claro, no voy a sacar a la calle uno de los buenos para que me lo machuquen los tunantes del barrio. Nunca dejaré que corra peligro una colección que me ha costado largos años, largas caminatas y largos desembolsos reunir, y que, se mire por donde se mire, es una de las tres mejores del planeta, por no decir la mejor o por lo menos la más selecta. Porque tampoco se trata, buena moza, de amontonar quincalla. Para eso date una vuelta por las chatarrerías de los arrabales. Las piezas raras, las que ambiciona el coleccionista que se precie, ésas, desengáñate, no se encuentran así como así. Tal vez hayas oído hablar de un espía antibulés que escapó de la justicia durante la posguerra y abrió en la Bladia un museo de chestoberoles. De esto hará..., espera que piense, unos cuarenta años. ¿Tú crees que han servido de algo las reclamaciones de nuestros sucesivos gobiernos? El granuja se las apañó para trasladar a territorio enemigo un centenar y medio de piezas. Total, que por mediación de un conocido le pedí al sobrecargo de un mercante que me trajera fotos del museo del traidor. Luego no sé qué puñetas ocurrió. Se las requisó la policía o vete tú a saber. De todos modos no tengo nada que temer, pues quitando una serie de cinco chestoberoles del siglo XIX, que según conjeturas pertenecieron al rey Toeto IV, lo cual está por demostrar, el espía de marras no se llevó nada que pueda encender la envidia de los entendidos. Me lo han asegurado varios anticuarios de confianza. En cambio, cerca de Boston vive un potentado que, ése sí, ése sin ser experto en la materia ha conseguido hacerse a golpe de dólares con una porrada de chestoberoles que para mí los quisiera. El tipo acepta lo mismo joyas que morralla. Compra chestoberoles al por mayor, como quien lanza, ¿sabes?, las redes al mar con la esperanza de sacar un pez gordo entre miles de pequeños. Lo malo es que de un tiempo a esta parte se ha puesto a fabricar chestoberoles por su cuenta y terminará saturando el mercado con género de imitación, ya lo verás. Dicen que también los fabrica de plástico. ¡Lo que faltaba! En una ocasión me mostraron un retrato suyo. Aparecía tronchándose de risa en la portada de un catálogo con un chestoberol de platino en forma de balón de fútbol americano. Al principio pensé que sostenía un melón. Y en realidad así era, sólo que un melón de orfebrería que le habrá costado un ojo y, si me apuras, los dos, pero me es igual. Yo, con mis chestoberoles, me conformo. A mi edad uno lo mismo ha perdido los dientes que la codicia. Otros

vientos soplarían si yo fuese joven y fornido como antaño. Te juro, Bami, que me montaba en el primer avión que saliera para Estados Unidos y ya veríamos entonces —se ríe— lo que pasaba.

El impacto de una piedrecilla contra la parte de fuera de la persiana ensombrece de pronto su expresión. Se oyen voces infantiles provenientes de la calle.

—¡Judío, judío!

—¿Qué quieren ahora esos desalmados?

—Le llaman a usted judío —responde Bami.

El anciano menea la cabeza con displicencia.

—Asómate, judío —insisten los chavales—. Te hemos traído pan.

—Si no les contesto —susurra el anciano—, se aburrirán enseguida y habrá paz. Olvídate de ellos y entra, no te quedes ahí parada. Me complace comunicarte que eres la primera persona a quien admito dentro de este cuarto.

Bami balbuce una palabra de agradecimiento mientras avanza con pasos cortos e indecisos hasta el costado de la mesa.

—Judío, ¿te asomas o qué?

El anciano, entre que oye mal por un oído y por el otro no le apetece oír, permanece impertérrito.

—Además de la colección —dice—, deseo legar a las generaciones venideras un tratado exhaustivo sobre los chestoberoles. Contando con que la muerte no lo impida, detallaré la evolución de la artesanía chestoberoleica desde sus comienzos hasta el lamentable declive de nuestros días. Una obra monumental, como puedes figurarte. Llevo trescientas y pico páginas, pero presumo que todavía me queda faena para rato. Se me van las horas manoseando legajos y metiendo la nariz en mamotretos polvorientos de la Biblioteca Central. Así que, como necesito tiempo para documentarme y encima escribo a mano, porque un servidor con las teclas y los chismes modernos no se apaña, progreso a velocidad de caracol. Quizá si tú me ayudaras a copiar en limpio los capítulos ya redactados y las notas... ¿Estarías dispuesta a echarme una mano, Bami?

—Lo que usted mande, señor.

Suena a este punto un estampido de pedrada en la persiana y a continuación jolgorio de chavales que se alejan a la carrera.

—Cuanto más se alarga la vida, más a vinagre sabe el trago final. Créeme, Bami. Tu padre fue un privilegiado. ¡La cantidad de amargura, de decepciones y achaques que se habrá ahorrado el buen hombre! Por el contrario yo aquí sigo, dedicando mis últimas fuerzas a mantener una tradición que nadie aprecia. A veces me entran ganas de abrir la ventana y arrojar la colección entera de chestoberoles a la calle para que los ignorantes que habitan esta ciudad se den el gusto de pisotearlos. Me vienen, ya ves, esas rachas de melancolía. Luego se me pasan y vuelvo a mi ser y a mis costumbres. Entonces digo entre mí para consolarme que habría que explicar a la gente el sentido verdadero de los chestoberoles. Para la mayoría no son sino juguetes

de viejos chochos. El tiro de gracia se lo ha pegado el régimen democrático. Toda aquella cultura del chestoberol que distinguía al ciudadano de rango del maloliente plebeyo se ha perdido para siempre. En la sociedad actual lo que no produce ganancias se desecha. A ver, ¿para qué puñetas sirve, se preguntan algunos, el respeto que merecieron antiguamente las personas mayores? ¿Se gana dinero con eso? ¿No se gana nada? Pues a la mierda el respeto. ¡Si hasta han empezado a prohibir los chestoberoles en las residencias de ancianos! Pero ¿tú te imaginas ruindad mayor? ¡Se oye cada caso! Que si la medida pretende paliar la demencia senil, que si los chestoberoles representan un estorbo para caminar y pueden por ello ser causa de accidentes. ¡Tonterías! Ah, y eso no es todo. En muchas casas, cuando se les muere el abuelo, los familiares a lo mejor tiran a la basura un chestoberol de los talleres de Midua, fechado en el siglo XVIII. Una pieza que, calculando por lo bajo, podría reportar a los herederos, de haberse andado más espabilados, la bonita suma de quince mil o veinte mil melios, y puede que me quede corto. ¿Tú sabes lo que significa para un hombre de mi edad salir de paseo con un chestoberol en los brazos? Significa un afán de retener la vida. Así de simple. Por eso en antibulés castizo, cuando muere un viejo, suele decirse que *se le soltó el chestoberol*. A un hermano de mi padre, combatiente en la guerra del 28 que sobrevivió a un fusilamiento y a incontables batallas y refriegas, ¿adivinas lo que le ocurrió después de cumplir ochenta años? El infeliz, que era la salud en persona, falleció a los dos días de haber extraviado su chestoberol. Recuerdo que la familia entera estuvo buscándolo. Total, que no lo encontramos ni en casa, ni en el parque, ni en ningún lado, y el pobre hombre, que tenía cicatrices hasta en la planta de los pies, se apagó en cuestión de minutos como una vela. Por eso te digo, Bami, que uno, pasada cierta edad, nota cómo la vida se le escurre por momentos. Entonces ya no queda más salvación que aferrarse a ella. La mayoría prefiere agarrar un crucifijo. Con su extremaunción se lo coman. A otros nos tira más atarnos un chestoberol a la manga. Para el caso es igual, aunque con la diferencia de que el fervor del creyente le sirve a él sólo. En cambio, el chestoberolista de pura cepa al menos contribuye al progreso artístico de su nación, según puedes comprobar con tus propios ojos echando un vistazo a las maravillas que guardo en mis vitrinas.

Bami dirige su atención a las esferas dispuestas en orden estricto. Las observa cuidadosamente, como temerosa de dañarlas con la mirada. Las hay cubiertas de pintas, de losanges, de vetas como de jaspe, de rayas paralelas o cruzadas, y las hay también, aunque pocas, unicolores. Advierte que cada una presenta una ramificación distinta de reflejos, dependiendo tanto de su situación respecto a las lámparas fijadas a la parte inferior de las baldas como de los destellos caprichosos que se transmiten entre sí. Todas reproducen en su cara frontal, reducida a un punto, la luz pálida de la bombilla pendiente del cable en el centro del cuarto.

Sumida en la contemplación de los objetos brillantes, Bami no puede menos de acordarse del viejo aparador con puertas de vidrio que siempre, desde los orígenes de

su memoria, ocupó el mismo emplazamiento en el salón de la casa familiar. Se ve con siete u ocho años parada delante del mueble. Vestía una falda rústica de estameña cuyos bajos rozaban el suelo al caminar. De pronto llegó su madre y le advirtió:

—Niña, mucho cuidadito con enredar ahí dentro.

La escena se fue repitiendo de tiempo en tiempo sin apenas variaciones, como no fuera la del vestido, hasta convertirse en un rito perdurable de su infancia. A menudo su propia madre, hecha la advertencia de costumbre, abría de par en par las puertas del aparador con pensamiento de que a Bami no la apremiase la curiosidad cuando estuviese sola. Le mostraba a continuación un juego completo de café, todo de porcelana de las manufacturas de Sóeo, adornado con motivos florales, bordes de oro y asas que imitaban la forma de una pequeña rama.

Lo había recibido de sus padres como contribución al ajuar de novia y le profesaba un apego rayano en la idolatría. Todas las piezas sin excepción las conservaba envueltas en papel de seda para evitar que un roce fortuito las rayara o las desportillase. Solía afirmar que las reservaba para fechas señaladas; pero lo cierto es que Bami no tenía el recuerdo de haber visto jamás aquel tesoro de fina alfarería colocado encima de una mesa a disposición de un círculo de huéspedes.

Con frecuencia, en el momento de cerrar las puertas del aparador, su madre le decía:

—Hija, si alguna vez te casas, estas tazas y platillos serán para ti.

Cierta noche, una semana antes del infortunio de la riada, Bami se estremeció en la oscuridad de su dormitorio al percibir a través del tabique los sollozos de su madre. Su padre acababa de llegar. El ruido de sus botas había dejado en la calle un rastro de perros delatores. Minutos después, la campana de la iglesia confirmó la hora intempestiva.

Al principio Bami oyó que su padre razonaba en tono conciliador. Él se puso luego a refunfuñar mientras su madre lloraba cada vez con más fuerza, y al fin, perdida la paciencia, el hombre lanzó una ráfaga de denuestos con su voz potente, que fue de inmediato contestada por los perros del vecindario. En medio de la discusión matrimonial y tras un violento y rápido trapaleo de pies descalzos, comenzó a resonar por toda la casa el estrépito de la porcelana al romperse contra las baldosas.

Por la mañana, Bami lloró en silencio al costado de su madre. Lloró sin saber por qué, sólo porque ella también lloraba. Sin hacer preguntas le ayudó a limpiar el suelo. Se fijó en que al fondo de la balda del aparador quedaba intacto el cacillo para la leche, la única pieza del precioso juego de café que se había salvado del estropicio. A Bami le apetecía guardarlo de recuerdo. Incluso cree que su madre le adivinó la súplica en la mirada; pero no la quiso poco ni mucho complacer, sino que sacando el cacillo de su lugar lo añadió con una extraña precipitación al montón de los cascós.

—¿Me escuchas?

—Sí, señor.

—Pues lo que te he dicho. Todos los días, antes de recogerte, bruñirás un

chestoberol. Sólo uno, pero, eso sí, cuando yo lo coloque en tus manos hazte a la idea de que habrás de tratarlo como si sostuvieras a un recién nacido. ¡A tal punto deberás extremar la precaución! Usarás un par de guantes que pienso conseguirte sin tardanza. Los de goma que venden en las farmacias se me figuran a mí los más idóneos porque no dejan pelusilla. Pero si se te ocurre una idea mejor no dudes en comunicármela. A mi lado no está prohibido pensar. Otra cosa quería decirte. ¿Qué era? Ah, bueno. Abre bien los oídos, Bami. Por ningún concepto entrarás en este cuarto si yo no te precedo. Una vez dentro, no tocarás nada a menos que yo te lo indique y siempre que lleves las manos enguantadas. Por último, no cometas la imprudencia de revelar a nadie que en el bajo derecha hay una colección valiosa de chestoberoles, no vaya a suceder que cunda en la vecindad el apetito de robarme. Conque ya sabes, chitón o te acuerdas. No sería por falta de buenos abogados que tu indiscreción se quedara sin castigo. ¿Me das tu palabra de que guardarás el secreto?

Bami asiente cohibida, los ojos en blanco como para protegerse de la mirada recelosa del anciano. A éste, viendo la candidez y turbación de la muchacha, se le alegra de pronto el semblante. Por un momento fulge en sus pupilas acuosas una chispa risueña. Después, a un gesto suyo, vuelven los dos al pasillo. Apagada la luz, el anciano echa la llave y, tras agitarla unos segundos en el aire igual que si hiciera sonar una campanilla, la introduce con ademán teatral en un bolsillo de la chaqueta.

—Por cierto —dice—, has de saber que soy hombre de siesta diaria. En realidad no duermo. A eso de la una o una y media me siento en la silla de la cocina y espero el tiempo que haga falta, con los ojos cerrados, a que amaine la fatiga que me causan las noches en vela. Acabada la siesta, acostumbro entregarme de lleno a mi tratado sobre los chestoberoles. No me ajusto a un horario. A veces trabajo mucho, a veces poco. Eso depende de cuánto aguante la espalda. También depende de la cantidad de notas que haya conseguido reunir por la mañana en la biblioteca. Pero a lo que iba. Grábate bien, Bami, que durante el reposo y mientras escribo me irritan, me revientan, me matan los ruidos por leves que sean. Incluso tengo comprobado que me molestan más los ruidos pequeños y cortos que los grandes y continuos. Te contaré un caso. Hace dos meses abrieron una zanja en nuestra calle para reparar las tuberías. Una semana entera anduvieron los obreros dale que dale al martillo neumático. Ratatata. Pues bien, pese al estruendo despaché bastante tarea por aquellos días. En cambio, suena un chasquido en la madera del suelo o estornuda el vecino de arriba, y entonces me sobresalto y tiemblo y se me va el santo al cielo y la sangre se me enciende de tal manera que, te lo juro, si no estuviera solo podría convertirme sin quererlo en criminal. La simple idea, ¿sabes?, de oír tu respiración mientras escribo me produce un picor de hormigas por todo el cuerpo. En una palabra, Bami, de una a seis de la tarde permanecerás fuera del piso. Cada día dispondrás de cinco horas para procurarte alimento y atender a tus necesidades, no sé de qué modo ni me importa. Te sugiero que de paso dediques una parte de dicho tiempo a localizar a tu hermano. Eso tú lo decides, yo ahí no me meto.

El anciano se encamina a la puerta de salida. Bami va tras él escuchando en pensamiento la voz de su madre, que, asomada a una ventana de la casa familiar, le dice que no sea tonta; que un refugio adonde acogerse por las noches y el tiempo libre por las tardes son dos buenas razones para aceptar el puesto; que en vista de su desamparo a qué espera para dar las gracias y que se porte bien para que su amo no tenga queja de ella y la pueda recomendar en el caso de que más adelante le salga un empleo remunerado.

Junto a la puerta, una mano en el picaporte, el anciano se vuelve hacia Bami y le susurra:

—En este edificio, detrás de las paredes, abundan las malas lenguas. ¡Huy, si yo te contara! En Natenés 17 vive la flor y nata de la maledicencia. Algunos vecinos, en cuanto sepan que me lava la ropa una asistenta en estado de merecer, caerán como fieras sobre mi reputación. ¡Menudos son! Por tanto, Bami, no dormirás en mi casa, sino en un lugar que voy a mostrarte enseguida, más apropiado a tu naturaleza de moza solitaria. Pues aunque ya se me pasó la edad de procrear, aún soy varón y tengo mis cosquillas. ¡Santo Jancio, que nadie piense que tus obligaciones se alargan hasta mi cama! Conque haz el favor de acompañarme al sótano, donde te alojarás mientras estés a mi servicio.

Nada más salir de la vivienda, el anciano pide a Bami por señas que se mueva con sigilo. En alguno de los pisos superiores suena, borroso, el canturreo de una mujer. Bami se pregunta si los gorgoritos encerrarán un mensaje velado: «Ahora van al sótano» o algo por el estilo.

Anciano y muchacha se llegan en silencio al amplio hueco que queda debajo del primer tramo de la escalera general. Allí, cerca del rincón, hay una puerta baja, sin cierre, toda de tablas blancas despintadas y guarnecidas de herrajes oxidados. Por ella se accede a una escalera angosta, encañonada entre paredes de ladrillo, por la que se baja haciendo curva a una galería donde arde una bombilla tan sucia que apenas alumbra. A los lados se suceden los compartimientos correspondientes a cada vecino. El anciano se detiene delante del suyo, entrega a Bami la llave con que se abre el candado y le dice:

—Bueno, moza, aquí te dejo. Dispones del resto de la mañana para adecentar tu nueva habitación como mejor te acomode. Así que tranquila. Yo me iré dentro de un rato a la biblioteca. Si pasados cinco minutos no has venido a despedirte, entenderé que aceptas servirme en los términos del trato que ya conoces. Recuerda que no te permito incordiarme ni durante la siesta ni mientras me halle enfrascado en mi trabajo. No lo has olvidado, ¿verdad? A las seis en punto te quiero de vuelta. Hasta que oscurezca probaré si te manejas con las labores domésticas y si me puede ser de utilidad tu caligrafía. Al final, antes de acostarte, limpiarás según hemos acordado un chestoberol. ¿Qué te parece el plan de la jornada?

—Me parece bien, señor.

—Pues que lo disfrutes.

El anciano se dirige a las escaleras. Las sube poco a poco, apoyándose con una mano en la pared. Cuando ya se ha perdido de vista, se le oye llamar en un tono seco, perentorio, a Bami. Ella responde solícita y acobardada:

—Mande usted.

—Una última cosa. ¿Me escuchas?

—Sí, señor.

—Pues nada, sólo deseaba decirte que no soporto la impuntualidad.

No hay nada que hacer. Se necesitaría la fuerza de por lo menos dos hombres vigorosos para quitar del paso semejante ovillo de cadenas. Cabe la posibilidad de separarlas una por una; pero están tan enredadas, tan sucias y roñosas que sólo a costa de mucha penalidad podría lograrse el empeño. Bami cree que le trae más cuenta improvisar un asiento cubriéndolas con un pedazo de tela o con hojas de periódico.

—¡Serás idiota! —resuena en su interior la voz de la maestra—. ¿Cuándo mierda vas a aprender a decir no?

Con las cajas de cartón no lo tiene tan difícil. Cierto que algunas pesan lo suyo, pero mal que bien se dejan arrastrar. Mayor problema entrañan unas cuantas cuyo fondo mohoso, reblandecido por la humedad, se halla de tal manera pegado al suelo que no hay manera de mover aquéllas sin que se desprendan éstos. Bami se propone apilar las cajas junto a la pared. Despejaría así un espacio que, aunque reducido, le permitiría desplazarse dentro del cuarto e incluso aderezar una yacija para el caso de que le apeteciera pasar las noches acostada.

Las cajas contienen utensilios de diversas clases, ropa vieja y, las más pesadas, libros. En una de ellas Bami ha visto una espantada de polillas que correteaban y se afanaban por alzar el vuelo sobre un revoltijo de trapos inmundos.

Además de las cajas y el montón de cadenas, hay varios sacos llenos de no se sabe qué. Hay una escalera de mano carcomida. Hay una bicicleta desvencijada y unas baldas renegridas que en algún tiempo debieron de formar parte de una estantería metálica. Hay tablas con churretes de suciedad encostrada y objetos indefinibles unificados por la cochambre.

El recinto no es más que un cubículo de dos por tres metros, sin respiradero ni ventana. Lo ilumina una bombilla forrada de telarañas que vierte su luz amarillenta sobre la balumba de cachivaches. Cuelga a baja altura, tanto que a cada instante Bami ha de procurar no golpearse con ella en la frente. Después de un rato de esfuerzo baldío, la muchacha se ha sentado sobre una caja de cartón más sólida en apariencia que las otras. Lleva cerca de diez minutos tratando de hacerse una composición de lugar.

—¿Estás triste? —se pregunta en voz susurrante.

Y transcurridos unos segundos de silencio, responde:

—Un poco.

El sitio le parece miserable. Ni siquiera los animales de su casa vivían sometidos a un tercio de la sordidez que reina en este cuarto de sótano. ¡Menudo era su padre en cuestión de limpieza! Él, que no se cansaba de arrearle tandas de palos al burro, tomaba a pecho el que todos los días, bien la hija, bien la mujer, retiraran la bosta, cambiasen la paja y cepillaran a la bestia. A las gallinas las dejaba andar libres por el

corral y sacaba a primera hora de la mañana los perros al campo, con su favorito en cabeza de la traílla, para que les diera, según decía, el aire.

La mirada perdida en una lejanía imaginaria, Bami se pregunta si el anciano la habrá engañado. Tras breve reflexión se niega a creerlo. Piensa que el pobre hombre, sin apenas conocerla, le ha dispensado desde el principio un trato de confianza. ¿Para qué le había de revelar sus problemas personales, entre ellos el de la escasez de recursos, si sólo pretende aprovecharse de ella? Y eso sin contar con que Bami es la única persona a la que él ha desvelado el gran secreto de su colección de chestoberoles. Pues ¿no le ha confesado también que teme las murmuraciones del vecindario y que por dicha razón no le puede proporcionar alojamiento dentro de su piso? ¿Acaso no hablarían peor de él si se hiciera público que maltrata a una joven desvalida?

—¿Sigues triste?

En algún recoveco, a espaldas de Bami, acaba de oírse un ruido leve, como el de unas uñas que raspasen una superficie de cartón.

—Ya no tanto.

A Bami se le figura que el anciano es como es porque lleva largos años viviendo solo. Por fuerza se le ha de agriar el carácter si de continuo recibe insultos y agresiones. Ella, en su lugar, lloraría desde la mañana hasta la noche sin atreverse a salir a la calle. Quizá las cosas tremendas que el anciano ha dicho, cosas como que está deseando que lo atropelle un automóvil, que el destino de los seres humanos es sufrir y tal y cual, no sean sino la forma que tiene él de llorar. Bami lo considera un hombre de verdades brutales, pero no malo ni embustero. Seguramente, de haber querido engañarla, habría tratado de sonsacarle una respuesta definitiva a su oferta de empleo antes de mostrarle el cuarto del sótano.

Por una puerta que se abre de improviso en la oscuridad de sus pensamientos irrumpe, envuelta en el resplandor del fondo, la maestra de su pueblo con cara de enfado. A través del vano se ve el capó del Carde T88. Nada más entrar en la conciencia de Bami, la maestra arroja al suelo el cigarrillo que viene fumando, lo aplasta de un pisotón furioso y grita:

—Eres una niña tonta, Bami. ¿Nunca te lo habían dicho? No me extrañaría que terminaras perdiendo la gargantilla. ¿Cómo vas a cuidar de ella si ni siquiera sabes cuidar de ti?

La maestra se marcha dando, plaf, un portazo. Durante unos instantes, a Bami se le queda la cabeza llena de silencio. De pronto suena, como detrás de una pared, un rechinar de neumáticos seguido del ruido del automóvil que se aleja deprisa. Poco después la puerta vuelve a abrirse. Por ella aparece la madre de Bami.

—Tú, hija, no hagas caso de esa mujer estéril. Si tanto entiende de la vida, ¿por qué fue a pudrirse en un pueblo de mala muerte? No le falta razón a tu amo. Aquí tienes un refugio donde recogerte por las noches. ¿Qué está sucio? Lo limpias. ¿Que no queda sitio en él para una cama? Desde aquello del barco tampoco la necesitas. El

vejete es bueno. Gruñón, pero bueno. Perdiste a tu padre, pues ahora te ha salido quien lo reemplace. Acuérdate de la Biblia: *Entrarás en la casa del Padre, porque mucho vales a mis ojos*. A lo mejor se está cumpliendo en ti una profecía, hija. Yo no creo gran cosa en Dios, pero por si acaso no te opongas a sus designios. Con una de la familia que arda en las calderas del infierno ya basta. Conque nada, Bami, arregla un poco todo este desorden, sé obediente y por la tarde empiezas a buscar a tu hermano, que, si no se lo ha tragado la tierra, en algún sitio tendrá que andar, digo yo.

La madre se desvanece como si fuera una figura de humo en la conciencia de Bami. Sin embargo, alguien que no es ella, pero que ha surgido de su forma cuando ésta empezaba a disminuir y desaparecer, persiste en su lugar. Una niña. Una niña desconocida de seis o siete años que lleva una falda hasta los tobillos, con hilachas en los bordes, y los pies menudos y morenos al aire. Está parada no en el umbral de una puerta ilusoria, sino ahí cerca, en la realidad, y se tapa la nariz con los dedos.

A Bami le acomete viva inquietud pensando que quizá su cuerpo sea el origen de una horrible pestilencia que ella misma no percibe, pero los demás sí. Cuatro días hace que se bañó por última vez, cuando de camino al puerto de Aftino se metió en el arroyo por mandato de la maestra. De entonces acá no tiene constancia de haber sudado poco ni mucho ni ha estado, que ella sepa, en contacto con sustancias malolientes. Durante el viaje no se quiso bañar porque le causaba repelencia el agua del barco.

Recuerda que esta mañana se ha lavado las manos y la cara en una fuente pública, no tanto por necesidad como por la costumbre higiénica que le inculcaron sus padres desde pequeña. En cuanto a su melena, convendría tal vez desenredarla, para lo cual necesitaría un nuevo cepillo ya que el suyo lo perdió con el equipaje. Así que de momento no le queda más remedio que llevar los cabellos arrollados sobre la nuca en espera de poder arreglárselos cuanto antes, quizá esta misma tarde si por fortuna encuentra un estanque o un remanso junto a la orilla del río, con arbustos que le sirvan de escondite. En tal caso, libre de miradas, se daría el gusto de remojar bien remojada la melena y luego se la peinaría aunque fuera con los dedos.

Bami, ahora que lo piensa, no ve una relación forzosa entre hallarse despeinada y oler mal. ¿Habría que atribuir entonces el supuesto hedor a su atuendo? Éste, incluidos los zapatos, presenta un aspecto incurioso. Eso no hay quien lo niegue. Ahora bien, ¿cómo puede ser que el polvo del viaje apeste hasta el extremo de que una niña haya de protegerse el olfato a metro y medio de distancia? Si tanto ofendieran su ropa y su cuerpo a las fosas nasales del prójimo, con toda seguridad el anciano la habría colmado un rato antes de reproches, a menos, claro está, que como consecuencia de los golpes recibidos se le hubieran embotado las facultades olfativas.

Le viene a este punto a Bami la sospecha de que la corrupción del aire provenga de la podredumbre y suciedad que la rodean. Para salir de dudas pregunta a la niña, sin mediar saludo, si el sótano siempre huele como hoy. La niña guarda silencio, medio oculto el semblante por la mano con que continúa tapándose la nariz. En sus

ojos negros, escrutadores, se adensa una especie de serenidad inexpresiva. Parece una niña seria. Una niña de labios apretados y de miradas fijas y penetrantes. Tiene un rostro agraciado en el que, no obstante, apenas se vislumbra un vestigio de la candidez y la movilidad y la dulzura que son propias de la infancia cuando no la ensombrece el sufrimiento.

Por si la niña no ha entendido, Bami repite la pregunta hablando más despacio. Al mismo tiempo procura atenuar su marcado acento montañés. Las dos se miran calladas un instante. Luego la niña agita la cabeza en señal afirmativa. Bami interpreta el gesto como un comienzo de conversación. Le complace comunicarse con un semejante que justo le llega con la frente a la barbilla y que aún habla menos que ella. Decide aprovechar la ocasión para ejercitarse en la locuacidad.

—¿Vives en esta casa?

La niña asiente, ahora sin dilación.

—Ah, pues entonces somos vecinas. Encantada de conocerte. Yo me llamo Bami. Vivo en este cuarto. Bueno, la verdad es que acabo de instalarme y todavía no me ha dado tiempo de poner orden. No te pienses que soy una chica descuidada. ¿Cómo te llamas?

La niña permanece indiferente, quieta la mirada grande, como de ciego, en los ojos expectantes de Bami. A ésta le causa gusto escucharse. Se imagina que dirigir la palabra a la niña seria es igual que hablar a solas, puesto que puede expresarse sin trabas y en el tono que le dicta su antojo.

—¿No te han bautizado?

La niña niega moviendo con vehemencia la cabeza. Tiene una tupida melena de rizos castaños que se le derraman sobre los hombros y la espalda. Viste una blusa descolorida y holgada, con sus tres o cuatro lamparones de aceite, y un faldón de paño basto que parece hecho con retales de lona.

—¿No me quieres decir tu nombre?

La niña se arranca entonces hacia Bami y, sin apartar la mano de su nariz, le susurra:

—Socorro.

—¿Así te llamas?

La niña niega y, con sus labios finos pegados a la oreja de Bami, vuelve a bisbisear:

—Socorro, socorro.

—Vecina, como no te expliques mejor...

—Es que mi hermana se está muriendo.

La niña seria habla de pronto con una fluidez y viveza que Bami no le suponía.

—Está muy malita —añade.

—¿Cómo de malita?

—No se puede levantar. Tiene un trapo en la boca para que no la oigan gritar. Quiere que vengas.

—¿Yo?

—Mi hermana ha dicho: cuando se vaya el judío trae a la chica para que me ayude; si no me ayuda nadie, me muero.

—¿Y tu padre? ¿Y tu madre?

—A esta hora no suele haber nadie con nosotras.

—¡Ay santo Jancio, tenemos que llamar a un médico enseguida! El señor que me ha dejado este cuarto seguramente conoce uno.

La niña seria se aparta la mano de la nariz. Su cara se ha demudado por efecto de una angustia repentina. Se le ha parado en las pupilas un destello de alarma. Nerviosa, agarra a Bami por un brazo y con más voluntad que energías se afana en arrastrarla hacia el pasillo del sótano.

—Niña, ¿dónde vives?

—En el bajo izquierda.

—Pues venga, te acompaño.

Salen las dos corriendo del sótano. A cada paso, la niña seria revira la cabeza para cerciorarse con el rabillo del ojo de que Bami la sigue. Sus pies ligeros emiten un sonido carnosos cada vez que pisan el suelo de baldosas. A veces asoma fugazmente, bajo el borde deshilachado del faldón, una planta ennegrecida por la suciedad. Los tirabuzones de la niña seria oscilan y tiemblan sobre su espalda infantil.

La puerta del bajo izquierda está entornada. A punto de entrar en la vivienda, alcanza a Bami por detrás una voz imperiosa.

—¡Detente, moza! No se te ocurra meterte en ese nido de perversión. Te lo manda tu amo.

El anciano permanece tenso de cólera en el umbral de su piso. Sostiene bajo el brazo un cartapacio de hule, provisto de un cierre dorado, y en una mano el viejo y abollado chestoberol que acostumbra llevar consigo cuando se marcha a la calle.

—Señor, es un caso de urgencia.

—Vuelve atrás, Bami. No te pierdas.

—Pero, señor..., hay alguien que se está muriendo.

—Te prohíbo que pongas un pie en esa sentina.

—Señor, señor, sólo intento ayudar.

Dentro de la vivienda suena una queja aguda de muchacha.

—¿Lo oye?

—Así canta el vicio.

La queja se repite. Ahora es apenas un balido lastimero. Medio cuerpo oculto detrás de la puerta, la niña seria aguarda en silencio, observando a Bami con sus grandes ojos impasibles. Bami no acierta a decidirse. Duda entre ceder al apremio de la compasión, que tira de ella con fuerza hacia el lugar de donde provienen los lamentos, o mantenerse fiel a la promesa de obediencia que ha hecho cosa de media hora antes al anciano.

Éste la escruta adusto desde su puerta. Hay como una amenaza de agujones

ponzoñosos en los extremos puntiagudos de sus cejas. Una mueca de odio le crispa el semblante, cruzado de arrugas que a cierta distancia, en la penumbra del descansillo, parecen tajos negros. Bami no se atreve a afrontar su mirada enfurecida. Al girarse se percata de que la niña seria la está llamando con la mano. No menos que el ademán suplicante de la pequeña conmueven a Bami los hilos sueltos de su faldón, así como un peine torneado y trigüeño que evoca la forma de un panecillo.

En un arranque de conmiseración, Bami se lanza hacia el interior de la vivienda. Una vez dentro, sin apartar la vista del suelo, se apresura a cerrar la puerta. El anciano se ha venido tras sus pasos a despotricar con la boca desdentada cerca de la rejilla.

—Falsa e ingrata pueblerina. Para mí que fuiste engendrada del semen podrido de un bladita. De sobra te lo noto. Y si me oyen los vecinos que me oigan. Que sepan que con la mejor fe del mundo te ofrecí trabajo y protección. Pero ya el primer día... ¿qué digo el primer día?, a la primera hora corres desalada a tu deshonra. ¿De este modo agradeces el bien que quise hacerte? Ay de ti como me entere de que aireas los secretos que te revelé creyendo que no eras una moza depravada. Haré que te despedace una jauría de abogados, te lo juro.

La niña seria, que se había retirado hacia el quicio para dejar paso a Bami, se insolenta:

—Judío.

El anciano guarda silencio durante unos segundos.

—¿Qué sabes tú, criatura —dice en tono mesurado al otro lado de la puerta—, lo que es un judío?

—Judío.

Bami hace vivos gestos a la niña seria para que se calle.

—En realidad —el anciano comienza a alejarse— me dais lástima. Sí, eso es. Lástima. Me pican los ojos sólo de pensar en el futuro que os espera.

Siguiendo a la niña seria por el pasillo, Bami llega a un salón espacioso, vacío de muebles, de cuyo techo pende una suntuosa araña cuajada de colgantes. Al fondo, un raudal de luz matutina entra por los ventanales del mirador desde el que se divisa un pedazo del paseo colindante con el río. Al pie de uno de los tabiques se alinean varios jarrones. Uno de ellos está completamente roto y sus añicos se amontonan junto al listón del zócalo. El empapelado se ve deslucido salvo en las partes donde alguna vez hubo cuadros o fotografías, debajo de los cuales perduran vestigios del color original. Todavía se conservan las escarpias. De una de ellas cuelga una fusta como las que usan de costumbre los jinetes.

El salón comunica con un dormitorio de dimensiones regulares. Una cama de barrotes metálicos ocupa la parte central. La cama tiene la cabecera adosada a la pared, debajo de una cruz negra con su Cristo plateado. Las cobijas están revueltas y la colcha tirada en el suelo. Camas semejantes hay en el hospital de Aftino. Bami lo recuerda no de cuando estuvo ingresada por culpa de la picadura de un lagarto, pues

por aquellos tiempos era demasiado pequeña para retener en la memoria detalles del mobiliario. Lo recuerda de un día del año pasado en que, al correrse por el pueblo que a la maestra le habían extirpado un quiste (decían algunos que si de sus partes y otros que si de más arriba), Bami y su padre fueron a visitarla un domingo al hospital, junto con otras dos niñas de la escuela que quisieron acompañarlos. La maestra torció el gesto al ver llegar a los inesperados visitantes. Se hallaba acostada, leyendo un grueso libro. Las piernas dobladas bajo las sábanas le servían de atril. Vestía un camisón rosado de buena calidad, con cuello de blonda y un cordón del mismo color para cerrar la abertura del escote. Tan pronto como las niñas le alcanzaron un ramo de hotidimas se le alegró el semblante, y aun permitió, sonriente, que la besaran.

—Y usted —se dirigió en tono de fingida reconvención al padre de Bami, que se había quedado a los pies de la cama dando vueltas, entre sus manos nerviosas, al sombrero de fieltro—, ¿no me besa?

El padre de Bami no pudo disimular su turbación.

—Lo que usted mande, señora —dijo visiblemente avergonzado, y al instante se acercó a estampar dos besos torpes y rápidos en los carrillos de la maestra.

Ésta se volvió a las niñas y, haciendo como que hablaba en voz baja, les dijo de modo que el padre de Bami también oyese:

—Pincha.

Tras lo cual las niñas se echaron a reír y a Bami se le grabó en el recuerdo aquella confusión y timidez de su padre junto a una cama de barrotes parecida a esta que tiene ahora delante.

—¡Virgencita, madre de Dios, remédame!

A un costado de la cama hay una muchacha ojerosa de más o menos la edad de Bami, exhalando quejas y suspiros. Está sentada en el suelo, con la espalda apoyada en la pared. Bajo las axilas sujeta una manta que le cubre hasta el arranque del cuello. Sus brazos delgados caen por fuera, como desmadejados, y en un puño aprieta blandamente un trapo blanco de cocina.

Al sentir los pasos que se acercan entreabre los párpados.

—¿Es ésta? —pregunta a su hermana con voz entrecortada, haciendo un débil amago de señalar con la barbilla a la recién llegada.

—Sí, mira, mira, aquí está —responde la niña seria—. Viene a ayudarte. Y ha dicho que se llama Bami.

—Bueno, tú vuelve a vigilar.

La niña seria se dirige deprisa a la ventana.

—Vete al salón —balbucea su hermana—. Desde allí verás mejor la calle.

La pequeña obedece. Sus piececillos descalzos corren sobre el parqué produciendo un tabaleo de pisadas veloces. Bami se acuclilla entretanto junto a la que sufre. Al tiempo que le toma con delicadeza una mano, le pregunta qué le pasa y si no cree conveniente avisar a un médico. La muchacha sacude la cabeza en señal negativa.

—Agua.

La palabra ha salido a duras penas de su boca, empujada por un golpe de respiración jadeante. Una palidez intensa recubre su rostro, en el que, bajo las suaves formas adolescentes, ya se perfila la mujer adulta que no tardará en imponer sus rasgos. Sobre la frente bañada en sudor se retuercen dos rizos negros. Sus ojos bellos y lánguidos reflejan la débil claridad procedente del exterior. Ella ni los termina de cerrar ni los abre del todo, hundidos en sendos cercos oscuros de cansancio.

—Ahora mismo te traigo de beber —dice Bami, poniéndose de pie con presteza—. Ya encontraré por mi cuenta la cocina.

Al cruzar el salón ve a la niña seria que, hurgándose la nariz, monta guardia junto a los ventanales del mirador. Movida del deseo de hacer averiguaciones, Bami enristra hacia ella. Lleva unos pasos tan ligeros que por poco se mete en el rectángulo de suelo iluminado por el sol. Se detiene de golpe, asustada de su falta de previsión, apenas unos centímetros antes de la línea donde acaba la sombra. Y desde una distancia de varios metros, susurra:

—¿Qué le ocurre a tu hermana?

—Le duelen las tripas.

Se señala con el dedo índice el vientre a la altura del ombligo.

—Pobrecita. ¿Desde cuándo le duele?

Le empezó por la noche. Lloraba y me pidió el trapo para morderlo.

—A lo mejor cenó algo malo.

—Yo cené lo mismo y no me duele nada.

—¿Tú crees que aquí hay el mismo olor que en el sótano?

—No, aquí huele normal.

En la cocina Bami, como no sabe en cuál de los armarios está guardada la vajilla, por ahorrar tiempo coge un tazón del escurrerplatos, lo llena con agua del grifo y se lo lleva sin demora a la muchacha que sufre. Al llegar a su lado la encuentra vomitando unas babas verdosas dentro de un balde. Bami le ayuda a sostener el recipiente. Antes de ir al cuarto de baño a vaciarlo, acerca a la muchacha el tazón a los labios y permanece inmóvil junto a ella hasta cerciorarse de que se le han terminado las náuseas.

Saciada la sed, la muchacha experimenta un remanso en sus dolores.

—¿Qué hace mi hermana?

—Vigila.

—¿Me tocas la frente? Para mí que tengo fiebre.

Bami no nota nada.

—Sólo un poco —responde.

—Lo importante es que él no se entere. Si supiera que no he mandado a mi hermana al colegio y que yo estoy como me ves, Virgen santísima, sería capaz de matarnos a golpes, sobre todo a mí.

—¿Él? ¿Quién es él?

La muchacha pide a Bami que incline la cabeza para que ella pueda hablarle a la oreja.

—El que nos cuida. Nuestros padres murieron. ¿Has oído hablar del naufragio del *Santa Cenarrita*?

Bami no ha olvidado aquel desastre que en su día conmocionó a los habitantes de la nación antibulesa. Han transcurrido desde entonces dos años. ¿O fueron tres? Bami abriga dudas sobre la fecha del suceso. Así y todo, recuerda bien que empezaba la primavera, y una mañana los lugareños se despertaron por causa de un zumbido lejano que, en cuestión de minutos, se convirtió en un estruendo de motores dentro del pueblo.

Bami saltó de la cama cuando oyó a su madre gritar que volvía la guerra. Por un ventanuco de la buhardilla vio el convoy militar, tan largo que al paso de los primeros vehículos el cielo apenas clareaba y cuando el camión cisterna que cerraba el transporte de tropas dejó flotando sobre la carretera su estela de humo negro, iba para una hora que el sol lucía completo por encima de los tejados.

En los días posteriores, columnas de carros blindados hicieron temblar los vidrios de las ventanas. Los cazabombarderos atronaban a todas horas, volando a veces tan bajo que incluso en el interior de las habitaciones la gente no se entendía a un metro de distancia.

El luctuoso acontecimiento que determinó la movilización del ejército había tenido lugar días antes en el mar. Por la radio dijeron que, a unas cuarenta y cinco millas de la costa, un submarino de la Bladia había colisionado con el *Santa Cenarrita* después de adentrarse en aguas jurisdiccionales de Antíbula, no reconocidas como tales por el país vecino. En el casco del *Santa Cenarrita* —un buque de carga en el que solían admitirse pasajeros— se abrió una enorme vía de agua. Al cabo de veinte minutos, sobre poco más o menos, el barco se partió y acto seguido se fueron a pique sus dos mitades.

Logró sobrevivir una treintena de personas de las más de doscientas que viajaban a bordo. Todas ellas fueron rescatadas por una fragata de la marina antibulesa que se hallaba relativamente próxima cuando el teléfono conectado a satélite del *Santa Cenarrita* emitió un desesperado *eseoese*. Posteriormente se supo que se habrían podido salvar bastantes más si el submarino bladita no se hubiese desentendido de los náufragos que braceaban entre las olas tratando de aferrarse a los objetos flotantes, y acaso, según postularon en el parlamento los partidos de la oposición, si la fragata antibulesa no se hubiese entretenido en vanas maniobras para capturar el submarino.

El gobierno decretó, entre otras medidas todavía vigentes en la actualidad, el cierre inmediato de la frontera con la Bladia y la suspensión de todos los convenios económicos y culturales entre ambos países, así como el fin del acuerdo de 1978 que preveía la total desmilitarización de los montes de Ayueltu.

Al conocerse la tragedia, el país entero hirvió de indignación. La noticia llegó al pueblo de Bami cuando hacía unas cuantas horas que había pasado de largo el primer

convoy y a lo lejos se oía acercarse el siguiente. El anciano cura se llevó a los colegiales a la iglesia, salvo a los siete u ocho que se le desparramaron por el camino sin que él se diera cuenta. Y mientras los pequeños, repartidos por los bancos, desgranaban oraciones y se aburrían escuchando pasajes de las Sagradas Escrituras leídos por el cura desde el púlpito con voz monótona, fuera, en el centro de la plaza, los adultos desahogaban su furia patriótica reclamando venganza a grito pelado. Con las campanadas de las seis, el alcalde ordenó que sacaran a los niños de la iglesia para que vieran cómo ardía un pelele hecho con ropas viejas rellenas de paja que representaba al presidente de la República de la Bladia.

Bami recuerda asimismo que por la noche ella y sus padres permanecieron hasta muy tarde despiertos en la cocina, con las caras cercanas al aparato de radio. Cada dos por tres su madre auguraba en tono lúgubre el comienzo de una nueva guerra. Su padre no decía ni sí ni no. De cuando en cuando se echaba un poco de vino en el vaso y de pronto, después de un trago, se quedó dormido con la boca abierta.

Otra mañana, la maestra explicó a los alumnos, con palabras fáciles y dibujos en la pizarra, que al final los gobiernos de las dos naciones «que se juraron aversión eterna», según reza la copla popular, se habían limitado a un pimpón de acusaciones y amenazas, al anuncio de represalias y a la cancelación de la enésima tentativa de intercambiar embajadores por primera vez en la historia.

—Papá y mamá —prosigue la muchacha que sufre— estaban en el *Santa Cenarrita*. Venían para casa. Nunca llegaron. Es que, ¿sabes?, mi padre era médico. Médico de los riñones y de todo lo de mear. Habían ido los dos a un congreso. Mi hermana todavía cree que vendrán. Al principio preguntaba mucho por ellos. Ahora menos, aunque todavía pregunta. No hemos querido contarle la verdad. ¿Para qué? Mejor le ahorramos las penas. ¡Es tan tierna! Cuando sea grande ya se enterará de lo que pasó. Pero entonces no le dolerá tanto. No quiero que crezca con el alma rota. Como yo. ¿Me comprendes? Tú no le dirás nada, ¿verdad? Tú, de todo esto, chitón, ¿eh?

—Por supuesto.

—Él es de la familia de papá. Cuando nos quedamos huérfanas se metió a vivir con nosotras. Yo pensé que porque nos quería bien. Pero de eso, nada. A los pocos días llamaron dos hombres a la puerta. Entonces supimos que mis padres estaban endeudados y aquellos hombres con trajes elegantes nos hicieron vender muebles y cuadros y las cosas de oro que había en el tocador de mamá. A él se le puso un genio feroz de la noche a la mañana. Vamos, que se le cayó la careta. Y empezó a pegarnos. Sobre todo a mí porque soy la mayor. Y, bueno, a veces me imagino por qué me pega. Pero otras veces, ni idea. Dice que por nuestra culpa ha de trabajar el doble que antes. Lo dice todos los días. Al irse y al llegar. Que no tiene un minuto de descanso. Y también que si supiéramos lo que cuesta alimentarnos y vestirnos, entenderíamos lo mucho que le debemos. Y que nos lo va a cobrar. No sabe cómo, pero nos lo va a cobrar. Hasta el último céntimo. Eso dice con su aliento amargo de alcohol y luego se

pone a blasfemar. Hay días en que viene a casa a la hora del almuerzo. Pero últimamente, como anda por los arrabales, no vuelve hasta la noche. Ésa es mi esperanza. Que me quede la tarde entera para reponerme. Quizá si tú me ayudas, Bami o como sea que te llames...

—Claro que te ayudaré. Haré todo lo que me pidas, menos curarte. Nadie me enseñó a curar. Yo sólo puedo limpiar rasguños en la piel. Si no te importa, te busco un médico o voy ahora mismo a llamar a un vecino.

—Nada de eso es necesario.

—¿No crees que deberías acostarte en la cama? Aquí en el suelo te vas a enfriar. Entre tu hermana y yo seguro que conseguimos levantarte.

—Basta con que estés a mi lado, mi buena amiga. Y con que me hables. Adoro tu voz y tu manera de mover los labios. Tu compañía me sabe a dulce. Cuéntame algo de tu vida, Bami. Algo de ti, de tu familia, de esa pronunciación tan rara y tan bonita que tienes. No importa que me mientas. Todo lo que quiero es no sentirme sola. Por favor. Mi hermana no me sirve. Es muy pequeña para conversar. Y además no debe apartarse de la ventana. Échale de vez en cuando un vistazo para que no se duerma. La conozco. En uno de tantos parpadeos le entrará sueño y se olvidará de abrir los ojos. Y siempre que yo te lo pida, apriétame la mano. Cuanto más fuerte, mejor. Ay, mamá. Ay, papá. Apriétamela ya, Bami, porque noto que me están volviendo los dolores.

A la muchacha que sufre se le crispa el semblante. Lanza gemidos entrecortados mientras muerde con desesperación el trapo. Un chorrillo de saliva le mana de una comisura. Despacio agacha la cabeza, hunde los hombros y baja la espalda por la pared como si todos los miembros de su cuerpo trataran de confluir en algún punto de las entrañas donde se encuentra el foco de su padecimiento. Bami le toma una mano. Transcurre un largo minuto. Tanta lástima que siente y no poder hacer nada más que sostener esta delgada mano. Tanta lástima y sólo enjugar una lágrima que desciende por la mejilla, o limpiar el hilo de saliva, o acariciar la melena rizada. Al cabo de un rato la mano se suelta y la muchacha que sufre, ya sin el trapo en la boca, insinúa una sonrisa de gratitud.

Justo entonces el borde de la manta se desprende de una de sus axilas y, al resbalar, deja a la vista una mama grande, blanca, bajo cuya piel se entrecruzan gruesas venas azules. Tiene una aréola de color café sembrada de nódulos diminutos en torno a un oscuro e hinchado pezón.

La muchacha que sufre pide más agua y Bami se la trae. La manta, entretanto, se ha deslizado otro poco hacia abajo. A Bami, mientras lleva el tazón a los labios de la muchacha, se le van los ojos por sus honduras mal tapadas. A este punto descubre conmovida que los dolores de la muchacha son de parto.

—Ya no hace falta que te cubras —le dice—. Ya yo sé que estás para alumbrar.

—Ay, madre de Dios, no permitas que él vuelva antes de la noche. No le dejes descubrir en el último momento lo que durante todos estos meses le he ocultado.

Equivócale los caminos, piérdele el bastón. Y este hijo, ¿por qué no sale? Haz que salga pronto, Virgencita. Por piedad te lo ruego. Aunque me duela. No me importa que me duela con tal que salga pronto. Mi hermana, que no se duerma. Bami, mi buena amiga, ve a mirar si se ha dormido.

Bami se asoma a la puerta que da al salón.

—¿Duerme?

—No.

—Pregúntale qué ve.

—Niña, ¿qué ves?

La niña seria se saca el dedo de la nariz y responde:

—La calle.

Bami revira la cabeza hacia la parturienta.

—Dice que la calle.

—Pregúntale si también se ve gente.

—Niña, que si también se ve gente.

—Tres chavales.

—Dice que tres chavales.

—¿Qué hacen?

—Que qué hacen.

—Cogen porquerías de la basura y las tiran a la ventana del judío.

—Ay, Bami, vuelve a mi lado. ¡Qué calor! Apártame la manta.

Bami libera a la parturienta de la manta. Al fin la ve de cuerpo entero, con toda su temblorosa y desvalida desnudez acurrucada entre el suelo y el tabique, con la desmesura de su vientre redondo entre las piernas recogidas.

—¿No prefieres acostarte en la cama? Estarías más cómoda.

—No quiero por nada del mundo manchar el colchón. El suelo lo friego con bien de agua y lejía, y allá cuidados. Las sábanas, quizá, también. Pero el colchón es muy chivato. Para empezar, si lo lavas no se seca en tres o cuatro días. Y luego, por mucho que restriegues, nunca acaba de irse el olor. Él tiene un olfato fino, como de alimaña cazadora. Bami, yo creo que ese hombre es capaz de olerte el pensamiento. ¡Figúrate si no podrá oler los jugos que derramen mis entrañas! Estate segura de que los olerá desde la calle. Tengo miedo, Bami. Mucho miedo. Apriétame la mano otra vez. Dime, ¿te parece que me voy a morir? ¿Por qué no respondes? ¡Necesito tanto que me hablen! Y tú casi no me hablas, mi buena amiga.

—Soy callada, pero si quieres te cuento cosas de mi vida.

La parturienta, anhelosa, responde mediante una mueca leve de asentimiento. Bami le toma con afecto una mano y le habla de su pueblo, de su padre desaparecido bajo las aguas violentas y de su madre enferma, del hermano a quien ha venido a buscar en Antíbula y del encargo que antes de embarcarse le dio la maestra, encargo que por desgracia no podrá realizar, pues, según ha sabido esta misma mañana por el anciano del bajo derecha, hace tiempo que no vive nadie en el sotabanco. La

parturienta, que parecía a punto de dormirse mientras escuchaba complacida el relato de Bami, yergue de pronto la cabeza. En su rostro fatigado se abre una mirada de angustia interrogante. Entonces Bami guarda silencio, pues intuye que algo le pasa a la muchacha pero no sabe todavía qué. Por casualidad se percata de que uno de sus polvorientos zapatos está completamente mojado. Un charco turbio y vaporoso se expande por el parqué, formando un arco creciente que por un lado se adentra bajo la cama y por el otro avanza cada vez más despacio hasta remansarse en el umbral del dormitorio.

—No me atrevo a mirar. ¿Es sangre?

—Por el color yo diría que no.

—¿Estás segura?

—No sé, míralo tú misma.

—Esto deben de ser las aguas del parto. Que no se metan por las rendijas de la madera. Bami, hay que limpiar el suelo cuanto antes. Mi hermana te indicará dónde están el cubo y la fregona. De paso le recuerdas que no se tiene que dormir.

En el comienzo de la tarde, el sol ilumina una parcela reducida del mirador donde la niña seria duerme con la cabeza derribada sobre el pecho. Bami se llega a su costado y, para despertarla, le toca suavemente la espalda con un dedo. La pequeña se sobresalta. Un brillo de lágrimas aflora a sus ojos negros mientras en susurros jura que no duerme, que sólo estaba pensando. Bami le pregunta en tono apacible por los utensilios de fregar.

—Mi hermana se ha muerto, ¿verdad? Entonces ya me puedo quitar de aquí.

—Tu hermana vive.

Cuando Bami vuelve del cuarto de baño con la fregona y un cubo lleno de agua, la niña seria le pide que diga a su hermana que no se aguanta de hambre. Ésta no le da permiso para apartarse del mirador y es Bami quien ha de ir a la cocina en busca de algún comestible.

—Lo siento, niña. No he encontrado nada de comer. Ni en la nevera ni en los armarios. Está todo vacío.

—Bueno —dice, sin inmutarse, la niña seria.

En el dormitorio, Bami ayuda a la parturienta a cambiarse de sitio. Luego que la ha dejado sentada en suelo seco, se dedica a rebañar el líquido amniótico con la fregona. Limpio el parqué, trae agua nueva y se aplica a un segundo fregado. Lo que es por ella, no pararía de fregar hasta la noche, pues siente que desde hace un rato también le encoge el pecho el temor al hombre, quienquiera que sea, que podría llegar en cualquier momento a la vivienda.

—Termina ya, por favor. Y abre la ventana de par en par para que se ventile la habitación.

A la parturienta las contracciones le vienen cada vez con más frecuencia. Ella trata de resistirlas mordiendo el trapo. Menudea los suspiros, las plegarias entre dientes y, de vez en cuando, harta de sufrir, se arrea a sí misma unos cuantos cachetes

o lanza a boca abierta una andanada de gritos que se deben de estar oyendo por todo el vecindario.

—Bami —dice con voz desfallecida—, creo que algo no funciona. No noto al crío. Hasta ayer por la noche lo notaba. Me andaba por dentro igual que un pez. Pero ya no lo noto. Si sale muerto, ¿qué haremos? Al contenedor de la basura no deberíamos tirarlo. Lo encontrarían los chavales o cualquier vecino. ¿Tú estarías dispuesta a bajarlo al río dentro de una bolsa de plástico? Aquí no conviene guardarlo mucho tiempo. Él lo olería. No importa dónde lo escondamos. Él lo olería seguro.

La tarde va transcurriendo con calma en el cuadrado de paisaje que comprende la ventana. Amaratada por los bordes, comienza a meterse en sombras entre los árboles que flanquean el paseo colindante y sobre el escorzo de fachadas y tejados que se aprietan tras la margen opuesta del río. Cuando aminora el rumor del tráfico, se oye algún que otro chillido de gaviota. Entran en la penumbra del dormitorio rachas de brisa en las que se entremezclan las primeras vaharadas, aún débiles, del relente.

—Dime, buena amiga, ¿tú ya viste alguna vez parir?

—Un día, va para dos o tres años, unas niñas y yo descubrimos una perra tendida al lado de la tapia del colegio. El pelambre lo tenía sin marcar. En los pueblos de la montaña se suelen marcar las jaurías a fuego, ¿sabías? Cada casa tiene su hierro. Aquella perra sería de las que andan sin dueño por el campo. A veces vienen animales de la Bladia. Se pierden por los montes, pasan la frontera que está como a tres horas de camino, y el que los atrapa se los queda. Las otras niñas y yo mirábamos quietas a la perra para no asustarla. Me acuerdo de que a cada cachorro que paría lo acariciaba con la lengua. Nosotras no nos movimos de allí hasta que le vimos echar el último de la camada.

—No es lo mismo que lo mío.

—También he visto partos de vaca. Primero aparecen las patas y mi padre y otros hombres tiraban de ellas con fuerza hasta sacar el ternero. Pero tienes razón, no es lo mismo. A mí me parece que deberíamos buscar a un adulto que te ayude. Un médico, por si te vas en sangre y esas cosas.

—La Madre Naturaleza y la Madre de Dios me asistan. La tuya, ¿nunca te contó cómo nacieron sus hijos?

—Bueno, sí. Le tengo oído que yo vine tan rápido que ni tiempo le dio de avisar a la comadrona. En cambio, con mi hermano mayor sufrió una barbaridad. También pensaba, como tú, que se moría. Se conoce que se le atascó el bebé. No hubo más remedio que extraerlo con unas tenazas que hay para esos casos. Todavía lleva mi hermano las señales en un costado de la frente. Dos agujeritos juntos, como picaduras de culebra.

En ocasiones, olvidada de que a su lado hay una muchacha que la escucha, Bami pone los ojos en blanco movida de un impulso goloso de concentrarse en sus propias palabras, de darse el gusto de paladearlas una por una según se le van formando dentro de la boca. Un deleite no menor le produce comprobar que no se pierden en el

aire, sino que apenas echadas a volar vuelven presurosas a ella, colmándola de una extraña plenitud que nunca antes le ha sido dado experimentar, al menos con la misma intensidad que en este instante. De pronto advierte que la maestra de su pueblo le hace señas desde la ventana. Y cuando ésta por fin ha logrado atraer su atención, haciendo bocina con las manos le susurra:

—Niña, ¡qué manera de expresarte! Casi no te reconozco.

Después la maestra se esfuma. El ocaso toma su lugar en el vano de la ventana. Parpadean, recién encendidas, las farolas de la calle.

—Bami, ¿te importaría mirar qué hace mi hermana?

Bami se asoma al salón.

—Sigue vigilando.

—Te lo digo como amiga. Apártate del judío. Es la maldad en persona.

—¿Por qué lo llamáis judío?

—Porque así lo llaman todos. El mote supongo que se lo habrán endilgado por esa bola que lleva cogida en los brazos como si fuera una muñeca. Está loco de atar. No te fíes de él, Bami. No le creas una palabra. Para empezar, arriba vive gente.

—¿En el sotabanco?

—Sí. Perdóname, mi dulce y bondadosa Bami. Perdona mi egoísmo. No te lo he querido decir antes por miedo a que me abandonarás. ¡Me hace tanto bien tu compañía! Arriba vive gente. ¡Vaya que sí! No sé quién. Gente que quizá trabaja por las noches o que no desea roces con los demás vecinos y por eso no se deja ver. En este edificio te puedes encontrar personas rarísimas. ¡Si yo te contara! Fíjate en el viejo, en el judío. Seguro que ya te ha enseñado su colección de bolas. En cuanto engancha a un ingenuo se las enseña y luego te amenaza con llevarte a la cárcel si desvelas el secreto. Mi hermana, la pobre, le sigue a veces la corriente con la esperanza de matar el hambre. Entra en su piso y, si se presenta la ocasión, se cuela en la cocina a afanarle un corrusco de pan o lo que pille.

—¿Y tú cómo sabes que hay inquilinos en el sotabanco si no los has visto?

—Pues porque algunos días hay ropa puesta a secar en la ventana. Ayer, por ejemplo, o anteayer, ya no me acuerdo, había una fila de sábanas y toallas en las cuerdas del tendedero. No es la primera vez que...

Un brusco gemido le corta el habla. Las bellas, juveniles facciones pugnan por confluir en un punto central de su penosa mueca de esfuerzo. Dos largas lágrimas bajan por sus mejillas. A su cuerpo desnudo, agazapado junto a la pared, le toma un tembleque tal que pone a Bami en la duda premiosa de salir a la escalera y pedir ayuda a gritos. El pecho de la parturienta sube y baja a impulsos de la respiración acelerada. Y mientras se aprieta con ambas manos el vientre redondo, como si tratara de sacarse a empujones la criatura que lleva en las entrañas, acierta a balbucir:

—¿Lo ves?

Bami se agacha a mirar entre las piernas de la parturienta. Una protuberancia similar a la punta de un huevo grande cubierto de pelo se viene abriendo paso a duras

penas en la hendidura rosada. Apenas asoma, vuelve a escurrirse hacia dentro. Y así varias veces, apareciendo y desapareciendo hasta que, rota de compasión, Bami decide meter una mano en aquellas humedades dolientes y darle a la tierna cabeza, sin más ciencia que la buena voluntad, un no se sabe bien qué giro que instantes después facilitará la expulsión de un cuerpito cárdeno, de un ser humano del tamaño de una hogaza, mojado, tembloroso y todo él salpicado de unas negras y pegajosas pellas, sus deyecciones fetales.

Bami se apresura a levantarlo del suelo donde ha quedado tendido.

—Es un varón —dice con más alivio que entusiasmo.

—Ay, Bami, mi buena amiga. Ya oscurece, ya él no tardará en llegar. Te lo suplico. Socórreme en este apuro. Si me dejas aquí tirada, hoy habrá sido el último día de mi vida. A mí mañana me entierran como no me ayudes a esconder este grandísimo pecado. Mi hermana, que venga a fregar. Y de paso que traiga unas tijeras para cortarle el cordón al niño. Tenemos que apresurarnos. Virgencita, madre de Dios, apiádate de mí. Dame fuerzas para ponerme de pie. Me tengo que poner de pie lo antes posible. Huy, la criatura, ¡cómo llora! Desde el puente del Trirrón oirá él los berridos. Los va a oír. Porque lo mismo que huele, oye. Por fin eché las parias. Ay, mamá. Ay, papá. ¡Y con cuánta sangre! Que venga mi hermana con la fregona. Ya no hace falta que vigile la calle. Dile que venga a limpiar. Bami, Bami, ¿te gusta el niño?

—Es precioso.

—Quédatelo, por favor. Quédatelo siquiera por una noche. Y mañana, cuando él se haya ido, me lo traes para que le demos un nombre y lo cuidemos juntas. Tendrá dos madres. Pero ahora envuélvelo en una toalla y sácalo de aquí. Sácalo, te digo. Sácalo, por favor.

—¿Adónde lo llevaré? Mi amo, ese al que llamáis judío, me ha repudiado esta mañana. Habré de pasar otra noche al sereno.

—Ya encontrarás donde acogerte.

—Y aunque así fuera, el frío dañará al pobre niño.

—Pues no sacarlo de aquí será mi perdición. Con los berridos que pega, ¿cómo lo voy a esconder? Sácalo, Bami. No me obligues a meterlo en una bolsa y tirarlo al río.

Bami mece en sus brazos a la trémula criatura, que no cesa de gemir.

—Concédeme cinco minutos —dice—. Cinco minutos nada más, mientras le cortáis el cordón al niño y lo arropáis.

—Cinco minutos, ¿para qué?

—Para subir a entregar a quienquiera que viva en el sotabanco esta gargantilla. Por fuerza ha de ser una persona de mi pueblo. Seguro que nos ayudará. A lo mejor hasta nos presta un cuarto, al menos para una noche. Cinco minutos, quizá ni eso. Lo que tarde en subir y bajar.

—¿Y si no hay nadie?

—Me abran o no la puerta, bajaré sin demora a coger al niño. Si nadie nos ayuda me lo llevaré a donde el pobrecillo pueda pasar la noche sin sufrir.

—Bami, mi buena Bami —en la cara de la parturienta se trasluce un vivo temor—, ¿me prometes que volverás?

Al verse apretada contra la pared, Bami se sobrecoge pensando en los bichos infortunados que resbalan dentro de los embudos de arena en cuyo fondo acecha la larva de hormiga león. Le viene al recuerdo una crueldad infantil que gustaban de poner por obra varias compañeras de su colegio. Y es que había una muchacha de su edad que se daba maña para atrapar moscas, lo mismo al vuelo que si las hallaba posadas sobre alguna superficie. Luego ella y sus amigas les cortaban las alas y, en el recreo, aunque la maestra lo prohibía, o al terminar las clases se llegaban a un descampado lindante con la escuela, donde por las fiestas patronales solían instalarse las atracciones de feria. En determinadas épocas del año el sitio se cuajaba de trampas de hormiga león.

Las niñas colocaban las moscas mutiladas en la pendiente de los hoyos, y con gran gozo y risas las veían caer hacia la voraz depredadora, que, visto y no visto, las metía a toda prisa en su guarida para devorarlas. A Bami le desagradaba aquella diversión. Aun así participaba de vez en cuando en el juego no más que como espectadora, cerrando los ojos, si nadie la observaba, en el momento en que la presa comenzaba a deslizarse hacia su muerte. No quería Bami que le ocurriera lo que a una de las niñas menores de la clase, que un día, como se remilgaba, la forzaron entre dos o tres a introducir la yema de un dedo en el escondite de una larva de hormiga león.

Bami se siente en este instante como una de aquellas moscas desdichadas. Hace un rato subía las escaleras dispuesta a despachar sin pérdida de tiempo el encargo de la maestra y bajar a toda pastilla a cumplirle la promesa a la parturienta. Pensando en ésta, se decía para sí: «Pobre muchacha». Y ahora resulta que la pobre es ella.

En el descansillo del primer piso, tanto la puerta de la izquierda como la de enfrente estaban cerradas. Pero de esta última le ha salido una mano como una zarpa que, aferrándola del brazo, ha tirado con fuerza de ella hacia el interior de la vivienda, igual que acostumbran hacer las larvas de hormiga león con sus presas.

Ni tiempo ha tenido de ver la cara de quien la arrastraba. Ahora mismo, en la oscuridad, no sabe sino que un cuerpo grande y fofo, pegado a su espalda, la oprime contra la pared. El individuo lleva cosa de diez minutos sin decir una palabra ni cambiar de postura, lanzando al oído de Bami el resuello ronco de su excitación.

Al fin habla con una voz aguda, trémula, que tan pronto se acelera como se ralentiza y adelgaza, corta de aire, hasta hacerse apenas audible, mientras mantiene a la muchacha aprisionada entre su panza y la pared y restriega la nariz en el moño, en la nuca, en un hombro de ella.

—Muñeca, mi muñequita. Si supieras cuántas horas llevo esperándote. No esperándote a ti. A ver si me explico. Esperando tu vientre, que es propiedad de la

patria. El día entero lo he pasado sin moverme de la puerta. Firme en el sitio como un soldado. Una mano en el picaporte. La otra lista para agarrarte. Y tú sin venir. ¿Qué te retenía en el bajo izquierda? ¡Por la gloria de Antíbula, no me digas que te entiendes con las niñas del ciego! Bueno, eso ya no importa. Lo importante es que por imperativo del destino tenías una cita pendiente conmigo y has llegado. Llegas tarde. Pero tranquila, no te lo voy a reprochar. Seguramente me buscabas sin saberlo. Sin saber más señas de mí que el nombre de la calle y el número del portal. Y sin conocerme. No creas que no he sentido que me buscabas primero en casa del vecino de abajo, después en casa de esas desharrapadas. Cuando estabas en el sótano, ¡cómo me urgía bajar a tu encuentro! ¿Será ella? ¿No será ella?, me preguntaba. La falta de certeza no me permitía despegar los pies del suelo. Yo pensaba: si es ella, ya vendrá. Seguiré buscándome por los otros pisos. Y así ha ocurrido. No vayas a creer, mi muñeca, mi linda muñequita, que soy un hombre sin agallas. Es que quería estar seguro de que eras tú y no una de tres al cuarto que sirve para todo menos para cumplir con los deberes sacrosantos de la patria.

—Señor, yo en realidad iba a otra casa.

—Muñeca, ¿qué acento es ése? ¿De dónde procedes?

—Soy nacida en Pratabernel, en un pueblo de la montaña.

—Buena cepa de antibuleses. Me lo figuraba. Se nota que te criaron como es debido. Lo noto incluso a oscuras. Noto que eres espigada. Que estás fuerte y lozana. Que no te ha echado a perder la vida insalubre que se estila hoy día en la capital. Los cuerpos han empezado a degenerar por causa de la democracia. Los varones se afeminan. Las hembras, faltas de quien las sojuzgue, se besan y lamen entre ellas. Adiós valores morales, que son la savia vivificadora de la sociedad. Vamos hacia abajo. La nación se hunde. Ya nadie educa ni pone orden. Ya todo es gandulear, consumir drogas y holgarse con vicios. Ya todo es anteponer el gusto propio a la fe y el trabajo. Así es como se estropea una raza. Casi no salgo a la calle. Salgo lo imprescindible. Prefiero la amargura en soledad a cruzarme con la chusma democrática de ahora. De paso evito que se me abrasen las pupilas viendo letreros en inglés por todas partes. Viendo mujeres repintadas en puestos de mando. Viendo la invasión de negros y amarillos que padecemos de unos años a esta parte. ¡Triste Antíbula! Yo no te reconozco. ¿Querrás creer, mi dulce muchachita, mi muñeca, que hace poco estuve sentado en un banco del paseo de Verca y en cuestión de hora y media pasaron por mi lado cinco personas en silla de ruedas? Cinco en hora y media. Imagínate las que habrá en total. ¡Qué tiempos aquellos en los que el ejército bajaba desfilando por la calle del Rey Godelio el Día de las Fuerzas Armadas! Los uniformes de gala, me acuerdo. Los guantes blancos, las boinas, las barbillas al frente. Y pom, pom, pom, la banda de tambores. Cerrabas los párpados y podías extasiarte con el estruendo de tres mil, cuatro mil botas que pisaban el asfalto todas a la vez. Aquello debía de poner los pelos de punta al enemigo más allá de la frontera. A los antibuleses, en cambio, nos transmitía una sensación de fortaleza y de orgullo.

A la cola de la infantería llegaba la Cruz de Antíbula, la auténtica que nos legó el primer rey que tuvimos. ¡Qué privilegio supremo llevar por las calles la mayor reliquia de la patria! El público se arrodillaba en las aceras. Raro era el ojo que aguantaba seco aquel momento agudo en que hasta el aire parecía saturado de fervor. Detrás venían los blindados en fila de a dos. Circulaban, brrrrr, rugiendo como tigres de acero. ¿Y ahora? Ahora da pena pasear por la ciudad. No hay más que gente con gafas, gente enferma que tose, tullidos, contrahechos, enanos. ¡La absoluta decadencia! ¿Qué porvenir le espera a una nación plagada de habitantes débiles que no pueden andar, ni ver bien, ni sostener un arma? Los viejos parecen más achacosos que nunca. Los jóvenes, todos indisciplinados y gritones con sus pendientes de maricas. A lo más que llegan es a dejar un reguero de escupitajos por dondequiera que van. Perdona que me exalte. No lo puedo remediar. Lo que no lograron los bladitas en cinco siglos de historia están a punto de conseguirlo los politicastros que nos gobiernan. Pervertir nuestra naturaleza indómita para vencernos. Ésa es la jugada, ¿comprendes? ¿Cabe mayor ultraje? Dentro de nosotros mismos se esconde la causa de nuestra perdición. El cáncer que nos destruye. ¿Para qué, te preguntarás, lucharon nuestros antepasados? ¿Para qué tanto sacrificio, tanta sangre derramada en los campos de batalla? Cada día decrece el número de patriotas resueltos a empuñar la antorcha del honor. Y así es como se va apagando la llama de nuestra grandeza declinante. La última esperanza se ha refugiado en las regiones apartadas. En el corazón de los que gracias a Dios todavía conserváis un rescoldo de lo que fuimos. En las bocas de los que habláis un idioma sin polución de palabras extranjeras. En la sangre sin corromper. Vosotros representáis la última esperanza de la nación antibulesa. Tú la representas para mí, mi muñequita, mi camarada de las montañas.

—Señor...

—Esta docilidad que me muestras enciende en mí un fuego gozoso. Yo la quisiera de verdad y no fingida. Te ruego que no me engañes. Que no trates de salvarte con trampas. Prefiero que te defiendas a dentelladas. Que me sacudas una cox en la entrepierna o pidas socorro a gritos. Si me has de aborrecer, hazlo sin disimulos. Todo lo aguanto menos la zorrería. Ya no soy un niño, ¿sabes? El mes que viene cumpliré los treinta y dos. A mi edad nadie podría contentarme con unos cachitos de mierda azucarada. Lo que me digas, siéntelo. Si no, no me hables. Tampoco me llames señor. ¿Tan viejo te parezco? ¿O es que has venido aleccionada en dengues por las niñas del ciego? Dame un tratamiento acorde con la misión sagrada que la patria nos encomienda. No es hora de frivolidades ni de medias tintas. Tanto me entrego yo a ti como tú a mí de buena o mala gana. Pues ¿qué pensabas? Un goce animal yo me lo procuro a solas en menos de tres minutos. Para eso no me haces falta, muñeca. Si de mí dependiera suprimiría el placer físico de la faz de la Tierra. Empezaría por las revistas que venden ahora en los quioscos. Casi no aguanto el vómito cuando las veo en las vitrinas. Esas posturas indecentes. Esos pechos. Esa exposición de genitales. Como piltrafas en el mostrador de una carnicería. Todo abierto, húmedo, rojo.

¡Cuánta repugnancia! Y esas mujeres sin dignidad que por un puñado de melios serían capaces de enseñar los intestinos y lo que les pidan. A éstas también las suprimiría. Me compadezco de los niños, futuro de la nación, que no bien salen a la calle han de caminar entre guirnaldas de vaginas. Ay Dios, cómo me turban tu pasividad y tu silencio. ¿Si serán verdad o sólo artimañas de muchacha amilanada? Por la gloria de Antíbula, necesito una prueba de tu sometimiento. Dámela, muñeca preciosa. Te juro que no has de quedar sin recompensa. Llámame, por ejemplo, mi varón.

A Bami le sale de la boca un corto y tímido quejido, no más que una burbuja sonora que apenas liberada se rompe contra la pared. En realidad, la muchacha no siente dolor. Tan sólo pretende ganar tiempo en espera de que se abra una puerta en la noche negra de sus pensamientos. Sin embargo, transcurren los segundos y nadie acude a traerle un consejo, nadie le susurra en su tiniebla mental una respuesta. Se encuentra sola con la larva de hormiga león, que la mantiene inmovilizada y le dice de pronto en tono acuciante:

—¿Por qué tardas en complacerme? ¿Por qué te me resistes? ¿No te das cuenta de que mientras estés bajo mi poder la docilidad te hará más libre que la desobediencia?

—Perdón, mi varón.

—No te esfuerzas lo suficiente por merecer que te suelte. ¿Qué deseabas decirme?

—¿Me va usted a hacer mucho daño?

Ahora es él quien calla. Hay en su respiración una cadencia áspera, como de asmático, que se alterna con los ruidos indefinibles del edificio. De vez en cuando Bami logra identificar alguno. Atenuada por no se sabe cuántos techos y tabiques ha llegado a sus oídos la risotada de un vecino. Con insistencia ha sonado luego un timbre por los pisos de arriba, seguido de varios manotazos al cuarterón de una puerta, un gruñido que con toda seguridad era un juramento, un reloj de cuco y por fin unas pisadas rápidas y furiosas escaleras abajo. La sirena de una ambulancia ha pasado ululando por la calle.

—La patria —dice la larva de hormiga león al cabo de un rato de silencio— pide sacrificios solidarios, no sufrimientos inútiles. Cito de memoria al célebre poeta. Quizá me equivoque en las palabras. De ninguna manera en el contenido del mensaje. Los tiempos no están para bobadas. Mi bella muñeca, ¿has leído en el periódico de hoy los últimos datos demográficos de Antíbula? Me parte el alma comprobar que llevamos tres décadas perdiendo población. Año tras año las defunciones sobrepasan a los nacimientos. Y eso que ni estamos en guerra, ni nos diezma la peste, ni padecemos las hambrunas de tiempos antiguos. ¿Qué ocurre? Pues muy sencillo de entender. Entregadas a la buena vida, las mujeres no conciben. Antaño una hembra aportaba a la nación un promedio de tres o cuatro hijos. Teníamos un ejército numeroso. Teníamos mano de obra para afrontar proyectos de envergadura. O sea, que crecíamos y prosperábamos. Hoy nos encontramos en la situación opuesta. Cada

vez somos menos y cada vez se trabaja menos. Las mujeres no piensan en parir. Prefieren consagrarse a la coquetería, al sexo estéril. Los hombres también. Ellas se insolentan porque ellos no saben o no quieren ejercer la virilidad. Y, entretanto, los imbéciles del gobierno tratan de compensar el descenso demográfico por la vía de llenar Antíbula de razas inferiores. Todo esto, muñeca, no creas que te lo cuento para pasar el rato, sino porque considero un caso de urgencia fecundarte.

—Señor, mi varón, me temo que no soy la persona indicada.

—Tus miembros bien formados te desmienten.

—No estoy preparada. Yo nunca...

—Pamplinas.

—Hay una gran frialdad en mí. Un hielo que no dejará crecer la vida. Se lo aseguro por lo más santo.

—¿Intentas apartarme con melindres de mis deberes patrióticos? Deberes, por cierto, que también te corresponden, como antibulesa que eres en edad de procrear. Ni siquiera puedes agarrarte a la excusa de que no te gusto. ¿Acaso me ves? Estamos en completa oscuridad y así seguiremos durante la consumación del trámite sexual. E incluso después, hasta que te hayas ido. Es que, ¿sabes?, no me tiente conocerte ni que me conozcas. No me interesa tu nombre, tampoco tu cara. No me interesa averiguar si tienes los ojos azules o negros, las piernas largas o cortas, los pechos grandes o chiquitos. Ni siquiera aspiro a gozar de ti. ¡Al diablo el erotismo! Me limitaré a depositar mi semilla en tu vientre y adiós muy buenas. Misión cumplida. La patria necesita habitantes y yo me pongo al servicio de la patria. ¿O tú no amas a tu país? Dime, lo amas ¿sí o no?

—Sí, mi varón.

—¡Pues entonces! Yo puedo comprender que afirmes que no te gusto, que no soy tu tipo. Pero ¿qué importa todo eso si estamos con la luz apagada? Cumplida la inseminación, te vas por tu camino y decides por tu cuenta la suerte del hijo que habrá empezado a formarse en tu entraña. Esa responsabilidad no te la quita nadie. Conque, ciudadana de Antíbula, tomo en este instante posesión de tu vientre. Lo hago en nombre de los principios que profeso. Principios que desearía que compartieras conmigo. De ser así actuaríamos de común acuerdo por el bien de la sociedad a la que pertenecemos. Y, en lo que a mí respecta, no me vería en el lance penoso de tener que usar la violencia con una compatriota. Ya no digo más. Somos adultos y conocemos las tareas y obligaciones que nos conciernen. Opino que es hora de pasar a los hechos. ¿Tú no?

—Sí, mi varón.

La larva levanta a Bami por detrás los faldones del abrigo hasta echárselos por encima de la cabeza. Ha dejado de oprimirla contra la pared. Se nota que extrema la suavidad mientras busca a tientas el cierre de sus pantalones.

Bami no acierta a explicarse la delicadeza del desconocido. Sus manos cuidadosas. Sus dedos inseguros. Ella esperaba otra cosa. Esperaba una acometida sin

contemplaciones. Resignada al furor del macho encendido, había empezado a musitar una plegaria, en parte por tener la mente entretenida con una ocupación que la dispense de representarse la escena que se está desarrollando en la oscuridad, en parte también por persuadir a Dios de que le haga llevadera y corta la desventura.

Desearía que hubiese un poco de luz en el vestíbulo para comprobar si las lágrimas corren por sus mejillas. No sabe qué sentir. No siente nada. Es como si su propio cuerpo la hubiera abandonado. Como si fuera un alma ciega. Por el momento lo único que percibe sin sombra de duda es que no hay indicios de crueldad en el trato de la larva. Constatarlo le produce una sensación embarazosa de deuda. Se le figura que, en compensación, ella debería manifestar que no piensa oponer resistencia a las pretensiones del individuo, sin que ello signifique que las aprueba. Recuerda aquellas palabras que oyó decir en varias ocasiones a la maestra durante las clases de la escuela:

—Una mujer ha de ser mujer con el hombre que ella elija y sólo con el que ella elija. —Y a continuación añadía volviendo la cara adusta hacia el grupo de los chicos —: ¿Entendido?

Bami no ha elegido a la larva ni abriga deseos de ser mujer con ella. Palpa con repentina inquietud la gargantilla. La tiene en su sitio. Menos mal. Entregarla a quienquiera que viva en el sotabanco: su único deseo. Su obsesión. Y después marcharse. Así y todo, cree que no debería escatimarle a la larva una señal de gratitud o de simple aprobación por la falta de encono con que está actuando. Como ignora qué hacer y cómo conducirse, ya que jamás en el curso de su vida se ha encontrado en una situación semejante, decide quedarse quieta en la misma postura que hasta ahora. Eso sí, aguza las orejas por si la larva le dirige una orden. La larva guarda silencio, dale que dale al cierre de los pantalones de Bami, sin conseguir desabrocharlos.

—Camarada —susurra al cabo de un rato, respirando con desasosiego—, ¿qué tal si colaboras? Comprende que a oscuras no me apaño. Mira que si de tanto enredar te rompo la ropa, no la podrás remendar en mi casa. Aquí no hay hilo ni aguja. Aquí sólo hay una caja de herramientas. Pero no me parece a mí que con alicates y destornilladores consigas arreglar un descosido.

Bami se saca un zapato presionando el borde del tacón con la puntera del otro. Termina después de descalzarse y, con toda celeridad, se desviste de cintura para abajo. Impelida por un arranque de sumisión, ofrece su grupa a la larva. Esta posición del cuerpo le resulta de pronto tan impúdica que no puede menos de estremecerse de vergüenza. ¡Si la viera su madre! Al abrigo de la oscuridad, Bami trata de juntar las piernas. Pero la larva se las separa con suaves golpes del pie en la cara interior de un tobillo, hasta dejar a la muchacha abierta por completo. Más abierta, imposible.

Nunca desde los días en que sintió los primeros apremios de la carne le había ocurrido a Bami llegar tan lejos en una experiencia sexual. Ella recuerda que cuando comenzó a criar pelo y pecho solían venirle escalofríos de fascinación cada vez que

por el camino entre su casa y la escuela, a veces al ir, a veces al volver, pasaba junto a un huerto abandonado, ya casi en los límites del pueblo, y se distraía mirando por un hueco de la tapia las parejas de novios que se abrazaban y besaban a la sombra de los parrales.

Tenía ella por entonces catorce años y un deseo tenaz de ser pretendida como aquellas muchachas de diecisiete o dieciocho a las que veía sonreír con los ojos cerrados, mientras una mano lenta les acariciaba la melena. Bami se afanaba por retener en la memoria el mayor número posible de detalles. Con ellos alimentaba sus fantasías de adolescencia durante el reposo nocturno. Si había alguno especialmente turbador, hallaba gusto en reservarlo para los últimos instantes de vigilia de cada día, cuando, a oscuras en la cama y ya rezadas las oraciones habituales, se ayudaba del dedo corazón para conciliar el sueño.

En ocasiones se paraba delante de la verja para que el grupo de amartelados reparase en su presencia. Permanecía allí cosa de un cuarto de hora ocupada en arrancar bayas de aligustre. Las cogía con una mano, y con la otra, disimuladamente, las tiraba al suelo, puesto que no le servían para nada. Se cuidaba en todo momento de dar la espalda a los atareados amantes, fingiendo que no los veía o que no abrigaba intención de importunarlos. Y cada dos por tres les lanzaba una mirada de refilón.

La proximidad alentaba en ella la esperanza de que le alcanzase una salpicadura amorosa. Si alguno de los chicos la hubiera llamado, ella seguramente no habría reunido valor para acercarse. Anhelaba, sin embargo, que la llamasen o que algún mozo atrevido, descolgándose de una rama, la tomara por sorpresa como en las escenas que imaginaba por las noches, de forma que, despojada de voluntad, no hubiera lugar a decidir si entraba o no entraba en el huerto. A Bami, cuando observaba las parejas a hurtadillas, le picaba la curiosidad por saber lo que se siente cuando a una muchacha le acarician la melena.

Una tarde de tantas le salió su hermano (el que después se mudó a la capital) con el torso desnudo de detrás de la maleza. A su lado se levantó una muchacha en paños menores. Tras dirigir a Bami una andanada de injurias, el hermano la conminó a marcharse a casa de inmediato, y aun le tiró una piedra grande como una manzana para que avivase el paso. La piedra se estrelló contra la verja roñosa, haciendo un ruido que puso a Bami los pelos de punta. Desde entonces la muchacha no volvió a recoger bayas de aligustre a la entrada del huerto. En adelante se conformó con asomar media cara por el hueco de la tapia.

Cumplidos los quince, Bami se agregaba de vez en cuando a un grupo de muchachas de su edad que habían adquirido la costumbre de raptar, a la salida de la escuela, a un chavalín modoso con el que solían encerrarse en el pajar del padre de una de ellas. El niño tendría no más de ocho o nueve años y era, por su demasiada candidez, pintiparado para los juegos venéreos de ellas. Ni se lo llevaban a la fuerza ni había necesidad de engatusarlo, sino que, saliéndole al paso, le decían: ven con nosotras. Y él, calladito, las seguía.

Sobre un lecho de heno acostaban al pequeño después de desvestirlo. Por turnos se sentaban sobre él, se lo echaban a los lomos o se lo encajaban entre las piernas. Asimismo usaban al niño de maniquí para ensayar besos, caricias y otras prácticas eróticas inspiradas a menudo por escenas vistas en televisión. De este modo llevaban a cabo probaturas sensuales encaminadas no tanto al gozo como al aprendizaje. Pensando en prepararse para lo que ellas llamaban el *día de la verdad*, fingían arrobos, simulaban jadeos, suspiraban como fuelles y proferían gemidos ostensivos de un placer que no experimentaban, cerrados los párpados para hacerse la ilusión de tener trato carnal con el galán de sus sueños y no con aquel chavalín de semblante inexpresivo al que a menudo le montaban las velas sobre el labio.

Bami participaba silenciosa en aquellas expansiones de pubertad. También cerraba los párpados cuando le llegaba la vez de estrechar al niño contra su regazo o de estamparle un beso en la boca. Lo hacía a imitación de sus amigas, por no ser menos que ellas y porque no le gustaba que le afearan su timidez y su rareza. Esperaba unos segundos a que algún chico del pueblo le viniera al pensamiento. Nunca le venía ninguno y ella se quedaba tan tranquila.

—Debe de ser que no he probado bocado desde que llegaste al edificio por la mañana —se excusa la larva—. Te lo juro, compañera. A mí esto no me ha ocurrido jamás. Pero, claro, ¡tantas horas en ayunas sin moverme de la puerta! Nadie en su sano juicio puede esperar que un carro de combate suba repechos y atraviese pantanos si lleva el depósito vacío. Pues yo lo mismo. Seguro que me comprendes, ¿verdad que sí, muñeca, mi muñequita montañesa?

A Bami le da que pensar que no se oigan los lloros del recién nacido en el piso de abajo.

—Sí, mi varón —responde de manera maquinal.

—Te entregas con admirable disciplina. No hay duda de que en tu mansedumbre se asienta tu firme compromiso con la patria. Y aun así algo falla. No sólo que ando un poco flojo. Bah, eso lo arreglo yo en un periquete comiendo unas lonchas de tasajo y quizá un yogur. No es ésa la cuestión que me preocupa. ¿Cómo explicarlo? Percibo un frío extraño en ti, mi callada, mi apacible muñequita. Es como si fueras una estatua de piedra blanda. Como si te faltase el calor de la vida. Entiéndeme que no intento echarte la culpa de nada. Bastante haces con poner a mi disposición tus órganos reproductores. Insisto, sin embargo, en que algo no funciona. Tú misma has hablado antes de frialdad. ¿Te acuerdas? Percibo una escarcha en tu piel que retrae mis impulsos. Lo de escarcha tal vez resulte exagerado. Es que, ¿sabes?, a veces me nublan la mente las demasiadas poesías que leo. Voy a soltarte la melena.

La larva deshace el moño de Bami. Con zalamera salivación le susurra al oído:

—Repíteme por favor mis palabras: fecúndame, mi varón. Ya sé que es ridículo, pero lo necesito.

—Fecúndame, mi varón.

—Agradecería una chispa de entusiasmo. No creo que sea pedir mucho. Una

chispa. Te juro por Dios que no pretendo humillarte.

—Fecúndame, mi varón.

—No está mal. Sigue.

—Fecúndame, mi varón. Fecúndame, mi varón. Fecúndame, mi varón.

—Bien, ya basta. ¿Dónde tienes la mano?

Bami alarga la mano en la oscuridad. La larva se la coge con rapidez y deposita en ella una cosa. Mermadas sus sensaciones táctiles desde la malhadada noche del barco, la muchacha no sabría decir si lo que sostiene en la palma de la mano está mojado o seco, frío o caliente. Conserva, con todo, un rastro de sensibilidad, apenas un leve hormigueo que le permite reconocer por el tiento algunas formas. Lo que ahora nota se parece a una babosa.

—Aprieta.

Transcurren los minutos. En un lugar impreciso del edificio suena un teléfono. Nadie atiende a la llamada y, después de siete u ocho toques, el teléfono vuelve a callar. A Bami le tranquilizaría que el bebé emitiera señales de vida.

—Dios del cielo, ¿por qué me castigas? ¿Por qué a mí? ¿Por qué hoy? ¡Justo hoy! ¿Por qué? Mejor que desesperarse será tomar una decisión. Y mi decisión es que debo ingerir alimento sin tardanza. ¿Tienes hambre, camarada?

—No, mi varón.

—¿Acaso te han dado de comer las niñas del ciego? Todo el mundo sabe que son unas muertas de hambre.

—No tengo apetito, mi varón.

—Pues yo, si no como, no engendro. Conque hagamos un descanso de media hora. Luego ya verás como todo irá bien. Antes de nada te traeré una manta. No quiero que la madre de mi futuro hijo enferme. Para mí que esta tarde te has enfriado en casa de esas desvalidas.

La larva se aleja del vestíbulo. Sus pies descalzos corren por un pasillo de baldosas, produciendo el trapaleo arrítmico de un hombre patoso. Una puerta se abre y al momento se cierra con un golpazo. Silencio. La larva ha debido de entrar en algún cuarto. Pasa un minuto, pasan dos. Bami no se explica que la larva se haya marchado a toda prisa y luego tarde tanto en volver. Tirados en el suelo, encuentra sus pantalones y sus zapatos, y, sin perder tiempo en ponérselos, andando de puntillas se llega a la puerta de la vivienda, segura de poder escaparse. No obstante, al primer intento de mover el picaporte se percata de que la puerta está cerrada con llave. «¿Qué habrá sido del bebé?», se pregunta.

De repente se oye en el fondo del piso una queja larga, aguda, que a Bami le trae al recuerdo los aullidos del lebrél cuando, en el corral de su casa, aventaba la añoranza por el amo ausente. Al primer lamento han seguido otros dos de menor intensidad, preámbulo de una explosión de sollozos. A Bami le ha costado unos instantes captar el sentido de estos sonidos espasmódicos que llegan aminorados y como sordos a sus oídos, tal vez porque la larva se ha tapado la cara con las manos,

con un cojín o con la misma manta que ha ido a buscar. Sea como fuere, ya no abriga duda de que el desconocido se ha retirado a desahogarse.

Obra de diez minutos más tarde, la puerta, al final del pasillo, se abre de nuevo.

—Aquí tienes la manta. —El tono de voz opaco, sereno, no deja traslucir una mota de emoción—. Acompáñame. Quiero que veas algo mientras recupero las fuerzas.

Bami está tentada de responder que no necesita arrojarse con la manta. Tras una breve vacilación, opta por echársela sobre los hombros, pues entiende que le resulta menos complicado aceptarla que enredarse en un ovillo de explicaciones.

La larva conduce a la muchacha hasta un cuarto.

—Entra aquí. Yo me quedo fuera.

Bami traspone el umbral con pasos indecisos. Lleva en una mano los pantalones y un zapato; en la otra, el otro zapato, con el que va golpeando la oscuridad en previsión de toparse con algún obstáculo. Poco después se enciende la luz. La muchacha vuelve la cabeza movida de un impulso instintivo; pero no alcanza a ver sino una mano hinchada de dedos aporretados que se aparta del interruptor y, deslizándose marco abajo, desaparece rápidamente por la rendija de la puerta.

—Voy a la cocina a cenar —dice la larva desde fuera—. No creo que tarde más de diez minutos. Me daba, ¿sabes?, remordimiento hacerte esperar a oscuras. Ojalá te puedas entretener hasta mi vuelta mirando los chismes de mi despacho. Hay un par de piezas que merecen la pena, te lo aseguro.

Suena dentro de la cerradura el ruido metálico de la llave al girar.

—Mira y toca lo que te apetezca, mi dulce, mi adorada muñequita.

Tan pronto como se queda sola, Bami tapa sus vergüenzas, se calza y enristra hacia la ventana. Luego de no pocos esfuerzos consigue alzar la falleba y asomarse a la calle de Natenés, por la que a estas horas de comienzo de la noche apenas circula tráfico. El cielo está oscuro por completo. A la luz de las farolas y de los edificios próximos se columbran las siluetas de las barcas que navegan por el río. En el paseo vacío de transeúntes, el viento empuja contra el pretil pequeños remolinos de polvo y desperdicios.

Bami calcula que habrá unos seis metros entre el antepecho y la franja de jardín que separa el edificio de la acera. La altura se le antoja excesiva para aventurar un salto. Además, el suelo apenas se distingue en la penumbra y ella tendría que impulsarse con fuerza hacia delante, pues de lo contrario se estrellaría contra los escalones de piedra, bordeados por una paredilla con barrotes, que descienden a la entrada exterior del sótano. Aun en el caso afortunado de que cayera encima de los arbustos, juzga de todo punto improbable no romperse varios huesos.

Con débil esperanza revira después la cabeza por si hubiera en el cuarto algunas prendas con las que se pudiera confeccionar una cuerda. Un rápido vistazo le basta para comprender que no tiene ninguna posibilidad de descolgarse a la calle. Tan sólo dispone de la manta para llevar a cabo el propósito. Pero la manta es de lana de

mastín, gruesa y dura, y haría falta tiempo y unas sólidas tijeras para cortarla en tiras. Resignada a su suerte, Bami se apresura a cerrar la ventana. No quiere que la larva se ponga a malas con ella si descubre que anda dándole vueltas a la idea de escaparse.

Ahora dirige la atención a los adornos que cubren las paredes. Destaca por su tamaño y colorido la bandera con flecos de pasamanería de las Milicias Patrióticas de Antíbula, en cuya banda negra campea el lema bordado con hilo de oro: *Nuestra sangre por Dios y por la Patria*. Pende de un asta corta de latón bruñido, ajustada a un soporte cilíndrico. El asta remata en una caperuza de dos puntas provista de un vistoso corbatín.

A un costado de la bandera se alinea una veintena de retratos enmarcados. Los más de ellos muestran semblantes adustos de señores con bigote espeso y gorra de plato, entre los cuales se encuentra el del último dictador de Antíbula, el único que a Bami le resulta conocido. La muchacha lee los nombres grabados en la placa metálica que cada cuadro ostenta en el listón inferior del marco. Alguno le suena de haberlo escuchado o leído en la escuela, pero no está segura.

En la pared opuesta, entre dos alabardas con corros de orín, se ve una panoplia de sables dentro de sus vainas y, allí junto, unos cuantos talabartes pendientes de los ganchos de un colgador. Carteles electorales de las MPA cubren el resto de la pared y parte del techo.

El rincón cercano a la ventana lo ocupa una vitrina cerrada con candado. Sobre las baldas de vidrio se esparce una muchedumbre de objetos militares. Abundan las insignias, los galones, las medallas y otros distintivos de tiempos pasados. Hay un casco de guerra y un morrión abollado al que se le ha desprendido la visera. Hay dos pistolas en el interior de un estuche forrado de raso. Hay una canana repleta de cartuchos, gran cantidad de balas sueltas encima de una bandeja y una fila de cuchillos de monte. Hay estrellas arrojadizas de acero, una maza con bola de púas, una pequeña calavera de alabastro y un sinfín de cachivaches sobre cuya utilidad y significado Bami no consigue formarse la menor idea.

Descontando la vitrina, en el cuarto no se halla más mueble que una mesa larga adosada a una de las paredes. Bami se sienta a ella y, sin otra intención que matar el tiempo, pasa las hojas de un periódico desplegado sobre el tablero. A poco le llega la voz de la larva a través de la rendija de la puerta entreabierta.

—Es el de hoy. Si buscas en las páginas centrales encontrarás la noticia sobre la crisis de población. Por la mañana, al leer los nuevos datos del Instituto Demográfico, me ha entrado una rabia que no veas. Es que, ¿sabes?, a mí me duelen mucho estas cosas.

A Bami, mientras hojea el periódico, le sobreviene una sacudida de terror.

—¿Has encontrado la página?

—Sí, mi varón. —Se esfuerza por fingir aplomo—. Ya la he empezado a leer.

—Lee con calma, preciosa, que no tenemos prisa. Convéncete por ti misma de la urgencia de dar hijos a la nación antibulesa. Entretanto yo voy a terminar de cenar y

enseguida reanudaremos la faena.

En realidad, Bami no ha pasado de la página tercera del periódico, conturbada por el descubrimiento de una fotografía. Un titular de letras medianas anuncia que LA POLICÍA DIFUNDE IMÁGENES DE LA CABEZA HALLADA ANTEAYER A DOS MILLAS DE LA COSTA. Sigue un texto que Bami recorre con ojos ansiosos:

«La policía solicita la colaboración ciudadana a fin de identificar a la joven cuya cabeza, según informamos en la edición de ayer, apareció el domingo pasado en las redes de un barco sanicero con matrícula en el puerto de Antíbula. Los responsables de la investigación le atribuyen una edad comprendida entre los 15 y los 20 años. A juzgar por el corte que se aprecia en el cuello, el médico forense opina que existe un noventa por ciento de probabilidades de que la joven haya muerto degollada, y no por ataque de los tiburones como se supuso en un principio. Se ruega a quienes puedan aportar algún dato sobre la finada que se pongan en contacto con cualquier puesto de comisaría de nuestra ciudad».

A Bami la invade una punzante sensación de vergüenza. Es posible que el rostro de la ensangrentada haya sido retocado a fin de lograr un retrato exento de truculencia; pero aun así el aspecto que presenta es de tal fealdad y de tal incuria que Bami no puede evitar estremecerse pensando en la impresión que recibirán sus conocidos si por casualidad abren el periódico de hoy y encuentran la fotografía.

Le duele en especial el desarreglo de los cabellos, pues considera que hubiese costado bien poco adecentarlos antes de exponerlos a la cámara. Como se los despeluchó el mar, así se los han dejado, repartidos en greñas que se derraman a la diabla sobre el paño donde reposa la horrible testa, todavía con trazas de continuar lo mismo de mojada que cuando se mecía entre las olas.

Bami agradece a Dios que alguna mano piadosa haya cerrado los párpados a la ensangrentada. Menos mal, dice para sí, que la hinchazón que desfigura sus facciones hace difícil, incluso para ella misma, la identificación de la cara. Le reconforta la certidumbre de que la tez descolorida, tratada seguramente en el depósito de cadáveres con alguna sustancia destinada a frenar su descomposición; el rictus mortuorio en los labios tumefactos, corroídos por el salitre, y la impenetrable serenidad del gesto podrían corresponder a cientos de muchachas que hubieran experimentado parecidas atrocidades.

A cientos y a ninguna.

Éstas son las últimas palabras que ha pronunciado en su fuero interno antes que la mano sigilosa de la larva apague la luz. Bami, desprevenida, siente que la oscuridad le ha traspasado la ropa y la carne, y se le ha metido hasta lo más hondo, borrándole los pensamientos.

—Sal al pasillo, mi dulce muñeca de la montaña. Ya he terminado de cenar. Ahora verás si cumplo o no cumplo como un hombre. ¿Por qué tardas? Acércate. No me obligues a sacarte.

Bami acude presurosa a la llamada. Nada más cruzar la puerta, la larva le aferra

un brazo.

—De todo lo que has visto, ¿te ha gustado algo en particular?

—Sí, mi varón.

—¿Qué?

Bami se apresura a hacer un repaso mental de objetos que había en el cuarto. Todos los que le vienen a la memoria le parecen sin excepción contrarios a su gusto. Ignora por cuál de ellos decidirse. Al mismo tiempo se da cuenta de que la larva está esperando en silencio un halago. Negárselo podría excitar sus malos instintos. Así que, dejando de lado las dudas, Bami suelta la primera respuesta que se le ocurre:

—La calavera de alabastro.

—¿La calavera? ¿Qué calavera? ¿Te burlas de mí?

—La de alabastro que estaba dentro de la vitrina.

—Ah, ésa. Me la vendió una vieja en el rastro por nueve melios. Pedía doce, pero yo no me doblé.

—Es muy bonita.

—Sí, desde luego. Aunque... reconocerás que poseo piezas mejores.

La larva conduce a Bami con suavidad pasillo adelante. En un lugar de su elección la coloca de cara a la pared y allí le echa nuevamente los faldones del abrigo por encima de la cabeza.

—Pero ¡si estás vestida!

—Por no enfriarme, mi varón.

—Ah, bueno. Dejémonos de preliminares y desnúdate tú misma, haz el favor.

Durante cuatro o cinco minutos la larva se afana inútilmente. Bami la siente embestir por detrás en sucesivos intentos cada vez más espaciados. El vientre enorme produce un chasquido de carne blanda al golpear las nalgas de la muchacha, cuya compasión va creciendo a medida que decrece la intensidad de las acometidas que recibe. Oye los juramentos que la larva profiere entre dientes, su respiración anhelosa, sus jadeos de angustia y de fatiga que al fin se apagan tras un rotundo suspiro preñado de resignación.

—A mi manera seguiré sirviendo a la patria. Es todo lo que puedo alegar. Si Dios no me ha querido conceder ciertos dones, allá él. Tú no digas nada a nadie, ¿eh? Tú, de esto, chitón, muñequita, que a mí se me respeta mucho en las Milicias Patrióticas. ¿De acuerdo?

—Sí, mi varón.

—Bah, deja lo de varón. No era más que un capricho. Una chiquillada. Sin embargo, lo que voy a pedirte es de capital importancia para mí. Si me complaces, juro que me acordaré de favorecerte en cuanto una acción armada que está al caer devuelva el poder político a mis correligionarios. Créeme que ese día no anda lejos. Si me muestras tan buena voluntad como hasta ahora, tienes mucho que ganar. Vístete y ven conmigo.

La larva coge a Bami de la mano y la lleva vivienda adentro hasta una puerta

perfilada en la oscuridad por la luz que atraviesa sus intersticios.

—Mi piso y el de mi madre están comunicados por este paso interior. Se me ha olvidado cuándo lo usé por última vez. Mi madre, ¿cómo te diría yo?, es una persona bastante especial. Lo único que te pido, y más que pedírtelo te lo suplico, es que te presentes ante ella y le cuentes que yo, su hijo, te he fecundado. Sólo eso. No hace falta que entres en detalles. Si te pregunta cuándo hemos realizado el acto sexual, tú le respondes que después de cenar. Procura no darle conversación. Una vez transmitido el mensaje, te despides de ella y sigues tu camino en la vida. ¿Puedo confiar en ti?

—Sí, mi varón.

—Conque se lo dices, ¿eh? Que te he fecundado. Si ves en ella señales de incredulidad, tú muéstrate ofendida. Y en cuanto logres impresionarla, aunque sólo sea un poco, le das a entender que a tu juicio debería devolverme el televisor. No te muerdas la lengua, compañera. Repróchale que tenga desde hace cinco días sin televisor al hombre que te ha fecundado. ¿Lo harás?

La cocina es estrecha y ahí delante hay un lince. En sus pupilas atentas se refleja, reducida a dos chispas, la lámpara del techo. Bami ha oído cerrarse la puerta a su espalda. Apenas ha dado un paso en dirección a la que comunica con el resto de la vivienda, el lince ha estirado el cuello dentro de la canasta donde yacía adormecido, al par que ha fijado en Bami una mirada amenazante. La muchacha se ha detenido en seco. Ni a pestañear se atreve por temor a que la fiera se lance sobre ella.

Las paredes son altas, no tienen más adornos que un calendario de taco y un reloj con números romanos que marca las once menos veinte de la noche, y el lince, tras levantarse de un brinco, ha enarcado el lomo de una forma nada amistosa mientras bufa enseñando los blancos y agudos colmillos.

Suenan dentro de la casa murmullos de conversación. Bami entiende que convendría anunciar sin demora su presencia. Resuelta a proferir un saludo ni tan potente que cause sobresalto a quienes han de recibirlo, ni tan débil que no lo oigan, la disuade el lince con su actitud agresiva. En vista de que el animal se interpone en su camino, la muchacha opta por sentarse en una silla y esperar el tiempo que haga falta a que venga alguna de las personas cuyas voces llegan apagadas hasta la cocina.

El reloj tictaquea monótono. Como nadie viene, Bami se pone de pie. Al punto reanuda el lince sus bufidos dentro de la canasta, así que a la muchacha no le queda más remedio que volver a sentarse y esperar.

—Pero niña, por favor —le amonesta la maestra—, no me digas que también te sometes a los animales de compañía.

—Es que —se disculpa Bami— tengo miedo de que me muerda, señorita.

—¡Qué te va a morder! ¿No ves que está domado?

La madre de Bami media en favor de su hija:

—No hagas caso, Bami. Mientras permanezcas sentada y sin hablar no corres peligro. Tarde o temprano llegará la dueña de la casa. Le dices educadamente lo que le tengas que decir y después te vas.

—Sí, madre.

Bami no logra distinguir en la noche cerrada de su conciencia a ninguna de las dos mujeres. Percibe, eso sí, que discuten en la oscuridad, a una distancia que no deja entender las palabras airadas que están intercambiando. A poco la muchacha siente ruido de pasos enfadados dentro de su cabeza. Son de su madre, que, con el ceño fruncido, se acerca a preguntarle si es verdad que *esa bruja* le ha pedido que entregue una gargantilla con un mensaje a quienquiera que viva en el sotabanco de este edificio. Bami asiente azarada. A fin de desenojar a su madre aduce que la maestra fue buena y generosa con ella llevándola en su coche al puerto de Aftino, donde le costeó el pasaje del barco.

—Bueno —replica la madre con los ojos encendidos de despecho—, pues entregas cuanto antes la baratija de marras. La depositas encima del felpudo si no sale nadie a recibirte. Mañana, a primera hora, te pones a buscar a tu hermano, que para eso te mandé yo a la capital.

—Sí, madre.

Transcurridos varios segundos, Bami oye otra vez pasos que se acercan y piensa: ahora le toca a la maestra reprenderme. De pronto, con un violento temblor, se percata de que los nuevos pasos no son una invención de su fantasía.

—¡Jancio bendito! ¿Quién demonios eres tú? ¿Qué haces aquí? ¿Por dónde has entrado? No serás una ladrona, ¿eh?

Una señora elegante, de complexión robusta y cabellos canos, peinados con esmero, se ha parado en el umbral. Viste prendas de tonos oscuros que realzan su porte distinguido. En el delantero de la blusa luce un broche dorado, a juego con el colgante del collar. Sobre los hombros, añadiendo un toque casero a la austera vestimenta, lleva una pelerina azul celeste provista de un cordón negro anudado debajo de la garganta. Sostiene una bandeja con varias copas, una licorera, un cascanueces y un cuenco lleno hasta el borde de cáscaras de almendras. En el antebrazo carnoso se le clava un relojito de pulsera.

Su pálido semblante trasluce una severidad no exenta de melancolía. Los labios apretados dan a su expresión una tirantez como de persona habituada a imponer su autoridad. La mirada, en cambio, posee un aire triste, blando, que contrasta con la línea adusta de la boca. Los cerca de sesenta años que deben de pesar sobre ella han aflojado sus mejillas y le han puesto una sombra de cansancio en torno a los ojos.

—Hace como diez minutos, señora, que he entrado por esta puerta —dice Bami, sorprendida de su aplomo.

—¿Vienes de parte del gordinflón?

—Me encargó que le dijera una cosa a su madre.

—¿Ah, sí? ¡Qué conmovedor! Si el zopenco cree que mandándome nenitas desgredadas va a lograr que le levante el castigo, está listo. Seguro que ahora nos espía detrás de la puerta. Su ocupación favorita. ¡Cómo no vale para nada! Por lo demás, albergo pocas dudas acerca del derecho que me asiste de saber quién es la persona que se ha colado de rondón en mi domicilio. ¿Acaso tienes familia?

—Sí, señora. Una madre y dos hermanos.

—Tu padre fue un ave de paso, supongo.

—Murió.

—¿Te pusieron nombre en la pila bautismal?

—Me llamo Bami y soy nacida en las montañas de Pratabernel, para servirla a usted.

—Por Dios bendito —dice la señora con ostensible retintín, al tiempo que deposita la bandeja encima de la mesa—, no alcanzo a imaginar el servicio que pudiera prestarme una criatura de tu calaña. Si la vista no me confunde, juraría que

últimamente has descuidado el aseo personal. Ese abrigo que llevas acumula tal cantidad de mugre que no te lo tomarían para trapos en un taller de automóviles. Tus zapatos antes los aceptaría un jardinero que un mendigo, por la tierra que traes pegada a ellos. En cuanto al pelo, no te cae más lacio ni más limpio que si lo hubieras usado para fregar las calles. Presiento además que llevas la cabeza hecha pensión de parásitos. Hasta puede que andes huida de la justicia.

El lince se entromete bufador.

—Tú a callar, que ya me basto yo sola para decirle a esta nena descarriada lo que juzgue conveniente. —Y volviéndose con gesto hierático hacia Bami, añade—: ¿No te afectan mis reproches? Con menor razón rompería en llanto una mujer honesta. Para mí que tu calma es insolencia. Cuanto antes salgas de mi casa, mejor. No vine al mundo para aguantar la pobreza, la vulgaridad ni la falta de higiene. No las he aguantado nunca y no las aguantaré jamás, por mucha democracia que nos impongan.

—Perdone usted, señora. Estoy como estoy por una desgracia que sufrí el otro día.

—¡Qué interesante!

—Llegué el domingo a Antíbula. Mi madre me mandó. Me dijo: busca a tu hermano. Y yo vine en un barco desde Aftino, que son dos noches. Durante la segunda perdí el equipaje y el dinero.

—La típica historia que se cuenta para sonsacar a la gente una limosna. Mira, nena, hay cientos de indigentes como tú en la ciudad, a cuál más embustero, aunque ninguno con tanto atrevimiento que dé en meterse en las casas a ejercitar sin recato su malicia.

—Señora, le juro que no soy mendiga. Pobre, sí, porque me robaron.

—Claro, claro. Ya me voy enterando de la fábula. Te robaron y luego entraste en Natenés 17 a buscar a tu hermano. ¿Te importaría decirme en qué piso vive? Te advierto que conozco bien a los vecinos. Tocante a esta cuestión no conseguirías engañarme ni aunque dispusieras de tres horas para meditar una respuesta.

—Mi hermano no sé yo dónde vive. Me trajo a este edificio un favor que me pidió la maestra de mi pueblo y, cuando subía las escaleras, salió su hijo de usted.

—¿Afirmas que mi hijo es tu hermano?

—No, señora.

—¿Entonces qué demonios tienes que ver con él?

—¿Yo? Nada.

—¿Me obligas a recordarte que has pasado de su piso al mío?

—Es que..., verá. Yo... A mí me da mucha vergüenza contarle a usted lo que ha ocurrido. Yo... me quiero ir. Señora, deje que me marche, por favor.

—Mira por dónde, ahora no me apetece que te vayas. Una de dos, nena. O me revelas qué enredos te traes tú con el gordo o llamo a la policía.

Gacha la cabeza, Bami hace como que se rasca un ojo. Al mirarse después la mano descubre aliviada, en el pulpejo de un dedo, la huella de una lágrima.

—A su hijo de usted —responde con recobrada serenidad le duele que nazcan pocos niños en la nación antibulesa.

La señora eleva la mirada y junta las palmas de las manos como si se dirigiera al Dios de los cielos.

—Si los que nacen se parecen a él, mejor que no nazca ninguno. Ay, nena, nena. Me cuesta creer que cuando le viste la cara no hubieras salido corriendo. Barrunto el cambalache. Pero presiento que ni por ti ni por él averiguaré nunca la verdad.

—Su hijo me tomó para fecundarme. Eso es lo que me ha pedido que le diga a usted.

—¿El gordo te ha fecundado? ¿Qué entiendes tú por fecundar? Mira que quizá estás dando lugar a un equívoco. Sácame de dudas o esta noche nos llevan a mí al hospital y a ti a un reformatorio.

Bami entrecruza, nerviosa, los dedos. Justo ahora que le convendría hablar, desmentir imputaciones, defenderse de sospechas, nota los labios tardos, la boca vacía de palabras. Le acometen deseos de arrancarse a correr, pero la señora que le cierra el paso, pero el lince, pero hacia dónde si no sabe en qué parte del piso queda la puerta de salida.

—Señora... —balucea, los ojos en blanco, después de un instante de silencio cohibido. Al punto las tres sílabas pronunciadas débilmente deshacen el nudo que le atoraba la garganta, dejando el camino libre a un borbollón de frases—. No tengo culpa de nada. Yo no entré por mi gusto en el piso de su hijo. Él me arrastró. Le atormenta que la patria se despueble. Me ha enseñado la noticia en el periódico. Entonces ha querido fecundarme. En mi pueblo decimos preñar. No sé si usted me comprende. Al final me ha pedido que fuera a contárselo a su madre. A contarle que me ha fecundado después de la cena y a convencerla para que le devuelva el televisor.

En un arranque de furia, la señora arrea un manotazo al tablero de la mesa. Dentro de la bandeja se vuelca una copa. Algunas cáscaras caen fuera del cuenco. El lince, amilanado, se acurruca en su yacija.

—¡Cierra la boca, indecente! ¿Cómo te atreves? ¡En mi propia casa!

—Yo iba a otro piso. Él me salió al descansillo. Se lo juro.

—El mal nacido, ¿de dónde habrá sacado dinero para remunerar la compañía de una nena que a las... —revira la mirada hacia el reloj— once menos cuarto de la noche anda suelta por la vida? ¡Si el gandul habrá estado hurgando en mis armarios! Hace unos días le corté la asignación. Le dije: de mí no recibes un melio hasta tanto no me pidas perdón. ¿Me oyes, gandul? —Estira el cuello a fin de que sus palabras sobrevuelen el hombro de Bami y perforan la puerta que hay detrás de ella—. Trabaja y gánate el sustento como hemos hecho los demás desde pequeños. Y tú, infeliz pecadora, confiesa si le has tomado en pago algún objeto de valor. El muy bobo sería capaz de sufragar sus debilidades con las condecoraciones del abuelo. ¡Era lo que me faltaba! Te aseguro que tengo en casa gente que puede registrarte los harapos.

A este punto llega una voz desde fuera de la cocina.

—Baronesa, los naipes están repartidos. ¿Por qué se retrasa?

—Descuiden, que no tardo.

—¿Con quién está usted hablando?

—Se me ha metido un bicho en casa.

—¿El gordo?

—No, el gordo no es. Vengan, vengan y admiren el mayor portento de astucia y desvergüenza que jamás se ha visto.

Poco después se detienen en el hueco de la puerta, llenándolo como las figuras inmóviles de un cuadro, un señor que casi da con la frente en el dintel, de cara macilenta, de mirada vidriosa y gesto apacible, y una señora vestida de luto, rechoncha y bociosa.

Entre ellos se abre paso, trémulo de indignación, el anciano del bajo derecha. A Bami le ha costado unos segundos reconocerlo. Será, piensa, por las gafas con montura de color ambarino que esta mañana no llevaba o por los dientes postizos que asoman tras el labio levemente deformado por la hinchazón.

El anciano irrumpe en la cocina con bríos de cólera, apretando contra el pecho un chestoberol de listas blancas y negras, unido a su muñeca por medio de una cadena plateada. Bami advierte a simple vista que éste es mucho mejor que el viejo y descascarillado que el anciano suele sacar a la calle en previsión de que le ataquen los chavales.

—Señora baronesa, apártese de esta emisaria de los infiernos. La conozco. ¡Huy, si la conozco! Un ángel engañoso, una criatura diabólica. Les aseguro a ustedes que lleva todo el día merodeando por la vecindad, Satanás sabrá con qué intención. Fingió ayudarme. Yo la creí. ¡Jancio bendito, qué ciego he sido!

En el centro de la cocina, el anciano se acalora y gesticula, señalando de continuo a Bami con el dedo. La muchacha guarda silencio, atenazada por la vergüenza. A Dios suplica en pensamiento que la libre del acoso de esta gente. O que la trague la tierra igual que a su padre lo tragarón las aguas.

La baronesa, mientras tanto, ha reulado unos pasos como buscando la protección del lince. El animal dormita dentro de la canasta con ojos entornados y a cada instante gira las orejas según dónde suenen las voces y los ruidos.

En las caras de los de la puerta se dibuja idéntica mueca de perplejidad.

—Me ha endilgado —prosigue el anciano— una historia de pobretona que llegó del pueblo y anda sin amparo.

—La misma patraña ha usado para conmovirme —tercia la baronesa.

—Se nota que escucha las novelas de la radio. ¡Pues no tiene poca trastienda la descarada!

—Cuenta que mi hijo la ha fecundado.

—¿Fecundado?

—Que le ha hecho la cosa... Ya me entiende usted.

—Que el gordo... Eso sí que no me lo creo. No puede ser. De ninguna manera.

¿El gordo? ¿Nuestro gordo feote que todos conocemos? Vamos, vamos. A menos, claro está, que haya mediado un pago. Pero ¡quia!, ni aun así.

—Ya no hay respeto ni ley —interviene el señor alto en tono profesoral.

—Eso mismo pienso yo —secunda la del bocio.

—Total —dice el anciano—, que me he apenado de ella. No era para menos. ¡Tan joven, con su acento de paletos y con esa pinta de desvalida! Me he ofrecido a tomarla de sirvienta a cambio de un techo. Se me figuraba que Dios me la había mandado para poner a prueba mi caridad. Yo pensaba ayudarla mientras hace pie en la ciudad, aunque visto lo visto me huelo que la embustera lleva años residiendo en Antíbula. ¿Cómo ha agradecido mi generosidad? Nada más dejarla en el sótano se ha largado corriendo a donde las malas pécoras del bajo izquierda. Porque tenían la puerta cerrada, que si no... Vamos, les sacudo un cacharrazo con el chestoberol que las descrismo.

La baronesa le agarra de la manga para pararle el ademán.

—No se sulfure, vecino. Ya verá como al final se aclara la cuestión.

—No hay nada que aclarar, señora baronesa. Está todo clarísimo. Yo de usted sacaría a esta hija del diablo a la escalera. ¡A escobazos la sacaría! Sepa que aquí la matalascallando tiene contubernio con las niñas del ciego. Sí, sí, sí. Me fallará el oído, pero de olfato no ando peor que su lince. Huelo la cazurrería a distancia. Esta moza, según creo, se vale de achaques para entrar en los pisos a robar. A mí me habrá birlado por la mañana cuanto le ha venido en gana. No hace falta mucha ciencia para sacar partido de un viejo miope y confiado. Lo más probable es que guarde la cosecha de sus hurtos en los bolsillos del abrigo. Miren la prenda. ¿Quién anda así por la vida? Ese abrigo cochambroso no puede ser otra cosa que un saco de ratero. ¡A mí con fingimientos! Una vez que lo ha llenado entra en el piso de las compinches a descargar el botín, las tres hacen el reparto y luego ella sale a dar otra batida por los alrededores.

La baronesa, ceño severo, se dirige a Bami:

—¿Es verdad lo que dice el vecino?

Bami responde con apenas un hilo de voz:

—Yo no he robado nada.

—Pero has estado en el piso de este vecino, en el de las niñas del ciego, en el de mi hijo y ahora en el mío. Eso no lo puedes negar.

—No lo niego, señora. Pero yo...

—¡Basta! —le ataja el anciano—. No la soporto. No soporto su falsa modestia ni su carita como de no haber roto nunca un plato. Baronesa, entiéndase con la policía. Yo me voy a mi casa. Créame que lo siento. Terminaremos la partida, si a usted no le importa, en otra ocasión. Ahora me encuentro demasiado alterado. La presencia de este ser maligno me corta la respiración. Y ustedes —se vuelve hacia el señor alto y la señora del bocio—, si quieren que les abra el portal deberán acompañarme. Váyanse a casa. Se lo aconsejo. Allí estarán a salvo de influjos demoníacos.

—Iremos con usted —contesta la señora sin vacilar.

—Hala, nena —dice la baronesa—, baja con estos señores. Vuelve por donde viniste y que Dios te perdone.

En el instante de salir de la cocina, el lince amaga un zarpazo a las piernas de Bami, muestra los dientes y permanece tenso en postura de atacar. Un siseo seco, perentorio, de la baronesa basta para que el animal agache las orejas y se encoja, hecho un ovillo de sumisión, en el fondo de la canasta.

Al comenzar a descender el primer tramo de la escalera, el anciano ordena con gesto desdeñoso:

—Ésa que espere ahí arriba un momento. No me apetece que una mugrienta venga pisándonos la sombra.

Al anciano, en los ojos agrandados por las lentes le puntea de pronto un destello suspicaz.

—A propósito de sombra, ¿a que no se figura usted, señora baronesa, lo que he oído esta tarde decir a un chiquillo del barrio? Pues que la montañesa de marras es una muchacha sin sombra.

Todos dirigen a un tiempo la mirada hacia los zapatos desgastados de Bami; pero la luz amarillenta del globo que ilumina débilmente el descansillo no permite llevar a cabo la comprobación. Tampoco Bami les encuentra a los demás su sombra. La baronesa la aferra por detrás y con un recio y disimulado tirón la mete de nuevo en su vivienda.

—Los niños —dice colocándose ante Bami, como para preservarla de la curiosidad de los que acaban de salir— gustan a menudo de fantasear. Pasan tantas horas delante del televisor que luego no atinan a distinguir entre la realidad y los dibujos animados. Vayan ustedes con Dios y descansen. Yo, aunque me acostase, no podría dormir. Así que me quedaré un rato con la nena. Si hay suerte le sonsacaré ciertos detalles de su visita a mi hijo que me tienen bastante intrigada. Si dejo que se marche no los averiguaré jamás. De sobra saben ustedes cómo es el gordo cuando se pone cabezota.

En el recodo de la escalera, el anciano blande su chestoberol como si se tratara de un arma arrojadiza.

—Tenga mucho cuidado, señora baronesa. No dude en pegar un grito al menor descomedimiento de la moza. Yo estaré al tanto y subiré a socorrerla a usted con un martillo si es preciso.

—No se preocupe por mí, amable vecino —responde la baronesa haciendo una leve inclinación de agradecimiento—. Un pequeño silbido y el lince me sacará de apuros.

Tras despedirse de sus invitados, la baronesa se apresura a cerrar la puerta y, a solas con Bami en el recibidor, lanza un suspiro profundo, acompañado de un gesto de fatiga que parece significar algo así como: por fin se han marchado esos pelmas. A continuación obsequia a la muchacha con una sonrisa equivalente a una declaración

de simpatía. A Bami, en su desconcierto, no se le ocurre sino arrodillarse a los pies de la baronesa y suplicarle que le permita volver del revés los bolsillos de su abrigo para que no haya duda de que ella no ha estado robando.

—Regístreme, se lo ruego.

—¡Ay, hija, qué maneras, qué unción! ¡Ni que te hubiera tomado un arrebatado de santidad! Anda, levántate. ¿Tú crees que yo hago caso de las tonterías que dice el viejo chocho? En realidad, no lo trago. No lo traga nadie en Natenés 17. Si no fuera por él, ya tendríamos ascensor. Pero nos llevó a juicio y de momento carecemos de autorización para empezar las obras. Sé de gente que azuza contra él a los hijos para vengarse. Yo prefiero que venga a echar de vez en cuando la partida y beba licor. No veas lo a gusto que pimpla el vejestorio. Confío en ablandarlo con el buen trato que le dispense y que algún día retire la demanda. Un primer piso es poca altura. Pero, ¿sabes?, ando mal de las rodillas. Muy mal. Subir aún subo, agarrándome bien al barandal. Bajar se me hace cada día más difícil. Una tortura. ¡Con decirte que a veces bajo los escalones sentada! Menos mal que nadie me ve.

En una de las paredes del recibidor cuelga una fotografía en blanco y negro, provista de un marco reluciente de latón y cubierta por un vidrio. Muestra a una mujer delgada y joven, vestida de largo, con una pámela blanca en la cabeza y guantes también blancos. Está sentada a la mujeriega sobre el lomo de un caballo de gran alzada. Junto a ella, un hombre de fino bigote y sonrisa ladeada, con botas y gorra de jinete, sostiene las riendas. A Bami le parece un hombre la mar de guapo.

—Ésta soy yo —explica la baronesa al percatarse de la atención con que Bami contempla la fotografía—, a los pocos días de contraer matrimonio. Y el apuesto caballero que me acompaña es el barón, de quien fui esposa fiel y enamorada hasta su muerte repentina en octubre pasado. Él montaba el caballo. A mí sólo me subieron por capricho del fotógrafo. ¡Uf, lo que ha llovido desde entonces!

Bami sigue a la baronesa por el pasillo hasta un salón alfombrado cuyo centro lo ocupa una mesa circular sembrada de naipes. Al fondo se abre un mirador semejante al del piso de las niñas. Los muebles tienen un aire añejo, señorial, lo mismo que los cuadros y tapices de las paredes, los ornamentos y la araña del techo, cuajada de colgantes irisados. Arde una estufa eléctrica al costado de la mesa.

En la penumbra de un rincón se perfila un piano vertical de color negro. Encima de la caja reposan dos viejos candelabros. Entre ellos, colocado sobre una pila de libros de música, hay un metrónomo. Nada más ver el piano, a Bami se le ha despertado el recuerdo punzante de aquella tarde lejana en que cometió el único hurto de su vida.

Tendría ella no más de ocho o nueve años. En el centro del pueblo, frente al ayuntamiento, vivía una señora viuda, dueña de campos y jaurías, que solía encargarse de trabajos de costura a la madre de Bami. El padre de la muchacha se ocupaba desde hacía largos años de labrar unas parcelas paniegas que la hacendada poseía al pie de la montaña. Y de este modo, bien con los hilos, bien con la reja, la familia obtenía de

cuando en cuando unos ingresos suplementarios.

A Bami su madre la mandaba a casa de la viuda a entregar las labores terminadas. Bami cumplía de buena gana el recado, ya que la viuda, de suyo dadivosa, jamás la dejaba irse sin alguna golosina de regalo. A veces, para variar, le daba una moneda que Bami, en su candidez infantil, ignorando las ventajas de guardársela, corría a depositar en la palma de la mano de su madre.

Un segundo motivo por el cual Bami gustaba de visitar a la mujer era que con frecuencia la hallaba sentada al piano, interpretando piezas melodiosas que, si había alguna ventana abierta, se oían desde la calle. Una sirvienta de cierta edad, cargada de espaldas, precedía a Bami hasta el salón situado en la planta baja. En el umbral, con un dedo sobre los labios, le instaba a guardar silencio hasta tanto la señora hubiese acabado de tocar. Bami escuchaba embelesada, respirando lo más quedamente que podía.

La viuda habitaba una casa solariega, de las más antiguas del pueblo, con sillares de granito en las cuatro esquinas. Un escudo de armas campeaba en la fachada cubierta de hiedra. El tiempo había corroído la arenisca hasta hacer irreconocibles los blasones.

La casa estaba rodeada por un jardín que era la admiración de los lugareños. Cada primavera servía de escenario a un espectáculo portentoso de aromas y colores. Los cerezos floridos, las espalderas rebosantes de rosas, los macizos de rododendros, los nenúfares dormidos sobre el agua del estanque: un número ni corto ni excesivo de plantas cuidadas con esmero formaba un pequeño paraíso terrenal en torno a la casa. Y como no había tapia que ocultara a la curiosidad de los vecinos aquellas maravillas vegetales, no era raro que quienes por allí pasaban se detuviesen un momento a contemplarlas por entre las barras de la verja.

Una tarde de verano, cuando se disponía a llamar a la puerta, atrajo la atención de Bami una hotidima blanca abierta en su plenitud. Su tamaño doblaba el habitual en esta clase de flores. La planta crecía dentro de una maceta colocada bajo la ventana del salón por la que también aquella tarde salían las melancólicas notas del piano. Bami se agachó a oler la flor y la acarició, y después de quitar con un golpe del dedo la pequeña mantis religiosa que vivía camuflada en ella volvió a acariciarla, cautivada por la intensa fragancia y por la tersura sedosa de sus pétalos. Entregó a la señora de la casa la bolsa con la labor que le había confiado su madre; recibió, agradecida, una sarta de rosquillas glaseadas y, nada más abandonar la casa, llevada de una tentación irresistible, arrancó la hotidima.

Al instante, se detuvo la música y se oyó a la viuda decir dentro del salón con severidad:

—Déjala donde está. Si me la hubieras pedido yo te la habría regalado.

Un ruido de cajones rescata a Bami de aquella evocación que todavía, después de tantos años, le sigue remordiéndole la conciencia. La baronesa ha sacado una linterna del trinchero y, en tono melifluo, ha pedido a Bami que se coloque de perfil junto a la

pared. Después la enfoca desde corta distancia. La muchacha mira con el rabillo del ojo el resplandor que le sube y le baja por el costado. Se siente traspasada por la luz como si su ropa y su cuerpo fueran de materia transparente.

—Pobre nena —dice la baronesa, envolviendo a Bami entre sus brazos—. ¿Cuándo te ocurrió?

A causa de la vergüenza, Bami no consigue articular palabra.

—El tema te resulta doloroso, ¿verdad?

Bami transmite una respuesta afirmativa mediante golpes suaves de su frente en el hombro de la baronesa. Transcurridos unos segundos, ésta retrocede un paso y, deshecho el abrazo, detiene en la muchacha una mirada en la que refulge una chispa de ternura.

—Si no quieres contármelo, no te preocupes. Lo entiendo. Te ruego... ¿Cómo dijiste que te llamas?

—Bami, señora baronesa, para servirla a usted.

—Pues eso, Bami. Te ruego que me disculpes por la manera como te he tratado al principio. Debo confesarte que estaba un poco asustada. Una no tiene costumbre de entrar en la cocina de su casa y encontrarse de sopetón con personas desconocidas. ¡Hoy día anda tanto maleante suelto! Las noticias no hablan de otra cosa. Que si atentados, que si huelgas y robos. ¡Jancio bendito, qué horrible país! Y por si no bastara todo ello para que se me altere el sueño por las noches, el vejestorio de abajo me pone los nervios de punta con sus historias y su recelo. Es un enredador de cuidado.

—Yo... no he venido a este edificio a robar.

—Te creo, hija, te creo. ¿Estabas de visita en el piso del ciego?

—No, señora. Entré a ayudar porque la niña pequeña bajó al sótano a decirme que su hermana se encontraba muy malita y se iba a morir. Entonces yo la seguí hasta su casa.

—Peligro, peligro. No te mezcles con esa gente, Bami. Hazme caso. Haz caso del consejo de una buena amiga. Porque has de saber que desde que me he enterado de tu infortunio te he tomado afecto. Ahí abajo —susurra, al par que señala hacia el suelo— hay mucho problema. ¡Muchísimo! Se cuentan cosas, ¿cómo te diría yo?, alarmantes. Así que mejor no te mezcles.

—Yo a donde quería ir es arriba del todo, al sotabanco.

—¿A donde el estibador?

Bami se encoge de hombros.

—Debo entregar un mensaje de parte de la señora maestra de mi pueblo. Pero aún no sé quién me abrirá la puerta porque ella no me lo quiso decir. Sólo me dio la dirección.

—Pues lo siento por ti, pero me temo que ahora es tarde. El estibador trabaja por las noches. A estas horas seguro que está en el puerto. Una vez me lo encontré en la escalera. Sería por Navidades, cuando él acababa de alquilar el tugurio de arriba, que

también hay que tener ganas, pero en fin. Lo andaba remozando. Subía con un balde de pintura y lo saludé. Me pareció bastante corto de palabras, aunque no antipático. No, antipático no. Más bien serio. Conmigo se comportó como lo hacen a menudo los hombres fuertes, ¿sabes?, que hablan lo justo y, cuando se deja de dirigirles preguntas, siguen su camino. Se le notaba horrores el acento regional. Le pregunté de dónde era. Dijo que de Pratabernel. Y lo cierto es que hablaba igual que tú, con esas erres rodantes que parece que las sacáis de un motorcito escondido detrás de las muelas. Luego estuve algún tiempo sin saber nada de él. Porque, eso sí, no se le oye un ruido. Será que se mueve sin pisar el suelo. El otro día, en la pescadería de la calle de Jurtas, hablando de la crisis económica y de lo mal que les va a los astilleros, una señora se refirió a él de pasada. Según ella, entra a trabajar cuando su marido sale. Ahora bien, no me preguntes el nombre porque no lo he oído nunca. Que yo sepa, todos le decimos el estibador.

A Bami la cara se le contrae en un mohín de conformidad.

—Lo esperaré en la calle, señora baronesa. Si hay suerte lo veré mañana, cuando vuelva del puerto.

—¿En la calle? ¡Por Dios, nena! Habrá poca caridad en el mundo, pero en mi casa todavía queda la suficiente para impedir que una joven desprotegida haya de pasar la noche al sereno. Tú, lo primero que vas a hacer es quitarte ese abrigo lleno de mugre, que sólo de mirarlo me produce mareos. Después me vas a acompañar a una habitación donde nos pondremos cómodas y donde me complacería que, antes de acostarte, correspondieras a lo mucho que pienso favorecerte. Mañana desayunaremos juntas con pan fresco que mandaré traer de la panadería. De paso meteremos tu ropa en la lavadora, tú te asearás y, cuando estés lista y presentable, subirás a entregarle al estibador lo que te hayan pedido que entregues. ¿Qué te parece mi propuesta?

—Agradezco su bondad, señora baronesa. Yo..., me da miedo molestar.

—Molestar, ¿quién? ¿Tú? ¡Pero si eres un bombón de niña! Tan educada, tan modosa. Más te quisiera yo de hija que no al gordo díscolo y haragán. Aún me pregunto qué falta habré cometido para que Dios me haya impuesto tamaña penitencia.

La baronesa ayuda a Bami a quitarse el abrigo.

—Preciosa melena —dice—. Lástima que no la cuides.

A ruego suyo, Bami se arrolla los cabellos, formando un moño a la altura del cogote. La baronesa no oculta un gesto de repugnancia al doblar el abrigo. Después sale a la escalera y arroja la prenda a un lado del felpudo. Desde el pasillo hace señas a la muchacha para que la siga hasta un cuarto que mantiene cerrado con llave.

—Aquí —dice bajando la voz, mientras abre la puerta— ni siquiera dejo entrar a la asistenta. Entrar en este sitio equivale a entrar en mi alma. Contigo, querida Bami, quiero hacer esta noche una excepción.

Una lámpara de cuatro brazos, con un tulipán de vidrio en cada extremo, alumbraba

un cuarto de dimensiones regulares. A primera vista parece más pequeño de lo que en realidad es, debido a que buena parte del espacio se lo llevan un armario ropero que ocupa todo el lienzo de una pared y, frente a él, una cama de matrimonio sin otra particularidad que una cabecera de balaustres con la capa de barniz cuarteada. En medio de ambos armatostes queda un paso angosto por el que se llega a un velador flanqueado por dos sillones. Detrás del velador, unas cortinas de gasa celan la ventana.

Ni los muebles austeros ni los escasos adornos dan un toque enigmático al dormitorio. Quizá, piensa Bami, el cuadro de la pared, que muestra a un caballo corcoveante sobre un fondo de cumbres nevadas, tenga algún significado que ella desconoce, aunque cuanto más lo mira más le cuesta creer que así sea. Una punta de extrañeza, ahora que cae en la cuenta, le produce una chaqueta americana, con gemelos en las mangas, descansada en el respaldo de una silla próxima a la puerta. Sobre el asiento se apilan una camisa doblada con esmero, un chaleco y una corbata azul de rayas. Entre las patas de la silla hay un par de zapatos lustrosos.

—Nada de cuanto voy a revelarte deberá salir de estas cuatro paredes. Imagínate cómo dolerán los secretos ya de por sí dolorosos cuando la indiscreción ajena los convierte en dimes y diretes. ¿Podré confiar en ti, Bami querida?

—Se lo prometo.

—Serán cinco minutos. Después podrás recogerte a la habitación de los huéspedes. ¿Sabrás callar?

—Sí, señora baronesa, chitón y punto en boca.

—Pues menos mal, hija, porque me apenaría retirarte el mismo día de conocerte la simpatía que te profeso.

La baronesa invita a Bami a tomar asiento junto al velador. Luego, dura de articulaciones, se sienta ella con dificultad en el sillón de enfrente, y enseguida agarra las manos de la muchacha y se las aprieta y acaricia mientras fija en sus ojos atónitos una mirada empañada de buenos sentimientos.

—Te sienta bien esa gargantilla de plata.

—La maestra de mi pueblo me encargó entregársela al hombre del sotabanco.

—¡Vaya por Dios! Llevas un adorno y resulta que es prestado. Mañana sin falta iremos de compras. Cerca de aquí, según se sube a la estación, tenemos un centro comercial. Se llega en un momento, pero aun así llamaremos a un taxi. Está una servidora para pocos ajetreos. El edificio a lo mejor lo has visto. Uno de cristal, grandísimo. Dentro hay de todo: tiendas de ropa, dos zapaterías, una peluquería... Ni tú misma te vas a reconocer cuando salgamos.

—Señora baronesa, yo no le podré pagar a usted tanta bondad.

—Ni falta que hace. Además, mayor favor espero yo de ti esta noche.

Bami supone que la pobre señora vive desde hace largo tiempo aquejada de soledad y que por eso dice las cosas que dice. Seguramente, piensa, las personas con las que juega a cartas no le sirven para el trato confidencial. El anciano de los

chestoberoles desde luego que no.

A la señora baronesa se le pone de pronto la cara seria.

—Tú que puedes, pregúntale por qué lo hizo.

Ahora sí que Bami no entiende una palabra.

—Preguntar, ¿a quién?

—¿A quién va a ser? Al barón. Pregúntale qué le llevó a tomar aquella decisión insensata. Habla con él, Bami. Dile que jamás medió traición por mi parte. Yo nunca lo engañé. Ni con su amigo el armador ni con nadie. Díselo. Dile que me ha dejado en la amargura. ¿Lo estás viendo ya?

Un gesto de expectación demuda el semblante de la baronesa. Bami se retrepa impelida por el instinto de alejarse de los ojos que la escrutan, ojos que persisten en su fijeza penetrante a pesar de que en el salón se ha puesto a repicar el teléfono. La baronesa deja, impertérrita, que suene y que suene, mientras dentro de la boca de la muchacha se va hinchando, hasta alcanzar dimensiones de náusea, el embuste que quizá la saque de apuros. No bien la vivienda vuelve a llenarse de silencio, la baronesa se concede la breve tregua de un parpadeo. En un segundo su frente y su entrecejo se han poblado de arrugas que revelan pesadumbre.

Bami, absorta en repentinas fantasías, divisa a su madre y a la maestra allí al fondo, figuras solitarias que la distancia empequeñece. Corren la una hacia la otra a lo largo de un tablón de entre cien y doscientos metros, suspendido en el aire. Es de noche. No hay luna, pero a ellas se les distingue con la misma nitidez que si avanzaran bajo el resplandor de un foco. A punto de chocar, las dos se paran de golpe. Es evidente que quien ceda el paso caerá al abismo. Ahora están cara a cara y se observan como con empeño de adivinarse las respectivas intenciones. De pronto se dan la espalda y permanecen cruzadas de brazos mirando cada cual en la dirección por la que ha venido.

—Hay mucha gente en mis pensamientos, señora baronesa.

Un eco resuena en sus tinieblas mentales: mentirosa, mentirosa...

—Tenía que haberlo previsto. Ay, nena, ¿cómo vas a saber quién es el barón si nunca lo conociste? Vuelvo enseguida. —La baronesa sale del cuarto y regresa al poco rato con una fotografía que deposita encima del velador—. Es la última que le hicieron, un mes o dos antes de morir.

Se ve en ella la cabeza de un hombre maduro de rasgos agraciados. Tiene las sienes grises; la frente, lisa y proporcionada, y la barbilla hundida en los pliegues de un fular. La sonrisa escorada hacia una de las comisuras y el bigote fino, entrecano, traen a Bami el recuerdo del retrato que cuelga en la pared del recibidor.

—¿Ya ves su espíritu?

—El de este señor no lo veo.

—Busca bien, concéntrate.

—Le juro, señora baronesa, que lo estoy intentando.

—Piensa, Bami, que eres mi única esperanza. Te sabré recompensar. No nado en

la abundancia, pero tampoco me faltan bienes con que asegurarte el futuro. Haz un esfuerzo, por favor te lo pido.

Sin esperar una respuesta, la baronesa alarga el brazo para abrir uno de los cajones inferiores del ropero. Saca unas riendas que arroja a las manos de Bami.

—Esto te ayudará —le dice con la cara descajada—. Con esto condenó su alma en las caballerizas del Club Hípico. Tú que has perdido la sombra, ayúdame a conversar con mi marido. Ayúdame, Bami. En un bolsillo le encontraron una nota en la que me acusaba sin nombrar mi falta. La policía anduvo preguntándome. ¡Ay, los días amargos que he pasado! Amistades de toda la vida me retiraron el saludo. Gente a la que favorecí desviaba la mirada al verme. Si duermo por las noches es gracias a los somníferos. Pregúntale al barón qué lo llevó a desesperarse. Ya no éramos jóvenes. ¿Cómo podía pensar que yo...? ¿O fue mi equivocación con los malditos Bonos del Estado lo que lo desquició? ¡Jancio santo! Las pérdidas me afectaron tanto como a él. Díselo, Bami. Y después cuéntame lo que sea que te conteste. Hazle hablar. Oblígale si es preciso, porque la incertidumbre en que me tiene me está matando.

—Señora baronesa —Bami no puede evitar que se le pongan los ojos en blanco—, le juro que no he hablado nunca con los muertos.

—Esfuézate y lo conseguirás.

—No los veo, no los oigo, no sé qué hacer.

—Esforzarte, ya te lo he dicho. No abrigo la menor duda de que se encuentran al alcance de tu mano. Llama por lo menos al barón. Quizá te escuche, quizá le pasen el aviso.

—No puedo, señora.

—¿No puedes o no quieres? —Arrea un manotazo al canto del velador y se levanta con los labios tensos de coraje. Enristra acto seguido hacia la puerta. Antes de abandonar el cuarto, se vuelve para decir—: Está bien, Bami, como gustes. Cuando hayas cambiado de actitud me lo comunicas. No importa la hora que sea. Por mí puedes llamarme a las tantas de la noche. Hoy prescindiré de las pastillas en espera de tu llamada. Así que piénsatelo. Quizá mañana te despiertes con mejor disposición. Y, si no, pasado mañana o el otro, pues tenemos tiempo. No hay por qué precipitarse, ¿verdad, nena?

La baronesa, cuello estirado, sale al pasillo. Bami la oye cerrar la puerta con dos vueltas de llave. Apenas se ha quedado sola, la muchacha se apresura a arrodillarse. Con una oreja pegada a las tablas del suelo, durante largo rato trata de oír un lloro, una queja, una risa del bebé, pero es en vano.

La lenta, la silenciosa noche se está acabando. Los primeros atisbos del amanecer atraviesan la cubierta de plexiglás, en lo alto del hueco del patio interior. Poco a poco descienden por entre la ropa colgada de un tendedero hasta la ventana donde Bami echa cuentas de escaparse en cuanto se haga de día. Va para largas horas que la baronesa no le pregunta en susurros, tras la puerta cerrada con llave, si ha conseguido comunicarse con el barón.

—Ten por cierto, nena —le ha dicho, avanzada la noche, la última vez que se ha acercado a hablarle—, que no te dejaré salir del cuarto mientras me sigas haciendo este desaire. ¿Qué contestas? ¿Ya duermes?

—No, señora.

—Pues nada, me retiro. Si hay novedad llámame, sea la hora que sea. Que descanses.

—Usted también.

La oscuridad se espesa en lo hondo del patio, apenas amenguada por la luz tenue que de pronto se ha puesto a parpadear en la cocina del anciano. A Bami le cuesta reconocer en las borrosas figuras de juguete que se alinean encima de la repisa, tras los vidrios sucios de la ventana, los cañones y artilleros que vio ayer. El único al que la muchacha distingue con nitidez es el oficial abanderado subido a la caja de aspirinas.

Más tarde, cuando la claridad matinal se posa en el suelo verdinoso del patio, regado de pinzas, de cascos de macetas, de plumas y esqueletos de pajaritos, Bami no tiene dificultad para abarcar con la mirada la fila entera de soldados. Por detrás de ellos alcanza a ver la estrecha mesa sobre cuyo tablero de formica las manos secas del anciano sostienen un tazón.

Bami aguarda a que el hombre de los chestoberoles se ausente de la cocina. ¿Cómo va a escaparse, piensa, estando él ahí? El plan de fuga que se le acaba de ocurrir consiste en hacer una cuerda con la ropa de la cama y descolgarse. A primera vista la empresa se le antoja sencilla. Había, si la memoria no le falla, más altura entre el cuarto de la larva y la calle. Una vez abajo, llamará a la ventana de las niñas del ciego con la esperanza de que éstas le permitan entrar en su piso. Claro que mientras haya luz en la cocina del anciano sería una temeridad llevar a cabo el propósito. ¡Menuda vergüenza si aquél la sorprende guindándose por la pared como una ladrona!

A todo esto, Bami oye que le chistan desde no sabe dónde. Nerviosa, tiende la mirada a todas partes. Paredes despintadas, prendas tendidas, manchas de humedad. Cree por un instante que la niña sería intenta atraer con disimulo su atención; pero comprende que para percatarse de su presencia la pequeña habría debido sacar más de

medio cuerpo por la ventana situada justo debajo y ahí, en estos momentos, no hay nadie.

—Bami, Bami —la llama con misterio una voz.

Enfrente se levanta la persiana hasta formar una pequeña abertura. Por ella asoma una mano saludadora, de dedos carnosos, aporretados, que enseguida vuelve a ocultarse.

—Bami, ¿me has conseguido el televisor?

—Aún no.

—¿Qué tal marcha el asunto? ¿Te parece que mi madre me devolverá hoy el aparato?

—No sé, mi varón. A lo mejor, sí.

—Ánimo, compañera. No cejes.

Bami se apresura a meterse en el cuarto a fin de evitar que la conversación se prolongue. Cerca de veinte minutos permanece escondida detrás de las cortinas de gasa. Imagina entretanto que logra introducirse en la vivienda inferior y ofrece explicaciones a las niñas del ciego. Les pedirá disculpas por llegar tan tarde, aun cuando ella no se siente culpable del retraso. A continuación se interesará por la salud del bebé, en quien ha estado pensando mucho durante la noche.

A través de las cortinas ha visto que la larva ha bajado la persiana del todo. Quedan, no obstante, rendijas entre los listones por las que aquel vecino raro pudiera espiarla a sus anchas. Confiada en que se le enfríe la curiosidad, Bami decide sustraerse a su mirada. Yendo y viniendo por el cuarto, deja que pasen los minutos en espera de que surja una ocasión de llevar a la práctica su plan.

De pronto suena al otro lado de la puerta un rumor como de agua cuando sale con fuerza del grifo, indicio de que la baronesa ya se ha levantado. Poco después se apaga la luz en la cocina del anciano. Bami arranca una de las sábanas de la cama, se la enrosca rápidamente en un brazo y corre a abrir de par en par la ventana. «¿Me estará mirando?», se pregunta. Dispuesta a cerciorarse, hace vivas señas con la mano en dirección a la persiana, como para dar a entender a la larva que tiene algo urgente que decirle. Transcurridos varios segundos sin que se produzca una respuesta, Bami cree que por fin ha llegado el momento de escaparse.

Antes de nada busca un sitio donde atar la sábana. Es entonces cuando se fija en que al costado del batiente izquierdo de la ventana, de todas las ventanas de esta parte, discurren dos tubos que ascienden paralelos hasta perderse de vista en lo más alto. Uno de ellos, el de mayor grosor, se halla cubierto por una capa de cal renegrida. El otro es de plomo y, a juzgar por el brillo, parece nuevo. Ambos tubos están provistos de trecho en trecho de abrazaderas unidas por una banda metálica que los sujeta a la pared mediante un par de tornillos de gran tamaño.

La semejanza que guardan los tubos con una escalera de mano infunde en Bami la idea de huir hacia arriba, e incluso de alcanzar por esa vía el sotabanco. Bien es verdad que las bandas de metal que pudieran cumplir la función de peldaños son tan

cortas que apenas permiten afirmar sobre ellas la punta del pie. Están, por añadidura, separadas cosa de setenta u ochenta centímetros las unas de las otras, lo que todavía dificultará más la subida. Con todo, Bami está decidida a arriesgarse. Nunca fue temerosa de la altura ni de trepar árboles, muros o barrancos, pasatiempos en los que tanto ella como alguna de sus amigas no les iban a la zaga a los chavales del lugar.

Un día, a finales de verano del año pasado, le contaron a su padre que habían visto a Bami en compañía de otra niña, después de misa de alba y con ropa de domingo, encaramándose a la cima del Muezo Mayor. La maestra solía decir en clase que no se sabe por qué a este monte lo llaman Mayor, puesto que no hay en todo el sistema montañoso de Ayueltu, a uno y otro lado de la frontera, un Muezo Menor ni más pequeño.

La falda del Muezo dista media hora de camino del pueblo de Bami. No es de los montes más elevados de aquellos contornos. Destaca, sin embargo, por el picacho en que remata, cuya forma evoca la de un colmillo gigantesco. De tiempo en tiempo algún atrevido se rompe la crisma en sus paredes escarpadas y resbaladizas. El último despeñado que se mató escalando el Muezo Mayor fue, dos años atrás, un mozo algo pariente de la familia de Bami, sobrino del juez pedáneo.

En los pueblos y aldeas de la zona, entre los enamorados, todavía se tiene por timbre de gloria ganar la punta de aquel cabezo cortado a pico. Pretende la hombrada ablandar los corazones femeninos, despejando de paso cualquier duda acerca de la sinceridad y firmeza en los afectos de quienes la llevan a cabo. Es costumbre fijar una declaración de amor en la cruz de hierro que se alza en la cumbre del Muezo, con la esperanza de que los designios divinos se inclinen a favorecer las aspiraciones amorosas de los intrépidos.

El propósito de averiguar quién cortejaba a quién y reunirse después con las amigas en conciliábulo de chismes movió a las dos muchachas aquel domingo a poner en peligro sus vidas. De víspera lo habían echado a suertes entre varias y les tocó a Bami y a otra llegarse al término de la primera misa de la mañana hasta la cruz del Muezo.

Cuando al mediodía entró la muchacha en casa con un solo zapato, los brazos arañados y la ropa sucia y desgarrada, su padre le salió al paso con la mano lista para sacudirle un bofetón. Al verla en aquella facha montaraz se la quedó mirando pensativo, con un frunce de admiración entre las cejas, y luego le preguntó:

—¿Es verdad que tú, mosca muerta, has subido a la punta del Muezo?

—Sí, padre.

—¿Seguro que no te has quedado por la mitad y haces como si...?

—No, padre.

—Muy bien, hija. Ya era hora de que mostraras un poco de nervio. Eso sí, te juro que como me vengan a contar que has vuelto a meterte en aventuras de hombres, te arrearé una manta de palos que para sí la quisiera el burro.

Bami, los ojos en blanco, se apresuró a pedir perdón con voz medrosa. A este

punto le vinieron a su padre deseos de saber cuántos mensajes había encontrado la muchacha en la cima del Muezo y si en alguno de ellos había reconocido el nombre de quien lo hubiera firmado, a lo que Bami respondió que los dos trozos de papel que colgaban de la cruz cuando ella alcanzó la cima estaban mojados y con la tinta tan corrida que ni ella ni su amiga los habían podido leer.

—¿Había un papelito verde?

—No, padre.

—Bueno, qué más da. Anteayer oí contar a un vecino en la taberna que su hijo había atado un papelito verde a la cruz del Muezo. Me picaba la curiosidad. ¡Hay tanto fanfarrón suelto! Pero tú, ¿de verdad que no encontraste una nota verde?

—Sólo blancas.

Bami recuerda que a continuación su padre recobró el gesto autoritario para decirle:

—Anda, desharrapada, ve a arreglarte, que enviudaré como te descubra tu madre con esa pinta.

La sábana ya para qué le va a servir. Conque, debidamente doblada, la ha depositado sobre el velador, junto a las riendas y la fotografía del señor apuesto, antes de poner los pies en el alféizar. Le remuerde no poco el desorden que deja atrás. «¿Qué pensará de mí», se pregunta, «la baronesa?».

—Nada bueno, hija mía —se lamenta su madre, agazapada en algún recoveco de sus pensamientos.

Bami ha sentido tentaciones de arreglar la cama antes de marcharse, pero menuda pérdida de tiempo, se ha dicho. Previa una mirada precautoria a la ventana del anciano y a la persiana de la larva, aprieta con la punta del zapato una de las bandas metálicas que hace las veces de travesaño. Los tubos resisten. El más grueso está separado unos centímetros de la pared, lo que hace posible asirse a él con facilidad.

Así y todo, el segundo paso le resulta a Bami sobremanera complicado, ya que ha de levantar bastante el pie para alcanzar el siguiente punto de apoyo. Por darse ánimos dice para sí que mayores problemas tuvieron su amiga y ella la mañana que escalaron el Muezo Mayor. Recuerda que cuando, recorrida con mucho trabajo la ladera cubierta de vegetación agreste, llegaron al tramo último de piedra desnuda, comenzó a arreciar el viento. Las ráfagas lo mismo acometían de un lado que de otro, y tan pronto la empujaban a ella y a su amiga contra la pared de caliza como pugnaban por arrancarlas de la escarpadura y arrojarlas al vacío. En repetidas ocasiones el cuerpo de Bami, envuelto en el incómodo vestido dominical, pendió sobre el derrumbadero, balanceándose en el aire sin otra sujeción que la de sus manos de adolescente aferradas a los resaltes filosos de la roca. Comparado con aquello, subir por los tubos de un edificio se le figura un juego de niños.

En el tendedero de la ventana del segundo piso cuelgan sábanas, un mantel, fundas de almohada y varias prendas de lencería. De cerca, Bami advierte que la ropa está seca, apelmazada y, en algunas partes, cubierta de un tizne de abandono. De ser

ella la dueña, la metería sin tardanza en la lavadora. Su madre, desde luego, jamás extendería sobre los colchones de casa unas sábanas que no relumbrasen como la nieve y que no oliesen a los pétalos frescos de hotidima con que gustaba de aromarlas dentro del armario.

Al rebasar el dintel, Bami dirige la mirada hacia el fondo del patio, temerosa de que la esté observando algún vecino.

—Por Dios, niña —oye en su interior la voz suplicante de la maestra—, que no se te caiga ahora la gargantilla.

Bami comprueba con agrado que la ropa que se aprieta en las cuerdas del tendedero forma una especie de biombo que la oculta por completo de la vista del anciano. Es probable que la baronesa tampoco pudiera verla si se asomase ahora mismo a la ventana del cuarto donde Bami ha pasado la noche.

De todos modos deberá andarse con cuidado, por cuanto sólo un metro más arriba, a la altura del piso tercero, volverá a entrar en el campo visual del anciano. También ha de tener en cuenta que la baronesa podría descubrirla en cualquier instante desde la ventana de su cocina, tras cuyos vidrios se halla ahora el lince lamiéndose las patas aburrido. De vez en cuando alza los ojos para mirar con indolencia a la muchacha que trepa lentamente.

Casi alcanzada la ventana del tercer piso, al deslizar una mano por detrás del tubo grueso, Bami se sobresalta al percibir en la yema de los dedos una fuerte vibración acompañada de un zumbido. Sus brazos efectúan dos, tres giros frenéticos en el aire, haciendo un esfuerzo por mantener el equilibrio. Durante una fracción de segundo, Bami tan sólo se sostiene sobre la punta de un pie. Resignada a la caída, «adiós para siempre, aquí me acabo», consigue de una manotada instintiva agarrarse a uno de los tubos.

Lanza un hondo suspiro como si tratase de expeler por la boca el susto que se ha llevado. En esto, se descubre una gota amarilla, veteadas de sangre, junto a la uña del dedo corazón. Es una gota espesa, parada dentro de un hoyo diminuto que se le ha formado en el centro de una roncha. Le acaba de picar una avispa fenza y ella no ha notado el dolor intenso que provoca este insecto cuando hinca su aguijón.

—Hija mía, no entiendo cómo puedes quedarte tan tranquila. Cualquiera en tu lugar estaría soltando alaridos.

Delante de su frente se encuentra el nido plumoso, el primero, según se percata al levantar la vista, de una ringlera de por lo menos seis o siete repartidos a lo largo del hueco que separa la pared del tubo grueso. En el pueblo donde nació, el frío de la montaña impide que se críen las avispas fenzas. Bami ha leído, sin embargo, acerca de ellas en los libros de la escuela. No ignora su habilidad para atrapar pájaros al vuelo, en cuya carne después aovan, ni que su picadura venenosa duele en tal extremo que puede dejar sin conocimiento a una persona.

Ahora se explica Bami la razón de que haya plumas y huesecillos de pájaros en el suelo del patio. Por alguna grieta en la cubierta de plexiglás habrán de entrar estos

bichos terribles con sus presas. Bami recuerda el grabado de un libro de ciencias naturales en el cual se mostraba una avispa feroz transportando entre las patas un pinzón mucho más grande y pesado que ella.

Al menor deslizamiento de la mano sobre el tubo, los nidos más cercanos se estremecen con un ronco zumbido de amenaza. Saltan nubecillas de polvo mezcladas con plumón. Por un costado del pájaro consumido por la gusanera asoma un abdomen listado y vibrante. Será mejor descender. «Bueno, no es que sea mejor», se dice Bami, «es que no hay otro remedio». Si la suerte acompaña, la baronesa, entretenida en su arreglo personal, no se habrá percatado de su ausencia. Bami podría entonces volver a tiempo al cuarto del que no hace ni cinco minutos que ha salido. Y en todo caso, piensa en el momento de iniciar el regreso, aún cabe la posibilidad de alcanzar a la escalera a través del piso de las niñas.

La muchacha desciende extremando la cautela. Le resultaba más fácil alcanzar los puntos de apoyo cuando subía, y no por nada, sino que éstos le quedaban a cada instante cerca de los ojos. Ahora ha de desplazarse tanteando la pared con la punta del zapato, pero de qué le sirve si el pie insensible no es capaz de enviarle señal de lo que toca. Una y otra vez ha de apartar el cuerpo de los tubos y separar las piernas para mirar entre ellas dónde pisa. Ya cuando estuvo con su amiga en el Muezo Mayor, las dos lo pasaron peor bajando que subiendo. Durante la bajada fue cuando Bami más se arañó los brazos y cuando perdió uno de sus zapatos blancos de domingo. También al bajar, según contaba la gente del pueblo, se partió la cabeza aquel mozo de diecinueve años, sobrino del juez.

A par de la ventana del segundo piso, picada por la curiosidad, Bami no puede aguantarse las ganas de alargar el cuello. Dentro del cuarto, en la zona del fondo próxima a la puerta, distingue a una mujer rolliza que está bailando descalza delante de un espejo de cuerpo entero. Viste una combinación de nailon bajo la que se transparentan los pliegues carnosos de la espalda. Los cabellos negros se le derraman despeinados sobre los hombros. Sus caderas son anchas; sus piernas, pálidas, con muslos temblones, acolchados de celulitis. Bami le supone algo más de treinta años. A lo sumo treinta y dos o treinta y tres.

—No te quepa duda de que ésa es más joven que yo —interviene la maestra en apoyo de su conjetura—. Ahora bien, si quieres que te diga la verdad, no le envidio el talle.

La mujer baila contemplando embelesada su imagen en el espejo. Uno de sus brazos estrecha una chaqueta de pana de color pajizo. La chaqueta cuelga de una percha cuyo gancho roza el cuello de la mujer como si fuera la boca de un galán que se acercara a musitarle ternuras al oído. Con la otra mano aprieta ella la cintura de un pantalón contra su vientre.

Bami la ve apoyar la mejilla sobre una hombrera de la chaqueta y luego mirar al modo intenso de los amartelados el gancho de la percha. De repente su cabeza se ladea con violencia como si hubiera recibido una bofetada. Un mechón de pelo le

cruza, puro teatro, la mueca de estupor. Ella se lo aparta de una sacudida, la barbilla levantada en actitud desafiante.

—Me parece, hija, que esta señora no está en sus cabales. Mejor retírate de la ventana y sigue tu camino, no vayas a tener un lío.

En los labios de la mujer se dibuja una réplica airada. A Bami le da el aire de que está representando una disputa que acaso le haya sucedido. O que a lo mejor ha visto en la televisión o en el cine. Sea como fuere, las palabras que finge decir se las corta de sopetón otro golpe imaginario.

La mujer forcejea por desasirse de las prendas masculinas. No bien las separa de su cuerpo, en simulada lucha desigual, las atrae hacia sí de un recio tirón. Tras una mirada de odio al gancho de la percha, se somete, vencida y resignada, al vigor de su fantasma. Y, como si tal cosa, dulcifica la expresión, recobra el aire enamorado y reanuda el meneo de caderas, el cimbrar de la cintura y los pasos cortos de baile a derecha e izquierda, adelante y atrás, que no la alejan del sitio.

De ahí a poco, su mirada y la de Bami se encuentran por casualidad en el espejo. El contacto visual apenas dura un soplo, y Bami, que abriga dudas de haber sido descubierta, se aparta a toda prisa de la ventana. Con los ojos cerrados, la frente apoyada en la pared, cuenta números despacio y en voz baja: uno, dos, tres..., persuadida de que llegar hasta diez significará que la mujer no la ha visto.

Va por el siete cuando oye el ruido destemplado de la falleba.

—¿Llevas mucho tiempo espiándome?

—No, señora. Acabo de llegar.

La mujer se ha echado una bata de paño sobre los hombros. La lleva suelta. Al sacar la cabeza por la ventana para hablar con Bami, una profunda canal asoma por el escote de la combinación. A Bami le resulta grato el tono de serena extrañeza con que la mujer le ha dirigido la palabra. Tampoco percibe rastros de acritud ni de recelo en su semblante, en cuyas facciones abultadas, descoloridas, aún quedan vestigios de una belleza pasada. Esta mujer, piensa Bami, debió de ser bastante guapa en otros tiempos.

Ahora tiene un aspecto marchito y descuidado. Bami supone que quizá se acaba de levantar de la cama y aún no ha tenido ocasión de asearse. Lo que hace un minuto, en la cara reflejada en el espejo, parecía un resto de maquillaje resulta que es un cerco violeta en torno a un ojo. El moretón, ¿le habrá salido por causa de un accidente? ¿Alguien la habrá zurrado? Viendo de cerca a la mujer, Bami comprueba con una punzada de compasión que sus cabellos están enredados y como sucios de grasa, y que le falta un diente.

—¿Subes o bajas?

—Llevo un recado a casa del estibador.

—¿Y por qué no vas por la escalera? Se llega antes y es más seguro.

A Bami la desconcierta la flema amistosa de la mujer.

—Si usted me permitiera salir por su casa al descansillo... La señora de abajo, la

baronesa, no me deja. Por eso ando escalando la pared.

—¡Ah, la señorona! ¡Se da unos humos...! Hala, niña, pasa rápido, que entra corriente. Y no me pises la ropa tendida. Y procura no desplomarte, porque el cascarrabias del bajo derecha no suele devolver lo que se cae.

Bami se agarra a la mano que le tiende la mujer y rápidamente se mete en el cuarto.

—¡Qué agilidad! —exclama aquélla, a tiempo de cerrar la ventana—. ¡Quién tuviera tus años! Dime, ¿de dónde eres? Juraría que hablas como los campesinos de Uchu.

—No, señora. Soy nacida en los montes de Pratabernel.

—Ah, pues como el estibador, que en realidad ha cambiado de oficio. ¿No lo sabías? Sí, sí, sí. La última vez que nos cruzamos en la escalera me contó que ya no trabaja en el puerto. Lo han echado. La crisis económica y todo eso. Andan despidiendo gente a porrillo. Los obreros están que arden. No hace ni dos semanas que cortaron la calle, un poco más arriba de la embajada de Noruega. ¿No lo leíste en el periódico?

—No, señora. Llegué hace poco a la ciudad.

—Pues lo dieron por televisión. Yo no vi las imágenes; pero mis hijos sí. El mayor me contó que enseñaron nuestro portal y a la baronesa metomentodo asomada a la ventana. ¡Cómo no tiene nada que hacer! Unos cincuenta hombres levantaron una barricada y le prendieron fuego. Hasta aquí llegaba el tufo. También cruzaron los contenedores de basura. Menos mal que el nuestro no. ¡Pues eso faltaba! Que hayan de pagar justos por pecadores. Los obreros arrancaban los adoquines del paseo para tirárselos a los antidisturbios. Eso sí que lo vi. ¿Tú crees que a pedradas lograrán que los readmitan? Como ponía en una pancarta: LLEGÓ LA DEMOCRACIA, LLEGÓ NUESTRA DESGRACIA. El vecino me dijo que él, dentro de lo que cabe, ha tenido suerte. Un paisano suyo al que encontró por casualidad le ha conseguido un puesto de temporero. De vigilante en un taller, creo. No me hagas mucho caso. Me pregunto, niña, para qué diablos te cuento estos chismes. Seguro que conoces al vecino mejor que yo. Si hasta juraría que tenéis un aire parecido.

—Yo... A mí me manda una persona de mi pueblo. He de entregar algo de su parte en el sotabanco de este edificio.

—No veo que lleves una caja.

—No, no. Es una cosa pequeña. La persona que me pidió el favor no me dijo —señala el techo con la cara— quién vive allá arriba.

—Pues es un hombre de buena presencia. Algo callado, eso sí. Hay que sacarle las palabras con sacacorchos, no como a una servidora, je, je, je. Cuando estés con él dale recuerdos. Le dices que le envía saludos la que le quería planchar las camisas. Me ofreció diez melios al mes. Yo, niña, se lo hubiera hecho gratis. Pero a mi marido le daba escozor que... En fin, ya te figurarás. Es que, ¿sabes?, el vecino de arriba es un hombre muy plantado. Además, vive solo. Tiene sus sienes blancas, pero le

sientan de maravilla. A mí me parece un bombón. —Sin parar de hablar, la mujer conduce a Bami hasta la puerta—. Los hombres, ay, los hombres. ¿A ti uno ya te ha...? Los hombres siempre han sido y siempre serán nuestra perdición. No te fíes de ellos. ¿Ves este ojo a la funerala? Pues lo que te digo, los hombres.

El cuarto se halla justo encima del dormitorio de la baronesa donde Bami ha pasado la noche encerrada. La muchacha no aprecia más semejanza entre ambos que las dimensiones de las paredes y la colocación de la cama matrimonial. La cabecera de ésta encaja en el hueco de un mueble laqueado compuesto de dos cuerpos laterales y un centro de baldas sobre las que se hacían libros, fotografías, figuras de porcelana y un sinfín de objetos difíciles de identificar a simple vista.

El desorden y la suciedad que se esparcen por todos lados, unidos a la abundancia de muebles, de adornos y cachivaches colocados sin orden ni concierto, despiertan en Bami la sensación de haber vuelto al tugurio del viejo traperero del pueblecito de Babimtas.

Unas cuantas veces lo visitó, siendo niña, en compañía de su padre. Bajaban los dos de mañana a pie por la carretera a cambiarle al anciano trastos domésticos, que transportaban atados al lomo del burro, por otros que pudieran prestar algún servicio en casa o en las labores del campo. No era raro que algunas de las piezas adquiridas en el trueque volviesen, andando el tiempo, a la trapería.

Ésta había sido con anterioridad un establo; aún quedaban las argollas en los muros y los pesebres donde ahora se guardaba la lana para rellenar colchones. A Bami la turbaba como en este instante una suerte de temor gustoso cada vez que se adentraba en la mezcolanza de tantas cosas curiosas y polvorientas. Pensaba que podía rozar alguna de ellas por descuido y derribarla, para enfado de su padre, que solía hacerle severas advertencias al respecto.

Ruedan las pelusas sobre el parqué, impulsadas por el aire que mueve a cada paso la mujer con los bajos de la bata. Aquí y allá, entre las patas de los muebles, bajo la cama y en los rincones se cubren de polvo botellas vacías de cerveza, algún que otro zapato descabalado, un cinturón, una madeja de lana, revistas deshojadas, un sostén. Sobre el tablero del tocador se aprieta una balumba de cosméticos y medicinas, de platos con restos de comida, de cubiertos sucios y envoltorios y bolsas y residuos de distintas clases.

Las cobijas de la cama están revueltas y, en parte, tiradas por el suelo. Tan sólo la almohada ocupa el sitio que le corresponde. En uno de sus costados descubre Bami excrementos humanos, obra de varias defecaciones. De inmediato se vuelve hacia la mujer, que le lleva un paso de ventaja. Detiene una mirada de pasmo en su melena estoposa como en espera de encontrar entre sus greñas alguna explicación.

—Hija —resuena dentro de su cabeza la voz alarmada de su madre—, no se te ocurra darle palique. Una persona que hace semejante barbaridad no puede estar en su sano juicio. Sal de esta casa cuanto antes. ¿Me escuchas? ¡Cuanto antes!

A Bami se le figura que dentro del cuarto debe de apestar a perros muertos, pero

no tiene modo de comprobarlo. ¡Cuánto lamenta haberse dejado llevar por la curiosidad! Ahora se siente obligada a fingir que no ha visto nada para que la mujer no se avergüence ni se ofenda. Resuelta a disimular, Bami anda con la cara gacha, haciendo como si a derecha e izquierda de la punta de sus zapatos gastados no hubiese cosa digna de atención.

La mujer pega el oído a la puerta mientras, con un dedo sobre los labios, insta a Bami a permanecer en silencio.

—Espera —le susurra— a que se vayan mis hijos y luego sales. Prefiero que no te vean. Si alguno de ellos le va a su padre con cuentos podría crearme problemas. ¿Qué hora es? —Mira hacia el tocador, donde perdido en el montón de frascos y desperdicios hay un reloj, y ella misma responde—: Las ocho menos diez. Los muy pillos ya tenían que haberse marchado al colegio.

Comoquiera que no le pasan inadvertidas las miradas de refilón que lanza Bami de continuo a la cama, dice con retintín, señalando con la barbilla hacia aquella parte:

—Te presento a mi marido. ¿Te gusta cómo descansa? —Y, a continuación, al oído de Bami—: Mi marido es mierda, pero eso sólo lo sé yo. Bueno, ahora tú también lo sabes.

Se retrepa con el fin de escudriñar en el semblante de Bami la impresión que han causado en ella sus palabras. Bami no acierta a imaginarse a la mujer cagando encima de la almohada. Imagina, sí, cómo se sube a la cama; pero una y otra vez, llegado el momento de acuclillarse, ocupa su lugar el pordiosero a quien el lunes pasado, al caer la tarde, vio descargar el vientre y lanzar gargajos junto al ciprés del convento en ruinas.

—¿Me guardarás el secreto, verdad?

A Bami la confianza la ha dejado anonadada. Se pregunta si acaso la mujer le estará gastando una broma. Sin embargo, la rigidez y seriedad de su expresión inducen a creer que no es así. Las dos se escrutan y ninguna habla ni mueve un músculo de la cara, y a Bami el ojo morado de la mujer empieza a infundirle una desazón cercana al miedo. De ahí que sienta alivio al oír de pronto unos nudillos que golpean tímidamente en la puerta y la voz de un chaval que, desde el otro lado, dice:

—Madre, madre, ¿estás despierta?

La mujer adopta un tono desabrido.

—¿Qué quieres?

—Nos vamos al colegio. Hemos fregado los platos y recogido la cocina. El suelo del pasillo lo barreremos a la vuelta.

—¡Por mí!

—Madre, por favor, sal a despedirnos. ¡Mis hermanos se alegrarían tanto! Son demasiado pequeños para entender por qué no te dejas ver.

—No puedo, estoy desnuda.

El embuste deja a Bami boquiabierta.

—Madre, madre, que ya son dos días sin verte. ¿Saldrás a la hora de comer?

—No creo. Picad de lo que haya en la nevera. Yo no estoy con ánimo de malgastar mi vida en tareas caseras. Eso se acabó. Ve haciéndote a la idea. Y puesto que ya eres un hombrecito, cuida de tus hermanos como yo cuidé de ti. Si no, allá ellos.

—En la nevera sólo queda un huevo. Y el dinero que nos dio el padre casi se ha acabado.

—¿A mí qué puñetas me cuentas? Coged un cuchillo cada uno e id los tres a ganáros el sustento. El que pasa hambre es porque quiere.

El chaval se despide con un adiós apagado que desata en Bami un estremecimiento de lástima. Le siguen, no más alegres, dos niños de tierna edad a juzgar por el timbre fino de sus voces. Se les oye conversar mientras se alejan. Tras un breve lapso de silencio, vuelve a hablar el mayor con la boca muy cerca de la puerta:

—Madre, no bebas. Todo se arreglará. Ya lo verás.

—Ocúpate de tus asuntos.

Transcurridos algunos minutos, el trapaleo que producen los tres niños al bajar corriendo por las escaleras del edificio indica que ya han salido de la vivienda. La mujer, abierta entonces la puerta del cuarto, precede a Bami por un pasillo de aspecto limpio y ordenado. No cesa de hablar.

—A mí, niña, pocas ilusiones me quedan en la vida. Yo ya no creo en nada. Me conformo con sufrir lo menos posible y con que la gente me deje en paz, empezando por el marido y los hijos. Como lo oyes.

Bami camina detrás de ella apretándose la roncha del dedo por si hubiera dentro un aguijón.

—¿Qué tienes ahí? —le pregunta la mujer.

—Me ha picado una fenza.

—¡Jancio bendito! A ver, enseña. Pero, niña, ¿cómo no estás dando botes de dolor? Yo, cuando tiendo la ropa, les tengo todo el rato puesto un ojo a los avisperos. A veces rompo los que alcanzo con el palo de la escoba, pero con mucha precaución, no se me vaya a echar encima algún bicho. —Y añade con una sonrisa maliciosa, bajando la voz—: ¿Sabes a quién le picó una avispa fenza en este vecindario? A la reina de Chorrapelada. Sí, sí, sí. A la baronesa. Hará como dos o tres años, cuando aún vivía su esposo, pobre hombre, al que amargó la vida como a mí me la está amargando el mío. Claro que yo no pienso colgarme de una viga. ¡Pues eso faltaba! Antes hago los bártulos y me largo a correr mundo. Bueno, el caso es que una tarde la gran señora empezó a soltar aullidos de perro en el matadero. ¿Qué le pasará?, nos decíamos. Total, que al rato vino una ambulancia a buscarla y cuando la sacaban en camilla del portal, no te lo vas a creer, llevaba en las medias un agujero por donde se le salía el juanete. Como una moneda de cinco melios, sin exagerar. Y luego va dándose aires de aristócrata por el paseo, con una sombrilla estampada que es el hazmerreír de la ciudad.

El pasillo conduce a un pequeño vestíbulo en cuya pared empapelada de azul celeste un reloj de cuco está dando las ocho.

—Niña, debería curarte esa herida. ¡A ver si se va a gangrenar!

A Bami los gritos imaginarios con que su madre la exhorta a que salga inmediatamente de esta casa le suenan tan altos que teme que se puedan oír fuera de su cabeza.

—Si no le importa, me gustaría primero subir a donde el estibador.

—Un minuto. Más no necesito. Y te vas.

—Es usted muy amable. El estibador me curará.

—No sé, no sé. A lo mejor ni siquiera tiene botiquín. Los hombres solitarios son así. En cualquier caso, si arriba no puedes curarte bajas. Pega cinco golpecitos seguidos en la puerta para que yo sepa que eres tú. ¿De acuerdo?

—Sí, señora. Muchas gracias.

La mujer abre la puerta y dice:

—No olvides darle recuerdos de parte de la que le quería planchar las camisas. Él ya se figurará. Aún estamos a tiempo de llegar a un acuerdo sin que se entere mi marido.

—Se lo diré.

Bami cruza el descansillo y, cuando enfile el tramo de escalera, la alcanza por detrás la voz de la mujer:

—También le dices que si necesita ayuda, para lo que sea, para planchar, para fregar o preparar un guiso, no dude en llamar al segundo izquierda. Le recuerdas lo de los cinco golpecitos, ¿eh?

Los escalones del último tramo son de madera sin desbastar. Algunos emiten un crujido lastimero cuando Bami los pisa y todos, de puro carcomidos, se comban bajo sus pies. Tampoco la puerta del sotabanco se parece a las de las viviendas de los pisos inferiores. Más baja, de dintel inclinado, está formada por listones verticales mal pintados de color verde y unidos por un tosco herraje. A Bami le recuerda la cancilla del corral de su casa.

La puerta carece de una placa o letrero que dé razón del inquilino. En lugar de cerradura tiene una armella que se acopla a otra similar fijada en el marco. Ambas están sujetas por medio de un candado de aspecto poco sólido. Bami cree que un ladrón medianamente diestro tardaría menos de cinco segundos en forzarlo. Aunque, si bien se mira, quién va a venir a robar a un sitio donde es tan evidente la pobreza.

Antes de llamar, Bami se retoca el moño y se alisa con rápidas pasadas de la mano el resto del cabello. También se limpia con saliva las mejillas en previsión de un recibimiento caluroso. Barrunta que quien abra la puerta se mofará de ella si se entera de que ha empleado cerca de veinticuatro horas en llegar desde el portal hasta aquí. Mejor, se dice, no le cuenta nada, salvo que se trate de una persona de confianza, lo que de todos modos no cree que vaya a ocurrir, pues no le consta que durante los últimos meses ningún pariente o amigo de su familia se hubiese ausentado del pueblo.

Con puño blando llama dos veces y espera. Durante un momento mantiene la oreja pegada a la puerta, tratando en vano de captar algún sonido proveniente del interior. A la tercera llamada comprende que su proceder es absurdo. ¿Cómo va a haber alguien dentro si está el candado echado?

Bami lanza una mirada por el hueco de la escalera. No se oye nada, no se ve a nadie. ¿Qué hacer? ¿Volver con las niñas del ciego? Pero ¿y si por el trayecto la intercepta alguno de los vecinos que ha conocido? Así deliberando, opta por sentarse en el suelo y esperar entretenida en recuerdos y pensamientos al morador del sotabanco.

Ya vendrá, se dice. Y si tarda, que tarde. Lo que es por ella, está resuelta a permanecer en el estrecho descansillo el tiempo que haga falta. Ventajas de no necesitar alimento ni bebida. Sería, por supuesto, preferible que el estibador o quien sea llegase cuanto antes, de manera que, despachado el encargo de la maestra, ella pudiera empezar hoy mismo la búsqueda de su hermano.

En el mejor de los casos, el hombre del sotabanco podría revelarles su paradero o, cuando no, comunicarle las señas de otros emigrantes que, éstos sí, la pusieran en la senda de encontrar a su hermano en cuestión de unos días. A Bami no le extrañaría que los del pueblo venidos a la capital hubiesen fundado una asociación. Se los

imagina asistiendo a reuniones periódicas en las que organizan fiestas, banquetes y excursiones, brindan con el tradicional marrasquino y conversan, ríen, cantan y comparten las nostalgias en torno a una olla de perro cocido a la manera de su región. Prueba de que los del pueblo se relacionan entre sí y se ayudan los unos a los otros es que un paisano le procuró recientemente al estibador un empleo, según ha dicho antes la vecina del moretón en el ojo.

Llevada por una alegría repentina, Bami da en suponer que el estibador y su hermano son la misma persona. ¡Menudo golpe de fortuna! Pero, quia, su hermano anda lejos de alcanzar la edad en que a los hombres se les pueblan de canas las sienes, además de que, de todos los miembros de su familia, él era con diferencia el más hablador.

Pasan, monótonos, los minutos. Va para un rato que Bami ha oído la campanada de las ocho y media en el reloj de cuco de la mujer del ojo morado. Por distraerse se ha sacado del cuello la gargantilla. La mira por un lado, la mira por el otro, y de vez en cuando la frota con las yemas de los dedos para sacarle brillo. Mientras roza el cierre con las uñas, nota que le va creciendo la tentación de leer el mensaje escondido dentro de la concha de plata. Ahora qué más da, se dice. Total, falta poco para entregarla y aquí, si se le cae al suelo, no la va a perder.

—Que no me entere yo de que rompes la promesa que me hiciste —le amonesta con ceño hosco la maestra.

Y su madre, acercándose deprisa al primer plano de sus fantasías, replica:

—No hagas caso, hija. Hay algo que me escama en este asunto. Esa intrigante, ¿para qué te manda de recadera habiendo servicio de correos? Hala, lee el papelito. Léelo en voz alta para que yo te oiga. Me da el remusgo de que contiene una grandísima indecencia.

Bami separa las valvas lo justo para que asome entre ellas un borde de la nota. Ahí está. Raspa ligeramente el caracolillo de papel con la uña del índice, como si quisiera comprobar que está vivo. «¿Lo leo, no lo leo?», se pregunta. «A fin de cuentas, ¿quién lo va a saber?».

—Yo —se enfada la maestra.

—Usted no es más que una voz en mi cabeza.

—No te conozco, Bami. En el pueblo con nadie te encarabas. ¿Te has vuelto insolente desde que llegaste a la ciudad?

—Usted me aconsejó que aprendiera a desobedecer. ¿No se acuerda? Cuando bajábamos en coche a Aftino. Me pegó usted una bofetada muy fuerte y luego me mordió la lengua. Yo le di mi palabra de no ser como soy. Les prometí a usted y a Dios que cambiaría. Pues ya he comenzado. Yo creo que hablo más, ¿no le parece? Sólo me falta lo de la desobediencia. Por eso quiero leer la nota, señorita. Lo siento mucho, pero la tengo que leer. Así le muestro a usted que he aprendido a hacer lo contrario de lo que me mandan. También, se lo confieso, porque me apura la curiosidad.

—Eres mala, Bami. Y yo me arrepiento de haber confiado en ti. Esta perfidia tuya bien la puedes excusar. Te aseguré que yo misma te desvelaría mi historia no bien me enviases noticia de que habías entregado la gargantilla en mano. Yo, por si no lo sabías, sí soy de las que cumplen sus promesas. ¿Tanto te cuesta esperar?

—Nadie me mira. Usted tampoco.

Se oye un gruñido, acaso una maldición, en la parte baja del edificio.

—Yo, en tu lugar —dice con sorna la maestra—, no me creería tan a salvo.

Bami no abriga duda de que hay una persona en el portal. Alguien que habla a solas, como rezongando. La muchacha no se imaginaba así al estibador. Con eso y todo, que éste llegue a su humilde casa chillando, que llegue borracho, que llegue profiriendo palabrotas, a ella le da igual. Lo único que de veras le importa es quedar libre de su compromiso lo antes posible.

Se apresura a cerrar la concha, no sea que el estibador la pille leyendo el mensaje. Tiembla la gargantilla entre sus dedos nerviosos. De pronto el trozo de papel sale despedido por los aires y, aunque Bami está a punto de atraparlo al vuelo, cae rodando por su vientre hasta perderse, visto y no visto, entre sus muslos.

Sin tardanza lo ha restituido a su lugar. Lo ha hecho con los ojos cerrados por miedo a descubrir una palabra, un detalle, una letra de su contenido. Ahora se siente aliviada y aun orgullosa por haber derrotado a la tentación de hace unos instantes. Traicionar a la pobre maestra, que fue tan generosa y franca con ella, y de la que tantas enseñanzas útiles para la vida recibió en la escuela, eso la muchacha no se lo podría perdonar jamás.

—Así es como más me gustas, querida Bami. Te doy las gracias por tu comprensión y tu bondad.

—No hay de qué, señorita.

Bami, la gargantilla alrededor del cuello, se pone rápidamente de pie. Por el barandal viene subiendo una mano. En el primer recodo se ve que sale de la manga de una chaqueta de lana. Bami no tarda en reconocer la mano seca, velluda, del anciano de los chestoberoles. En esto, desaparece de su vista y, apenas un segundo después, suena una ráfaga de timbrazos furiosos. El anciano continúa renegando. Al cabo de un rato el descorrer de un pestillo indica que se ha abierto una puerta.

—Señora baronesa, venga a ver lo que he descubierto. Un crimen, un crimen. Aquí, en nuestra vecindad.

La baronesa se expresa con bisbiseos que Bami, desde el descansillo del sotabanco, no logra entender.

—¿Cómo? —El anciano, duro de oído, solicita que la vecina le hable más fuerte.

Ésta trata de infundirle serenidad, accediendo a su ruego de elevar el tono de voz.

—¿Qué me tranquilice? No se hace usted idea de cómo me tiemblan las piernas. Hasta que no vea el edificio tomado por la policía no creo que me pueda tranquilizar.

—Pues ¿qué pasa?

—Un crimen horrendo en el portal.

—¿Le han... —varias palabras incomprensibles para Bami anteceden al final de la pregunta— los chavales?

—Mucho peor que eso, muchísimo. Debajo de la mesa de condolencias... En una bolsa de plástico, de esas que regalan en los grandes almacenes... Yo quería cambiar la maldita mesa de sitio, ¿sabe usted? No aguanto que esté arrimada a mi pared. Empiezo a moverla y ¿qué cree usted que he encontrado debajo, tapado por el mantel? Un crimen, ni más ni menos. Baje conmigo y véalo usted con sus ojos. No me he atrevido a tocar nada. Que no me vengan a mí luego con la historia de las huellas digitales.

—No chille, haga el favor. ¿Qué no se ha atrevido a tocar usted?

—¡Santo Jancio! Una criatura que alguna madre sin entrañas nos ha metido en el portal. Para mí que no tiene ni dos días. Tiene o tenía, porque me da que está más muerta que mi abuelo. Hay que hacer algo enseguida, señora baronesa.

—Sí, pero ¿qué?

—A usted no le falta teléfono. Convendría, digo yo, llamar a la policía. Eso lo primero. Este abrigo tirado en el suelo, ¿no será por casualidad de la moza que ayer andaba metiéndose en los pisos? ¿Ya se marchó? Yo no la oí salir y eso que he dormido fatal.

—A la chica la tengo encerrada con llave en un cuarto. ¿Cree usted que...?

—Seguro, como hay Dios. Usted encárguese de traer el lince por si la mala pieza se resiste. Esta vez, aunque haya que baldarla a bastonazos, le vamos a arrancar la verdad, ya va usted a ver.

Bami ha seguido la conversación con la cara apretada contra las palmas de sus manos. Le gustaría estar en cualquier lugar del universo, por inhóspito que fuese, salvo donde realmente está. No para de preguntarse si el bebé que ha encontrado el anciano bajo la mesa de condolencias será el mismo que alumbró ayer la niña mayor del ciego. Resulta difícil creer que se trate de otro; aún más difícil, que a estas horas no haya exhalado su tierno espíritu. El pobrecillo, tan pequeñito, tan delicado, ¿cómo va a poder respirar dentro de una bolsa?

Tampoco acierta Bami a comprender por qué las niñas, si tenían previsto que el bebé muriera, no lo han tirado al cauce del Intri. Habría bastado que una de ellas cruzase la calle, bajara a la orilla por alguna de las escaleras que hay a cada trecho en el paseo y hundiera al angelito en el agua. En cuestión de dos o tres minutos se habría desembarazado de él sin que nadie lo hubiese advertido. Quizá la niña sería se disponía a hacerlo, pero nada más salir de su casa le ha entrado miedo al oír que alguien venía y entonces a la infeliz no se le ha ocurrido mejor idea que abandonar el bulto en un escondite que le quedaba a mano, con el propósito de recuperarlo después. Entretanto el anciano de los chestoberoles se le habrá adelantado y, ahora, menudo lío.

Decidida a marcharse del edificio, Bami ha comenzado a bajar las escaleras. Ayer, se dice, hubiera debido salvar al bebé. Por desgracia ya no es tiempo de

rectificaciones. Ya el mal ha sido hecho. Ya los encargados de juzgar y castigar habrán desayunado en sus casas y se hallarán camino de sus despachos, donde hoy mismo recibirán noticia de lo ocurrido en el número 17 de la calle de Natenés. A Bami se le figura que los gastados escalones crujen de propósito para que toda la vecindad se entere de que ella está intentando escaparse.

Salvar al bebé.

Se echa en cara no haberse ocupado del recién nacido durante la noche, guarecida en algún refugio de la calle hasta que por la mañana temprano el ciego se hubiera ido a trabajar. De puntillas desciende al piso tercero. Allí empieza el suelo de baldosas por el que es más fácil desplazarse con sigilo. Dentro de su cabeza martillean susurros acusadores.

Por las entrañas del edificio se expande como un trueno el vozarrón del anciano. Seguro que los dos vecinos ya se han percatado de su fuga. Por el ruido y las voces infiere la muchacha que han dejado abierta la puerta de la vivienda. El riesgo de que la descubran al atravesar el descansillo la colma de inquietud. De modo que, un piso más abajo, no duda en dar los cinco golpes acordados en la puerta del segundo izquierda. La mujer del ojo morado descorre la tapa de la mirilla y enseguida abre.

—Señora, por favor —suplica Bami, parada encima del felpudo—. Cúreme usted la picadura.

—Entra, corazón. ¿Por qué estás tan alterada? ¿Te duele mucho el dedo?

La mujer fuma un cigarrillo de una clase que Bami no ha visto en la vida. Es negro, más largo y fino que los corrientes, y tiene el filtro forrado de un papel brillante que recuerda el oro. Cada vez que le da una calada entorna los párpados como para concentrarse mejor en el disfrute. El humo, no obstante, le sale tan espeso de la boca que Bami sospecha que no lo traga.

Su aspecto es muy distinto del de hace poco más de media hora. Se ha puesto abundante colorete en las mejillas y se ha pintado los labios de rosa. El cabello lo lleva sujeto con ganchos y un pasador, y a lo mejor por eso no se le nota tanto la suciedad. La mujer oculta los ojos detrás de unas gafas de sol. Su atuendo limpio, sin arrugas, le parece a Bami más apropiado para salir de paseo que para permanecer recluida en un cuarto lleno de cochambre. Lo componen una blusa gris, a juego con el pantalón de franela; una chaqueta del mismo color, aunque de tono más oscuro, y unos botines de piel marrón con los cordones arrollados en torno a la caña. Bami cree que el calzado desdice de todo lo demás, si bien admite que antes de formarse una opinión debería conocer los usos y costumbres de la capital.

—Por poco no me pillas en casa —dice la mujer—. Ya me iba. —Y, haciendo una mueca de picardía, añade—: ¿Le has transmitido al vecino mi mensaje?

Bami se cerciora de que la mujer ha cerrado la puerta a su espalda antes de contestar:

—En el sotabanco no hay nadie. Yo seguiría esperando. Pero ¿y si el estibador no viene en todo el día y se me infecta el dedo?

—Chica prudente. Acompáñame al cuarto de baño. ¿Querrás creer que de joven empecé estudios de enfermería? Sí, sí. Incluso me apunté a unas prácticas de ayudante sanitario en el hospital de Baigravia. Estaba, fíjate, a punto de aprobar el segundo curso cuando lo dejé. Eran otros tiempos. No fui lista, ¿sabes? Se me cruzó un novio garrido. A veces pienso que no me enamoré de él, sino de su perfume y de los nudos de sus corbatas. En fin, qué más da. El caso es que al mes de conocerlo me preñó y aquí me tienes, consumida como este cigarrillo.

En el cuarto de baño arroja la colilla al inodoro. Hay junto al lavabo un mueble bajo con cajones, de uno de los cuales saca la mujer un botiquín.

—Supongo —prosigue— que soy la típica frustrada. Pero ¿cómo puede alegrarse una que ha de aguantar la cruz de un marido como el mío? Cuando gana en el casino no vuelve a casa hasta que no ha gastado en juergas el último melio. Y menos mal, porque si pierde me toca a mí pagar las consecuencias. Sólo se vive una vez, me soltó el otro día el sinvergüenza. ¿Y los hijos? ¿Acaso no son tan suyos como míos? Pues que se ocupe de ellos, ¿no te fastidia? Hasta aquí hemos llegado. Yo ya me he cansado de ser la tonta del hogar. ¿Que el zángano se dedica a vivir? Pues, de ahora en adelante, yo también.

La mujer toma con delicadeza la mano de Bami y, calándose las gafas por encima de la frente, le examina el dedo.

—No veo ningún agujijón. Eso sí, tienes una marca de cuidado. Me extraña que no te duela más. ¿Tampoco te duele cuando aprieto?

Bami no siente nada, pero aun así contesta:

—Un poco.

Con una guata la mujer aplica tintura de yodo a la roncha.

—¿Escuece?

—Un poco.

—Todavía no me has dicho cómo te llamas.

Bami declara su nombre. Del piso de abajo llega rumor de voces por el conducto de la ventilación. A quien más se oye es al anciano, que no para de despotricar.

Previendo nuevas preguntas, la muchacha se apresura a mencionar algunos pormenores relativos a su estancia en Antíbula, así como el motivo de su viaje.

—Hasta que encuentres a ese hermano tuyo, ¿dónde piensas alojarte?

—Yo, señora —responde, poniendo los ojos en blanco—, le quería pedir consejo al estibador. Porque como hay personas de mi pueblo que vinieron a vivir a la capital, a lo mejor están organizadas.

—Ah, pues sí, pues sí. Justamente mi marido, que nació en Fótebre, es socio de una hermandad de fotebreños. Se reúnen de vez en cuando para jugar a las cartas y empinar el codo. Sobre todo para empinar el codo. Por Viernes Santo se disfrazan de nazarenos; cargan por las calles, entre quince o veinte, un paso que les deja un hombro magullado y con eso han cumplido hasta el año siguiente. Así que, si la fortuna te bendice, a lo mejor encuentras quien te ayude. Yo, triste de mí, ni siquiera

te puedo ofrecer un mísero mendrugo. Ahora mismo pensaba llegarme al cajero automático a meterles otro tajo a los pocos ahorros que me quedan.

En el interior de la bañera se acumula la ropa para lavar. Se ven algunas prendas salpicadas de barro seco y, en un costado del montón, una camisa blanca con churretes recientes de tomate. Más allá, al pie de la cabina de la ducha, en un rincón, hay como cinco o seis pares de zapatillas deportivas desparramadas por el suelo y, a su lado, un cubo raso de agua espumosa sobre la que flota un estropajo. Se conoce que alguno de los niños ha estado lavando calzado y no ha terminado la tarea.

—Bami, corazón. —La mujer le envuelve la punta del dedo con una tira de esparadrapo—. El ruido de los de abajo, ¿es por ti, verdad?

La muchacha no logra imaginarse muerto al bebé que vio nacer ayer.

—Sí, señora.

Salvar al bebé.

—No me lo cuentes si no quieres —dice la mujer con un rictus de contrariedad—. Pero piensa que te estoy ayudando. ¿No merezco un poco, siquiera un poco de confianza?

—Perdón, señora. Anoche ya me iba. Entonces, por una cosa que dijo el señor del bajo derecha, la baronesa me pidió que hablara con el espíritu de su marido.

—Ésa no rige. Yo que tú agarro y le suelto cuatro frescas.

—Me encerró con llave. Dijo que si no hablaba con el difunto era porque no me apetecía. Eso no es verdad. Además, yo esas cosas de brujería no las puedo hacer.

—Primero amarga la vida al marido y luego intenta amargarle el descanso eterno. ¡Será posible!

—Ella desea saber por qué se murió.

—¡Vaya misterio! Que me lo pregunte a mí. Ya verá qué rápido le contesto. Se murió porque no aguantaba más a su lado. Un hombre tan fino, tan amable... La otra no paraba de hincharle las narices. Por las noches la oíamos gritar como un cuervo. Y venga y dale noche tras noche. Al final el pobre señor se fue al único sitio donde podía tener tranquilidad: al cementerio. Eso lo sé yo, lo sabe la baronesa de las puñetas y lo sabe toda la vecindad.

Suena de pronto confusión de voces en la escalera. Se ha juntado por lo visto gente en el portal. La mujer del ojo morado se acerca con presteza, seguida de Bami, a la puerta de la vivienda. Por una estrecha abertura prestan las dos atención al alboroto que se ha armado allá abajo. Se oye al anciano ofrecer explicaciones en un tono trémulo y potente; se oye a un hombre que solicita un poco de calma por favor; se oyen timbrazos, interjecciones, golpes en una puerta, gritos conminatorios.

—Algo grave ocurre en el portal —susurra la mujer—. Tú quédate aquí. Yo voy a bajar y hacerme la encontradiza. Total, como de todos modos pensaba salir... Compraré desayuno para las dos y ya te contaré a qué se debe tanto escándalo. Un favor te pido. No abras la puerta a nadie. Los niños estarán o bien en el colegio o bien ganduleando por las calles. De éstos no hay que preocuparse. Mi marido... Es

temprano, pero nunca se sabe. A ése no le tienes que abrir de ninguna manera. Cambié la cerradura hace dos días, así que tú tranquila. Si viene soltará unos tacos, le sacudirá una patada a la puerta y se largará, que es en el fondo lo que desea. Bueno, aquí te quedas. No creo que tarde más de media hora en volver.

Se despide y, a los quince minutos, vuelve a casa apurada de respiración, como si hubiese subido a todo correr las escaleras. Trae vacía la bolsa de malla que había llevado para la compra. Al quitarse las gafas de sol, Bami advierte que una viva inquietud se trasluce en su mirada.

—Ay, Dios. —El resuello se le atora en la garganta—. Por lo que más quieras, dime: ¿tú hiciste ayer una cosa muy mala?

El bebé.

—No, señora.

—Tu calma me asusta. ¿En serio que no cometiste el crimen que te achacan?

Bami niega otra vez, tratando de reafirmar su sinceridad por medio de un movimiento enérgico de cabeza.

—Pues, te guste o no, en este momento estás fuera de la ley. Y me temo que yo también por esconderte. La policía te busca. Dicen que ejerces de abortadora a domicilio. No llores, corazón.

La mujer del ojo morado estrecha a Bami entre sus brazos. Por consolarla pronuncia palabras afectuosas a su oreja, al tiempo que le acaricia los cabellos y le da dos o tres palmadas suaves en la espalda. Bami, entretanto, incapaz de percibir en su cara signos de tristeza, se las apaña para pasarse a hurtadillas por los ojos el dorso de una mano. Con alivio comprueba que le ha quedado húmedo de lágrimas.

A propuesta de la mujer, entran las dos en un salón no mal alhajado, ni oscuro ni sucio, donde se acomodan una frente a otra a una ancha mesa cubierta de juguetes y utensilios escolares.

—He averiguado lo siguiente. El viejo pulguillas, el que nos dejó sin ascensor, ha encontrado hoy por la mañana un niño muerto en el portal. No he visto a la criatura. A mi llegada ya la habían retirado. En fin, un niño muerto, como te digo. Lo parió ayer la niña mayor del ciego. ¡Qué drama, Dios mío, esa familia! Un poco me extrañaba que la chicuela no saliera últimamente a la calle. No le di mayor importancia al caso, puesto que en esa casa, desde que murieron los padres, suceden cosas que mejor no saberlas. ¿Quién preñó a la infeliz? La baronesa insinúa que el propio ciego, que según ella es un bruto de la cabeza a los pies. Dice que muchas noches oye desde su casa latigazos. Si te fías, Bami, quizá haya sido el hijo de la baronesa, al que seguramente no conoces. Un gordinflón que vive solo en el primero derecha. Cuando uno se cruza con él por la escalera, en lugar de saludar echa unas miradas de lechuza que tiran de espaldas. Las niñas dudo mucho que vuelvan. De fijo las meten en un orfanato. Para mí, lo mejor que podría ocurrirles. Pues bien, Bami, supongo que no negarás que pasaste la tarde de ayer con ellas. Si lo niegas me será imposible creer nada de lo que digas de aquí en adelante.

—No lo niego, señora. La niña pequeña vino al sótano a pedirme ayuda.

—¿Al sótano? ¿Qué hacías tú en el sótano? Yo pensaba que querías ir al sotabanco.

—Es que... acepté trabajar para el señor del bajo. Me contó que en el sotabanco no vivía nadie. Entonces yo...

—Bah, ése qué sabe. ¡Pero si no es más que un viejo mochales! A mí me parece un subnormal con esas bolas de colorines que se cuelga del brazo.

—La niña pequeña me habló de una hermana suya que se había puesto malita. Después vi que la otra estaba para parir.

—Las dos han declarado que te llevaste el bebé y que te lo llevaste vivo. ¿Entiendes ahora por qué te busca la policía?

—Eso es mentira, señora. Eso sí que es mentira. Se lo juro, se lo juro. Ellas se quedaron con el bebé. Yo les dije: voy al sotabanco y enseguida vuelvo. Pero luego ya no pude.

—En menudo lío te has metido. ¡Menos mal que todavía nadie sabe dónde estás! A la baronesa se le figura que has saltado de su casa al patio y que probablemente, al marcharse el ciego, te has escondido en el piso de éste. Todos piensan que sigues allí dentro. La policía también. Se basan en la reacción de un lince que tiene la baronesa. Yo misma he visto cómo le han dado a oler un abrigo tuyo. Se conoce que anoche lo olvidaste en algún sitio. Nada más acercarle una manga al hocico el animal se ha puesto a enseñar los dientes y a bufar. Tiraba de la correa como loco por lanzarse contra la puerta del ciego. Gracias a Dios, ninguno se ha dado cuenta de que era a mí, que estaba en aquella parte, a quien el lince pretendía atacar. Imagino que me habrás pegado el olor. De repente el viejo ha empezado a discutir con los policías. Que por qué no entran a registrar. Que cuanto antes, mejor. Pero el policía que manda sobre los otros ha insistido en traer primero al ciego y presentarle una autorización del juez. Entonces al viejo rabietas le ha dado por criticar la democracia y a ensalzar los tiempos en que reinaban la disciplina y el orden en la nación antibulesa. Le han pedido que se calme. Hasta le han ofrecido garantías de que la calle permanecerá bajo vigilancia por si tratas de escapar.

Cruzan por la mente de Bami frases de aquella profecía bíblica que leyó durante su viaje a bordo del *Cruz de Antíbula*. *No temas, porque estoy yo contigo*. Ella teme, vaya si teme; no hace otra cosa que llenarse de temor. Tiende la mirada hacia delante en busca de un indicio de esperanza y ¿qué ve? Ve un salón con muebles convencionales, con una alfombra de nudo y unas cortinas gruesas al fondo que tiñen de verde la luz de la mañana. Y ve, ahí cerca, a esa buena señora que habla sin parar mientras la escruta con un brillo de compasión en las pupilas. *Yo te doy fuerza*. Pero la muchacha qué fuerzas va a reunir si está paralizada por el estupor y la resignación, convencida de que no saldrá del edificio como no sea con un policía en cada flanco. *Ya vengo en tu ayuda*. ¿Venir? ¡Qué más quisiera ella! La maestra, su madre, ¿adónde fueron? Bami se figura que las llama a gritos; pero allí, en sus pensamientos, no hay

nadie. Allí tan sólo se extiende un yermo oscuro.

La mujer del ojo morado le toma una mano y se la acaricia mientras dice:

—¡Cuántas veces lloré como tú ahora! A tu edad, y más tarde, y todavía. A veces pienso que las lágrimas que he derramado alcanzarían para llenar un barril. Uf, si yo te contara; pero mejor no. ¿Para qué? Bastantes problemas tienes como para que yo te eche los míos encima. —La mujer acerca su silla a la de Bami y, sentándose a su lado, prosigue en tono confidencial—: Me vas a permitir que te revele un secreto. Supongo que puedo confiar en tu discreción.

Bami asiente cabizbaja.

—Al año de nacer mi primer hijo parí de nuevo. Salió una niña, una princesita, lo que yo más deseaba en la vida. Pero salió deforme, así que a los tres días del nacimiento la ahogué mientras le daba el pecho. A mi marido le dije que unas fiebres habían acabado con la criatura. La mayoría de los hombres carece de tacto para entender ciertas cosas. Y mi marido, de tacto, cero. Para que te hagas una idea, yo creo que hasta el cubo de la basura le gana en comprensión.

Bami se vuelve hacia la mujer al notarle la voz empañada.

—¿Llora usted?

—Enseguida se me pasa, corazón. Es que, ¿sabes?, te veo a mi lado y me da por pensar que podrías ser la niñita sana que Dios no me quiso conceder. Rachas sentimentales que le vienen a una. ¿Qué tal si en lugar de lamernos las heridas buscamos una forma de ponerte a salvo?

—Le agradecería mucho que me ayudara.

—Eso por descontado. Te ayudaría, fíjate, aunque hubieras hecho lo que dicen que has hecho los imbéciles de abajo. Vayamos por partes. En mi piso, como comprenderás, no puedes quedarte. Mis hijos volverán a la hora de comer. Cabe la posibilidad de que te escondas en mi habitación, pero imagínate que el lince se suelta y nos delata. No, no, no. Estando aquí me comprometes. En cuanto a salir hoy a la calle, ni se te ocurra. Quizá cuando se haga noche cerrada, aunque no te lo recomiendo.

—¿No es mejor que me entregue?

—¿Entregarte?

—Les podría explicar a los policías que yo no hice daño al bebé.

—¿Estás loca? ¿Quién va a creerte con tanto testimonio que hay en tu contra? ¡Madre de Dios, y con la lentitud con que funciona hoy día la justicia! Para cuando empiece el proceso habrán transcurrido meses. De la prisión preventiva no te libra ni un milagro. Y luego vete tú a saber si te absuelven. Piénsalo bien, corazón. Piensa que el modo como te has ido de casa de la señorona no contribuye a despejar las sospechas que pesan sobre ti. Para salir del apuro necesitarías un buen abogado defensor, y eso cuesta dinero. Conque atiende a mi consejo. A ti lo que de verdad te conviene es escurrirte de este edificio y perderte de vista para siempre. Por un angelito muerto no te andarán buscando mucho tiempo. Hazme caso, olvida el

encargo que te ha traído a este sitio. Déjame a mí lo que tengas que darle al vecino de arriba, que yo se lo llevaré.

—No es posible, señora. He de entregarle una cosa en mano y, si no, nada. Se lo juré a la maestra de mi pueblo, que es quien me envía.

—Con mi mediación, el vecino y tú a lo mejor podríais concertar una cita en algún punto de la ciudad. Por supuesto, lejos de esta zona. ¿Qué me dices?

Bami, agradecida, hace amago de besar a la mujer; pero en el último momento, acobardada, dobla la cabeza y se limita a rozar la hombrera de su chaqueta con la mejilla.

—Bueno, bueno, tú tranquila y atenta a lo que quiero proponerte. No sé si sabes que se nos ha muerto la vecina de enfrente. Era una buenísima persona con la que yo me entendía de maravilla. ¡Lo que nos habremos ayudado la una a la otra! Vivía sola. Ya la última vez que pasé a verla se me quejó de que si le dolía aquí, que si le dolía allá, que si no iba a durar hasta el verano. Anda, anda, agorera, le dije. Nos hablábamos siempre sin remilgos. Pues, mira por dónde, se cumplió su mal agüero. Hace tres días, como tengo llave de su casa, la encontré en un sillón con la cabeza derribada y un rosario prendido entre los dedos. A mí me solía confesar que le angustiaba la idea de caerse muerta y que nadie se enterase hasta que el olor se hubiese esparcido por la escalera. Y me decía: tú, si ves que pasa el tiempo y no me sientes, entra sin falta a mirar dónde estoy.

En el reloj de cuco suenan las nueve de la mañana.

—Un sobrino —prosigue la mujer— que vive en las afueras y una sobrina soltera que trabaja en un hotel cerca del puerto la visitaban de tarde en tarde. Sólo los veo cuando me necesitan, me contaba ella con pena. La chica, eso sí, se presentó en cuanto le notificamos el fallecimiento de su tía y se ha hecho cargo de todo. Pero a lo que iba. El piso está vacío. Bueno, la difunta sigue dentro, pero es como si no hubiera nadie. No te irás a asustar por eso, ¿eh? Hoy a las cuatro los funerarios se llevarán el cadáver. Lo más probable es que la sobrina les abra la puerta. Si por hache o por be no consigue llegar a tiempo, yo le aseguré que me encargaría de atender a quien sea. Así pues, corazón, hasta esa hora dispones de un escondite seguro. Después, ya no te garantizo nada. Depende de si la sobrina se queda o no se queda en el piso. ¿Qué te parece?

—Bueno.

Las dos se dirigen a continuación a la puerta de salida. La mujer del ojo morado se asoma, cautelosa, al descansillo. No se oye ruido alguno en la escalera. Tras indicar a Bami que espere donde está, la mujer se acerca de puntillas a la puerta de enfrente y la abre. A una señal suya, Bami se apresura a reunirse con ella dentro del piso de la difunta. Cerrada rápidamente la puerta, se quedan inmóviles en la penumbra mientras conversan en voz baja.

—Aún huele a la coliflor cocida que la vecina preparó la víspera de morir. ¿No lo notas?

—Un poco.

—Pues alégrate. Un tufo tan fuerte te protege del olfato del lince. Conque no abras las ventanas, no revuelvas nada y, si es posible, tampoco toques nada. Lo digo por tu bien. Mira que por una pequeña imprudencia te podrían descubrir.

—Sí, señora.

—Ojalá no ocurra, pero si se diera el caso de que te capturan, te ruego que no me comprometas. Inventa cualquier cuento. Que hallaste la puerta entornada. Que encontraste la llave debajo del felpudo. Todo menos revelar que yo te encubrí. No me traicionarás, ¿eh?

—No, señora. Se lo juro.

—Me voy. Y recuerda: debajo vive el gordinflón. Puede que padezca retraso mental, pero no sordera. Al menor ruido que le venga de arriba alertará a su madre. Tú aquí, pues, quieta como una estatua. Yo te traeré de comer y de beber en cuanto pueda.

En el momento en que la mujer agarra el picaporte dispuesta a marcharse, Bami la sujeta por el brazo, inducida por un arranque de gratitud, y en tono emocionado le dice al oído:

—¡Qué buena es usted!

—Gracias, corazón. Ya era hora de que alguien se diera cuenta.

Sola detrás de la puerta, Bami descorre con cuidado la tapa de la mirilla y observa cómo la mujer del moretón en el ojo, después de una fugaz mirada al hueco de la escalera, se mete deprisa en su piso. A Bami le da de golpe un aire frío en un lado de la cara. Pero no, no es un aire frío, sino la voz de su madre que le susurra dentro de la oreja:

—Yo sigo pensando que la señora no está en sus cabales. Fíjate en las molestias que se toma por ayudarte. A ti, que eres una extraña para ella. Y luego se desentiende de los propios hijos y de la casa. ¿Te parece normal? Hija mía, no te fíes, no te fíes.

Un impulso repentino lleva a la muchacha a adentrarse en la vivienda en busca de una ventana desde la que echar un vistazo a la calle. Se asoma con ese fin a un salón abarrotado de muebles, después a un dormitorio, y en ambos lugares encuentra las persianas bajadas. No poco le tienta levantar una de ellas, siquiera hasta la mitad, o incluso sólo un palmo; pero, a punto de poner por obra el propósito, la disuade el temor a que la policía o algún vecino vigilante adviertan la presencia de un intruso en casa de la difunta.

Casi al fondo del pasillo, en el lado derecho, hay una tercera puerta en cuyo peinazo superior campea un crismón. Nada más empezar a abrirla, sale al encuentro de Bami un brazo de claridad. El cuadro que a continuación se ofrece a su vista la obliga a detenerse un instante en el umbral.

Nada le sorprende menos que el ataúd depositado en un rincón, puesto que ya contaba con topárselo si continuaba recorriendo habitaciones. En cambio, después de todo lo que le ha referido la mujer del ojo morado, ella no podía imaginarse que en el

segundo derecha hubiera un recinto habilitado para capilla, con su reclinitorio delante del altarillo, con su hilera de cirios ahora apagados y sus jarrones de flores marchitas, y con su hornacina en la pared, dentro de la cual, sobre una peana de mármol veteadado, se yergue la figura del santo Jancio, la cara crispada de dolor y una mano tendida en actitud de mostrar los ojos, que, según los relatos históricos, le fueron arrancados por orden del rey.

Fuera del decorado religioso, el cuarto carece de muebles. Un visillo blanco de encaje que cubre la mitad inferior de la ventana tamiza los rayos del sol. La luz intensa de la mañana proyecta los motivos ornamentales del encaje, derramando por el suelo de tablas un arabesco de luces y sombras.

Superado el desconcierto inicial, Bami se acerca sin titubeos a otear la calle. Desde aquí arriba se domina un amplio paisaje que alcanza, hacia la zona de levante, hasta los confines de la ciudad, donde comienza la gran llanura. La muchacha contempla las filas de barcazas que navegan por el río, ancho y ondulado en las proximidades de su desembocadura. Contempla con arrobamiento el vuelo de las gaviotas sobre los tejados de Antíbula la Vieja, las chimeneas de las fábricas que se divisan a lo lejos recortadas contra el azul impoluto del cielo, y, enfrente, el campanario de la catedral de la Santa Justicia, que ella conoce bien por los libros de la escuela.

Luego estira el cuello por encima del visillo procurando abarcar con la mirada el mayor tramo posible de la calle de Natenés. La acera que discurre por el lado de las casas queda fuera del campo de su visión, no así el paseo con su franja de césped que separa la calzada y el camino de baldosines blancos y negros.

Estacionado sobre la hierba, entre dos árboles, se halla un coche de la policía. En el interior se vislumbran dos siluetas que no quitan ojo del portal 17. De vez en cuando uno de los ocupantes del vehículo saca una mano por la ventanilla para sacudir la ceniza de su pitillo. Bami pensaba mantenerse al acecho de las personas que fueran llegando al edificio por si podía identificar entre ellas al morador del sotabanco; pero todas sus esperanzas se han desvanecido nada más ver a los agentes apostados frente a la entrada.

En el momento de retirarse de la ventana, Bami se vuelve a mirar el ataúd que reposa en un rincón, a cubierto de los rayos del sol. Nunca en su vida había visto tan de cerca una caja de difuntos. La atracción de lo novedoso le impele a rozar uno de los ángulos con la punta del zapato. Después le arrea una serie de leves puntapiés, como si aguardara una respuesta de dentro, hasta que suena el toc toc que a ella, no sabe por qué, le apetecía escuchar.

Sobre la tapa cerrada reluce un Cristo de latón, dorado como las manijas de que están guarnecidas las paredes laterales. Dista la muchacha de considerarse una experta en la materia. Juraría, no obstante, por la madera laqueada en la que se reflejan con nitidez los cirios alineados y por la complejidad y abundancia de los rebordes, que el ataúd es pieza de calidad, y que le habrá costado un dineral a quienquiera que haya corrido con el gasto.

Ahora que lo piensa, cuánto consuelo habría recibido su madre si la patrulla de búsqueda le hubiera traído el cuerpo del esposo para inhumarlo en tierra santa, dentro de un ataúd como éste o, si no, conforme a las posibilidades del presupuesto familiar, en uno más barato, qué más da.

Al fin la falta de resultado obligó a suspender las jornadas de rastreo. Transcurrieron las semanas y nuevamente el largo y duro invierno montañés se abatió sobre el pueblo. Los campos amanecían escarchados. El viento se precipitaba desde las cumbres silbando con furia por las calles desiertas. Y sobre los tejados ateridos, las nubes despiadadas arrojaban como cada año su carga copiosa de aguaceros y nevascas.

A veces, junto a la lumbre del fogón, la madre de Bami olvidaba por un momento las labores de punto con que entretenía sus soledades de viuda y fijaba por azar los ojos melancólicos en algún detalle del tabique. A su lado, Bami removía con el badil las castañas esparcidas sobre la chapa candente, de paso que vigilaba el perol de la leche para evitar que ésta se sobrase al hervir.

De reojo veía la muchacha a su madre quedarse prendida del repiqueteo de la lluvia en los postigos, que por aquellas fechas se mantenían cerrados en señal de duelo. Con frecuencia la sentía hablar a solas, absorta en un confuso bisbiseo que no se dejaba poco ni mucho comprender.

Había, sin embargo, ocasiones en que la madre desgranaba lamentos a media voz, sin importarle que a su espalda la hija silenciosa pudiera escucharlos. Le daba entonces por imaginar al padre de sus hijos expuesto a la voracidad de las alimañas que habitan en los montes y trazaba un dibujo tétrico de sus despojos cubiertos de hielo en lo hondo de un barranco. Solía terminar el soliloquio alzando la cara hacia el techo para preguntarle a Dios, al aire o a nadie, en tono a menudo retador, por qué, por qué, por qué.

Bami evoca asimismo la mañana de principios de diciembre en que su madre le mandó acompañarla al cementerio. Salieron las dos de casa temprano a fin de sustraerse a la curiosidad de las ventanas. Por la noche había caído una nevada abundante que aún persistía. Con mucho trabajo subieron la recuesta por donde el instinto les dio a entender, ya que una capa de nieve que en algunos lugares les llegaba hasta las rodillas había sepultado el sendero.

Dos horas más tarde se unieron a ellas el hijo mayor, venido a tal efecto desde su pueblo, y un vecino compasivo que le ayudó a desplazar con barras de hierro la pesada losa de la tumba.

—Madre, ¿qué locura es ésta?

—Si pones mala cara, mejor te vas. ¿Sabes algo de tu hermano?

—Agradezca que por lo menos esté yo aquí. Si no es por los soldados que me han traído en el quitanieves, hubiera tenido que dejar usted este teatro para otro día.

Tanto como la ausencia del hijo mediano, a la madre le dolía la del cura, a quien ella y Bami habían visitado de víspera en la rectoral. El octogenario eclesiástico

denegó con gesto severo la desusada petición de aquella feligresa inconstante y no muy devota, alegando que aunque comprendía las razones que con frecuencia empujan a las almas desesperadas a comportamientos contrarios a las enseñanzas del Señor, a él de todos modos el reuma le impedía salir a la intemperie. A lo cual replicó la madre de Bami con brusco despecho. Tembloroso de irritación, el cura le contestó que entre sus funciones parroquiales no estaba la de acudir a simulacros de sepelio, si bien por servir a Dios y confortar a quien sufre estaba dispuesto a bendecir las prendas del desaparecido. Por orden de su madre, Bami corrió a casa en busca del costal donde las guardaban. Cumplido el trámite, el cura bendijo también a la madre y a la hija, y las despidió.

Al día siguiente, el hermano mayor de Bami y el vecino lograron con no poco esfuerzo mover la losa hasta abrir un resquicio por donde la madre introdujo la bota, la capa y el sombrero de fieltro del marido, así como una fotografía de éste, que arrojó a lo oscuro después que sus hijos la hubieran besado.

—Quiero que cinceles su nombre en la lápida —le pidió la madre al hijo por el trayecto de vuelta al pueblo—. Lo pones debajo del nombre del abuelo y después pintas de negro las letras.

—Más adelante, madre. Cuando haga menos frío.

—Bueno, pero que no se te olvide.

Bami camina a la zaga del grupo hundiendo los pies en las huellas que deja su hermano en la nieve. De pronto la sobresaltan unos gritos.

—¡Bruja asquerosa, te digo que abras!

Bami ha visto por la mirilla las espaldas de un señor cercano a los cuarenta. Estaba plantado en actitud retadora, los pies separados, los brazos en jarras, ante la puerta de la señora del moretón en el ojo. Llevaba una gabardina con las faldillas arrugadas que le respingan un poco por detrás y una gorra de pana de esas que ya sólo se estilan en los pueblos de la llanura.

La muchacha se ha asustado pensando que se trataba de un agente de la policía vestido de paisano. Se ha figurado que la habían descubierto y que enseguida la conducirían con esposas, quién sabe si a empujones, hasta el automóvil estacionado entre los árboles del paseo. Más que su detención, le dolía que por su culpa le sucediera a la buena mujer del piso de enfrente la misma desgracia.

Pero, en esto, el hombre ha gritado:

—¡Quién te has creído que eres para apartarme de mis hijos! —Y al punto ha recobrado Bami la tranquilidad.

Mientras desahogaba su cólera en el descansillo, el hombre ha vuelto apenas un segundo la cara hacia la pared, mostrando un perfil colérico y ojeroso, tiznado por una barba de varios días.

—Sé que estás ahí. Te oigo respirar. ¡Abre! No te lo voy a repetir. —A continuación ha guardado silencio durante unos instantes, como en espera de una respuesta. De pronto le ha sacudido un manotazo a la puerta, al tiempo que exclamaba—: ¡Que abras, rencorosa de mierda! No me obligues a hacerte daño.

Tras unos cuantos minutos de amenazas, de imprecaciones y denuestos alternados con súplicas encendidas, con disculpas y promesas en tono afable, el hombre ha regado de orina la puerta y el felpudo. Después, ajustándose con calma los pantalones, ha dicho:

—Por última vez. ¿Te niegas a abrirme?

Del interior de la vivienda no ha salido otra respuesta que los trinos mecánicos del cuco anunciando las diez de la mañana. Para acallarlos, el hombre de la gorra se ha soltado con una ristra de palabrotas. Fuera de sí, ha hecho un corte de mangas a la puerta, y diciendo como quien escupe con desdén:

—¡Desastre de hembra, ni siquiera tienes el reloj en hora! —se ha marchado a toda prisa, esparciendo por las escaleras el retumbo furioso de sus pisadas.

Al poco rato, la mujer del ojo morado ha venido llena de temor a contarle a Bami que no se atreve a bajar a la calle. Sospecha que el marido la estará esperando con malas intenciones a la vuelta de la esquina. De momento prefiere quedarse en casa. Si Bami pudiera aguantar algunas horas sin comer, ella dejaría la compra de alimentos para la tarde, pues quizá para entonces su marido se haya cansado de montar guardia por los alrededores.

Bami se ha apresurado a contestarle que no se moleste.

—Yo, señora —ha añadido, estrechándole las manos con un repente de ternura—, no tengo nada de hambre. Se lo juro. Ocúpese de usted. Yo me apaño sola.

La mujer le ha estampado a Bami un beso de gratitud entre las cejas. Rota la voz por un amago de llanto, ha susurrado un adiós lastimero y ha corrido, como avergonzada de que la vean llorar, a su casa. De ello hace más de una hora. Todo ese tiempo Bami lo ha pasado de pie en la oscuridad del vestíbulo, absorta en recuerdos y pensamientos que interrumpía de rato en rato para acercar un ojo a la mirilla.

Hará cosa de diez o quince minutos que en el reloj de cuco han sonado las once de la mañana. Se oye, lejos, borroso, el parloteo de un locutor de radio. Bami decide echar otro vistazo al decorado vacío que ya se sabe de memoria: la sucia mojadura en la puerta de enfrente, el globo blanco de la lámpara en cuya parte inferior negrean unos pocos bichos muertos, la barandilla de barrotes. La certeza de lo que le espera cada vez que mira por el orificio enrejillado no la desvía de su propósito de mantenerse vigilante. Y menos mal, dice para sí, pues resulta que el anciano de los chestoberoles se encuentra ahora en el descansillo.

¿De dónde habrá salido este señor? Bami no lo ha sentido llegar; pero ahí está, desplazándose con mucho tiento. Trae apretado contra el vientre el chestoberol descascarillado que ayer por la mañana intentaron arrebatarle los chavales. Las suelas de goma de sus zapatillas caseras le permiten caminar en silencio. Cauteloso, cejijunto, pega la oreja buena a la puerta del segundo derecha. Y mientras trata de captar algún sonido revelador, arruga el gesto y escudriña el suelo en torno a sus pies, seguramente irritado por el olor a orina.

Hosca la expresión, el anciano se retira de la puerta haciendo muecas de repugnancia. Bami se queda tiesa de pavor al verlo enderezar hacia ella. Apenas a un metro de la mirilla, el anciano tuerce a su derecha con intención de subir al piso tercero. Se aprecia de cerca una leve hinchazón en su nariz. Enfila el tramo de ascenso; pero, a punto de perderse de vista, se detiene pensativo.

De pronto vuelve sobre sus pasos y acude a pegar de nuevo la oreja a la puerta de enfrente. Permanece a la escucha obra de medio minuto con el torso inclinado hacia delante, dando cabezadas reprobatorias. A todo esto se yergue, y luego de tender una mirada recelosa en derredor, se marcha escaleras abajo tan sigiloso como ha venido. ¿No contó ayer que solía pasar las mañanas en la biblioteca? Bami está convencida de que el anciano de los chestoberoles sospecha que ella continúa en el edificio.

Suena el cucú de las once y media. Suena más tarde, en el piso de abajo, a todo volumen, una ráfaga del himno nacional. En plena tormenta de trompetas, un puño airado, pom, pom, pom, golpea contra una pared. La música cesa al instante. Acto seguido, la larva entona con bríos estridentes el breve trozo de estrofa que ha quedado sin oírse, hasta que nuevas protestas del puño la fuerzan a callar.

A Bami le gustaría lavarse las manos y la cara, y, si hallase un peine o un cepillo, arreglarse la cabellera. Intenta discernir en la penumbra cuál de las puertas que

flanquean el pasillo corresponde al cuarto de baño. Así y todo, no se atreve a alejarse de la mirilla por miedo a que el estibador atraviere el descansillo durante su ausencia.

—En cualquier caso —le propone la maestra—, si ves que él ha pasado camino del sotabanco, te tomas un par de minutos para adecentarte antes de subir a su encuentro.

—Sí, señorita.

—Mira que no se repitan las quejas que tuvo anoche la señora del lince a cuenta de tu aspecto.

No debe de faltar mucho para las doce del mediodía cuando se escuchan murmullos de disputa que vienen subiendo por las escaleras. Una mujer de edad mediana y cabellos cortos, de un bruno intenso que sólo puede dar el tinte, llega al descansillo mordiendo palabras en voz baja. Viste un traje pantalón de tono pardo que comunica a su persona un aire severo, acentuado por unas gafas de gruesa montura. La sigue a la distancia de dos o tres metros un hombre de edad semejante. Bami sólo tiene tiempo de fijarse en su calvicie incipiente y en su bigote fino, que parece trazado a pincel, ya que, asustada al percatarse de que la mujer se acerca a su puerta, corre a esconderse en el cuarto más cercano.

El cuarto está a oscuras. Al fondo, unos pocos hilos de luz tenue se filtran por las ranuras de la persiana. En la parte central hay una cama con la cabecera adosada al tabique. La colcha cuelga por el costado hasta rozar el suelo con su orla de flecos. Bami cierra la puerta y en un santiamén se mete debajo de la cama.

No ha transcurrido siquiera un minuto cuando alguien abre la puerta. La luz, clic, se enciende.

—Confiesa —dice él— que últimamente estás nerviosa.

—Tú me pones de los nervios —replica ella con brusquedad.

—Yo, ¿qué culpa tengo? Será que te viene la regla.

—¿Sabes?, a veces me entran deseos de apretarte la carne con unas tenazas.

—Muy cariñosa.

—Despacito, para que te duela bien.

—Más me espanta el veneno de tu lengua.

—Tres días hace que murió tu tía y tú sin reaccionar. ¡Tres días perdidos! Tu hermana, aprovechando que vive cerca y que es una espabilada, habrá arramblado con las joyas, el dinero y todo lo valioso que se le haya puesto al alcance de la mano.

—Con su pan se lo coma.

—No me provoques, no me provoques.

—Yo no te provoco. Yo lo único que digo es que no nací para ave carroñera.

—Te recuerdo que tenemos dos hijas. Que tenemos muchos gastos. Que faltan por pagar cinco plazos de la hipoteca. Convendría luchar un poco en la vida, ¿no crees? A ver qué encontramos. Yo voy a registrar la cómoda, tú mira donde te parezca. O mejor miremos juntos cuarto por cuarto. Lo que yo no vea lo verás tú y viceversa. Y démonos prisa, majete, que a lo mejor vuelve tu hermana con el saco y

se apodera también de los restos.

—¡Serás plomo! ¿Quién te ha dicho que mi hermana ha estado aquí desvalijando? ¿Quieres que te mencione algunos trampantojos de tu familia?

—Hala, calla y busca. Y procura no dejar nada tirado ni revuelto. A tu edad ya deberías haber superado la candidez infantil.

Comienza el rechinar de bisagras, el golpeteo de portezuelas y cajones, el entrechocar de objetos que la codicia agarra y manosea con dedos impacientes. Debajo de la cama, una mejilla aplastada contra el suelo, el cuerpo paralizado de temor, Bami se afana por discurrir explicaciones para el caso de que sea descubierta. No se le ocurren sino torpes embustes que a duras penas, cree, lograrían engañar a un niño tierno.

Al fin se convence de que lo mejor será contarles la verdad a estos parientes de la difunta. Contarles que le ha pasado esto y eso y lo otro. Si no la creen, que pregunten a la vecina. Pero, quia, seguro que no lo harán. Ellos han venido a lo suyo. ¿Para qué se habrían de meter en complicaciones y demoras? ¡Con lo fácil que les resultará lanzarles desde la ventana un grito a los policías para que suban a prender a la ladrona! Ladrona que además es la chica acusada de practicar abortos a domicilio. Abortadora cuyas facciones coinciden con las de la cabeza que apareció el otro día en las redes de un barco sanicero. Mal panorama. Bami no se hace ilusiones de salir bien librada del apuro. Decide, como último remedio, acogerse a la protección divina. Se pone entonces a rezar en pensamiento: *Señor misericordioso, suplico que cumplas ahora en mí la profecía. Sostenme con tu diestra victoriosa. No dejes que estas personas encuentren al gusanillo de Jacob, a la larva insignificante de Israel. Amén.*

—Tu tía, ¿coleccionaba crucifijos o qué? Ya llevo vistos seis o siete.

—Crucifijos y bragas. Esto está lleno de ellas.

—Oh, una cámara de fotos. Fíjate, con correa de cuero. Funcione o no, sólo por su antigüedad nos la pagarán en buena moneda. ¿Cuánto te juegas a que el domingo la vendo por veinte melios en el mercadillo de la plaza de Veuva? Hala, cielo, acerca la bolsa.

—No sé, no sé. Se va a dar cuenta mi hermana y tendremos lío.

—Una cosa es que tu hermana se dé cuenta y otra que presente pruebas de que hemos tomado sin avisar una parte de la herencia. En cuanto abra el pico se delatará. Porque, dime tú, ¿cómo va a saber que falta algo si no es porque también ha venido a fisgonear? La conozco de sobra. Se guardará de reprocharte nada en mi presencia. ¡Más le vale! Así que tú por la tarde, durante el entierro, no te separes de mí.

Suenan en el segundo derecha los doce cucús de mediodía, amortiguados por la distancia y las paredes.

—Un fajo de cartas —dice él con una marcada entonación de sorpresa.

—¿Y qué?

—Quizá contengan secretos de familia.

—Objetos con valor sentimental hemos dicho que no nos interesan. Pensaba que

estábamos de acuerdo. Si quieres coge para las niñas un par de cartas que tengan un sello bonito. Mañana o cuando te apetezca vienes y lees las demás.

En el lado de la colcha que cuelga a los pies de la cama, la orla de flecos se levanta del suelo dejando un hueco libre de dos o tres dedos de anchura, por el que Bami alcanza a observar los pies menudos de la mujer embutidos en unos zapatos de tacón.

—Hala, pasemos a otro cuarto —dice ella—. En éste sólo hay quincalla.

—Por ahí estará el cadáver.

—Por mí puedes llevártelo como recuerdo.

—Hablo en serio.

—¿Se te encoge el ombligo? ¿Y tú eres el macho que elegí para que cuidara de mí y de mi progenie? Oye, ¿qué tal si te escondes debajo de esta cama mientras yo termino la faena?

Apagada la luz, salen discutiendo al pasillo. Ella interrumpe las protestas de él mediante un enérgico siseo. Le manda a continuación que modere el tono de voz.

—No hace falta que el vecindario se entere... —es lo último que dice la mujer antes de cerrar la puerta a su espalda.

Durante largo rato, Bami no oye desde su escondite otra cosa que ruidos esporádicos, unos sordos, otros agudos, todos indefinibles. Oye también, de vez en cuando, retazos de conversación que no alcanza a comprender. Ahora su madre se halla tendida detrás de ella y le toca el hombro con un dedo para llamar discretamente su atención. La muchacha intenta volverse; pero no tiene espacio, entre el suelo y las barras del somier, para cambiar de postura. No bien levanta un poco la cabeza, su coronilla topa contra un canto duro. La prudencia le aconseja guardar silencio. La madre, sometida a la misma estrechura, se esfuerza por rodear el cuerpo de su hija con los brazos. La falta de sitio se lo impide. Opta entonces por arrastrarse sobre la moqueta hasta acercar sus labios a la nuca de Bami y decirle en voz baja:

—Nos hemos salvado por un pelo.

Bami hace un gesto de asentimiento, un gesto flojo que, unos segundos después, le parece inútil, ya que su madre no habrá podido verlo en la oscuridad.

—Sí —bisbisea en un nuevo intento por dar una respuesta, y el bisbiseo le sale sin fuerza de la boca, disuelto en un suspiro lánguido.

La invade entonces una viva desazón pensando si no habría debido corresponder a la solicitud de su madre con una muestra rotunda de entusiasmo. Ahora ya es tarde para rectificar. Nota a su espalda el mismo vacío negro que se espesa delante de su mirada. Ni siquiera distingue la orla de flecos. Buscando el contacto con su madre, lleva despacio un pie hacia atrás; pero allí no hay nadie.

—Estoy sola —dice para sí.

Transcurren los minutos. Los ruidos han cesado. Bami se pregunta si los parientes de la difunta no se habrán marchado sin que ella, abismada en sus pensamientos, se haya dado cuenta. Pero no. De pronto suenan susurros y una risa ahogada. El hombre

y la mujer pasan junto a la puerta del dormitorio. Bami entiende unas palabras del hombre:

—... la beata cuando yo...

Poco después, un sonido llena de inquietud a la muchacha. La puerta de casa ha sido cerrada desde fuera con doble vuelta de llave. Por cautela, Bami aguarda un rato antes de salir de su escondite. Se llega a la puerta y acciona el pomo con suavidad, como si creyese indispensable tratarlo con mimo para que gire. El pomo no se mueve. La muchacha hace una segunda tentativa y enseguida una tercera, esta última ya sin miramientos; pero es en vano. No hay la menor duda de que ha quedado atrapada dentro del piso.

Sin pérdida de tiempo, Bami se lanza a buscar por baldas y cajones las llaves de la difunta. Va de un cuarto a otro abriendo armarios. En la cocina levanta tapaderas; mira incluso debajo del fregadero, entre los utensilios para la limpieza, y dentro del frigorífico, que está vacío y desconectado.

En su desesperación no advierte que una persona ha entrado en la vivienda.

—Bami, ¿dónde te has metido?

La muchacha necesita unos instantes para recobrase del susto. Después vuelve tranquila al pasillo, ya que ha reconocido por la voz a la mujer del moretón en el ojo.

—¿Qué querían éstos?

Bami refiere la conversación que ha escuchado a escondidas.

—Yo los he visto por la mirilla —dice la mujer, meneando la cara para recriminar a los ausentes—. Eran el sobrino y su esposa. Ella me ha parecido muy cambiada. Será porque antes llevaba melena. ¿Así que en las bolsas transportaban el botín? ¡Pareja de sinvergüenzas! —Y tendiendo a Bami un huevo negro de gallina fanfa, añade—: Te traigo un tentempié.

—Gracias, señora. No tenía usted que molestarse.

—No es molestia ninguna. Es que me da que debes de andar muerta de hambre. El huevo lo acabo de cocer. El último que me quedaba. No te saciará, pero pienso que bien te puedes arreglar con él hasta media tarde. Saldré a comprar también comida para mis hijos. Los pobres, ¿qué culpa tienen? Eso sí, como no haya fondos en mi cuenta estamos aviados. Pero no te preocupes, que algo habrá. Y, si no, le pido un préstamo a mi hermana y santas pascuas.

Bami no ha probado jamás un huevo de gallina fanfa. Ahora sostiene uno en la mano por primera vez en su vida. Lo observa como si se tratase de un bicho extraño, esforzándose por disimular la repugnancia que le produce.

—Bueno, me voy —dice la mujer del ojo morado—. He visto por la mirilla que éstos te habían encerrado con llave. Yo te dejo la puerta como estaba, por si tienes que salir.

De nuevo a solas, Bami busca una manera adecuada de deshacerse del huevo. Lo más sencillo, a su juicio, sería arrojarlo a la taza del retrete. A punto de llevar a cabo el propósito, la disuade el temor a que algún vecino atento adivine que ha sido ella la

que ha soltado el agua de la cisterna. Tirar el huevo a la calle le parece no menos arriesgado; tirarlo al patio, una locura. Conque después de no poco vacilar, decide depositarlo dentro de uno de los numerosos zapatos que la dueña del piso guardaba en el ropero.

—Bami, cielo —le susurra la maestra—, ¿no has pensado que en el tiempo que llevas sin vigilar la escalera tal vez haya llegado a su casa el hombre a quien te pedí que entregaras la gargantilla?

—Sí, señorita. Ya iba a mirar.

La muchacha sale al descansillo y deja la puerta entornada en previsión de seguir utilizando el piso de la difunta como refugio. Tras cerciorarse de que no hay personas a la vista, sube con pasos precavidos hasta el descansillo del sotabanco, donde, sin necesidad de llamar a la puerta, comprueba por la posición del candado que el estibador no ha vuelto todavía.

¿Qué hacer? ¿Esperar sentada? ¿Bajar de nuevo al segundo derecha? Suenan entretanto un cucú. ¿El de las doce y media, el de la una, el de la una y media? Bami toma asiento en el escalón más alto del edificio, y está limpiándose los zapatos con un dedo ensalivado cuando la sorprende un rumor de voces procedente del portal. Por el hueco de la escalera distingue dos cabezas infantiles que ya vienen subiendo; tras ellas, una tercera, ésta de muchacho, y por último, ¡Dios del cielo!, una gorra de pana.

Bami baja las escaleras tan deprisa como le permite su intención de no hacer ruido. Entra en el piso de la difunta y cierra la puerta. Por la mirilla ve llegar a un niño de no más de ocho años, pálido y enclenque, seguido de otro, algo mayor, en quien Bami reconoce al golfillo que ayer le rompió a patadas la hogaza al anciano de los chestoberoles. Llega después un chaval fornido, de andares desgarrados, con bozo y acné, que luce un aro en la oreja.

Los tres hermanos se han juntado delante de la puerta de su casa y obedecen, acobardados, las instrucciones que su padre les transmite por medio de gestos perentorios. Presenta el hombre un aspecto desaseado con sus ojeras, su barba de cacto y su ropa cubierta de arrugas. Se ha quedado parado en el penúltimo escalón, con la espalda pegada a la pared en actitud de acecho.

Bami siente un fuerte impulso de avisar a su amiga del ojo morado que le han tendido una trampa, pero la disuade la maestra con voz cortante:

—Tú, aquí quieta. Si te ven estás perdida.

El mayor de los hermanos pulsa el timbre. Por indicación del padre, los tres chavales reculan hacia el centro del descansillo, de modo que nada más abrirse la puerta él tenga el camino despejado para lanzarse al interior de la vivienda. Todo ocurre con mucha rapidez: la mueca de estupor de la mujer del ojo morado, el forcejeo en presencia de los hijos, la gorra de pana que vuela por los aires y al fin la mujer que, habiéndose liberado del abrazo violento del marido, escapa a la carrera pasillo adentro. Formando un silencioso rebaño de pesadumbre, los tres hermanos entran en el piso. La puerta se cierra. Se oyen algunos gritos sueltos. Después ya no

se oye nada.

Bami susurra dentro del orificio enrejillado:

—Estoy sola.

La maestra le replica:

—Pues ¿qué querías, niña? ¿Meterte en medio de la trifulca para que te lleven en camilla a declarar?

—Tiene usted razón, señorita. Ya me ocurrió una vez una cosa parecida que no he olvidado.

—¿Qué te ocurrió? Cuéntame.

—Pues verá —bisbisea con la boca cerca de la mirilla, como si ensartara pecados al oído de un confesor—, una noche cayó una tormenta en el pueblo. Esto fue el año pasado, por la época de recoger las manzanas. En el campanario de la iglesia hacía rato que debía de haber sonado la medianoche. Yo dormía en mi cama, tranquila porque a mí los truenos no me asustan, y de pronto me despertaron los perros, ya muy tarde, como le digo. Usted sabe que en vísperas de los días de labor los bares del pueblo están cerrados a esas horas. Así que no me explico de dónde vendría mi padre. Porque además no lo conocíamos como borracho, sino como hombre que bebía lo justo para conservar a sus amigos. Aunque, si quiere que le diga la verdad, últimamente se estaba volviendo raro. Contaba que los ladrones le andaban esquilmando los frutales y que le habían arrancado unas piedras del muro de la huerta. Por el bien de casa debía vigilar, decía, y a veces, con esa excusa, salía a la calle a horas indispuestas. Luego resultaba que al volver de la huerta, donde hay mucho barro, lo mismo que por el sendero que sube hasta allí, traía las botas limpias, como si hubiera caminado encima de alfombras. Esto a mi madre se conoce que la incitaba a cavilar. Yo creo, señorita, que por algo así rompió ella la vajilla que guardaba con tanto sentimiento. Entonces, señorita, aquella noche que llovía a cántaros los perros se alborotaron por las pisadas de mi padre, que nada más entrar en casa tuvo un encuentro con mi madre. Porque mi madre, para que sepa usted, le plantó cara en el zaguán. Los dos se pusieron a chillar en medio de la noche, que los debían de oír por todo el vecindario. Al rato, como sonó un estrépito de cristales rotos, bajé a mirar y a la luz de los relámpagos los vi pegarse como se pegan los niños en la escuela. Mi madre gemía y arañaba, y a mí me entró mucha pena. Conque me metí entre ellos para estorbarlos. Fue en aquel momento cuando mi padre me derribó, no sé si queriendo o sin querer, pues estaba el aire negro y a lo mejor no se enteró de mi llegada. Dijo, eso sí, unas palabras feas y se marchó a acostarse en el corral. Yo tardé mucho en coger el sueño aquella noche porque no se me iba de la cabeza la pelea de mis padres. Además, el golpe me había dejado la nariz llena de hormiguillo y, si no era por la boca, pues yo no podía respirar, ¿comprende usted?

Cucú. Las dos. Bami entra en el cuarto de baño a lavarse la cara, el cuello, los antebrazos. Se desenreda la melena con un cepillo de púas coronadas de bolitas que ha encontrado dentro de un neceser. En el cepillo había pelos perdidos por su antigua

propietaria. Semejante pensamiento induce a Bami a considerarlos parte desgajada del cadáver. Por una cuestión elemental de respeto, decide valerse de una pinza de depilar para quitarlos.

Después de peinarse con esmero, rehace el moño. Le ha acometido la tentación de tomarle un gancho o dos a la difunta; pero, antes de alargar la mano, han resonado en su memoria las imputaciones que le dirigió ayer el anciano de los chestoberoles y, dando un respingo de miedo, se ha prometido no adueñarse de nada.

Sobre una repisa, entre el lavabo y el espejo, hay una fila de frascos de perfume, todos diferentes. Bami destapa uno que le seduce a causa de su color ambarino. Con la yema de un dedo se aplica en las muñecas, el cuello y detrás de las orejas pequeñas cantidades de fragancia que sus fosas nasales no pueden percibir. Cada gota extraída del bello recipiente obra en su conciencia el efecto de un alfilerazo. Siente, no obstante, que ha de cometer el hurto, más que nada para confundir al lince de la baronesa en el caso de que lo pongan a ventear por el edificio, y también, ahora que lo piensa, para no herir el olfato del estibador con el tufo que seguramente se desprende de ella al cabo de varios días de vagabundeo.

Terminado el arreglo personal, se dirige a la ventana junto a la cual reposa la difunta y se cerciora de que abajo, entre los árboles, continúa estacionado el coche de la policía. En su interior avista dos caras nuevas. Deduce que se ha producido un relevo de agentes. Entra después en un dormitorio llevada del propósito de asomarse al patio. Por ahí anda pitando una tetera. Cerca de la cubierta de plexiglás revolotean y zumban, buscando un resquicio de salida, unas cuantas avispinas fenzas. En el tendedero de la mujer del ojo morado ya no cuelga ropa. Se ve al lince dormido en la cocina de la baronesa, con la cabeza recostada sobre las patas.

Las tres. Las tres y media. A Bami le va creciendo el apremio de marcharse. No abriga duda de que le conviene abandonar el piso antes que lleguen los funerarios a llevarse el ataúd. Cabe, desde luego, la posibilidad de esconderse otra vez debajo de la cama; pero, si cierran la puerta con llave, ¿quién la rescatará? Con la ayuda de su desdichada amiga del ojo morado ya no puede contar. Así que lo mejor, en su opinión, será volver al descansillo del sotabanco y esperar allá el tiempo que haga falta.

Cerrada la puerta desde fuera, Bami no se decide a alejarse del refugio al que ya no puede regresar. Si se exceptúan los ruidos habituales de las casas, apagados por las paredes, hay silencio y calma en la escalera, y, sin embargo, Bami se figura que la acecha no se sabe qué peligro. Está como paralizada en actitud de alerta, persuadida de que al menor movimiento le caerá encima un terrible infortunio. Piensa que acaso los animales indefensos del campo experimentan la misma sensación cuando, por alguna necesidad urgente, salen de sus madrigueras y se exponen a la pupila avizoradora de sus depredadores.

A todo esto, en el piso frontero, se oye la voz de un niño que dice:

—Sí, papá —y las dos palabras, pronunciadas con timbre candoroso, bastan para

que la muchacha venza el aturdimiento que le impedía sacar los pies fuera del felpudo.

Rápidamente sube al descansillo del sotabanco. La puerta sigue cerrada con candado. Bami se sienta de nuevo en el último escalón de madera. Mojándose los dedos con saliva, reanuda la limpieza de sus zapatos a la luz de media tarde que atraviesa el vidrio sucio de telarañas de una claraboya situada cerca del techo.

Llegan, puntuales, los funerarios. Apenas tardan un par de minutos en salir de la vivienda con el ataúd a cuestas. Bami ve a dos hombres corpulentos vestidos de negro. Los sigue a corta distancia una mujer de medio luto que se retoca con una barra de labios, mirándose en el espejito de una polvera.

Los siguientes en salir, poco antes del cucú de las cuatro y media, son los hijos de la mujer del ojo morado. Los dos más jóvenes bajan corriendo. El mediano persigue al menor. Cuando lo alcanza, a la altura del primer piso, le arrea un manotazo en la espalda. El pequeño se resarce profiriendo una injuria. Abajo pulsan un timbre y, gritando: ¡judío!, arrancan a correr hacia la calle. El de más edad baja despacio. En un recodo, sin que lo vean sus hermanos, se saca del calcetín un paquete de cigarrillos.

Más tarde llega al edificio un señor de pelo blanco que trae un maletín. Viste un traje azul marino con corbata. ¿El estibador? A Bami su cara no le resulta conocida. Tampoco imaginaba encontrarse a un señor tan mayor ni tan elegante. Avergonzada de su aspecto, se alisa la ropa y se ahueca el moño mientras trata de discurrir unas frases de presentación. Se palpa entretanto la gargantilla para asegurarse de que no la ha perdido. Los pasos del señor del maletín se oyen cada vez más cerca. Suena un resoplido de fatiga; a continuación, un timbre. Se abre la puerta del tercero izquierda. Una voz femenina dice:

—Buenas tardes, doctor. Pase.

Así pues, el señor del pelo blanco es un médico que ha venido a visitar a una persona enferma. Transcurridos entre quince y veinte minutos, la puerta vuelve a abrirse.

—Sobre todo que guarde reposo. En caso de surgir alguna complicación no dude en llamarme.

—Así lo haré, doctor.

—Perdone que me repita. Pero, por favor, mande usted aviso a los bomberos. Esos bichos deben desaparecer cuanto antes. Si es posible hoy mismo, aunque le cueste unos melios a la comunidad de vecinos.

—Por supuesto, doctor. ¿De verdad que no quiere tomar nada?

—Lo siento. Ya le he dicho que me están esperando.

—Le agradezco que haya venido.

—Por Dios, no hay de qué. Es mi obligación atender a quien lo necesita.

El médico se cruza en el portal con alguien que llega a todo trapo de la calle. Un hombre en mangas de camisa, de unos veinticinco años, con barba y melena, viene

subiendo de dos en dos los escalones. Una mujer de edad parecida, que ha entrado detrás de él, le pide desde abajo que no corra.

—Vienen por mí, te lo aseguro —dice él sin detenerse, en un tono ostensivo de alarma.

Ella mira hacia arriba por el hueco de la escalera, dispuesta a contestarle, y entonces repara en Bami, que no ha acertado a retirarse con prontitud del antepecho. El joven de la barba abre la puerta del tercero derecha. A poco llega ella y discretea. Acto seguido, él sube varios de los crujientes escalones que llevan al sotabanco, los suficientes para descubrir a la muchacha agazapada junto a la pared.

—Me dan ganas de aplaudir —dice, adusto el entrecejo, la boca torcida en un rictus desdeñoso—. En serio. Tus superiores, ¿qué piensan de mí? ¿Me consideran un activista de chicha y nabo y por eso ordenan que me vigile una aprendiz? Acabas de empezar las prácticas, ¿verdad? En cuanto a los tontainas del coche-patrulla, ¿qué pintan ahí abajo? Les habrán encargado, me figuro, que te cubran la retirada en caso de que yo te ataque con una sartén. El disfraz te sienta divinamente. En serio. Lo habrás conseguido en una redada de mendigos, supongo. ¿Tu jefe cree que me puede engañar así? Y dime, si te lo permite el reglamento, ¿a qué se debe en esta ocasión el acoso? ¿El Ministerio de Seguridad teme que me cargue la democracia? ¿O es porque viene Clinton la semana que viene? Para tu información, yo tenía previsto comprarme una bomba en el supermercado. ¿Sabes?, no lo he hecho aún por si antes del atentado las venden a precio rebajado. Si lo deseas te traigo bolígrafo y papel para que tomes nota de mis palabras.

—Yo —dice Bami, turbada, señalando hacia la puerta del sotabanco—, espero al señor que vive aquí.

—Ah, pues me has convencido. Sí, sí, sí. Yo es que últimamente estoy en un plan de creerme cualquier cosa. En serio. —Y volviéndose hacia la mujer que lo acompaña, añade sin retintín—: ¿Entiendes la jugada? Forma pareja con el tipo raro.

—El deajo —dice ella— lo tienen igual.

Bami se siente obligada a ofrecer una explicación:

—Somos del mismo pueblo.

—Ah, pues qué interesante. —Se atusa la crespa y poblada barba, fingiendo adoptar un aire pensativo—. Ya que sois paisanos, seguramente podrás aclararnos a mi camarada y a mí un misterio que nos intriga desde que el tipo se instaló en la casa. Hemos hablado cinco o seis veces con él en la escalera. ¡Bueno, tanto como hablar!

—Estás exagerando —tercia ella.

—Quiero decir que ha habido encuentros casuales. Hola, hola y adiós. De ahí no hemos pasado. Y el caso es que vivimos tocando y no sabemos cómo se llama. En serio. En su buzón del portal no hay letrero. En su puerta, como puedes ver, tampoco. Hasta la fecha no se ha tomado la molestia de presentarse. ¿Tú tendrías la amabilidad de declararnos su nombre?

—Señor —contesta Bami medrosamente, poniendo los ojos en blanco—, le juro

que yo no soy de la policía.

La mujer joven interviene desde el descansillo, donde Bami no la puede ver:

—Miente.

El hombre endurece la mirada.

—Dinos su nombre y te creeremos.

—No sé cómo se llama —confiesa Bami con la cara gacha.

Él se vuelve de nuevo hacia la mujer.

—A sus superiores se les ha olvidado el detalle del nombre. ¡Vaya fallo! Estos cabrones lo único que hacen bien es apalear a los detenidos.

—Vámonos —dice ella—. Ya basta de cháchara con esta servidora del sistema opresor. Hasta la hora de la cena no nos quedará más remedio que buscar micrófonos ocultos.

El joven de la barba desciende de un salto los escalones. Desde la puerta de su piso, ya fuera de la mirada de Bami, espeta enojado:

—Dile al hijoputa de tu jefe que la lucha continúa. Y que no parará hasta que en este país de mierda se imponga la justicia. Entonces caerán los corruptos y caerán los que aplastan a la clase trabajadora. Dile que si tiene arrestos venga en persona a detenerme. Tarde o temprano, el pueblo recobrará el poder que le robaron con unas elecciones tramposas.

Esto dicho, él y la mujer entran en su piso dando un portazo. A los pocos segundos la puerta vuelve a abrirse. El joven de la barba saca la cara al descansillo para lanzar unas voces descomunales:

—¡Viva Antíbula libre! ¡Viva el colectivismo!

Desde el interior lo secunda el chillido voluntarioso de la mujer:

—¡Viva!

Tras lo cual la puerta de la vivienda se cierra con otro portazo.

Bami está tan asustada que ha ido a apretarse contra la puerta del sotabanco. Sentada en el suelo, aguza los oídos con pocas esperanzas de que no se produzca la señal que confirme sus presagios. Le preocupa sobre todo que los gritos del joven de la barba hayan puesto a los vecinos que la quieren mal en la senda de encontrar su paradero. Pasa un minuto. La calma reina de nuevo en la escalera.

De pronto se oye ahí al lado, crac, un crujido como de madera carcomida que se resquebraja. Bami tiende una mirada recelosa hacia el extremo del antepecho de tablas corridas. Siguen unos instantes de silencio hasta que los escalones vuelven a crujir. No hay duda de que alguien se acerca con sigilo. Bami le implora a Dios en pensamiento que no sea el anciano de los chestoberoles.

En esto, aparece por el borde del antepecho un rizo castaño montado sobre la curva de una frente pálida; enseguida, un ojo de largas pestañas, quieto, expectante; una nariz respingona que termina en una bolita fea; una boca menuda; un segundo ojo escrutador y, por último, el semblante completo de una mujer de edad mediana.

—Lo he oído todo —dice ésta en voz baja, tratando de tranquilizar a Bami mediante un gesto risueño de complicidad, al mismo tiempo que el reloj de cuco da las cinco de la tarde—. No hagas caso al estudiante. Se exalta a la menor pequeñez, pero es buena persona. En febrero se lo llevó la policía. Yo lo vi. Lo bajaron esposado. El infeliz volvió al cabo de dos días cubierto de magulladuras, y eso que estamos en democracia, que si no... No es la primera vez que lo interrogan. —Y tras dirigir una rápida mirada a su espalda para cerciorarse de que nadie la escucha por esa parte, agrega marcando cada sílaba con un movimiento ostensible de los labios—: Po-lí-ti-ca.

En su hablar cadencioso, susurrante, reconoce Bami la voz de la vecina que hace un rato conversaba con el médico.

—Ven a mi piso. Te contaré un montón de cosas mientras tomamos una taza de té.

Bami se apresura a responder que no con la cabeza. Desconfía de la expresión amistosa de la mujer; de sus labios amuñecados que, cuando se despegan, muestran una fila de dientes chiquitines, y de su manera agradable pero extraña de parpadear. A menudo sus pestañas se separan más despacio de lo que es natural en el común de las personas, como si la mujer se despertara a cada momento de un sueño profundo. Sus facciones se revisten entonces de languidez y todo su semblante irradia una dulce bondad. El efecto dura poco, ya que la mayor parte del tiempo los ojos negros de la mujer que conversaba hace un rato con el médico traslucen una tenacidad vigilante y estática que Bami, cohibida, no se atreve a enfrentar con la mirada.

La sola idea de entrar en otra vivienda, en otra historia familiar, en otros problemas privados, hunde a Bami en un pozo de cansancio y aprensiones. «No, no y

no», se dice para sí. Desde que salió del pueblo ha soportado demasiadas contrariedades como para cargar voluntariamente con otras nuevas. Está decidida a permanecer junto a la puerta del sotabanco hasta que llegue el estibador. Aunque haya de pasar la noche sentada en el suelo. Aunque se arriesgue a que el anciano de los chestoberoles termine descubriendo dónde se encuentra y la denuncie.

La mujer que conversaba antes con el médico insiste:

—Sé quién eres y te puedo ayudar. De paso tú podrías ayudarme a mí.

Bami recuerda el rapapolvo que le echó la maestra el viernes último, durante el viaje en automóvil al puerto de Aftino. No ha olvidado la bofetada que le pegó ni el mordisco en la lengua para que aprendiese a no hacer siempre lo que le piden.

—Los policías no vigilan al estudiante, como él cree. Esperan a un señor ciego que vive en el bajo izquierda. A ese señor, cuando venga, le van a notificar que se han llevado a dos huérfanas que hasta hoy mismo estaban a su cargo. Las meterán en un centro de protección, me imagino. ¡A mí las dos criaturas me dan una pena...! Todo el barrio sabe lo que ha ocurrido. En las tiendas de la zona no se habla de otro tema. No me sorprendería que mañana se difunda el caso en los periódicos. Quien no sabe nada es el ciego, que a estas horas todavía andará de trapicheo por los arrabales. No hay modo de localizarlo, así que los policías tienen que esperar. De paso vigilan el portal por si sale una chica abortadora. El vejestorio de abajo asegura que ayer entraron juntos él y la chica, pero que aún no la ha visto salir, y eso que no quita el ojo de la puerta.

Tratando de fingir naturalidad, Bami estira el cuello y fija su atención un instante en la claraboya, después en el esparadrapo de su dedo.

—Apostaría —prosigue la mujer— a que eres la chica misteriosa que buscan.

A Bami le viene a la memoria el ángel de piedra que se erguía en la tumba contigua a la de su padre. El ángel tenía un rostro juvenil encuadrado por lacias guedejas. Sus ojos de estatua paraban una mirada indiferente en la losa tendida a sus pies, mientras sus labios entreabiertos parecían a punto de exhalar un suspiro que nunca salía. Eso era cuanto la muchacha alcanzaba a percibir en la delicada figura con alas cada vez que subía al cementerio y, a hurtadillas de su madre, la escrutaba con detenimiento. Le resultaba imposible determinar si se trataba de un mozo o de una moza. Tampoco lograba desentrañar el menor atisbo de sentimiento humano en la pétrea quietud de sus rasgos.

Ahora Bami se esfuerza por imitar la serenidad impenetrable de aquel ángel.

—Tranquila, que no te voy a delatar. Sé tu nombre, Bami, y dónde has estado durante toda la mañana.

Tras largos años de inmovilidad, el ángel levanta la cara y deja escapar un leve gemido de pasmo.

—No te asustes. Antes me he asomado al patio interior a sacudirles unos escobazos a las malditas avispinas fenzas, que me tienen harta. Entonces he podido hablar un momento de ventana a ventana con mi vecina del segundo, la pobre. Su

marido, que es un energúmeno, ha vuelto. Ella dice que hoy ya no puede salir y me ha pedido que te eche una mano si te veo. ¿Comprendes ahora?

El ángel de piedra recobra su gesto vacío, su postura de siempre.

—Fíjate, con todos los problemas que tiene y con ese marido que la mortifica, anda más preocupada por ti que por ella misma. ¿Es verdad que estás desfallecida de hambre?

—No, señora. Me encuentro bien.

—Bami, por favor, ven a mi casa. Necesito que me hagas un favor. Una hora tan sólo es lo que te pido. A cambio te ofrezco un refugio seguro.

—Se lo agradezco de corazón, pero estoy esperando a alguien.

—Ya lo sé. Al hombre que vive aquí. Te he escuchado desde detrás de mi puerta cuando se lo explicabas al estudiante. Yo tampoco sé cómo se llama, pero te podría contar algunos detalles sobre él. Vivo justo debajo y, quieras que no, una se entera a veces de cosas que pasan al otro lado de las paredes. ¿Qué, te animas a venir?

—Preferiría no moverme de aquí.

—Tú decides. Ahora bien, Bami, dudo mucho que el inquilino de este habitáculo regrese antes de la noche. Hasta entonces podrías acomodarte en mi piso, leyendo revistas o mirando la televisión. Allí nadie te va a encontrar. ¿Vienes? Tenemos un loro la mar de divertido.

—No, señora.

La mujer que conversaba antes con el médico desciende al piso tercero sin cuidarse del ruido de sus pasos. Bami le oye introducir la llave en la cerradura, abrir la puerta y cerrarla acto seguido de un recio empujón. A la misma puerta, en cuyo cuarterón superior, por encima de la mirilla, hay clavada una imagen orante, en chapa, del Santo Jancio, llama la muchacha con nudillos medrosos apenas unos minutos más tarde.

La maestra intenta en vano detenerla.

—Niña, ¿tan pronto has olvidado la lección que te di?

—No la he olvidado, señorita. Es cierto que si voy a donde esa señora hago lo que ella quiere. Pero si me quedo aquí sentada hago lo que quiere usted. Conque en ningún caso me libro de cumplir la voluntad de otra persona.

Antes que Bami ponga un pie dentro de la vivienda, la mujer que conversaba hace rato con el médico le entrega dos bayetas para que camine sobre ellas por el suelo encerado del pasillo. Ella va delante pisando las suyas. Abandonan las bayetas en el umbral del salón, donde resultan innecesarias a causa del enmoquetado. La mujer invita a Bami a tomar asiento en un sofá que forma parte de un tresillo tapizado en cuero, dispuesto en torno a una mesa baja de cristal.

Al pasar por su lado, la mujer dice a Bami que huele muy bien.

—¿Qué marca de perfume usas?

A Bami le parece advertir una vibración de ironía en la pregunta. De puros nervios, no cesa de frotarse las manos mientras se van agolpando en su boca las

palabras que no acierta a soltar.

—Señora —dice, tras un lapso de silencio embarazoso—, usted ha dicho que desea ayudarme. Le ruego que empiece por no desconfiar de mí. No soy policía como aseguraba el estudiante. Tampoco soy abortadora, como creo que piensa usted.

—¿Qué te hace suponer tal cosa?

—Usted ve que no llevo conmigo un frasco de perfume. En realidad no llevo más que lo puesto. Traía una maleta y una talega con comida, pero todo lo perdí durante el viaje. Tengo la seguridad de que usted sabe que he estado escondida en el piso de la vecina muerta. Le juro por Dios que salvo unas gotas de perfume no he cogido nada.

—Ya veo que dices la verdad. Necesitaba escucharla de tus labios, eso es todo. Ahora podemos hablar las dos abiertamente.

La mujer saca un cigarrillo de un paquete que reposa encima de la mesa y lo enciende.

—¿Fumas?

Bami niega con la cabeza.

—¿Te traigo algo de comer o de beber?

—No, señora.

—Me vas a salir huésped barato. —Exhala, sonriente, una bocanada de humo y prosigue—: Bami, considérate en tu casa. Relájate porque aquí ni la policía ni nadie te podrá encontrar. Si te apetece comer o beber vas a la cocina. Tú misma te sirves. No olvides pisar las bayetas, ¿eh? Y ahora te explicaré el favor que necesito que me hagas. Tengo a mi madre postrada en cama. El doctor le ha inyectado un sedante, así que antes de la cena no se despertará, eso seguro. Últimamente se le juntan las desgracias. No hace un mes padeció una infección del hígado. Pasó unos días horribles, que pensé que se me iba. Anteayer le dio un mareo mientras quitaba el polvo de los muebles y se cayó redonda. Este mediodía, al correr las cuerdas del tendedero, le ha picado una avispa fenza en la mano. ¡Lo que le faltaba, a sus setenta y cinco años! Primero he intentado calmarle los dolores con vinagre, pero nada. Al hospital dice que no va ni a tiros. Que si va ya no vuelve, y que si se tiene que morir prefiere hacerlo en casa, como la vecina del segundo derecha. Total, que se ha puesto tan mala que no ha habido otro remedio que solicitar por teléfono los servicios de un doctor.

Bami le muestra a la mujer su dedo envuelto en esparadrapo.

—A mí también me ha picado por la mañana una avispa.

—¿Y ya te has recuperado? ¿Tan pronto? Yo, hasta la fecha, no he recibido ninguna picadura, y eso que cuelgo y descuelgo ropa cada dos por tres. Mi padre, que en paz descansa, solía empapar los nidos con un líquido venenoso. Era un veneno muy fuerte que ahora está prohibido. Olía a rayos y hacía llorar como si te restregarán los ojos con cebolla. ¡Fíjate que hasta deshacía la cal de la pared! Pero qué quieres, nos salvaba del problema. Hoy día los ecologistas se quejan de que las avispas están en peligro de extinción. ¡Manada de imbéciles! Con semejante argumento se

podría esparcir por las calles el bacilo de la lepra. El gobierno hace caso a los ecologistas por miedo a perder votos, y el ministro ese, que cuando habla por televisión suda a chorros, coge y declara especie protegida a las avispas fenzas, ¡ahí es nada! O sea, que si aplastas una con la escoba te llevas una multa de abrigo. ¡No digamos si matas media docena! Pues igual acabas en la cárcel. Te confieso, Bami, que no entiendo de política. Yo de lo que estoy segura es de que en este país cada vez se vive peor. ¿No opinas tú lo mismo?

Luego de un instante de titubeo, Bami se pliega a darle la razón a la mujer.

—El caso es... —La mujer se interrumpe mientras dirige una mirada nerviosa a su reloj de pulsera—. ¡A la porra con los rodeos! Ahora que no me oye mi madre, te voy a contar la verdad en pocas palabras. Me puedo fiar de ti, ¿eh? Todos los días, desde hace una semana, sale en cierto periódico de Antíbula un anuncio mío. Es un anuncio pequeño de búsqueda de pareja. Y claro, para evitar comentarios de los vecinos y para que mi madre no se entere, he creído oportuno publicarlo sin foto y sin nombre. Yo... Verás, me acerco a los cincuenta y noto que me rodea una gran soledad. Ay, si yo te contara... Por las noches es cuando más me desespero. En fin, no pretendo aburrirte con mis penas. El caso es que ayer me cité con un hombre del que sólo conozco las señas que él mismo me comunicó por teléfono. Su manera de expresarse me pareció la de una persona educada. Acordamos reunirnos esta tarde, a las seis, en una cafetería que hay enfrente de la playa. De manera que, andando, son como mucho quince minutos. Quince de ida, quince de vuelta, más media hora de conversación: es todo lo que necesito. A mi madre no la quiero dejar sola. Te pido que estés aquí durante mi ausencia. Puedes merendar, encender la televisión, hacer lo que se te antoje. Hasta tumbarte en el sofá si el cuerpo te pide descanso. Yo no creo que mi madre se despierte antes del anochecer. Ahora bien, si por casualidad se despierta te ruego que vayas sin tardanza a su lado y le digas que eres enfermera, que el doctor te ha encargado vigilarla en previsión de complicaciones, y que yo he ido a comprar y enseguida volveré. Mi vecina de abajo me ha dicho que eres una chica buena. ¿Me harás el favor, Bami?

—Sí, señora. Con mucho gusto.

—Si surgiera un contratiempo grave, Dios no lo quiera, pero por si acaso —saca una tarjeta del cajón de una cómoda y la deposita encima de la mesa—, aquí tienes anotado el número de teléfono del doctor.

Poco después, Bami se queda sola en el salón. Por la ventana comprueba que el coche de la policía sigue estacionado entre los árboles del paseo. Durante varios minutos, la muchacha se deleita en la contemplación del paisaje, bastante más extenso que el que se dominaba desde el piso de la difunta. Avista, casi entera, la fachada de la catedral, así como las torres y parte de los jardines del Palacio Real. Alcanza a ver hasta cuatro puentes sobre el río Intri, surcado de barcazas que llevan y traen cargamentos de carbón, de chatarra, de residuos industriales; y, a lo lejos, más allá de los edificios y fábricas de la periferia, una fina niebla que flota sobre el

horizonte.

En un rincón próximo a la ventana hay una jaula de barrotes dorados que cuelga de un mástil. Dentro, un loro de plumaje gris se limpia las alas con el pico. Bami se acerca y le susurra un saludo con la esperanza de que el ave le conteste.

—¿Cómo te llamas? —le pregunta, tratando de tocar su cola con la yema de un dedo.

El loro, receloso, salta de la percha al suelo de la jaula. En el apuro vuelca una escudilla rasa de pipas. Bami le habla con voz dulce. Como el animal no le presta atención, ella se sienta de nuevo en el sofá y espera ojeando una revista de modas a que acabe de arreglarse la mujer que conversaba antes de las cinco con el médico.

Entra ésta al cabo de un rato, nerviosa y compuesta, soplándose las uñas recién pintadas. Se ha puesto un cerco negro de maquillaje alrededor de los ojos, se ha empolvado las mejillas, se ha pintado los labios. Le da miedo, dice, llegar tarde a la cita. Dice también que desde sus años de adolescencia no sentía una turbación semejante; que tiene la sospecha de estar cometiendo una chiquillada; que si el tipo le empieza con proposiciones de mal gusto ella romperá de inmediato la relación. Ofrece entretanto la espalda a Bami para que la muchacha le suba la cremallera del vestido; después el cuello para que pueda opinar sobre el perfume.

Bami descubre a este punto una placa escamosa detrás de la oreja de la mujer. Enseguida ha reconocido la enfermedad. La padeció su padre, la heredaron sus hermanos. Ella no. A ella se le formó de pequeña un corro rojizo, del tamaño de una moneda de dos melios, en una rodilla. Temiendo lo peor, su padre aplicó en la zona afectada un unguento negruzco que él mismo confeccionaba en casa con alquitrán y otros ingredientes. Por entonces, los varones de la familia se solían embadurnar con aquella pasta fétida que no tardaría en revelarse como un remedio inútil. A Bami la mancha de la rodilla le duró tres días y nunca se le reprodujo, por lo que sus padres supusieron aliviados que no era achacable a la enfermedad.

—Señora, su perfume es agradable.

—¿No te parece atrevido?

—No, señora. Está muy bien.

La mujer vuelve a mirar su reloj de pulsera.

—Aún dispongo de cinco minutos.

—Usted me ha dicho que conoce detalles del hombre del sotabanco.

—Por cierto, ahora que lo mencionas, ¿tú te propones visitar a un vecino del que no sabes más que yo del hombre con quién voy a reunirme, o es que te he entendido mal?

Bami refiere a la mujer, sin extenderse en pormenores, la razón de su venida.

—Ah, bueno, eso es otra cosa. Eso ya lo entiendo. Para mí que al señor de arriba lo tortura una pena. Él sabrá cuál. En cualquier caso, una pena muy honda. De un tiempo a esta parte se le oye menos. En cambio, allá por el último invierno, ¡ojos de Jancio bendito!, sollozaba como un niño noche tras noche. ¿Qué le sucederá?, nos

preguntábamos mi madre y yo. Tan alto, tan fuertote que es y daba unos hipos, maja, que partían el alma. También hablaba solo. Todavía lo hace. Grita como si llamara a alguien. La lástima es que con el techo por medio no se comprende lo que dice. Ah, y más de una vez rompió vasos y botellas estrellándolos contra el suelo, que estuvimos a punto de subir a protestar, pero luego nos pareció que sería aumentarle los quebraderos de cabeza. En varias ocasiones mi madre ha coincidido con él en una farmacia que hay en la calle de al lado. Él va bastante por allá. O por lo menos iba, porque tampoco andamos nosotras pendientes de su vida privada, ¿eh? Ahora bien, pinta de enfermo, yo, la verdad, no le veo. ¡Cómo no esté en tratamiento por depresión...! Mi madre le llevó un día un frasco de pomada. Y es que la dueña de la farmacia sabe que el hombre de arriba y mi madre son vecinos. A él le tenían preparada la pomada y se conoce que no pasaba a recogerla. Conque le preguntaron a mi madre si haría el favor y tal y cual. Ella, encantada, no faltaba más. Le picaba la curiosidad, pero no se atrevió a indagar. Y como el frasco venía sin prospecto y el vecino no la invitó a entrar en su cuchitril, pues ella no averiguó para qué necesitaba él la pomada. Hubo una época, me acuerdo, en que mi madre se hacía la encontradiza en la escalera. En cuanto oía el ruido del candado, zas, salía al descansillo con el cubo y la fregona. Intentaba entablar conversación; le ofreció ayuda; hasta le propuso, fíjate, que bajara a mirar en nuestra casa los partidos de fútbol que dan los sábados por televisión. Él agradeció el gesto, porque, eso sí, es amable y sosegado, pero no aceptó. Es poco comunicativo, ¿comprendes? Ese hombre no tiene ganas de relacionarse con la gente. Al final desistimos de salirle al encuentro para que no pensara que somos unas entrometidas. Alguien vino preguntando por él hará cosa de dos o tres semanas. Un señor con unas manos grandes que hablaba a la manera vuestra. Yo no estaba en casa. Mi madre le abrió. Ella te podrá contar si aguantas en nuestro piso hasta la noche. Yo me tengo que ir, Bami. Nos veremos dentro de una hora y cuarto. Bueno, si tardo un poco más no te preocupes, ¿eh?

Caminando sobre las bayetas, Bami acompaña hasta la puerta de casa a la mujer que conversaba antes de las cinco con el médico. En el momento de salir, la mujer le pide en susurros que le desee suerte. A continuación, sin dar tiempo a que la muchacha la complazca, añade con voz de misterio:

—Si por alguna causa me tuviera que retrasar, te llamaré por teléfono. El teléfono se encuentra en el salón, junto a la jaula del loro. Haré que suene un timbrazo y colgaré. Haré lo mismo una segunda vez. A la tercera, como para entonces ya habrás adivinado que soy yo la que llama, te pones al aparato. Tú tranquila, porque esto sólo ocurrirá en caso de que surja un imprevisto de mucha importancia, ¿eh?

Bami responde con un gesto tímido de conformidad. Asomada a la abertura de la puerta, ve alejarse escaleras abajo a la mujer, que se detiene un instante en el recodo y le manda, sonriente, un beso con la mano desde la penumbra. La muchacha aguarda a que cese el ruido de tacones antes de cerrar la puerta. Se dirige después, sobre bayetas, al salón. Ha constatado que desde aquí no se oye el reloj de cuco del

segundo izquierda. Dispone, sin embargo, para saber la hora de uno de sobremesa que reposa encima de una consola, enfrente del sofá.

El tiempo transcurre, un cuadro con patos silvestres en un cañaveral cuelga de la pared y la mujer que conversaba antes de las cinco con el médico hace rato que debería haber regresado. El loro se desdeña de responder a los saludos. Los policías continúan vigilando la entrada del edificio. En el sotabanco, las dos veces que la muchacha ha subido a mirar, el candado estaba en su sitio.

—Paciencia.

—Sí, señorita.

Hacia las ocho, Bami saca por la ventana de la cocina su cabeza al patio. Hay luz en la vivienda de la larva y en la del anciano. Del piso de la mujer del ojo morado no puede ver la ventana que está justo debajo, pero sí la de la pared lateral, que corresponde al dormitorio de ella, ahora apagado. ¿Cómo podría comunicarse con esa buena señora? Quizá, piensa, si le atinara al vidrio con una pinza atada al extremo de una cuerda... Claro que si en lugar de ella es el marido quien acude a la llamada, ¡menudo problema! A vueltas con sus cavilaciones, un zumbido de avispa fenza al lado de su cara la impele a retirarse.

Ya de noche, enciende el televisor. Lo hace con mucha cautela, ya que jamás en su vida ha encendido uno. De vez en cuando, esta o la otra amiga del pueblo la invitaba a su casa a mirar la televisión juntas y eran siempre ellas las que apretaban a su antojo los botones.

Tan sólo las luces cambiantes del aparato alumbran el salón. Ella lo pone a un volumen bajo para no despertar a la señora dormida o para escuchar su voz en caso de que pida ayuda. Un programa de la segunda cadena pública sobre las guerras con la Bladia atrae su atención. El locutor se refiere a la larga serie de conflictos fronterizos, a la invasión de Pratabernel, a la heroica liberación de Aftino, y por un momento, mientras pasan imágenes de las montañas de su región natal, Bami alienta la esperanza de que aparezca su pueblo en la pantalla.

Esto no sucede ni hay trazas de que vaya a suceder. A la muchacha el relato prolijo de invasiones, asedios, batallas y matanzas le aburre. Opta en consecuencia por cambiar a un canal en el que están dando una comedia. Durante las pausas publicitarias otea la calle de Natenés. Su vista alcanza por la izquierda hasta el mirador de la embajada de Noruega; por la derecha, un tramo más largo que conduce a una rotonda en cuyo centro se alza un obelisco circundado por una fuente luminosa. Bami se recrea en la contemplación de la noche urbana, punteada de resplandores. A las diez y media ya no se ve el coche de la policía entre los árboles del paseo. A la muchacha le viene de inmediato la idea de escapar.

—Lo tienes difícil, niña. A estas horas ya habrán echado la llave al portal.

—Sí, señorita.

Acabada la comedia, Bami atiende a las noticias del día, centradas en los preparativos de la visita a Antíbula, la próxima semana, del presidente de Estados

Unidos. Sonríe después encandilada con las explicaciones jocosas de un cocinero que enseña a rellenar hojaldre con picadillo de foxterrier. Tras largo rato pulsando a la ventura los botones del mando a distancia, pierde todo interés por hallar un programa de su gusto, apaga el televisor y a tientas enciende la lámpara del techo. Se percata entonces de que apenas faltan veinte minutos para la medianoche.

De pronto suena el timbre del teléfono. Suena solamente una vez. Bami se acerca presurosa al rincón, la mano lista para levantar el auricular. El loro sacude las alas asustado. Transcurrido medio minuto, el teléfono emite de nuevo un repique. No hay duda de que se trata de la señal convenida.

—Bami —grita la mujer que conversaba antes de las cinco con el médico, a fin de hacerse entender sobre un fondo de bullanga—, ¿aún duerme mi madre?

El vocerío y la música le impiden oír la respuesta débil de Bami.

—Tienes que hablar más alto —dice.

—Creo que sí duerme.

—¿Sí?

—Sí.

—¿Eh?

Después de un breve titubeo, la muchacha se aviene a elevar el tono de voz.

—¡Que sííí...!

—¿Ya ha llegado el vecino de arriba?

—¡Aún nooo...!

—Bami, me ha sucedido una cosa increíble. No te la vas a imaginar. Bami, soy feliz. ¿Me has oído? Que soy feliz. Escúchame bien. No sé cuándo volveré. Creo que esto todavía durará un poco más. Si mi madre llama, vete por favor a su lado. Acuérdate de decirle que eres enfermera, ¿eh? Que el doctor no se fiaba y ha decidido mantenerla bajo vigilancia médica. Si te pregunta por mí cuéntale que me he acostado. Que me dolía la cabeza y he tomado un somnífero. Si se pone pesada le explicas que el doctor le ha prohibido levantarse. Bueno, te dejo. Agradezco de corazón lo que estás haciendo por mí. Te recompensaré, Bami. Te lo juro. Se acaban las monedas. Pensaba que me llegaría la vejez sin haber conocido una experiencia como la de esta noche. No te puedes imaginar lo feliz que...

Interrumpida la comunicación, Bami permanece unos instantes con la oreja pegada al auricular, absorta en el pitido. Cuelga despacio por temor a que un movimiento brusco pudiera estropearle la fiesta a la mujer que conversaba antes de las cinco con el médico. Bami se topa con la mirada inexpresiva del loro. ¿Sabrá este pájaro, dice para sí, lo que es la felicidad? A punto está de preguntárselo, por broma; pero en esto un leve chirrido de goznes la induce a volver la cabeza.

En el umbral del salón se ha parado la figura de una anciana de semblante huesudo, ojos hundidos, cabellos blancos, aplastados, y un camisón fantasmal que deja al descubierto dos piernas secas salpicadas de moraduras.

—¿Dónde está mi hija?

—Su hija se ha acostado.

—¿Con quién? ¿Te lo ha dicho?

—Está en su cama.

—En su cama no está. Acabo de mirar. —Habla en un tono agudo, corto de respiración, que se aflauta fácilmente. Ni en su gesto ni en sus palabras se aprecian atisbos de enojo—. Presumo que te habrá contratado. Para que cuides de mí. Como otras cuidan a niños pequeños. Bueno, hay maneras menos honradas de ganar el dinero. ¿Te ha dicho mi hija cuándo piensa volver?

—No, señora.

—Por mí puedes marcharte. Los honorarios..., yo no sé. Entiéndete con ella. ¿Me haces un favor? Antes de irte ya me arreglarás la cama, ¿sí? Espero no haberla mojado. De paso me pones agua en la mesilla. Mira que no se te olvide andar con las bayetas.

De un cuarto situado al fondo del pasillo sale una luz mortecina que proyecta en las baldosas la forma del vano de una puerta. La anciana se encamina hacia allí arrastrando los pies descalzos sobre sendas bayetas. Avanza con mucha lentitud, los pasos temblorosos, la mano que lleva sin vendar apoyada en la pared. Bami se coloca a su costado y le ofrece un brazo para que se agarre. Así enlazadas, avanzan las dos en silencio por el pasillo.

Nada más entrar en el cuarto, la anciana dice:

—No te hagas nunca vieja, te lo aconsejo. —Del techo cuelga una araña con cuatro bombillas, de las cuales sólo una da luz—. En el armario, abajo, encontrarás sábanas limpias.

A Bami la ropa de la cama no le parece sucia, ni siquiera demasiado arrugada. Mientras la cambia por otra nueva, siente que la anciana, aferrada al marco de la puerta, no le quita los ojos de encima.

—¿Por qué llevas esparadrapo en un dedo?

—Por lo mismo que le ha pasado a usted.

—¡Cómo! ¿También te ha picado una fenza?

—Sí, señora. Esta mañana, en el patio.

—¿Y ya no sientes dolor?

—Un poco.

—Pues, joven, yo tengo el brazo dormido hasta aquí. —Se señala el codo—. Se me habrá gangrenado mientras dormía. ¿Llegaré viva al domingo? Seguro que no. ¿Me importa morirme? —Arruga el ceño en actitud pensativa antes de responder con aire de indiferencia—: No me importa nada. A los demás, tampoco.

Bami ayuda a la anciana a meterse en la cama. La anciana se sienta con la espalda recostada sobre almohadas y, tras arrojarse hasta el vientre, acaricia con visible satisfacción la orla de encaje de la sábana encimera. La cama es antigua. En cada esquina se alza una columna de madera, entorchada y pintada de negro; tres de ellas rematan en un adorno que semeja la llama de un hachón; la cuarta está descabezada.

La anciana le pide a Bami que le traiga agua de la cocina. La prefiere del grifo porque, dice, es más barata que la de botella que bebe su hija; y cuando la muchacha se dispone a complacerla, añade:

—¿Me apagas la luz? Esa bombilla me pone frita. Parece el cirio de un velatorio. Para ver, basta con que enciendas la lámpara del pasillo.

—Como usted guste.

De vuelta al cuarto, Bami deposita el vaso con agua encima de la mesilla. La débil claridad que llega de fuera ilumina lo justo para no tropezar. Los muebles y los objetos, borrados sus contornos, se aprietan en una confusión de bultos oscuros, en el centro de la cual destaca el blanco desvaído de las sábanas. La anciana aquieta su perfil afilado en la penumbra. Por unos instantes no se percibe de ella otra señal de vida que su respiración entrecortada.

—Habrás andado con las bayetas, ¿sí?

—Sí, señora.

—Oye, joven, estaba yo pensando hace un momento... ¿Qué hacías tú esta mañana en el patio? No me digas que llevas todo el día en mi casa.

—Yo, señora... Verá usted...

La anciana interrumpe los balbuceos de la muchacha.

—Por favor, no trates de mentirme. Para mentiras ya tengo de sobra con las de mi hija.

—En realidad no he venido a cuidarla a usted.

—¿Ah, no? Entonces, ¿por qué me sirves?

No hay luz suficiente para distinguir la expresión de su cara; pero, por la rapidez con que ha vuelto la cabeza, la muchacha deduce que a la anciana la revelación le ha producido una punzada de asombro.

—A quien he venido a ver —se apresura a decir, de pie al costado de la cama— es al vecino del sotabanco.

—Me lo debía haber figurado. Los dos habláis con tonillo de montañeses. Os conocéis, ¿verdad?

Bami refiere en pocas palabras la razón de su viaje. Menciona el encargo que le hizo la maestra, si bien omite declarar que guarda una nota dentro de la gargantilla. Reconoce, en cambio, que la maestra no tuvo a bien revelarle la identidad del morador del sotabanco.

—Va para muchas horas que lo espero y él no viene. Me había sentado en el suelo, delante de la puerta. Es que, ¿sabe usted?, no tengo adónde ir. Por la tarde ha subido la hija de usted y me ha invitado a entrar en este piso.

—Mi hija es muy atenta con todo el mundo, salvo con su madre.

—Aquí estaré mejor, ha dicho. Yo le he dado mi palabra de ayudarla a usted si lo necesita. Pero le juro que no por dinero.

—Ya me arreglaré yo con mi hija cuando vuelva. ¡Abandonar a una madre que está sufriendo! ¡A una madre que lo ha sido todo para ella! En fin, no conviene que

me sulfure. El doctor me ha recomendado tranquilidad. Créeme, joven. Más, mucho más que el aguijón del bicho me ha dolido a mí el comportamiento de mi hija.

Un denso silencio colma el cuarto, alterado a cada poco por el resuello silbante de la anciana. Bami entiende que ha llegado el momento de despedirse.

—Su hija —se le ocurre decir de pronto, cuando ya se ha hecho el ánimo de pasar la noche en la escalera— me ha asegurado que usted podría contarme alguna cosa del vecino de arriba.

—¿Yo, del vecino? ¡Si casi no lo conozco! Lo veo subir, lo veo bajar. Eso es todo. O casi todo. Responde a los saludos con la mirada gacha. A veces me pregunto: a este hombretón, ¿se le habrá perdido algo y por eso no levanta la vista del suelo? Nosotras intentamos trabar relación con él. Al principio más que nada, cuando se instaló. Hasta que nos dimos cuenta de que el infeliz no quería tratos con la gente. Algunas noches le da por gimotear. Mi hija lo sabe igual que yo. Que te cuente ella.

—Usted por lo visto es quien más a menudo ha hablado con él.

La anciana retira una de las almohadas y, tumbándose de costado, adopta una postura de dormir.

—Joven, noto que me vuelven los dolores. Necesito descansar. Te revelaré un secreto a condición de que después te marches. No se lo he revelado a nadie. A mi hija tampoco. Te lo contaré a ti porque pareces persona decente. Y porque barrunto que te conviene saberlo. Luego, que Dios te bendiga, ¿sí? Dame un trago de agua.

Bami tiende el vaso a la anciana y la ayuda a incorporarse para que pueda beber.

—Hará dos semanas —se tumba de nuevo, lamiéndose los arrugados labios con deleite—, yo fregaba el suelo de nuestro descansillo. En un momento determinado vi subir al estudiante. Un chico que vive enfrente. Con él venía su novia. O su amancebada. O comoquiera que hoy día las llamen. No les tengo aprecio, ¿sabes? A ninguno de los dos. Pero a lo que iba. Las baldosas estaban mojadas. Llegaron ésos. Me fijé en dónde pisaban. Para quitar después las marcas, ¿entiendes? Al minuto o por ahí, baja el vecino de arriba. Buenas tardes. No hablamos más. Y por idéntica razón que antes también miré dónde ponía los pies. Lo que vi me dejó de una pieza. Miento: me dejó de una pieza lo que no vi. Normalmente una no repara en ciertos detalles. Pero como acababan de pasar los de enfrente, yo sí lo hice. ¿Me habría engañado la vista? A mi edad, con una pierna en el otro mundo, me siento tan acompañada de los vivos como de los muertos. No te lo digo para reír. Hablo muy en serio, joven. Bueno, pues al día siguiente me coloqué junto a la ventana del salón. Se me fueron la mañana y parte de la tarde en vigilar la calle. Por fin divisé al vecino con su periódico bajo el brazo. Rápidamente salí al descansillo. Ya tenía el cubo y la fregona preparados. En un momento mojé las baldosas. Llegó él. Y se repitió el extraordinario caso de la víspera. No había duda.

A este punto, la anciana interrumpe el relato y vuelve su cuerpo decrepito dentro de la cama como si se dispusiera a dormir dando la espalda a Bami.

—Esa maestra tuya —continúa después de varios segundos, la cara orientada

hacia la oscuridad—, ¿no habrá tramado enredarte en un asunto feo?

—Señora, ¿por qué lo dice? Me está usted asustando.

—Ten cuidado, joven. Ese hombre que se desespera por las noches y rompe la vajilla... Ése, cómo te diría yo... Dos veces cruzó el descansillo mojado. Dos, ¿sí? Pues en ninguna de ellas cruzó con él su sombra. Iba solo, yo lo vi. No una, sino dos veces, te lo aseguro. No ocurrió lo mismo con la pareja de enfrente. De ahí mi certeza. Conque no te acerques demasiado a él cuando lo encuentres. Te aviso.

Bami guarda silencio vivamente impresionada.

—¿Por qué no subes y lo compruebas? El vecino ya ha llegado. ¿No oyes? Soy vieja, pero el oído, gracias a Dios, todavía me funciona.

Bami levanta la mirada hacia el techo. Percibe, en efecto, ruidos sordos allá arriba, como de pies descalzos que se desplazan sobre un entablado. Un impulso instintivo la lleva a cerciorarse de que aún conserva la gargantilla.

—Me voy, señora.

—Sí, vete. Cuando salgas ciérrame la puerta y apaga la luz.

En el pasillo le alcanza la voz de la anciana por última vez:

—No olvides las bayetas.

Pasa de la medianoche. La muchacha se encamina de prisa al sotabanco. Teme que el estibador se haya acostado y que por su culpa se tenga que levantar de la cama. Tanto como la idea de perturbarle el reposo a un hombre al que imagina fatigado al término de una larga jornada laboral, la inquieta indisponerse con el desconocido de quien espera ayuda para salir indemne del edificio, establecerse en Antíbula y dar cuanto antes con el paradero de su hermano.

Las lámparas de la escalera están encendidas. En su precipitación, Bami ha cerrado la puerta del tercero izquierda con un golpe bastante fuerte, de manera que el anciano de los chestoberoles y los otros acompañantes que mantenían una conversación de despedida con la baronesa en el descansillo del primer piso se han quedado mudos de repente, como con curiosidad por averiguar quién sale a estas horas de su piso.

Bami sube de puntillas el tramo de madera. Cada crujido de los escalones, por leve que suene, se le figura una campanada descomunal que proclama su presencia. No ignora que supondría una temeridad asomarse al hueco de la escalera. Para que no le vean la mano se guarda de agarrarse al barandal. Ya casi arriba, se detiene un segundo a escuchar los cuchicheos que flotan en el aire. Duro de un oído, el anciano es quien habla más alto. Habla y gruñe. Y de pronto Bami le ha entendido con claridad unas palabras:

—Traiga el lince. ¡Rápido!

Al percatarse de que el candado no pende de las armellas, a Bami le toma un vértigo de júbilo, de confirmación, de alivio, que le hace sonreír y lanzarse hacia la puerta al tiempo que le arranca un susurro de gratitud a Dios. Sabe que alguien viene subiendo las escaleras en su busca, en busca de la larva insignificante, del gusanillo

de Jacob, dice para sí, y no le importa. ¡Hacía tanto que no se sentía tan libre de incertidumbre y de temor!

Con nudillos valientes golpea los despintados listones. Ya los pasos resuenan más arriba del segundo piso. Tras una nueva llamada, la puerta del sotabanco se abre hasta formar una estrecha abertura llena de oscuridad en la que reluce la brasa inquisitiva de dos ojos.

—Vengo de parte de la maestra —dice Bami, sin ver la cara de quien la escruta—. Le traigo esto.

Una mano gruesa, con un dorso enrojecido, tachonado de corros escamosos, sale de la abertura y, antes de retirarse a toda prisa, coge de un zarpazo la gargantilla que le tiende la muchacha.

—¿Es usted? —pregunta Bami, esforzándose por no sucumbir al estupor.

—Cuando estuviste en la cima del Muezo, leíste el papelito verde, ¿verdad? No debiste hacerlo, Bami.

Alguien acaba de enfilear con paso decidido el tramo de madera. Bami duda entre volverse a mirar quién llega y continuar la conversación con el hombre que se oculta tras la puerta. Ésta se cierra en el preciso instante en que a espaldas de la muchacha una voz de lija masculla un juramento. Bami nota de pronto un intenso sabor a queso y a ciruelas pasas dentro de la boca. Con el rabillo del ojo advierte, a la luz blanca de la lámpara, que una sombra ligera se desliza por la pared y se pega a su costado. Se da entonces la vuelta. Le toma una resignación similar a un cansancio espeso al ver la claraboya convertida en ojo de buey. Ve la cara de la camarera del barco, demudada por un gozo maligno; detrás, el gesto ceñudo de la marquesa. Ve un último viso del bastón. Ve el punzón ensangrentado. Y ve, cuando apenas le queda un hilo de aliento, los ojos de Bami que la miran asustados y compasivos desde el oscuro hueco que hay entre el guardarropa y el mamparo. En pensamiento le pide a Dios que alargue su vida unos segundos, los necesarios para poder decirle a la intacta que por favor se olvide de la gargantilla, que más le vale buscar a su hermano en Antíbula o volver al pueblo. Le gustaría declararle quién es el hombre que habita en el sotabanco de Natenés 17. Le gustaría, ay, convencerla de que no vaya a verlo. Todo eso quisiera ella gritarlo al modo del que delira, fingiendo hablar a solas para que ni la marquesa ni la camarera descubran a la que se ha escondido detrás de la puerta del guardarropa. Pero al fin comprende que su esperanza es imposible, pues ahora mismo se la están llevando, no sabe si viva o muerta, al cuarto de baño, y a ella, la verdad, las fuerzas no le alcanzan ni para un suspiro.

Lippstadt, septiembre de 2004